UNA ÚLTIMA PARTIDA



ERNESTO J. ALBELDA

UNA ÚLTIMA PARTIDA

Ernesto J. Albelda

Contenidos

Capítulo 1 – Cada pieza en su casilla
Capítulo 2 - Apertura
Capítulo 3 – Control del centro
Capítulo 4 – Jugadores en la sombra
Capítulo 5 – Alfil de dama
Capítulo 6 – Alfil de rey
Capítulo 7 – Zugzwang
Capítulo 8 – Flanco desprotegido
Capítulo 9 – Recuerdos de ébano y marfil
Capítulo 10 – Hambre de piezas
Capítulo 11 – ¿Tablas?
Capítulo 12 – Gambito
Capítulo 13 – Una última partida
Capítulo 14 – Sin tiempo en el reloj
Capítulo 15 – Ocho peones
Capítulo 16 – Rey cazado
Capítulo 17 – Rey ahogado
Capítulo 18 – Trebuchet

Capítulo 1 – Cada pieza en su casilla

1

—Aún los sigo escuchando.

La voz de León era apenas un susurro, un eco perdido en la sala estéril. Estaba atado con correas acolchadas a la camilla, no como un prisionero, sino como alguien al que había que proteger. Pero lo que resultaba inquietante no era su inmovilidad; era su calma. Una calma tan pulcra, casi inhumana.

El doctor Escalonilla, de rostro curtido por años de prácticas profesionales y derrotas personales, se acercó a él. Colocó una mano firme, aunque reconfortante, en el hombro de León.

—Volveremos a hacerlo —dijo con suavidad.

León asintió, un movimiento apenas perceptible. Una lágrima solitaria recorrió su mejilla hasta perderse en la almohadilla bajo su cabeza. El silencio estalló con un susurro.

—Doctor —la voz de la enfermera cortó el aire—, ¿seguimos con los parámetros estándar?

Escalonilla giró la cabeza hacia ella, hacia el carrito donde reposaba el dispositivo moderno, sus cables negros serpenteando como raíces de un árbol extraño. La pantalla parpadeaba suavemente, esperando órdenes.

—Sí —respondió.

León volvió a abrir los ojos. Eran oscuros, abismales, y en ellos habitaba un terror silente.

—¿Estás seguro? —repitió Escalonilla, sus palabras tan profesionales como humanas—. Podemos intentarlo como antes, con…

—Quiero sentirlo —dijo León con un hilo de voz—. Con más fuerza esta vez.

La enfermera dudó. El silencio se espesó. Alrededor de la camilla, dos asistentes revisaban cables y ajustaban las máquinas con manos precisas. Uno de ellos comenzó a preparar la cánula intravenosa, donde administraría la anestesia general y el relajante muscular. Otro ajustó los electrodos temporales que se colocarían en el cuero cabelludo de León, previamente humedecidos con gel conductor.

—Preparen la anestesia —ordenó Escalonilla al equipo, sin quitarle los ojos de encima a León.

—No. —La voz de León, aunque débil, sonó firme—. Quiero recordarlo.

El doctor se detuvo. El resto del equipo intercambió miradas. El protocolo era claro: la anestesia general evitaba que el paciente sintiera dolor y reducía la tensión física. Pero había algo en León, algo desgarrado y profundo, que escapaba de las normas establecidas.

—Está contraindicado, León. Necesitas estar dormido.

—No lo estaré si los sigo escuchando.

Los músculos de Escalonilla se tensaron bajo su bata blanca. Finalmente, asintió.

—Administra la mínima dosis. Solo un leve relajante —pidió a la enfermera.

La aguja entró con suavidad en la vena del brazo de León. Apenas un suspiro le siguió. El asistente de la máquina ajustó la intensidad: corriente breve, controlada. Lo justo para inducir el reinicio forzado que buscaban, aunque nadie lo llamaba así en voz alta.

—Mordedor —dijo Escalonilla.

El otro asistente le entregó un pequeño dispositivo acolchado, que colocó con cuidado en la boca de León para proteger su lengua y dientes. Los ojos del paciente y del médico se encontraron en un instante que pareció eterno.

—¿Listos? —la voz del asistente rompió la quietud.

—Listos —respondió Escalonilla.

Los electrodos fueron colocados con precisión en cada lado de la cabeza de León. El zumbido sordo del monitor creció ligeramente mientras la carga se acumulaba. El doctor Escalonilla se apartó un paso, respirando hondo.

—Inicien.

La enfermera activó el dispositivo. La descarga duró apenas un segundo. El cuerpo de León se arqueó ligeramente, los músculos rígidos a pesar del relajante. No gritó. No hubo un sonido más allá del tenue pitido de la máquina. Una segunda descarga siguió tras un instante, y luego una tercera.

—¿Doctor? —preguntó la enfermera con voz tensa.

Escalonilla no respondió. Se obligaba a mantener la mirada fija en León. Tras la quinta descarga, el cuerpo del paciente comenzó a temblar. La convulsión inducida era contenida por las correas, pero los espasmos resultaban difíciles de ver.

Escalonilla se obligó a dar un paso atrás, llevándose una mano a la boca como si intentara contener algo. León seguía ahí, pero también estaba en otro lugar, atrapado en algún rincón profundo de su mente.

El traqueteo metálico de la camilla resonaba en la habitación, un sonido frío y mecánico que se pegaba al pecho de quienes lo escuchaban. Fueron apenas treinta segundos, pero a Escalonilla le parecieron siglos.

Finalmente, la convulsión cesó. León quedó inmóvil, jadeando bajo el mordedor. La enfermera le retiró los electrodos con movimientos rápidos y suaves, mientras los asistentes monitorizaban sus constantes vitales.

—Saturación estable. Pulso estable —informó uno.

Escalonilla se inclinó ligeramente hacia León. El mordedor fue retirado con cuidado, dejando al descubierto unos labios secos y entreabiertos.

—¿León? ¿Me escuchas?

El paciente abrió lentamente los ojos. Miró hacia el doctor con una lucidez que Escalonilla no había visto en semanas.

—Ya no están —murmuró León. Su voz temblaba, como si dudara de sus propias palabras—. Ya no los escucho.

Escalonilla sintió un peso liberarse de su pecho, aunque la tensión no desapareció del todo. Sabía que el silencio que León sentía podía no durar mucho tiempo. Pero, por ahora, era suficiente.

—Llévenlo a la sala de recuperación —ordenó con voz firme.

Mientras los asistentes desconectaban la máquina, Escalonilla permaneció inmóvil. La terapia había terminado, pero el eco del traqueteo metálico aún vibraba en su mente.

2

La luz blanquecina de la sala de recuperación se filtraba suavemente entre las persianas metálicas. León estaba sentado en una silla reclinable, con una manta ligera cubriendo sus piernas. Su mirada estaba fija en el suelo, donde las baldosas formaban patrones geométricos que parecían casi hipnóticos. A su lado, una enfermera ajustaba el gotero que mantenía su hidratación.

El doctor Escalonilla entró en silencio. Cerró la puerta tras de sí y tomó asiento frente a León, dejando caer una carpeta sobre sus piernas. El aire entre ellos cargaba una gravedad serena.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Escalonilla, su voz cuidadosamente neutral.

León levantó la cabeza con lentitud. Su rostro tenía un rastro de agotamiento, pero sus ojos estaban enfocados.

—Como si alguien hubiera desconectado mi cerebro y vuelto a encenderlo —dijo con una leve sonrisa irónica—. Es extraño, doctor. Es como si las voces estuvieran ahí, pero ahora son... ecos, susurros lejanos.

Escalonilla asintió, tomando nota mentalmente de sus palabras.

—Eso es un buen signo. Es posible que con más sesiones los ecos también desaparezcan por completo. Pero dime, ¿algún mareo o confusión?

León negó con la cabeza, aunque con cierta cautela.

—No, confusión no. Pero siento que me falta algo... Como si una parte de mí estuviera todavía dormida. La memoria me juega malas pasadas. Sé quién soy, sé dónde estoy, pero hay pequeños vacíos. Como si intentara recordar un sueño justo al despertar.

Escalonilla lo observó detenidamente antes de hablar.

—Eso es normal. La terapia electroconvulsiva puede causar amnesia temporal, especialmente para eventos recientes. Con el tiempo, esos vacíos suelen llenarse o, al menos, dejan de interferir en tu vida diaria.

León asintió, aunque parecía reflexionar sobre algo más profundo.

—Es curioso, ¿sabe? —dijo tras una pausa—. Ahora que las voces están más débiles, siento que mi mente está desnuda. Expuesta. Durante tanto tiempo, esas voces fueron una prisión, pero también eran mi compañía. Ahora que se han ido, lo único que escucho es el silencio... Y no estoy seguro de cómo lidiar con eso.

El doctor Escalonilla dejó la carpeta sobre una mesita cercana y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas.

—El silencio puede ser aterrador al principio, pero también es un espacio que puedes llenar. Un lienzo vacío esperando ser pintado con tus pensamientos, con tus decisiones. La medicación que estás tomando, lamotrigina y quetiapina, si no recuerdo mal, te ayudarán a estabilizar tus emociones mientras tu mente se adapta.

—La lamotrigina —repitió León, casi para sí mismo—. Es un estabilizador del estado de ánimo. Funciona mejor con el tiempo, ¿verdad?

—Exacto. —Escalonilla sonrió ligeramente—. Y la quetiapina actúa más rápido para calmar la agitación y ayudarte a dormir mejor. ¿Has notado algún efecto secundario?

León se recostó en la silla, pensativo.

—Sueños vívidos, a veces. Y siento un poco de pesadez en el cuerpo por las mañanas. Pero creo que es un precio justo por la paz que estoy empezando a sentir. Aunque no estoy seguro de cuánto de esta paz es real y cuánto es un efecto de la terapia.

Escalonilla lo miró con atención.

—La terapia te da un empujón, León. Pero lo que hagas después de cada sesión es lo que define si esa paz será real. Necesitas tiempo para reconstruirte, pero sé que lo lograrás.

León sonrió por primera vez desde que había llegado a la clínica. Era una sonrisa pequeña, pero genuina.

—Doctor, ¿cree que estoy mejorando?

—Creo que has dado el primer paso hacia eso. Pero aún queda trabajo por hacer.

León asintió lentamente y se quitó la manta de las piernas. Sus movimientos eran seguros, aunque algo lentos. Se levantó y estiró los brazos, como si probara su fuerza.

—Entonces, estoy listo.

Escalonilla lo observó, desconcertado.

—¿Listo para qué?

León lo miró fijamente, sus ojos más vivos de lo que habían estado en semanas.

—Para ayudarte, doctor. Viniste a buscarme porque necesitabas a alguien que entendiera cómo funciona una mente rota. Y ahora, creo que puedo hacerlo.

El silencio se instaló en la sala por unos segundos. Escalonilla inclinó ligeramente la cabeza, sorprendido, pero no del todo incrédulo.

—¿Estás seguro? Esto no será fácil, León. Podría ser... incluso peligroso.

León dio un paso adelante, su postura firme.

—He estado en lugares más oscuros que cualquier peligro, doctor. Si puedo ayudar a otros como tú me has ayudado a mí, entonces no voy a detenerme ahora.

El doctor Escalonilla lo observó por un momento más y finalmente asintió.

—Bien. Entonces empecemos.

3

El despacho del doctor Escalonilla parecía más un santuario de intelecto que una simple oficina. La pared principal estaba tapizada de estanterías repletas de libros sobre psiquiatría, filosofía y literatura clásica, organizados de manera perfecta, sin que ningún lomo sobresaliera de su fila. Una lámpara ornamental proyectaba un brillo cálido. La alfombra persa, capricho del doctor, estaba impoluta.

En el centro, la mesa del doctor estaba cubierta de carpetas y papeles esparcidos. Era un campo de batalla caótico y desorganizado. Cada hoja contenía historias: diagnósticos, observaciones, y en algunos casos, confesiones.

León estaba sentado en un sillón frente a la mesa, envuelto en una bata de paciente. Sus piernas estaban cruzadas y sostenía una libreta en sus manos, escribiendo con movimientos lentos. De vez en cuando, un leve tic en el ojo izquierdo interrumpía su concentración. No decía nada. Ambos, callados, compartían el silencio entre doctor y paciente. Su respiración era profunda, como si su mente estuviera luchando por mantener la calma.

Escalonilla lo observó desde el otro lado del escritorio, con una taza de té en la mano, pero no interrumpió. Era una pausa necesaria. Finalmente, fue el doctor quien rompió el silencio.

—¿Qué escribes?

León no levantó la mirada de la libreta.

—Un poema de Rudyard Kipling. En inglés.

Escalonilla asintió. Las extrañas palabras no provocaron ningún tipo de arqueos de ceja o expresiones de dudas. Dejó la taza sobre un posavasos de cuero.

—Escribir puede ser una buena forma de ordenar lo que llevamos dentro —hizo una pausa, hojeando una de las carpetas frente a él—. Hoy ha venido un paciente nuevo.

—Lo sé.

—Muchas veces pienso que no te puedo ocultar nada —dijo el doctor con una leve sonrisa—. Supongo que sabrás qué padece.

—Alguien bastante jodido. Sabemos que hay dos tipos de cicatrices por intentos de suicidio. Este sabía qué estaba haciendo.

León dejó el bolígrafo un momento, masajeándose el puente de la nariz.

—¿Cómo está el hombre que cree que su reflejo quiere matarlo? —preguntó.

El doctor se recostó en su silla.

—Sigue en vigilancia. Su paranoia es intensa, pero muestra signos de respuesta a la terapia antipsicótica. Aun así, es difícil. La esquizofrenia a veces no respeta las reglas que intentamos imponerle. Al menos no consiguió matar a nadie.

—Deberías provocarle un ataque.

—No todos los pacientes son cómo tú.

—He leído su historial. Y también todo lo que habéis intentado. A veces hay que arriesgarse. La fortuna favorece a los valientes.

—Ya me gustaría que todos los pacientes tuviesen tu lucidez.

—Tienes suerte de que no la tengan —dijo León mirando al doctor—. Aquel que conoce su condición tiene dos opciones. Vivir de forma digna conociendo sus límites, o someterse al ego para convertirse en su propio dios.

—¿Has tenido siempre ese tipo de pensamientos?

—La frontera que separa a al asesino del mártir es la empatía. Para sobreponerme a cualquier adversidad he tenido que crear un fénix de mis cenizas, por así decirlo. Nunca he podido permitirme caer en un abismo.

—Hasta ahora.

León soltó un leve resoplido, más un tic que una reacción real. Retomó su escritura, aunque sus dedos parecían temblar un poco más. El doctor Escalonilla lo miró detenidamente.

—¿No te resulta irónico estar aquí? Entre personas que podrían haber sido tus presas, ahora compartiendo el mismo espacio.

León se detuvo, el bolígrafo suspendido en el aire. Sus ojos oscuros se encontraron con los del doctor.

—Quizás no me diferencie del torturador y el asesino —hizo una pausa, y su mirada se nubló—. Quizás no sea irónico. Quizás pertenezca a esa clase de personas que considero deleznables. Como él.

Escalonilla dejó que las palabras flotaran en el aire un momento antes de responder.

—¿Te refieres a….?

León negó con la cabeza antes de que pudiera terminar la frase.

—No. No quiero hablar de él. Dejémoslo aquí.

El doctor asintió, respetando el límite. Pero su mente ya había llenado los vacíos con especulaciones.

León continuó escribiendo, aunque sus movimientos parecían menos fluidos ahora. Finalmente, dejó el bolígrafo con un gesto decidido y cerró la libreta.

—Sólo puedo decirte que somos amos de nuestro destino.

El doctor Escalonilla dejó asomar una sonrisa.

—¿Seguro? ¿Qué harías si tuvieras que volver a ser agente? —preguntó Escalonilla, apoyando los codos en la mesa y entrelazando

los dedos frente a él—. Es algo que quería preguntarte desde hace tiempo.

León soltó una leve carcajada, amarga y corta.

—Somos amos de nuestro destino, ¿no?

El doctor arqueó una ceja, sorprendido por la respuesta directa.

—¿Y?

León levantó la mirada, y esta vez su expresión era grave, incluso apesadumbrada.

—Haré lo que tenga que hacer. —Se levantó lentamente, ajustándose la bata—. Aquí estoy sufriendo para recuperarme. Quizás lo que necesite es sufrir para redimirme. Volveré a mi habitación.

—En nuestras conversaciones siempre dices que la redención no sirve para nada.

—Y es así. Estando en una trinchera no va a evitar que te caiga un proyectil de artillería. Pero nos gusta pensar que la geometría, la física o las matemáticas no tienen ningún tipo de importancia, y que sólo rezar sirve.

—¿Piensas rezar en tu trinchera? ¿Rezarás, aun sabiendo que todo depende de cómo lancen los proyectiles?

—Uno nunca debe huir de su muerte —dijo León levantándose—. Si tengo que morir, moriré.

Escalonilla asintió. Se alzó de su silla y lo acompañó hasta la puerta. Cuando León estaba a punto de salir, el doctor hizo una pausa.

—"El hombre no se mide por lo que logra evitar, sino por cómo enfrenta lo inevitable."

León giró ligeramente la cabeza.

—Todos los esclavos están condenados a perecer. Salvo si eres Epicteto —dijo sin dudar—. Supongo que él fue el único que siguió sus palabras.

El doctor sonrió levemente.

—Buena memoria. Me asustaré cuando no consigas responder a mis citas.

—Yo creo que debe ser al revés —dijo León dado unos pasos al exterior, rostro al frente, con un semblante apesadumbrado—. Quizás si no tengo memoria no tendré dolor.

—Si estuviese seguro de que eso te ayudaría, lo haría.

Se giró por última vez. El fantasma de una sonrisa apareció en el rostro de León antes de desaparecer por el pasillo.

Cuando Escalonilla cerró la puerta y volvió a su escritorio, sus ojos se posaron en la libreta que León había dejado olvidada. La curiosidad era demasiado fuerte. La abrió, sintiendo un leve remordimiento por invadir algo tan personal.

(Boots—boots—boots—boots—movin' up and down again!)

Cuando terminó, cerró la libreta con cuidado y se recostó en su silla. No conocía muchos poemas de Rudyard Kipling, así que tendría que investigar por Internet qué significaba. Aunque en todo ese año que estuvo a cargo de León aprendió cosas de él, sabía que el conocimiento sobre ese extraño hombre tenía límites.

Pero lo peor era que, poco a poco, estaba perdiendo su condición de doctor. Más que un paciente ahora era un amigo. Su tiempo como doctor le había mostrado el sufrimiento de cada enfermedad. Sabía que no podía dejar que sus sentimientos interfirieran en el tratamiento. Como tampoco en el encuentro que iba a tener esa noche. Sentado, el primer pensamiento fue un eco de su propia voz.

"El hombre no se mide por lo que logra evitar, sino por cómo enfrenta lo inevitable."

La noche había caído por completo, y el despacho del doctor Escalonilla estaba sumido en un silencio casi absoluto. La lámpara sobre el escritorio proyectaba una luz cálida que formaba sombras alargadas en las paredes llenas de libros. El reloj de pared marcaba las diez pasadas, pero Escalonilla no parecía apurado por terminar.

Frente a él, una pila de informes aguardaba su firma. A su lado, un joven asistente esperaba de pie, con las manos cruzadas al frente, observando el proceso con una mezcla de respeto y cansancio.

—Aquí tienes los últimos, doctor —dijo el asistente, colocándole una nueva carpeta en la esquina del escritorio.

Escalonilla levantó la vista brevemente, asintió y comenzó a firmar. Su pluma se movía con una precisión casi mecánica, pero había algo en su mirada que delataba una distracción profunda.

—Eso es todo por ahora —murmuró Escalonilla mientras deslizaba el último informe hacia el borde del escritorio.

El asistente recogió las carpetas y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo un momento.

—¿Necesita algo más, doctor?

—No, gracias. Buenas noches.

El asistente asintió, cerró la puerta con suavidad tras de sí, y sus pasos se desvanecieron por el pasillo, dejando atrás el eco de andar sobre la madera. Esperó en silencio hasta que el sonido se desvaneció. Luego, se levantó lentamente y giró la llave de la cerradura, asegurándose de que la puerta quedara bien cerrada.

Con un suspiro contenido, se acercó a una de las estanterías. Sus dedos recorrieron los lomos perfectamente alineados de los libros hasta detenerse en uno que parecía tan anodino como los demás. Lo retiró con cuidado, revelando una pequeña cámara oculta en el hueco que quedaba detrás.

—Otra noche más —murmuró para sí mismo mientras sacaba la tarjeta SD de la cámara.

Se dirigió a su escritorio, encendió su portátil y colocó la tarjeta en el lector. La pantalla parpadeó unos segundos antes de mostrar una serie de archivos de video. Escalonilla seleccionó uno de ellos, el más reciente, y lo abrió.

El video se reprodujo en silencio. Era la escena de la sala de terapia, grabada desde un ángulo alto y discreto. En el centro, la figura de León aparecía atada a la camilla, inmóvil al principio. La imagen mostraba los preparativos: la enfermera ajustando los electrodos, los asistentes verificando las máquinas. Luego, la descarga.

Escalonilla observó con una mezcla de profesionalismo y algo más oscuro, algo que parecía un conflicto interno creciente. Las convulsiones de León eran contenidas por las correas, pero cada movimiento parecía resonar en el doctor como un golpe invisible.

Cuando el video llegó al final y León quedó inmóvil, jadeando bajo el mordedor, Escalonilla cerró el archivo. No hacía falta volver a verlo. El rostro de su paciente estaba grabado en su memoria con una nitidez inquietante.

Se inclinó hacia atrás en su silla, pasando una mano por su rostro. Permaneció así unos segundos antes de sacar una carpeta de un cajón lateral. Dentro de ella había varios documentos sobre León: hojas de evaluación clínica, resultados de pruebas y notas de las sesiones. Escalonilla los repasó en silencio, sus ojos moviéndose rápidamente por las páginas, como si buscara algo que aún no encontraba.

Finalmente, colocó todos los documentos en una nueva carpeta negra que cerró con un clip metálico. La dejó sobre la mesa y, por un momento, simplemente miró al vacío. Hasta que sus ojos se desviaron hacia la libreta que León había dejado olvidada. Escalonilla la tomó con cuidado, como si manipulara algo frágil. Al abrirla, sus ojos recorrieron los versos:

(Boots—boots—boots—boots—movin' up and down again!)

Contuvo la respiración. Sus dedos apretaron levemente los bordes de la libreta, mientras su mente parecía debatirse en un dilema

invisible. Abrió Internet para buscar acerca del poema. Era de Rudyard Kipling, sobre la guerra de los Boers y lo cruel que podía llegar a ser el campo de batalla. Al parecer existía una antigua grabación, empleado para la tortura en los Navy Seals. Tragó saliva y se puso los cascos.

Seven—six—eleven—five—nine-an'-twenty mile to-day —
Four—eleven—seventeen—thirty-two the day before —
(Boots—boots—boots—boots—movin' up an' down again!)
There's no discharge in the war!

No sabía si era porque era de YouTube, pero la voz tenía cierto tono ominoso. Con cada verso notaba el corazón latir de forma disonante. Atrapado por la grabación, el poema continuaba, llegando a una parte que aterraba.

Try—try—try—try—to think o' something different —
Oh—my—God—keep—me from goin' lunatic!
(Boots—boots—boots—boots—movin' up an' down again!)
There's no discharge in the war!

Con un movimiento firme apagó el navegador web y el ordenador. No había terminado de escucharlo. No podía. Tal vez no quería. Sus ojos se quedaron fijos en la hoja de libreta con esas palabras escritas por León. Cerró los ojos. Lanzó un profundo suspiro. Arrancó la página donde estaban escritos los versos y la dobló cuidadosamente. La introdujo en la carpeta negra junto con los demás documentos.

Se levantó, tomó su chaqueta del respaldo de la silla y la colocó sobre sus hombros. Luego, guardó el portátil en una mochila negra, junto con la carpeta. Antes de apagar la luz, Escalonilla se detuvo un momento frente al escritorio. Sus ojos se posaron en la estantería, en el hueco donde había estado la cámara, como si buscara algo más. Pero no hizo nada.

Apagó la lámpara y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Sus pasos resonaron en el pasillo vacío, llevándose con él un peso

que parecía crecer con cada paso. La noche era fría, y aunque el doctor no lo sabía aún, sería larga.

5

La noche, fría y oscura, empeoraba la sensación interna del doctor. El cielo, salpicado de nubes, ocultaba las estrellas. Escalonilla conducía por una carretera desolada, apenas iluminada por los faros de su coche. El motor rugía suavemente. El único sonido que rompía el silencio abrumador del trayecto era el latido de su corazón. Le dolía el pecho. Sus manos estaban tensas sobre el volante, y en su mente resonaban las palabras de León como un eco persistente.

Después de varios desvíos y giros, llegó a un polígono industrial abandonado. Las naves decrépitas se alzaban como sombras imponentes, sus fachadas corroídas por el tiempo. El aire olía a óxido y a algo más, algo químico que no podía identificar. Aparcó cerca de una farola parpadeante, cuyo brillo intermitente proyectaba sombras inquietantes sobre el asfalto agrietado.

Cuando apagó el motor, permaneció unos instantes en el coche, contemplando la figura que lo esperaba a unos metros. Era un hombre vestido de manera sencilla, pero su rostro estaba cubierto por una perturbadora careta de conejo. Sonrisa torcida. Un ojo oscurecido. Escalonilla sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Finalmente, respiró hondo, tomó la mochila del asiento del copiloto y salió del coche. El aire helado le golpeó el rostro.

El hombre de la careta lo observó sin moverse, como una estatua grotesca. Después de unos segundos, llevó una cápsula metálica a su boca y aspiró profundamente. Un silbido breve perforó la quietud a medida que el hidrógeno escapaba del dispositivo y entraba en su sistema.

—Doctor Escalonilla —dijo el hombre con su voz aguda por el hidrógeno, cargada de un extraño tono despreocupado—. Puntual, como siempre.

—No estoy aquí para charlas innecesarias —respondió Escalonilla, apretando los dientes, dio un paso adelante y extendió la mochila hacia el hombre—. Aquí están los documentos y la tarjeta SD. Todo lo relacionado con León.

El hombre tomó la mochila con calma, casi con desdén, y la abrió ligeramente para echar un vistazo. Sus movimientos eran meticulosos, casi teatrales.

—Excelente —murmuró mientras cerraba la cremallera—. Sabía que cumpliría.

Escalonilla apretó los dientes, pero su voz permaneció firme.

—Escuche bien: si su "Cliente" hace algo, cualquier cosa, pese a estar encerrado, dejaré de colaborar. Confesaré todo lo que sé. No estoy dispuesto a cargar con esto más tiempo. Me preocupa León.

El hombre inclinó la cabeza, como si estuviera evaluando las palabras del doctor. Luego dejó escapar una leve risa, baja y seca.

—Sus sentimientos hacia él nos son indiferentes. Ha causado dolor a nuestra comunidad. Esté por seguro, doctor, que si usted confiesa cualquier cosa iremos a por usted. No tiene familia. No tiene amigos. Pero sabemos su rutina diaria. Dígame, ¿está el vídeo de las electroconvulsiones de hoy a las cuatro y cuarto de la tarde?

Las palabras flotaron en el aire, llenas de una amenaza velada que hizo que Escalonilla sintiera un nudo en el estómago. Tragó saliva, pero no respondió.

—Sabemos más de lo que cree. Nadie, ni siquiera usted, podrá destruir nuestra comunidad.

Escalonilla dio un paso atrás, sus zapatos crujieron sobre el suelo de grava. El hombre de la careta permaneció inmóvil, observándolo con esa expresión vacía y desconcertante que ofrecía la máscara.

—Nos veremos pronto, doctor —añadió el hombre antes de darse la vuelta y desaparecer entre las sombras del polígono, con la mochila colgando de su hombro.

Escalonilla regresó a su coche con pasos apresurados, tratando de mantener la calma. Al entrar y cerrar la puerta, se quedó un momento sentado, sus manos aferrando el volante como si fueran su única conexión con la realidad.

El motor rugió al encenderlo, y Escalonilla aceleró por la carretera desierta. El camino de regreso parecía interminable, y la oscuridad que lo rodeaba se sentía más opresiva con cada kilómetro que recorría.

La mochila ya no estaba con él, pero el peso de sus decisiones seguía aplastándole el pecho. Y mientras el coche avanzaba hacia la tenue promesa de la ciudad, Escalonilla supo que esa noche, como tantas otras, el sueño sería un lujo que no podría permitirse.

Capítulo 2 - Apertura

1

Patricia Aguilera se miró al espejo de la elegante habitación del hotel. Su cabello rojizo, suelto sobre los hombros, brillaba bajo la tenue luz artificial. Había llegado a Valencia esa misma tarde, un viaje improvisado que había surgido apenas tres días antes. Desde que había comenzado su doble grado en Psicología y Criminología, Patricia siempre había sido meticulosa y metódica, cualidades que le habían permitido alcanzar una trayectoria impecable tanto en la carrera como en el máster. Su tesis doctoral, titulada *"La mente fragmentada: perfiles psicológicos de los asesinos en serie en España"*, había sido su obsesión durante los últimos dos años.

El billete de AVE que recibió, de la categoría más alta y con un precio que le había hecho arquear una ceja, dejaba claro que este encuentro era prioritario. Al llegar a la estación Joaquín Sorolla, la había recibido un coche negro con chofer que la llevó directamente al hotel. Durante el trayecto no le dijeron nada. Tenía que encontrarse con alguien de la universidad, ya que al parecer iban a ofrecerle ayuda con su tesis. Todo era extraño, pero confiaba en el profesor que la estaba acompañando con su doctorado.

Ahora, al observar la habitación, con sus muebles de diseño moderno y vistas al centro histórico de Valencia, no podía evitar preguntarse quién estaba financiando todo aquello. Lo más desconcertante era el nombre de la persona con la que iba a reunirse: Sergio Hernández. Por mucho que había intentado investigar, no había encontrado nada relevante sobre él. Un nombre tan genérico podía pertenecer a cualquier persona, y ni una sola búsqueda lo relacionaba con el campo de la psicología o la criminología.

Era una de las razones por las que se sentía intranquila. El profesor que le había recomendado que aprovechara esa oportunidad, el

doctor Eugenio López, era una figura respetada en la academia, y si él consideraba que esta reunión era importante para su investigación, tenía que confiar en su criterio. Pero la falta de información le resultaba irritante, casi tanto como el nudo de ansiedad que se le formaba en el estómago.

Patricia tomó una bufanda gris del respaldo de la silla, comprobó que llevaba todo lo necesario en su bolso y se colocó el abrigo. Al mirar por la ventana, vio que había empezado a amanecer. Las luces de las farolas seguían iluminadas. Había un aire frío y húmedo en el ambiente, algo habitual en esta época del año, y agradeció haber empacado ropa cálida. Cuando salió de la habitación, las preguntas comenzaron a agolparse de nuevo en su mente.

¿Quién era Sergio Hernández? ¿Por qué había tanto secretismo alrededor de este encuentro? Lo más inquietante era que ni siquiera sabía a dónde se dirigía. Nadie le había proporcionado una dirección concreta, solo le habían dicho que saliera del hotel a las ocho en punto y que alguien la recogería. Esa falta de información provocaba en ella el morderse el labio. Gracias a sus conocimientos sabía que eso era signo de intranquilidad y nervios. Pero no había nada que pudiese hacer para evitarlo.

Ajustándose la bufanda, Patricia cruzó el vestíbulo del hotel. Los suelos de mármol relucían bajo las arañas de cristal, y el personal la saludó con una amabilidad que solo incrementaba su sensación de extrañeza. Al salir al frío de la madrugada, un escalofrío recorrió su cuerpo. Apenas había gente en el exterior. Con el estómago revuelto y la mente llena de preguntas sin respuesta, esperó en la acera, consciente de que el siguiente paso podría cambiar el rumbo de su vida para siempre.

2

Mientras Patricia esperaba afuera, trató de rebuscar en su memoria a alguien que pudiese estar relacionado en todas las prácticas que hizo y todas las personas que conocía durante la carrera. Tanto

Sergio como Hernández eran nombres y apellidos comunes. El viaje de ida lo pasó rebuscando en diferentes directorios de los profesorados, sobre todo de las facultades de psicología y criminología de la Universidad de Valencia.

"Quizás trabaje más en el extranjero", pensaba Patricia mientras veía ir y venir a los coches y a los viandantes en esa calle cercana a la Plaza del Ayuntamiento. Había demasiadas posibilidades de cómo la iban a ayudar con su tesis. Tenía interés en viajar a Estados Unidos, sobre todo para investigar los casos que más le llamaban la atención. Ted Bundy, Jeffrey Dahmer, John Wayne Gacy Junior o Ed Kemper fueron su obsesión nada más entrar en la universidad.

Aunque lejos quedaban los años de instituto, seguía sintiendo ese estigma de que era rara porque le gustaban los casos de crímenes, así como todas las películas de ficción que involucraban a asesinos en serie. Siendo estudiante se encontró rodeada por personas "raras" Personas como ella. Personas que tenían las mismas inquietudes y aspiraciones. Miró el reloj por duodécima vez. Seguía siendo pronto, pero no quería llegar tarde a algo que podría ser importante.

"Siempre es mejor llegar pronto que tarde" era una frase que se repetía en su mente.

Los coches, tanto de particulares como taxis, iban para recoger a personas o las dejaban. Todo eso podía ser una broma pesada, pero poca gente sería capaz de ofrecerle estancia en un hotel de cuatro estrellas y un billete de tren para Valencia, todo de excelente calidad. Lo sentía como unas vacaciones, pero las pocas veces que estuvo ahí fue en verano. El mes de noviembre había rociado toda la península con fríos y heladas.

Un Mercedes-Maybach GLS despertó su atención cuando se presentó en la puerta y se acercó a ella. Ventanillas tintadas. Matricula nueva. Sin suciedad. Del asiento del conductor surgió un hombre, trajeado, alto. Le abrió la puerta trasera.

—Patricia, sube.

Se mantuvo clavada en el suelo como una lanza.

—¿Sois de la universidad?

Supo que no tenía que decir el nombre de "Sergio Hernández" Aunque estaba en un lugar seguro, lo extraño que era todo eso la había puesto en alerta. No sabía de coches, pero ese coche tenía pinta de ser caro. Demasiado caro.

—Sergio Hernández te espera. Supongo que Eugenio te ha dicho que estamos interesados en tu tesis.

—¿Sí? —dijo Patricia arqueando una ceja— ¿Dónde vamos?

—Sergio te contará. Entra, que tendrás frío.

Con un tímido "Gracias" se adentró en el lujoso vehículo. El hombre que estaba sentado al lado, pese a tener algo de peso, llevaba su traje como un guante. Barba de tres días, mirada seria, al frente. Cuando el calor acunó el rostro helado de la mujer, el hombre la miró con ojos impasibles. Patricia había dejado mensajes, precavida, de dónde estaba y a dónde iba. Aunque todo había sido oficial y Eugenio era alguien que conocía todo, le seguía pareciendo demasiado extraño ese asunto.

—Patricia, soy Sergio Hernández.

El hombre adelantó su mano y ella hizo un gesto recíproco en un saludo en el que notó su fuerza y su confianza en sí mismo. Su mano era grande, ruda. Fue un apretón que denotaba que no había que enfurecer a ese hombre.

—Lamento todo el sobresalto —dijo una vez terminado el saludo—, pero espero que te haya sido de agrado tanto el viaje en tren como el hotel.

—Puedo asegurar que es la primera vez que voy en primera clase o duermo en un hotel tan caro. Lo mejor es que me ha salido gratis.

Intentó reír pensando que era algo gracioso, pero su risa fue apenas un susurro. El hombre que le había abierto la puerta entró en el lugar del conductor y se puso el cinturón. Patricia miró con atención el interior del vehículo. Todo parecía nuevo, pulcro, delicado. Caro.

Ahora estaba en un Mercedes que seguro costaba más que todos los coches que había tenido su familia.

—El cinturón, Patricia —dijo el agente Hernández—. Mario, los documentos.

El agente Hernández cogió la gruesa carpeta del agente que supuso se llamaba Mario. Luego, sin ningún tipo de tapujos, dijo lo que había dentro.

—Son todo asesinatos. Todo esto te va a venir de perlas, ya que supongo que conocerás la existencia del monstruo del Mediterráneo.

—¿El monstruo del Mediterráneo? —dijo Patricia sintiendo el corazón cabalgar—. Está en un centro penitenciario, creo. Según salía en las noticias, acabó en…

—Así es. Oficialmente está preso. La realidad es que sigue en una de sus propiedades, bajo arresto domiciliario y vigilado las veinticuatro horas por agentes de la Interpol. No pudimos meterlo ni en la cárcel ni en ningún centro. Al parecer, demasiados secretos y fuerzas ocultas —Hernández bufó—. Tienes en tus manos todo aquello que recabamos acerca de los asesinatos, los secuestros y las torturas. Espero que no te resulten un poco escabrosos. Tanto las imágenes como las descripciones. Pero supongo que si quieres terminar tu tesis esto te sirva.

Patricia intentó buscar alguna palabra para decir. Aunque la tuviese el shock en el que se encontraba la impediría decir nada. El coche aceleró. Se alejaron para internarse en las calles de Valencia, mientras Patricia trataba de reformular todo lo que había pasado hasta el momento.

3

Mientras Mario conducía el coche, Patricia sintió la incomodidad como un millar de estacas. Interpol, el asesino en serie más famoso de España y dentro de un vehículo cuyo precio seguro que encajaba con alguien del servicio secreto. Una parte en ella estaba contenta: casi nadie había estudiado al monstruo del Levante.

Luis Valle-Mingueza, el asesino, pertenecía familias de nobleza. Estaba presenta en muchas conversaciones y publicaciones de la prensa rosa antes de descubrirse su verdadera naturaleza. Era un tipo guapo, encantador, con carisma. Y mucho dinero. Quizás demasiado.

El caso implicaba a niños mayormente. Durante ese año, cada mes se encontraban cuerpos de niños mutilados. Al principio la información era escasa, pero con cada filtración a la prensa los españoles comenzaron a tener miedo.

No era alguien que los mataba simplemente. Cortes, quemaduras o huesos rotos, entre otras cosas, crearon el mito de ese monstruo del Mediterráneo. Actuaba principalmente en el este de España, en aquellas costas que daban al mar.

Patricia no se acordaba de todas las víctimas, pero sabía que rondaban la veintena. Cataluña y Valencia eran las principales. Luego Murcia y algo de Andalucía. El momento en el que se descubrió que era él el asesino causó un revuelo, tanto a nivel nacional como internacional.

Ese hombre que era un roba corazones, liado cada dos por tres con diferentes figuras mediáticas, resultó ser una abominación de la naturaleza. Hubo sospechas de él, ya que se encontraron cadáveres en una de las propiedades que heredó de su padre, pero todo el mundo daba por hecho que alguien así era incapaz de cometer tal brutalidad.

Fue protegido por la policía en todo momento, ya que uno podía asegurar que toda España quería lincharlo. Patricia recordó que iba a pasar por diferentes centros penitenciarios, que sería evaluado psiquiátricamente y que permanecería vigilado en todo momento, en compañía de presos de confianza que no podrían hacerle daño.

Una vez todo terminó, el eco de sus asesinatos fue difuminándose. Artículos de periódico, podcasts o libros era lo único que quedaba de él. Nadie sabía exactamente dónde estaba, y tampoco había salido alguien que entrevistase a Valle-Mingueza.

Patricia estaba al tanto de todo, pero en ningún momento, tras la detención de Luis, se volvió a verlo en vivo. El monstruo pasó a ser un fantasma. Durante un buen tiempo fue comida de tertulias y programas especiales. Esa figura, apagada por el tiempo, estaba ahora avivada.

—¿Por qué no está en ninguna prisión? —dijo Patricia con la carpeta cerrada en sus manos—. Tendría que estar encerrado, ¿no? Todos lo vimos, todos…

—Todos fueron engañados. La Interpol y diferentes agencias, a la que nosotros pertenecemos, consideramos que era mejor tenerlo bajo vigilancia y doblegarnos a sus peticiones.

—¿Consideraron? La ley es la ley.

—Y los contactos son los contactos. Lo de "consideramos" es un eufemismo. Estaba involucrado en más actividades crimínales. En Tailandia, por ejemplo, conseguimos establecer un vínculo. Uno de sus yates, totalmente reformado para evitar conexiones, era usado para llevar niños a aguas internacionales. Los torturaban, violaban y mataban, para luego deshacerse de los cuerpos en el océano.

Patricia estaba haciendo la tesis sobre asesinos en serie, sobre crueldades, muerte y sufrimiento. Pero esos años lo había vivido todo de lejos, en tercera persona. Ahora se acercaba hacia ella como un tren sin frenos.

—En la carpeta no hay nada de eso, ya que no podemos obtener acceso a varios documentos. Están todos los asesinatos que hizo en España.

—Disculpe —dijo Patricia tragando saliva—. ¿A dónde vamos?

—Supongo que lo sabrás, y estás equivocada.

—¿No vamos a verlo?

—A él no —dijo Sergio girando el rostro hacia ella—. Vamos a hablar con una persona. Uno de los agentes que estuvieron en el caso… y que también fue víctima.

4

Patricia no pudo evitar arquear la ceja. Tenía demasiadas piezas para un puzle que, en un principio, era pequeño.

—¿Cómo que agente? El perfil de víctima de Valle-Mingueza eran los niños. Sé que algunos sobrevivieron, y las mujeres asesinadas fueron al final del caso. ¿Era un guardia civil?

—Era un agente. Terminemos ahí su definición dentro del marco de la ley —dijo Sergio—. León Santángel ayudó en la detención de Luis. Podríamos decir que fue él quien lo pilló.

—En las noticias no desvelaron nada.

—Lo que salía en las noticias o era información parcial o mentira.

—¿Quién es ese León?

—Trabajó conmigo y con Mario, aparte de otros agentes. Fue el primero en intuir que era Luis quién estaba detrás de todo esto.

—¿Salgo aquí en el archivo?

—Su nombre o está tachado o figuran sus iniciales. Lo demás es todo correcto —dijo Sergio mirando por la ventanilla —. Por desgracia… todo es correcto.

Patricia abrió la carpeta y comenzó a mirar los documentos mientras el coche avanzaba por las calles. Ella intentó no fijarse demasiado en las imágenes más impactantes. Debido a su paso por la universidad, sus trabajos de máster y doctorado, se había familiarizado con asesinatos y asuntos macabros, pero seguía siendo débil cuando se trataba de fotos de los niños que habían acabado siendo presa de aquel monstruo.

Todas las aberraciones cometidas eran completamente repulsivas. Las mujeres que fallecieron simplemente recibieron un tajo en la garganta o un disparo. Los niños no tuvieron tanta suerte. Pasó por las diferentes descripciones de los informes de los forenses.

Laceraciones, contusiones, quemaduras, heridas en ano o vagina, amputaciones, miembros rotos o pérdida de órganos eran los más

comunes físicamente. Luego pasó hasta los informes psiquiátricos de los supervivientes. Patricia tragó saliva. Nada de eso salía en las noticias.

"Gran parte de los menores están afectados por reviviscencias intrusivas de los eventos traumáticos, manifestadas en pesadillas recurrentes y episodios disociativos severos. Hipervigilancia constante, reacciones de sobresalto desproporcionadas y evitación persistente de estímulos asociados al trauma son síntomas predominantes."

Patricia cerró los ojos por un momento. Recordó su paso por la universidad y los casos que había estudiado, pero nada se acercaba a esta escala de horror. Siguió leyendo, incapaz de detenerse.

"En al menos tres casos, el contacto con imágenes de calzado militar o sonidos rítmicos similares a un metrónomo desencadenó episodios de pánico."

"Calzado militar. ¿Por qué?" La duda le pesaba en el pecho, pero no se detuvo. Pasó a la siguiente sección, donde los términos clínicos no lograban ocultar la crudeza de lo narrado.

"Diagnosticado Trastorno Disociativo de Identidad en dos menores, quienes presentan fragmentación de la identidad como mecanismo de defensa. Los estados alternos replican características del agresor, probablemente inducidos como parte de una estrategia de manipulación psicológica."

Los dedos de Patricia se crisparon sobre el papel. Intentaba no imaginarse a los niños, pero las imágenes llegaban inevitablemente, desgarradoras.

"Estados alternos replican características del agresor… ¿Cómo se llega a algo así?"

El siguiente párrafo no ofreció consuelo.

"La exposición repetida a un archivo de audio contenía una voz masculina recitando el poema *'Boots'* de Rudyard Kipling. La monotonía del ritmo y las palabras, repetidas en un bucle interminable, generaban alucinaciones auditivas persistentes.

Algunos menores asociaron el sonido del poema con los pasos del agresor, desencadenando reacciones de pánico."

Un poema. Un simple poema. No podía entender cómo algo tan aparentemente inocuo podía convertirse en un instrumento de terror.

"Un 30% de los menores desarrolló vínculos emocionales con el agresor, percibiéndolo como una figura protectora frente a los castigos. Justificaban sus acciones e incluso asumían la culpa por los eventos traumáticos."

"Mutismo Selectivo en cuatro menores. Se niegan a hablar sobre los eventos traumáticos. Presentan rigidez corporal y evasión visual en contextos médicos o legales."

Las descripciones eran frías, clínicamente precisas, pero Patricia podía imaginarse el terror que debían haber sufrido esos niños, el peso del silencio que ahora los ahogaba.

El informe se adentraba en los métodos utilizados. Cada línea parecía arrancarle un pedazo de alma.

"Privación sensorial prolongada y Desinformación deliberada: los menores eran manipulados psicológicamente mediante mentiras sobre sus familias, como grabaciones falsas con voces de familiares recreadas por inteligencia artificial, implorando ayuda o insultándolos. Por otra parte, los menores eran obligados a competir entre sí por recursos básicos como comida o agua. Esto reforzaba un estado de 'todos contra todos' y destruía cualquier noción de confianza mutua."

Se obligó a continuar, aunque cada palabra parecía pesar más que la anterior. Finalmente, llegó a una última nota.

"El único archivo de audio recuperado fue marcado como prueba clave. Contenía la voz Taylor Holmes recitando 'Boots' La intención parece ser similar al empleado por el ejército de Estados Unidos, con un efecto doble: inducir un estado de control psicológico y marcar la presencia del agresor como algo omnipresente."

Patricia cerró el informe con manos temblorosas. Se quedó mirando al vacío mientras el coche seguía avanzando. La imagen de esos

niños, sus mentes fracturadas y sus almas destrozadas, quedó grabada en su mente. No había nada en las noticias que hubiera preparado al mundo para algo así.

5

Patricia dejó de mirar los documentos y observó el exterior. Al parecer el coche ya estaba a las afueras, acelerando por una de las autovías. La presencia común de coches, el color del cielo o los carteles de anuncios parecían extraños. Esos documentos habían creado un microcosmos en su pensamiento. Un universo cruel. Demasiado cruel.

—Aquel que mata a sangre caliente no piensa —dijo Sergio con su mirada fija en Patricia—. No lo hace tras semanas o meses de preparación, y suele ser un acto sanguinolento. Valle-Mingueza tuvo mucho tiempo para pensar, y muchos recursos a su alcance.

Patricia dejó la boca medio abierta, intentando encontrar alguna palabra o pregunta que pudiese aclarar lo que estaba viviendo. Pese a todas las cuestiones sobre el caso, ahora solo tenía una.

—¿A dónde vamos?

—Te he dicho que hay un agente, un hombre que sobrevivió al encuentro. Fue torturado junto a los niños. Gracias a él atrapamos a Valle-Mingueza y salvamos a los niños —dijo Sergio—. No todos, pero sí algunos.

—¿Vamos a algún centro específico? ¿Un hospital? ¿Una casa? ¿A dónde…

—Al hospital de salud mental San Judas Tadeo. No figura en la lista de hospitales por una buena razón.

Las cejas de Patricia se arquearon.

—¿Cómo? —Patricia se cruzó de brazos —. Estoy aquí por la tesis, no voy a ningún hospital. Ahora mismo estoy teniendo dudas de todo esto, quizás vuelva atrás. Quizás no quiera hacer esto.

—Patricia Aguilera —dijo Sergio—. Me han dicho que has sido la mejor de la universidad, que tienes mucho potencial y muchas ganas. ¿No tienes interés en ser la primera persona que haga su tesis doctoral sobre el Monstruo del Mediterráneo?

—Está detenido, o dónde sea, pero yo no me acerco a él. Esto… —dijo Patricia mostrando los documentos—. He visto cosas escabrosas. Crueles. Terribles.

—¿Dantescas? Entonces encajaras bien con León.

—No voy a encajar bien con nadie, yo…

La mirada de Sergio se posó en ella.

—Si quieres volver, lo haremos. Haz tu tesis sobre alguna otra cosa. Quizás la tesis número treinta mil seiscientos sobre Jack el Destripador. Estudia tres años para unas oposiciones. Trabaja para el estado. Abúrrete. Quizás después de todo ese tiempo te preguntes si hubiese sido mejor quedarte aquí y convertirte en aquella persona que quieres ser y no en aquella que aborreces.

Patricia tenía que hablar. Tenía que decir todo lo que sentía, lo que pensaba. Tenía que decirle que, aunque todo parecía tener buena pinta, ella seguía siendo una estudiante. La oportunidad era excelente. Pero enfrentarse a algo de tal magnitud se le iba de las manos.

—En serio, no puedo. Tiene pinta de ser demasiado para mí.

—Dime, Patricia, ¿has visto casos?

—Sí, he estudiado…

—No. No estudiar. Estar presente en un caso. Verlo en primera persona. Ser una de los pocos que vivan algo que sea revolucionario. Quizás para salvar vidas.

—No voy a salvar vidas. Sólo es para hacer mi tesis. Valle-Mingueza estará detenido, aunque sea en una casa o lo que sea, ya no podrá hacer nada.

Hernández sacó su móvil del bolsillo, sin decir nada. Su dedo iba de aquí para allá por la pantalla, hasta que un sonido quebró el silencio.

Era una llamada, con una voz aguda, camuflada por helio.

"Este mensaje es para León Santángel y el agente Sergio Hernández…"

Una voz normal lanzó una pregunta.

"¿Quién es?"

"¿Yo? Nadie. Sólo quiero hacer saber que, después de todo, sacrificar esa torre fue lo mejor que hizo."

"Disculpe, por favor, esta línea no está para bromas, tiene…"

"¡No estoy para bromas!"

El grito asustó a Patricia.

"Hablen con el agente Sergio Hernández, del caso sobre Luis Valle-Mingueza. Díganle que lo mejor está aún por llegar."

El sonido paró.

—Esta grabación fue recibida el ocho de agosto, en Pontevedra — dijo Hernández, pulsando el botón de siguiente—. Esta en Badajoz.

"Urgencias, dígame."

"Tengo un problema" la voz ahora era grave "Quiero matar, pero no sé cómo."

"Estamos aquí para ayudarle, dígame…"

"No quiero ayuda. Quiero a León Santángel. Él es el que me puede ayudar. Por favor."

Los sollozos eran perturbadores, seguidos por unos gritos y unas risas.

"Va a ocurrir, me va a hacer que ocurra otra vez. Lo siento."

La llamada se cortó.

—Sabemos que alguien va a empezar a cometer crímenes. Quizás alguien que quiera emular a Luis, o alguien que lo quiera, o a saber.

—Pero si lo tenéis, no puede hacer nada.

—Él está bajo vigilancia. No ha hecho nada. Pero alguien en su nombre asesinó a una pareja cerca del Perelló, en Valencia.

6

Sergio sacó el móvil y comenzó a mover el dedo con cierta torpeza. Finalmente le mostró a Patricia las fotos. Dos cuerpos, uno ennegrecido y otro blanco, en el interior de lo que parecía ser un garaje. Patricia era totalmente incapaz de identificarlos. Notó dolor en el pecho y ganas de vomitar.

—Son los cadáveres de una pareja que estaba de vacaciones aquí, en Valencia. El último mensaje de voz que dejó por teléfono indicaba el sitio donde estarían "el ébano y el marfil" —Hernández guardó el móvil—. Encontramos una nota, un mensaje, diciendo que Valle-Mingueza quería ahora jugar con blancas, aparte de diferentes mensajes en las paredes.

Patricia indagó en el interior de su mente, intentando encontrar alguna noticia al respecto. Siempre estaba al tanto de cualquier tipo de crimen. Normalmente eran domésticos. Robos, homicidios o suicidios. Pero en ninguno de ellos estaban esos dos cuerpos. Algo tan escabrosos se hubiese hecho eco en los medios.

—Pero no ha salido nada en las noticias. Nada en redes sociales ni en…

—Nadie lo sabe. Está todo bien ocultado. Se ha hecho cree que fue un simple incendio. Estaban en un chalet apartado, lo que nos ayudó —Sergio se guardó el móvil—. Su hijo viene desde Inglaterra. Tenemos efectivos a los dos lados. En cuanto llegue al aeropuerto investigaremos lo ocurrido. Interrogación exhaustiva. Comprobar los datos. Aun así, sabemos que él no tiene nada que ver.

—¿Por?

—Nadie conoce a León Santángel. El hombre que consiguió arrestarlo ha desaparecido de todas las bases de datos que cualquiera pueda acceder. Hemos intentado preservar su identidad

en todo lo posible —Sergio se acomodó en el asiento—. ¿Sabías que Luis Valle-Mingueza jugaba al ajedrez?

Patricia conocía ese aspecto extraño de la clásica figura de la prensa rosa.

—Llegó a Gran Maestro, como su padre. Creo.

—Exacto. Sus primeros asesinatos no tenían nada relacionado. Es más, nada indicaba que fuese él. Hasta que León consiguió descubrir algo jugando contra él.

—¿Que descubrió?

—Tenemos como norma dejar a los agentes actuar por su propia cuenta. En ese momento León quizás lo tomó todo a su manera. Ninguno de nosotros sabíamos que estaba jugando partidas con él. Antes de detenerlo, la partida que jugó con él la pudimos ver yo y Mario —el conductor se mantuvo callado—. Sacó a Luis de su zona de confort. No sabíamos que León sabía jugar, pero consiguió ganarlo. No soy experto, pero el rostro de Luis cambió por completo.

—¿Cambió?

—Las sospechas sobre él incrementaron cuando empezaba a perder la calma. Algunos cadáveres estaban en sus propiedades, había relación con su padre y con ciertos contactos de Luis. Teníamos a gente en la mira. Sospechosos que se habían granjeado el derecho a que se dudase de su inocencia. Pero Valle-Mingueza, en esa partida, cambió su actitud por completo.

—Queda poco —dijo Mario—. Unos cinco minutos.

La mirada de Sergio penetró los ojos de Patricia.

—Al parecer León perdió todas las partidas. Era un novato, al menos era lo que Luis decía. Esa partida, cuando estaba rodeado de otras personas, la perdió contra León. Hubo una… discusión. A partir de entonces doblamos la vigilancia en Luis… hasta que León fue a por él.

—En las noticias no…

—Las noticias son todo mentira, Patricia —dijo Sergio mirando al frente—. La verdad fue que León descubrió todo, pero Luis lo atrapó en un edificio con más niños. Durante varios días lo torturo. Conseguimos encontrarlo gracias a León. Luego a León se les fue de las manos.

—¿Cómo que se le fue de las manos?

—Intentó asesinar a Valle-Mingueza varias veces. Incluso cuando lo teníamos detenido —dijo Sergio—. Luego se convirtió una amenaza para todos los agentes. Lo reducimos. Lo sedamos. Sigue siendo una posible amenaza, pero ahora lo necesitamos si vuelven a ocurrir más asesinatos relacionados con el caso.

—¿Cómo que una amenaza? —Patricia arqueó la ceja— No voy a arriesgar mi vida.

—Al revés. Tú serás la que se encargue de que León no ponga en peligro otras vidas.

Capítulo 3 – Control del centro

1

El coche avanzaba por una carretera secundaria, bordeada por cipreses y pequeños arbustos, mientras Patricia miraba por la ventanilla, observando cómo el paisaje se transformaba. Se desplegaron ante ella amplios terrenos y colinas. La atmósfera se volvía extrañamente tranquila. Casi pastoral. Era un contraste con el contenido de las carpetas que sostenía en su regazo.

El cartel desgastado en la entrada de un camino anunciaba su destino: Hospital Psiquiátrico San Judas Tadeo. Patricia pudo ver un cartel que ponía algo parecido a "Entrada restringida" No era especialista en centros dedicados exclusivamente a psiquiatría, pero sabía que los llamados "manicomios" desaparecieron en los años ochenta. Era por eso que la existencia de ese centro la extrañaba por completo.

Mario giró el volante y condujo por una carretera bien cuidada, flanqueada por setos perfectamente podados. A lo lejos, Patricia pudo distinguir el edificio principal. Era sorprendentemente bonito, un conjunto de fachadas blancas y modernas, con grandes ventanales que reflejaban un cielo que comenzaba a despertar.

Los jardines que lo rodeaban estaban impecables, llenos de flores y bancos de hierro forjado. Si no fuera por las altas vallas metálicas y las cámaras de seguridad visibles en cada esquina, podría haber pasado por una residencia de lujo o un complejo de oficinas modernas.

—No parece un hospital psiquiátrico —comentó Patricia, rompiendo el silencio—. ¿Nadie conoce este sitio?

—Sólo los que deben —dijo Sergio desde el asiento trasero, con un tono ácido—. Intentamos tratar a diferentes tipos de pacientes. Todos ellos tienen que ver con informes clasificados. Así que no te asustes por la seguridad.

Mario desaceleró al llegar al portón de entrada. Una caseta de vigilancia se alzaba a un lado, y un guardia uniformado salió para inspeccionarlos. Llevaba un chaleco antibalas, lo que no pasó desapercibido para Patricia.

"No me tengo que asustar" pensó Patricia "Pero… ¿un chaleco antibalas?"

Mario bajó la ventanilla.

—Interpol —dijo, mostrando una identificación con un movimiento rápido y preciso—. Están conmigo el agente Hernández y un consultor.

El guardia examinó el documento y miró el interior del coche. Su expresión se endureció al encontrarse con Sergio y luego con Patricia, pero no dijo nada. Simplemente asintió. Tras una señal a una caseta, la barrerá se levantó.

—Bienvenidos al San Judas.

El coche avanzó lentamente por un camino asfaltado que los llevaba hacia la entrada principal. Patricia notó más detalles: más cámaras y más guardias. Uno de ellos llevaba un perro. Un pastor alemán grande, imponente. Mario aparcó frente a la entrada principal, donde un cartel discreto de metal grabado anunciaba el nombre del hospital.

El grupo descendió del vehículo en silencio. No hacía un frío excesivo, pero Patricia se ajustó la chaqueta. Un ligero escalofrío recorrió su cuerpo. Pensó que más que la temperatura era la presencia de ese enorme edificio que, dada la legislación actual, no debería de existir.

Unas puertas automáticas se abrieron con un leve susurro, revelando un vestíbulo amplio y bien iluminado. Acompañada por los dos agentes, Patricia se adentró con timidez. Los suelos eran de mármol pulido, y las paredes estaban decoradas con cuadros abstractos de colores plácidos de azul y verde.

Una recepción con un mostrador de madera oscura ocupaba el centro, y detrás de ella una enfermera vestida de blanco los miró

con curiosidad.

—Buenas noches —dijo Sergio, adelantándose—. Venimos a ver al doctor Escalonilla. Soy el agente Hernández.

La enfermera consultó una pantalla y asintió con profesionalismo.

—El doctor le espera. Quiere hablar con usted solo. Tomen asiento, por favor.

Señaló un pequeño grupo de sillones junto a una mesa baja. Sergio, sin mirar a los demás, se internó por una de las puertas. Mario acompañó a Patricia y ambos se sentaron en los sillones. Por uno de los pasillos vio a un guardia. No llevaba chaleco, pero medir metro noventa y estar completamente musculado parecía gritar que no era un centro de la seguridad social donde los internos tenían una depresión leve.

—Tranquila —dijo Mario—. La seguridad aquí no es para los que quieren salir.

Patricia arqueó la ceja.

—¿Cómo?

—Nada. Tonterías —dijo Mario recostándose en el sillón—. Yo me relajaría un poco aquí. Se está muy bien. Hoy tiene pinta de ser un día largo.

2

Escalonilla, sentado en su oficina, tenía la mirada perdida en un punto indefinido de la estantería frente a él mientras su mente viajaba a territorios oscuros, donde las decisiones que había tomado lo encadenaban a una relación insostenible con el hombre de la máscara y León. Ahora tenía que esconder sus actos. Ocultar su preocupación y su miedo. Sabía que Sergio no era idiota.

La puerta se abrió de golpe. Sergio, con su presencia imponente y casual, entró cerrando la puerta. Se sentó en una silla en frente del escritorio. Parecía más el dueño que un agente.

—Creo que sigue habiendo demasiados libros—dijo Sergio mientras miraba alrededor—. Yo pondría al menos una tele.

Escalonilla lo observó con desaprobación, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Deberías haber llamado antes de entrar, Hernández. La recepcionista está para avisarme, no para decidir quién entra sin permiso.

Sergio encogió los hombros con despreocupación.

—La recepcionista ya le habrá dicho que estoy aquí. Yo no necesito anunciarme dos veces. Hemos hablado de todo al respecto durante muchos días.

—Y durante muchos días he estado pensando —respondió Escalonilla, tensando la mandíbula—. Me estas poniendo en un aprieto. Además, algo de educación te vendría bien.

Sergio lo miró, una media sonrisa asomando en su rostro.

—Lo que vamos a hablar no necesita educación, doctor.

La frialdad en su tono logró lo que había buscado: hacer que Escalonilla se recostara en su silla con una exhalación contenida.

—Has visto los últimos, ¿no? La pareja calcinada en Valencia.

—La relación con Valle-Mingueza, y con León, es ínfima.

—Pero la hay.

—Además, no tengo ningún tipo de información respecto a Valle-Mingueza. Por mí puede estar muerto.

—Por mí estaría muerto, pero no. Sigue encerrado —Sergio apoyó un codo en el brazo de la silla—. Uno no debe de morder la mano que le da de comer, ¿sabe? Gracias a la Interpol, gracias a mí, tú estás ahora en esta posición. Así que espero que reconsidere su respuesta respecto a León. Valle-Mingueza debe soltar más información, y con las llamadas y los asesinatos sabemos que el avispero se está meneando demasiado.

—Valle-Mingueza debe ser torturado para que suelte más cosas. Espero que no le estéis dando nada relacionado con la vida personal de León. Me ha contado su extraña obsesión con él.

—Curioso que diga eso, doctor. Uno de los suyos ha reportado que se hicieron tres fotocopias de documentos sobre León en las últimas semanas.

Escalonilla no pestañeó.

—Agente Hernández, aquí trabajan más doctores que tratan con León. Quizás debería hablar con ellos.

—Tranquilo. Me preocupo por él. Yo estoy para cuidar de León. Como usted —dijo Sergio con una amplia sonrisa—. No olvide eso.

—Precisamente por eso no quiero que salga —dijo Escalonilla, tajante—. No es estable, Hernández. Las terapias lo están llevando al límite, y lo último que necesita es enfrentarse a las barbaridades que puedan ocurrir ahí fuera.

—Algo grande se avecina, doctor. Y si León no sale de su escondite, podríamos lamentarlo.

—Pues saquen a Valle-Mingueza de su escondite. Que sea él el que les lleve de la mano para resolver todo—replicó Escalonilla con firmeza—. Encuentren a otro agente. Hay más personas capacitadas para manejar esto sin que el resultado sea un desastre.

—¿Otro agente? —Sergio rio con sarcasmo—. Nadie es tan inteligente como él.

Escalonilla apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia Sergio.

—Tú y yo sabemos que es inteligente, pero hay muchos más cómo él en la agencia. Es más, habrá un centenar más inteligente con él. No es su inteligencia lo que buscas, Hernández. Es su relación con Valle-Mingueza, y eso es precisamente lo que lo convierte en una bomba de relojería.

Sergio no respondió de inmediato. En cambio, cambió de estrategia.

—No pedimos tanto. Solo una conversación con él. Tengo a Patricia conmigo, una estudiante de doctorado.

Escalonilla alzó una ceja.

—Ya. Dada tu tendencia a la manipulación, me apuesto lo que sea que tiene el pelo rojizo.

La pregunta hizo que Sergio guardara silencio, su mirada desviándose momentáneamente hacia la estantería tras el doctor.

—Siguen faltando cosas. ¿Algo de música? Yo pondría alguna radio, este sitio se ve deprimente.

—Sergio. El color de pelo de una mujer no será suficiente para que León no pierda la cabeza —añadió Escalonilla, sin ocultar su preocupación—. En este mundo existen más cosas que puede que hundan más a León que cosas que puedan calmarlo y sanarlo.

—La suerte favorece a los valientes, doctor. Si de alguna forma está involucrado, puede estar seguro de que se va a repetir lo mismo. ¿Quiere ver a niños torturados?

—No.

—¿Descuartizados? ¿Traumatizados? ¿Con amputaciones y…?

—Basta.

El silencio se instaló en la habitación durante unos segundos. Finalmente, Escalonilla apretó el botón del interfono que conectaba con recepción.

—Dígale a la señorita Patricia que pase, por favor.

3

La puerta se abrió un poco. Patricia sacó la cabeza, oteando el interior con timidez.

—Pasa —dijo Escalonilla—. Entra y siéntate aquí.

La puerta se abrió por completo y ella apareció en el umbral, sus ojos recorriendo las múltiples estanterías que recorrían la oficina. Estaba acostumbrada a la paupérrima oficina de una clínica pública, donde podías considerarte afortunado de tener un armario, una

cajonera o, incluso, alguna planta. En contraste, esa oficina era como el coche, pensó Patricia. Demasiado caro.

—Buenas noches, doctor Escalonilla —dijo, acercándose con pasos medidos—. Muchas gracias por… no sé. ¿Por aceptarnos?

Escalonilla, con una sonrisa, se levantó de su silla con una cortesía, extendiendo la mano mostrando uno de los sillones próximos a la mesa.

—Tranquila, Patricia. Bienvenida. Por favor, toma asiento.

Patricia asintió y ocupó la silla frente al escritorio, lanzando una mirada rápida a Sergio, que seguía recostado en su silla como si todo esto le aburriera profundamente. Escalonilla volvió a sentarse, cruzando las manos sobre la mesa, sus ojos evaluándola con discreción.

—Es un placer tenerte aquí. Hernández me ha hablado un poco de ti, aunque confieso que no esperaba recibir a alguien tan joven —preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante—. ¿Cuándo acabaste los estudios?

Patricia se acomodó en su silla. Pese a la acogedora bienvenida y la reconfortante sonrisa del doctor, todo seguía siendo incómodo.

—Hace unos años.

—Y dime, ¿cuánto tiempo llevas interesada en la criminología?

—Pues… ¿desde el instituto? Mi interés comenzó con la psicología. Antes de la carrera me fascinó cómo la mente criminal podía analizarse y cómo ciertos patrones de comportamiento se repetían en casos extremos. Entonces ahí pensé en hacer el doble grado. Quizás sea algo rarita.

Escalonilla asintió lentamente con una sonrisa, sus dedos tamborileando sobre la mesa.

—Todos somos raritos aquí. ¿Y qué asignaturas te gustaron más durante la formación?

—Psicología criminal, sin duda —respondió Patricia, con un atisbo de entusiasmo en su voz—. También disfruté estudiando victimología y

los aspectos legales de la investigación. Pero lo que más me atrajo fue entender los contextos sociales y emocionales que llevan a alguien a cometer ciertos actos. Me parece crucial para abordar cualquier caso.

—Interesante enfoque —comentó Escalonilla, mirando fugazmente a Sergio antes de volver a Patricia—. ¿Y ha participado en algún caso importante hasta ahora?

Patricia dudó un instante, no porque no supiera qué responder, sino porque sentía que la respuesta no iba a impresionar. Sergio se mantuvo en silencio.

—No, doctor. Aún no. Estoy aquí por mi doctorado. Creo. En un principio esto iba a ser algo… ¿normal?

—Parece que tienes muchas dudas —Escalonilla sonrió cambiando su mirada hacia ella—. Supongo que te habrán informado de todo esto antes de que decidieras venir. Es algo importante en lo que estamos metidos.

Patricia tardó en responder. Miró a Sergio como el niño mira a la madre esperando su aprobación. O temiendo su castigo. Al final negó con la cabeza, y la expresión de Escalonilla se endureció ligeramente. Miró a Patricia con algo que parecía mezcla de simpatía y reproche, y luego giró su atención hacia Sergio.

—Hernández, tengo una pregunta.

Sergio levantó la cabeza, arqueando una ceja, pero no se movió de su asiento. Escalonilla, sin levantarse, lo miró fijamente, su tono ahora más frío.

—¿Le has contado todo? —dijo el doctor, su voz cargada de una calma peligrosa—. Tiene que saber todo de antemano. ¿La has traído aquí por el pelo, nada más? ¿Otro conejillo de indias?

—Doctor —dijo Sergio—. Necesitamos a alguien con nos ayude con el caso, y con León.

—El color de pelo no va a dictaminar qué le ocurre a León.

—Disculpen —intervino Patricia—. ¿El color de pelo?

—Necesitamos ya a León —dijo Sergio poniéndose recto y serio—. Tenemos que sacarlo de aquí, que se espabile, deje de tomar tantas drogas y que nos ayude. Valle-Mingueza va a atacar de nuevo y tenemos que pararle.

—Podía ir yo, en vez de esta chiquilla.

—No soy una chiquilla.

Las palabras de Patricia no provocaron respuesta alguna.

—Simplemente estará con León —dijo Sergio sin mirar a Patricia—. Será la encargada de darle el tratamiento que necesite mientras está en el campo de batalla.

—León no tiene fuerzas.

—Sólo quiero verlo. En su habitación, si quieres.

Escalonilla se recostó, masajeándose las sienes. Patricia alternaba miradas. Si todo era raro, el dato de que su pelo era importante la había trastocado por completo.

"¿Por ser rojizo?" se preguntó a sí misma "¿No estoy aquí por el doctorado?"

—Oigan —intervino Patricia—. Yo no vengo a resolver ningún caso ni ayudar a nadie. Estoy aquí por mi doctorado.

—Y lo estás —dijo Sergio clavando su mirada en ella—. Ahora el doctor Escalonilla decidirá si seguirás con el caso, para tener la mejor tesis de la historia, o si nos volvemos a casa para ver en las noticias como el Monstruo del Mediterráneo ha vuelto a la vida.

4

Los minutos que pasaron en silencio se hicieron horas en la mente de Patricia. Se sentía entre la espada y la pared, abocada a una situación intrigante y extraña. El Monstruo del Mediterráneo había copado los titulares y los reportajes. Incluso Netflix había hecho un documental sobre él. Pero el hecho de verlo de cerca era vertiginoso. Un abismo al que nadie querría asomarse.

—¿Entonces? —dijo Sergio con las manos entrelazadas—. Sabes que, de la misma manera que estás aquí por mí, puedo hacer que no estés.

—Lo sé. Y no me intimidas con tu actitud de matón.

Una breve sonrisa se dibujó en el rostro de Sergio.

—Conozco tu integridad. Por eso estás aquí. Solo nos va a ayudar. No lo voy a someter a ninguna presión.

—Como la última vez.

—Fue él quien se metió solo en la boca del lobo.

—Ya conocías su inestabilidad. Estuvo mucho tiempo en el caso, demasiados años dándole vueltas a alguien que se había convertido en un fantasma. En una pesadilla diurna.

—Ahora está encerrado.

—Seguramente ya sepa que no está encerrado de verdad. Sabrá dónde vive. Si dejo que salga al exterior, no te puedo asegurar que todo salga bien.

—Lo importante es que salga algo. No podemos permitirnos que vuelva a hacer de las suyas.

—Si es un imitador o un fan, lo podréis atrapar fácilmente.

—¿Estás seguro de que todo es fácil con Valle-Mingueza?

Escalonilla resopló. Luego, lanzó una mirada a Patricia.

—¿Tienes experiencia con pacientes?

—Algo.

El doctor y Sergio intercambiaron miradas.

—Al menos podías haber cogido a alguien con más experiencia.

—Ella es la idónea.

Patricia cortó la conversación.

—Creo que nadie me está contando la verdad. ¿Qué demonios tiene que ver el color de mi pelo?

—Tonterías —dijo Sergio, poniendo las manos en los reposabrazos—. Vamos a verlo ya.

—No he decidido nada todavía.

—Yo sí. No tenemos todo el tiempo del mundo.

—¿Puedo hablar con ella?

—Claro.

—A solas.

Las dos miradas se posaron en Patricia.

—Convéncelo —dijo Sergio—. Si no lo haces, puedes contarte como cómplice en la masacre que está por venir.

Mientras Sergio se marchaba, los ojos de Patricia se posaron en el suelo. Las palabras pesaban una tonelada. Seguía sintiéndose mareada por toda la situación, por cómo todo se había desenvuelto. En ese momento, aprendió a preguntar bien antes de meterse en nada.

—¿Patricia?

Ella alzó los ojos.

—Sé que todo esto te será confuso —dijo el doctor—. Estoy seguro de que no te ha avisado ni te ha dicho todo lo que está en juego. Yo no sé mucho del caso o de lo que va a ocurrir. Supongo que te ha enseñado las fotos de los cadáveres.

Patricia afirmó con la cabeza.

—¿Y te ha dado el expediente de lo ocurrido con León y Valle-Mingueza?

—Sí. Lo estaba leyendo en el coche.

—Hay una cosa que no está ahí —Escalonilla se inclinó hacia adelante—. León puede… puede cambiar mucho de actitud de un momento para otro. Sobre todo, con estímulos nerviosos.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Patricia, su voz apenas un murmullo.

Escalonilla suspiró y se pasó una mano por el rostro, como si buscara las palabras adecuadas.

—León sufre un trastorno de estrés postraumático severo combinado con episodios de desregulación emocional. Es un campo minado. Un simple sonido, una palabra o incluso un gesto puede desencadenar una reacción impredecible.

Patricia frunció el ceño, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—¿Qué tipo de reacciones?

—Desde ataques de ira incontrolable hasta episodios de desconexión total. Puede volverse frío, distante, como si estuviera encerrado en su propia mente. O, en el peor de los casos, agresivo —Escalonilla suspiró—. Sobre lo que te he dicho de que no todo está en el informe… León intentó asesinar a Valle-Mingueza. Estaba en custodia, León había sido rescatado. Estaba en un estado pésimo, lo tuvimos con tranquilizantes… De algún modo fue capaz de encontrarse con Valle-Mingueza.

Patricia tragó saliva.

—No consiguió matarlo. Es más, creo que no quería matarlo. Lo desfiguró a mordiscos. También le fracturó algunos huesos. Valle-Mingueza, aunque merecía morir, sobrevivió tras un mes hospitalizado. Aquí, precisamente.

Escalonilla y Patricia compartieron un momento de silencio.

—También muestra signos de paranoia, probablemente exacerbados por el tiempo que pasó en confinamiento y por su tiempo como agente. Su trabajo le requiere no confiar en nadie. Pensar en todas las posibilidades.

—¿Es capaz de razonar en estos momentos? —preguntó Patricia, tratando de mantener su voz firme—. Si lo vemos ahora… ¿Se comportará?

—Creo que sí. No lo sé seguro, sobre todo por la presencia de Sergio —Escalonilla se reclinó—. Más allá de su inteligencia, tiene una empatía aguda. Consigue meterse en la mente de cualquiera. A

veces parece que es capaz de leer la mente de las personas. Si va a estar afuera, tendré que rebajar las dosis, para que esté despierto.

—¿Y la terapia? ¿Está funcionando?

Escalonilla se cruzó de brazos y miró hacia la ventana.

—Es difícil decirlo. Hay avances, pero también retrocesos constantes. Lo que sí sé es que no está preparado para enfrentar el mundo exterior. Y, sinceramente, dudo que lo esté alguna vez. Pero la situación…

El silencio se instaló en la habitación. Patricia sentía que cada nueva pieza de información la hundía más en un terreno que apenas comenzaba a entender.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó, aunque no estaba segura de querer escuchar la respuesta.

Escalonilla la miró con seriedad.

—He visto su informe, conozco parte de su pasado y he hablado mucho tiempo con él. Aun así, nunca sabremos qué es lo que le pasa dentro de la cabeza —miró a la puerta—. Vamos a visitarlo. Así podrás tomar una buena decisión.

5

Cuando salieron los dos, el doctor Escalonilla avanzó con rapidez, sin decir nada. Patricia se quería para con la intención de hablar con Sergio, pero este siguió al doctor con el mismo paso rápido. Quería llamarle la atención, pero lo único que pudo hacer fue seguirlos por pasillos revestidos de blanco y azul.

Una vez pasaron al lado de un guardia, el cual saludó al doctor, llegaron a la mitad de un pasillo. Patricia no sabía de dónde venía el sonido de pájaros, pero esa música parecía aleviar la tensión que atenazaba su garganta.

—Esperad aquí.

Patricia y el agente Hernández se quedaron afuera de la habitación de León mientras el doctor Escalonilla llamó con cuidado a la puerta y entró despacio. Una voz del interior dijo un:

—Adelante.

Acto seguido, el doctor abrió la puerta.

—¿Cómo estás?

León estaba de espaldas a ellos, sentado en una mesa iluminada por el sol que se filtraba por una ventana con las cortinas descorridas. El resto de la habitación era pequeña, pero suficiente para tener, además del mencionado escritorio, una cama y dos estanterías con libros.

—Puedes decirle a Sergio que pase —dijo cerrando la libreta en la que escribía—. Es tarde para que se haga el tímido.

Antes de que el doctor Escalonilla dejase pasar a Hernández, este se adentró bruscamente. Patricia permaneció cerca del umbral.

—León, cuánto tiempo. Espero que me recuerdes.

El hombre se levantó de la silla para mirar a Sergio. Llevaba ropa de hospital limpia, de colores verdes suaves. Un poco de barba y su rostro calmado, algo delgado y con muchas ojeras, parecía gritar fragilidad en todo momento. Era alguien que parecía ser relativamente débil.

—Te recuerdo demasiado, Sergio.

—Eso está bien. ¿Cómo sabías que era yo?

—Siempre has necesitado explicaciones. Ahora las necesito yo. ¿Qué quieres?

—Puede que vuelva Valle-Mingueza.

León tuvo un breve tic en su ojo derecho.

—Yo ya hice todo lo posible con ese desgraciado. El resto quedaba a disposición tuya y de tus superiores. Así que te sugiero que te vayas de aquí. Yo no soy quien ha permitido que esté en una mansión

disfrutando de la vida mientras hay niños que siguen con traumas peores a los míos. O muertos. O padres llevados al suicidio, o…

Comenzó a respirar con rapidez.

—Están bien cuidados los que sobrevivieron.

—Por mucho que cures una cicatriz, sigue siendo cicatriz.

—León —intervino el doctor—. Les he dicho que podían hablar contigo un rato.

—Que entre la segunda persona, ¿no? ¿Mario?

Patricia se dio por aludida. El doctor la invitó a pasar.

—Patricia, pasa.

La chica cruzó el umbral, saludando tímidamente con la mano.

—Vaya —dijo León mirando a Sergio—. Hasta has encontrado una con el mismo pelo.

—Te hará sentir mejor.

León bufó.

—Lo que te sobra en músculo te falta en intelecto. Eso no va a cambiar las cosas.

—Ella estará encargada de supervisarte.

—Ella no estará encargada de nada —aunque su cabeza giró hacia Patricia, la mirada de León se clavó en el suelo—. Huye mientras puedas. Sergio se rodea de gente que suda gasolina. Y a él le gusta mucho jugar con cerillas.

Sergio paseó por la habitación, sin hacerle caso.

—Lamento la interrupción —dijo Patricia con voz suave—. He terminado el doble grado de psicología y criminología, Sergio me ha pedido que…

—Sergio te está usando. Como a mí.

León miró al agente, que sacaba los libros de las estanterías para colocarlos en diferentes posiciones.

—Diles que se vayan.

—León —dijo Escalonillas—, sólo escucha lo que dicen. Creemos que Valle-Mingueza puede estar en activo.

—Recuerdo vívidamente el estado en el que lo dejé. Esté donde esté, supongo que estará vigilado. Tendría que estar en la cárcel. O en el cementerio. Seguramente en el peor infierno que cualquier mente perturbada como la suya pudiese imaginar.

—Como tú —dijo Hernández acercándose a su escritorio, rozando la libreta—. Lo que le hiciste estuvo mal. Muy mal.

—Tratándose de ese engendro, la ética y la moral que conocemos no sirven. Además, no eres quién para hablar acerca de qué es bueno y qué es malo.

Sergio movió el cuaderno un par de centímetros para luego intentar abrirla. León se acercó para apartar la libreta.

—Sé lo que intentas. Deja de tocar mis cosas.

—Vale —Sergio sonrió—. ¿Puedo sentarme en la cama?

—No me toques las narices.

El agente esbozó una sonrisa, y el doctor se acercó.

—Te lo he advertido, Sergio.

—Por cierto, León, ¿hay perros aquí?

El hombre sufrió otro tic.

—Seguro que los hay. He oído un ladrido antes.

—Cuido de ellos. Y cállate.

—Sería un bajón que les pasase algo.

—Sergio —intervino el doctor—, para ya.

—¿Tienes alguno favorito? ¿Algún cachorro? Si fuese un cachorro, le arrancaría las tripas. Le sacaría los ojos. Le cortaría primero una pata, luego la otra, hasta que se convirtiese en un muñón sangrante.

León se lanzó a por él, pero el agente, con quince centímetros y cuarenta kilos de músculo de más, pudo con él.

—Vamos, León, tú puedes. ¡Pégame!

—¡Te mataré!

Los dos forcejearon, siendo Sergio el que llevaba las de ganar, pero eso no reducía la mirada asesina de León. Las piernas de Patricia la llevaron cerca de ellos de forma instintiva.

—¡Parad! —los dos dejaron de forcejear—. Deja ya de molestarle. No se lo merece.

Se separaron más de tres metros. León se resguardo cerca de una de las estanterías.

—Para esto te he traído, Patricia. Para que me ayudes a que se controle.

—Estaba controlado. Has sido tú quien lo agita.

—No es un niño.

Patricia se acercó con cuidado. La mano derecha de León se abría y se cerraba.

—¿Estás bien?

El silencio revoloteó en la sala unos minutos, hasta que Sergio lo rompió.

—Te tienes que aburrir aquí. ¿Te acuerdas de cuando estabas con Luis?

—Sí. Y al menos ahora no estoy en un pozo cubierto en sangre de niños.

—¿Cómo te sentiste cuando lo atrapamos? ¿Te acuerdas a qué olía todo?

León suspiró.

—¿Crees que el placer de detenerlo otra vez sobrepasa mi sufrimiento?

—Entonces piensas que es él de verdad.

—Cualquier cosa relacionada con él lo involucra al cien por cien.

—Fíjate —dijo Sergio con una sonrisa burlona—. Sin quererlo nos estás ayudando.

—Cualquier mentecato, incluso Mario, sabría eso. No quiero saber nada más.

—Yo creo que sí quieres, León. Estás hecho para esto.

Se irguió.

—Tú no estuviste dos días atrapado en ese pozo con un niño y con cadáveres.

—Yo también he visto cosas igual de terribles. Pero no me quejo. Porque todo lo que sufro, no lo sufrirán otros. Y ahora Valle-Mingueza está a punto de volver.

—¿Cómo lo va a hacer, entonces? Está en su mansión. A menos que le dejéis irse de vacaciones, no puede hacer nada. Aunque no me extrañaría que lo esté pasando mejor que antes.

—Tiene a alguien afuera. Nos ha mandado mensajes.

—Supongo que os habrá dado información exclusiva; si no, sería algún chalado más.

—También hay cuerpos. Dos ancianos, calcinados. Uno, ennegrecido. La mujer estaba cubierta de polvo blanco, seguramente cal viva. Ambos eran británicos que tenían aquí su casa.

León sufrió otro tic, ahora en el lado izquierdo de la boca.

—Puto ajedrez.

—Estás atando cabos. Te gusta esto—dijo Sergio aproximándose—. Valle-Mingueza va a volver. Va a querer jugar otra partida. Y necesitamos a nuestro mejor jugador.

—Yo…

Los ojos acuosos de León miraron a Patricia.

—Iré si tú me dices que vaya.

La chica volvió a notar las miradas clavarse en ella.

—Yo no soy quién para decidir, yo soy nueva, además, estaba para hacer un doctorado en…

—Y tendrás mejores cosas —dijo Sergio—. Escalonilla te ayudará con ello, te respaldará. Incluso te dejaremos escribir un libro sobre todo esto. Piensa en la fama.

—Ahora mismo no quiero pensar en nada.

—Patricia —dijo Escalonilla acercándose—. Hagas lo que hagas, te apoyaré en tu decisión. Yo te daré lo necesario.

—También tendrás un salario.

—Eso poco importa, Sergio —dijo el doctor—. Estarás segura en todo momento. Puede ser una oportunidad increíble.

—Patricia —dijo el agente—, tú puedes ayudarle. Estar con él. Este caso será fácil.

—Con Valle-Mingueza no lo fue —dijo León—. Tampoco quiero someter a alguien como ella a lo que pueda suceder.

—Ella estará contigo en todo momento.

León observó el suelo, atento. El silencio estaba acompañado del piar de los pájaros, afuera, cerca de un jardín amplio.

—Ahora sé que tengo que ir, ahora que habéis cargado en mí la culpa de lo que les pase a los inocentes que mueran por él. Sólo te aviso, Patricia: tú también sufrirás como yo. En cualquier momento puedes irte.

—No sé cómo fue el auténtico caso —dijo Patricia—. Pero si llegamos a tiempo, podemos evitar la muerte de más niños y…

Volvió a sufrir un par de tics. León cerró los ojos, respiró profundo y miró al doctor.

—Todo acabará mal, pero bueno… Antes de irme, tengo que hablar con usted, doctor. En privado.

Capítulo 4 – Jugadores en la sombra

1

La familia Valle-Mingueza provenía de la nobleza, además de poseer varias de las empresas más influyentes de España con proyección internacional. Su fortuna era inmensa, su linaje, intachable. Una de sus majestuosas mansiones se encontraba en el interior de la Comunidad Valenciana, lejos de cualquier otro signo de civilización. Su aislamiento no era casualidad; los terrenos que la rodeaban, vastos y extensos, pertenecían a Luis Valle-Mingueza, único heredero de una dinastía marcada por el poder y el lujo.

En su época de esplendor, Luis había sido un rostro habitual en tertulias y eventos de la alta sociedad, acosado por paparazis que captaban cada uno de sus movimientos. Pero la admiración se tornó en repudio cuando su secreto salió a la luz. Ahora, las entrevistas que antes le ofrecían con entusiasmo se convirtieron en interrogatorios velados, y su nombre dejó de brillar en la prensa rosa para convertirse en sinónimo de escándalo. Para España entera, estaba tras los muros de una prisión de máxima seguridad. Pero la verdad era muy distinta.

La mansión, que antaño había sido un símbolo de grandeza, yacía ahora en un estado de ruina melancólica. Sus jardines, una vez cuidados con esmero por jardineros expertos, estaban cubiertos de maleza y hierbajos, sus fuentes secas y resquebrajadas. Las piscinas, otrora cristalinas, eran ahora charcos oscuros, llenos de hojas podridas y moho flotante. La estructura del edificio, con más de seis pisos, aún se mantenía imponente, pero sus muros ya no reflejaban el esplendor del pasado, sino la decadencia de su único habitante.

El interior no se diferenciaba demasiado. La opulencia había dado paso a la negligencia y el abandono. Solo una habitación se mantenía ocupada, el único refugio de Luis Valle-Mingueza. Allí

pasaba sus días y noches, bajo una vigilancia constante, como un animal enjaulado. Su mobiliario era escaso: un viejo armario desvencijado, una cama doble con dosel cuyo terciopelo estaba cubierto de polvo y telarañas, y una pequeña mesa de madera astillada. Las ventanas habían sido tapiadas, permitiendo solo que unos tenues y escasos hilos de luz se filtraran a través de las grietas.

El aire era pesado, irrespirable. Un hedor penetrante se aferraba a las paredes, una mezcla de humedad, sudor y algo aún más fétido. En un rincón, oculto de las escasas luces que se colaban, un cúmulo de heces y orina formaba una masa pegajosa, mezclada con pequeños fragmentos de piezas de ajedrez esparcidos sin orden. La ventilación era casi nula, atrapando la pestilencia en cada rincón de la habitación, convirtiéndola en un ataúd viviente.

Luis estaba de pie, completamente desnudo. Sus ojos cerrados, su pecho subiendo y bajando con lentitud, como si inhalara la podredumbre con placer. Su cuerpo, antes esculpido y admirado, ahora era un espectáculo grotesco de cicatrices y heridas mal curadas. Su rostro, deformado por antiguas laceraciones, exhibía un labio caído, una mejilla surcada por cicatrices, un párpado que apenas se sostenía. Su piel, antaño tersa y bronceada, tenía ahora un tono enfermizo, y su barba crecida le daba un aire salvaje. Su cabello, enmarañado y grasiento, colgaba en mechones apelmazados, testigo del tiempo sin cuidados ni higiene.

Abrió los ojos de golpe. Un ruido leve, casi imperceptible, despertó su atención. Su instinto estaba afilado después de tanto tiempo en esa prisión sin rejas. Cruzó las manos a la espalda, adoptando una postura firme, como si aún tuviera el control de algo. Sus ojos se desviaron un instante hacia su rincón de inmundicia, observándolo con orgullo, como si fuese un monumento a su resistencia. Luego, volvió la mirada hacia la puerta, expectante.

Había aprendido a reconocer los sonidos de la mansión. Sabía distinguir los pasos de sus carceleros, los crujidos en la madera, el ritmo de las llaves al girar. Sabía cuándo iban a entrar, y cuándo no.

Y ahora, sonrió con esa mueca distorsionada, porque era la hora de disfrutar un poco.

2

La puerta se abrió con un chirrido prolongado. Un hombre de traje negro entró con paso firme, su rostro serio y su cabeza completamente rapada. Sin mediar palabra, encendió la luz, inundando la habitación con una claridad cegadora. Luis gruñó y se tapó la cara con una mueca de fastidio.

—Ya sabes que no tengo bien los párpados —murmuró con voz áspera.

—Tenemos que hacerlo deprisa, solo tenemos quince minutos —respondió el hombre, sin el más mínimo rastro de simpatía.

Sus ojos recorrieron la habitación, evaluando las cámaras instaladas en cada rincón. Cuando su mirada se posó en el cúmulo de inmundicia en la esquina, su rostro se crispó por un instante antes de volver a su expresión impenetrable.

—Tenemos que volver a ventilar esto. Y limpiarlo.

—Lo quiero así —Luis parpadeó, acostumbrándose a la luz—. Si no, os quedaréis sin saber en qué lugar de Tailandia hay uno de nuestros "parques infantiles".

El agente no reaccionó ante la amenaza. Sin inmutarse, sacó su móvil y lo desbloqueó con un par de gestos precisos.

—Tengo unos videos. Puedes verlos un rato.

Luis, aún desnudo, avanzó con lentitud hasta situarse junto a él. Su piel pálida y enfermiza contrastaba con la pulcritud del traje negro del agente.

—Eres mi agente favorito, Agente K16. ¿O prefieres tu nombre completo, Antonio Serra Cruz?

—No sueltes mi nombre así como así —dijo con desdén—. Son videos de la terapia.

La pantalla iluminó la penumbra. En ella, León aparecía inmovilizado en una camilla, sometido a una brutal terapia electroconvulsiva. Sus músculos se contraían violentamente con cada descarga. Sin sonido, solo los espasmos, la agonía dibujada en su rostro. Lágrimas resbalaban por sus mejillas. El agente sostenía el móvil con indiferencia burocrática. Cuando León iba a recibir una segunda descarga, apartó el teléfono.

—¡Eh! —protestó Luis—. Me estaba divirtiendo.

El agente bajó la vista y arqueó una ceja.

—Estás empalmado.

Luis no respondió. Su respiración se había acelerado.

—Me importa una mierda lo que tú o tus amigos hagáis, pero si ya es desagradable estar aquí, tener a un tío con una erección viendo cómo a otro le entran ataques epilépticos es otra cosa.

—Imbécil. No son ataques epilépticos. Mi amor está sufriendo, se está sometiendo ah…

—En serio, calla —cortó el agente, guardando el móvil con un suspiro de hartazgo—. Me han dicho que esto puede ser interesante.

Sacó un pedazo de papel doblado y se lo tendió a Luis. Las manos del prisionero, sucias y pegajosas, lo agarraron con avidez, dejando marcas marronáceas en la superficie. K16 se limpió la palma en el pantalón con gesto de asco.

Luis desplegó el papel y sus ojos brillaron con emoción al leer las palabras escritas:

(Boots—boots—boots—boots—movin' up and down again!)

Sonrió, sus labios deformados por la asimetría de su rostro. Su mano izquierda descendió por su abdomen hasta su entrepierna.

—Lo recuerda. Claro que lo recuerda —susurró con fervor, girando la cabeza hacia el agente—. Me sigue queriendo.

El agente le arrebató el papel con brusquedad.

—Oye, quiero pasar más tiempo. Quiero ver el video, quiero…

—Me da igual. Cada vez me da más asco hacer esto.

—Ya sabes lo que te están ofreciendo. Yo suelto información falsa, ellos me suministran más fotos de León.

—Creo que ya tengo suficiente pasta como para pirarme.

Luis se apartó con aire desdeñoso. Su erección había desaparecido. Se frotó las manos y aspiró con fuerza, como si pudiera captar un aroma imperceptible en el aire viciado.

—Espero que hoy sea un día especial. Lo siento en el aire —sonrió con su mueca inquietante—. ¿No lo hueles?

—Yo solo huelo la mierda que tienes ahí. La próxima vez te daré cascos para que oigas los audios.

—¿Puedo quedarme el papel?

—Claro, ¿por qué no? Ya de paso le cuento a Sergio nuestro pacto. También le hablo del tipo raro con careta de conejo.

Luis colocó sus manos a la espalda, adoptando una postura erguida y calculada.

—No pasa nada, Agente K23.

El agente resopló.

—Es agente… Déjalo.

Intentó esbozar una sonrisa irónica, pero el labio caído de Luis la devolvió convertida en una mueca deforme, más aterradora que amigable.

—Las cámaras volverán a la realidad, así que vuelve a tu posición.

Sin añadir más, el agente salió y cerró la puerta con un chasquido seco. Recorrió el pasillo con pasos largos y rápidos, sacando un pañuelo impregnado en mentol para restregárselo por la nariz. La pestilencia de la habitación seguía adherida a su piel, a su ropa, a su memoria.

Caminó por los múltiples corredores de la mansión, pasando por puertas cerradas que ocultaban habitaciones olvidadas, salones polvorientos y rincones oscuros. En el suelo, algunos juguetes

abandonados y objetos dispersos formaban un paisaje inquietante. Los agentes que trabajaban allí apenas se preocupaban por la estética del lugar; la amenaza de Valle-Mingueza y su retorcida información los mantenía en su sitio.

Al final del pasillo, el agente se detuvo ante una ventana. El sol naciente teñía el cielo de tonos naranjas y rosados. Sacó una linterna del bolsillo y emitió tres destellos. A lo lejos, en una colina distante, alguien respondió con otros tres destellos.

Guardó la linterna y se aseguró de que el papel seguía en su bolsillo. Con un suspiro de resignación, giró sobre sus talones y descendió las escaleras, listo para continuar su jornada en aquel infierno disfrazado de mansión.

3

León, vestido con unos vaqueros gastados, una camiseta negra ajustada y zapatillas deportivas algo desgastadas, extrajo un par de prendas más elegantes de su armario. Las extendió sobre la cama con un gesto pausado, junto a una bolsa de plástico arrugada. Cada movimiento suyo era seguido con atención por el doctor Escalonilla, quien permanecía de pie junto a la puerta, observando en silencio.

—Solo he conseguido esa bolsa —dijo el doctor tras unos segundos —. Espero que te quepan las cosas.

—No creo que necesite mucho —respondió León sin mirarlo, doblando meticulosamente cada prenda antes de meterla dentro—. Además, no tendré tiempo para cambiarme. Y ya sabes que me importa poco llevar la misma ropa durante meses.

Una vez terminó de guardar la ropa, se dirigió a la estantería. Sacó un libro de tapa dura y una libreta verde de hojas ligeramente dobladas. Los dejó sobre la mesa con un suspiro pesado y cerró los ojos. Permaneció así unos instantes, inmóvil, mientras Escalonilla lo miraba con una mezcla de curiosidad y análisis, intentando descifrar el estado mental de su paciente. León no se movió hasta que, con un suspiro leve, abrió los ojos y giró la cabeza hacia él.

—Quiero hablar en la oficina. Será solo un momento.

—Lo que sea necesario, León.

Sin más palabras, recogió la libreta y el libro, agarró la bolsa de ropa y salió acompañado del doctor Escalonilla. Caminaron juntos por los pasillos del centro, el eco de sus pasos resonando entre las paredes blanquecinas.

—Echaré de menos esto —dijo León con voz calma, observando a su alrededor.

—Sabes que volverás, ¿no?

—No lo creo.

El doctor suspiró con pesadez.

—Sergio te mantendrá alejado.

—Sergio solo se preocupará por terminar el trabajo.

El pasillo se alargó en silencio hasta que llegaron a la puerta de la oficina. Escalonilla la abrió y dejó que León pasara primero. Este se sentó con tranquilidad en una de las sillas, dejando la bolsa sobre la otra. El doctor cerró la puerta y se acomodó en su asiento, al otro lado del escritorio.

León tomó uno de los bolígrafos que solían estar dispersos sobre la mesa y, sin mediar palabra, empezó a escribir en las primeras páginas del libro. Escalonilla, sin intención inicial de hacerlo, echó un vistazo fugaz al título: *El guardián entre el centeno*, de J.D. Salinger.

El libro había surgido en varias de sus conversaciones. En su adolescencia, el doctor lo había leído sin entusiasmo, encontrándolo extraño, incluso tedioso. Pero tras descubrir que era el libro favorito de León, decidió darle una segunda oportunidad. En aquella relectura, comprendió algo más de su paciente. No fue un gran hallazgo, pero, en la soledad de su casa, devorando sus páginas en una noche silenciosa, sintió la presencia de León a su lado. Silencioso. Callado. Como si su sombra lo persiguiera incluso fuera del centro.

Cuando León terminó de escribir, colocó el libro sobre la mesa y deslizó la libreta verde hacia el doctor.

—Quiero que se lo des a Patricia cuando todo esto termine.

Escalonilla arqueó las cejas.

—Podrás dárselo en mano.

—Si puedo, lo haré. Si no, espero que me ayudes con esto.

Luego empujó la libreta hacia él con un gesto seco.

—Esta es para usted y para ella. Está todo lo que recabé sobre Valle-Mingueza. Está bien redactado, sin garabatos ni tonterías. En las primeras páginas hay unas instrucciones. Esto sí que es para el caso de que muera.

Escalonilla sintió un nudo en el estómago.

—León, por favor, no…

—Será para Patricia también, porque le ayudará con el doctorado.

El doctor frunció el ceño.

—No te hemos dicho nada al respecto.

León sonrió levemente.

—Era una corazonada. Un supuesto. Es divertido jugar a adivinar cuando ninguna vida humana depende de acertar o fallar.

El silencio se instaló entre ellos durante un par de minutos. Escalonilla lo observaba con una intensidad que León no pareció notar. Su mirada vagaba por las estanterías, como si buscara algo entre los lomos de los libros apilados.

—Puedes hacer lo que quieras con las grabaciones. Coge cualquier libreta que quieras, menos estas dos cosas.

Escalonilla frunció el ceño.

—León, ¿qué dices? No hay…

—Lo bueno de la paranoia —León clavó su mirada en él— es que, de diez veces, aunque solo acierte una, eso te asegura la supervivencia.

—Hizo una pausa, y añadió con voz más baja—: Aunque supongo que será la suya.

El doctor sintió que su corazón se aceleraba. Respiró hondo, intentando mantener la calma. Había tantas cosas que quería decir, pero no encontraba las palabras adecuadas.

León bajó la mirada y, en un tono más apagado, murmuró:

—Si quieres, llama a Patricia. Tendrá que saber las pastillas que me tomo.

Escalonilla parpadeó, tragó saliva y asintió con lentitud. Sin saber por qué, sintió que esa conversación era una despedida.

4

Patricia, sentada nuevamente en uno de esos sillones supuestamente cómodos, mantenía la mirada baja, clavada en sus propias manos entrelazadas. El silencio pesaba en la habitación, pero lo que realmente la ponía nerviosa era la presencia de Sergio. De pie, con la espalda recta, los brazos cruzados y los ojos fijos en la puerta, su mera existencia imponía una tensión asfixiante. Después de lo sucedido, su figura resultaba aún más intimidante.

En su interior, Patricia comprendía la magnitud de la situación. La parte racional y ambiciosa de su mente le recordaba que, si lograba construir su tesis en torno a Valle-Mingueza y sus crímenes, su prestigio académico se dispararía. Incluso podría alcanzar la fama. No quería pensar de forma oportunista, pero era innegable que si algo nuevo ocurría con él y los medios explotaban la noticia, su nombre resonaría en cada programa de televisión. No era seguidora del sensacionalismo, pero sí del reconocimiento.

A su lado, Mario seguía con su actitud relajada. No conocía lo suficiente a ninguno de esos hombres, pero sus reacciones le parecían incongruentes con la gravedad de la situación. Si había nuevos asesinatos, la prioridad debía ser la investigación. Y, sin embargo, Mario parecía ausente, despreocupado. Sergio, por otro lado, sabía que su compañero estaba ingresado en ese lugar por

cuestiones de salud mental, lo que hacía más incomprensible que lo hubiese empujado a una crisis.

Patricia dejó escapar un suspiro involuntario. Un pitido la sobresaltó.

—Que pase Patricia, por favor.

—Patricia —repitió la recepcionista con voz monótona—. Puedes pasar.

Otro pitido.

—Solo Patricia. Que Sergio se quede.

La mujer no reaccionó ante la orden. Tal vez estaba acostumbrada a lidiar con tipos como Hernández, intimidantes y herméticos. Sergio tampoco se inmutó, permaneció inmóvil, su rostro impasible.

Patricia se levantó con cierta rigidez, caminó hasta la puerta y salió al pasillo. Sabía que el trayecto hasta la oficina del doctor era corto, pero cada paso se le hacía una eternidad. Se obligó a respirar profundamente. La percepción general de estos lugares, alimentada por la cultura popular, los describía como lúgubres, con doctores crueles y pacientes escribiendo delirios en las paredes con sangre o cuchillos.

Pero la realidad distaba de eso. El pasillo era impoluto, con un tenue aroma fresco que no lograba identificar. Olores químicos, tal vez desinfectantes. Todo estaba aséptico, pero había un intento de hacerlo acogedor: pequeños cuadros con paisajes calmados colgaban en las paredes, aportando una sensación de serenidad.

Llegó a la puerta del despacho y golpeó dos veces. La voz de Escalonilla resonó al otro lado.

—Puedes pasar.

Patricia entreabrió la puerta y asomó la cabeza con cautela. A pesar de todo, aún conservaba cierta timidez al enfrentarse a este tipo de encuentros.

—Pasa, Patricia —dijo el doctor con tono afable, señalando un asiento cercano a León—. Siéntate aquí, por favor.

Cuando entró, vio a Escalonilla de pie, indicándole la silla con un gesto. Caminó con precaución y tomó asiento, clavando los ojos en el doctor. León, sin embargo, parecía perdido en sus pensamientos, ausente de la conversación.

—Tenemos ciertos documentos que te ayudarán con tu tesis —explicó el doctor, apoyando los codos sobre la mesa—. León hizo un perfil extenso sobre Valle-Mingueza, además de análisis sobre varios sospechosos y lo… sucedido.

La mano de León se crispó levemente sobre la mesa. Sus dedos se cerraron y abrieron con un espasmo involuntario.

—No sé si estoy segura de esto —dijo Patricia, con un deje de duda en la voz—. Se suponía que recibiría ayuda con mi doctorado, pero en ningún momento se mencionó estar involucrada en un caso real, ni…

—Sé que Sergio te ha mentido —la interrumpió Escalonilla con calma —. En cierto modo. Comprendo que todo esto te ha tomado por sorpresa.

—Pocas veces se encuentra una en la situación de que las fuerzas de seguridad necesiten su ayuda para atrapar a un asesino en serie que, supuestamente, estaba encerrado —respondió Patricia con un atisbo de ironía.

—Lo sé, Patricia. Es todo muy extraño, sin duda. Y Sergio te ha puesto en una situación difícil. Pero te aseguro que, si no quieres seguir, puedes dejarlo aquí. Obviamente, tendrías que firmar un acuerdo de confidencialidad. Nada de hablar con la prensa, ni con tu mejor amiga.

Patricia sintió un nudo en el estómago.

—Entonces, ¿no voy a recibir ayuda con mi tesis?

—Sí la tendrás —dijo el doctor con firmeza—. Pero necesitamos que nos ayudes con el caso.

—¿Cómo? No soy detective. No estoy preparada… —Patricia buscó las palabras adecuadas—. Soy estudiante de criminología, no

tengo… no sé…

—Patricia —León alzó el rostro, pero sin mirarla directamente—. Debes decidir entre una vida tranquila, sin contratiempos, o una vida llena de desafíos. Puedo contarte cosas sobre él. Tendrás información privilegiada. Si todo sale bien, podré ayudarte. Serías la primera persona en hablar sobre este tema con conocimiento de causa.

Patricia tragó saliva. El tono de León no era persuasivo, no intentaba convencerla. Simplemente exponía las opciones de una manera brutalmente honesta.

—Debes pensar que, si sigues adelante, lo harás por ambición —continuó él—. Si no quieres seguir, lo comprendemos. Ha sido un error de Sergio traerte aquí, pero supongo que para ti… esto puede ser una oportunidad única.

5

Los siguientes diez minutos los dedicaron a hablar de la medicación de León. El doctor Escalonilla abrió un pequeño bolso de cuero y extrajo varias cajas de pastillas, junto con un par de viales inyectables. Patricia observó el contenido con una mezcla de incomodidad y resignación. Como si la situación no fuese ya lo bastante extraña, ahora tenía que asumir la responsabilidad de asegurarse de que una persona con trastornos mentales tomara su tratamiento. Por un momento, se preguntó si realmente estaba allí por su doctorado o si la estaban arrastrando a algo mucho más complicado.

—Sé que no es lo normal —dijo Escalonilla, tratando de aliviar la tensión—. Mi tesis también fue sobre criminales, pero no sobre asesinos en serie. Lo más extraño que hice fue entrevistar a reclusos en una cárcel.

—Creo que estoy asumiendo responsabilidades que no debería tener —replicó Patricia, frunciendo el ceño—. Comprendo qué hace cada medicamento, he estudiado bastante al respecto e incluso he

trabajado con pacientes. Pero no me siento capaz de estar al pendiente de…

Sus ojos se desviaron hacia León. Su mirada gacha y ausente parecía esconder más pensamientos de los que cualquiera podía imaginar.

—Tranquila, será él quien tenga este bolso. Sabe administrarse su medicación.

Patricia giró la cabeza para mirar al doctor con cierta incredulidad, pero antes de que pudiera decir algo, León intervino.

—Supongo que no confiarás en mí —dijo con voz serena—. No te preocupes, no voy a suicidarme. Y no tomes esto como algo fuera de lugar. En el caso de Valle-Mingueza, hubo…

Se detuvo de golpe, cerró los ojos y movió los labios sin emitir sonido alguno. Un leve tic contrajo su mejilla. Su respiración se volvió más pesada por unos segundos.

—En el caso de Valle-Mingueza —retomó Escalonilla con calma—, tuvimos a alguien dedicado exclusivamente a estar con él.

—¿Qué tipo de persona? —preguntó Patricia, su curiosidad superando su incomodidad.

—Una mujer como tú. Un poco mayor. No estaba haciendo un doctorado, pero trabajaba en el perfilado criminal.

Patricia sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Qué le pasó? ¿Por qué no está aquí? ¿La mató?

—No, eso no —respondió Escalonilla con una sonrisa tranquilizadora —. Cuando terminó el caso, regresó a su unidad. Usaron el perfil de Valle-Mingueza para ayudar en investigaciones con criminales inteligentes y con recursos. Como Luis.

—¿Está viva?

—Sí.

—¿Está aquí?

Escalonilla notó la tensión en la voz de Patricia y se apresuró a responder.

—No le pasó nada, Patricia. Confía en mí. Necesitamos a todo tipo de personas. A veces, alguien que no sea parte de la criminología tradicional puede ser vital. Sergio necesita a alguien diferente a él para estar con León.

—¿Alguien que no sea un agente de la ley?

—Alguien que se enfoque en el bienestar de León, no en empujarlo al límite.

Patricia desvió la mirada hacia él. León respiraba tranquilo ahora. Sus tics se habían desvanecido. Ya no movía los labios en silencio ni parecía perturbado.

—Entonces…

Antes de que pudiera terminar su frase, la puerta se abrió de golpe. Sergio irrumpió en la habitación con el móvil en la mano, seguido de la recepcionista y un guardia de seguridad. Su expresión era grave.

—Tenemos un cuerpo —anunció Sergio sin preámbulos—. Llamaron al ciento doce. La policía ha encontrado el cadáver de un hombre en una parroquia abandonada.

—Por favor, señor, no… —intentó decir la recepcionista, visiblemente incómoda.

—O nos damos prisa, Escalonilla, o estaremos jodidos —interrumpió Sergio, ignorándola por completo.

El doctor se incorporó con calma, mirando de reojo a los guardias que parecían dudar si actuar o no.

—Tranquilos —dijo en tono pausado—. Ahora saldremos. Si vamos contra reloj, hay que ponernos en marcha. ¿Patricia?

Ella seguía mirando a León, quien resopló con resignación antes de tomar el bolso de cuero marrón y ponerse de pie.

—La víctima será un cura —afirmó León con tono neutro—. ¿Han encontrado algo relacionado con el ajedrez?

—De momento no. Estamos a veinte minutos del lugar. Mario puede llevarnos en diez.

León miró una última vez al doctor.

—Mantén la promesa. Por favor.

Sin añadir nada más, se dirigió hacia la puerta. Sergio lo siguió, liderando la marcha con paso firme. Patricia permaneció inmóvil, procesando todo. Su cerebro intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir, pero la voz cortante de Sergio la sacó de su ensimismamiento.

—¡Patricia! ¡Vamos, date prisa!

Solo tuvo tiempo de intercambiar una última mirada con Escalonilla. Silencio. Finalmente, se levantó y salió con paso apresurado, sin saber del todo en qué estaba a punto de involucrarse.

6

Mario se había quedado solo en la sala de recepción tras ver como la recepcionista y seguridad se fueron hacia la consulta del doctor Escalonilla. En vez de ponerse en alerta, se recostó en el sillón y sacó una petaca del bolsillo interior de la chaqueta.

Con paciencia y lentitud, como si de un ritual se tratase, desenroscó el tapón metálico y movió un poco la petaca. Dio un par de sorbos. Con los ojos cerrados se deleitó con el segundo trago.

Escuchó dentro el vozarrón de Sergio. Sabía que la llamada que estaba atendiendo era importante. No le dijo nada cuando se metió adentro, sin obedecer las órdenes de la mujer que estaba en la silla, algo nerviosa por la visita.

Lo poco que pudo escuchar no necesitaba contexto alguno. Algún asesinato. Seguramente el cadáver encontrado tras una llamada. Suspiró. Mientras escuchaba un intercambio de palabras cerró la petaca y se la metió en el interior.

Sergio apareció como una exhalación y movió las manos.

—Mario, nos vamos. León viene con nosotros.

Sin decir nada más salió del edificio. Detrás de él, el séquito de seguridad. Luego, León. Ambos se miraron.

—Veo que no has cambiado —dijo León—. ¿Whisky?

—No he be… —Mario exhaló—. Sí. Es whisky.

—Vendrá bien para que vayamos rápido —dijo León siguiendo la estela de Sergio—. Date prisa.

Mario cerró el puño. Antes de poder soltarle nada, Patricia y el doctor Escalonilla aparecieron. Estaban intercambiando palabras entre ellos. Se dedicaba a conducir y a proteger, pero era lo suficientemente listo como para descubrir el miedo y la confusión en la mujer.

—Tranquila Patricia —dijo Escalonilla—. Ves con ellos. Hazles caso. Si ves que te supera puedes dejarlo.

Los ojos de ella se posaron en Mario. Este sonrió.

—Vamos. No tengas miedo.

—¿Sí?

Mario la acompañó a la salida, mientras el doctor hablaba con seguridad y la recepcionista. Al parecer tenían que seguir ciertos protocolos. Para ellos los protocolos eran una sugerencia.

Una vez salieron, Patricia sintió un alivió con el golpe de viento y frío en su rostro. León estaba esperando en una de las puertas traseras. Sergio estaba ya en el asiento de copiloto.

—Espero que el alcohol te siente bien, Mario —dijo León—. Tengo Valium por si lo necesitas.

—Veo que sigues siendo gilipollas —dijo Mario con una sonrisa—. Siéntate detrás con él, Patricia.

Los dos hombres se adentraron al coche, y Patricia, por unos segundos, sintió que podía quedarse ahí, quieta. Escapar de eso. Todo era como una película. Emocionante. Sintió que los latidos de

su corazón parecían decirle algo, un susurro que se convertía en una voz.

"Ves con ellos. Vas a ser la primera en hablar de Valle-Mingueza. Vas a tener éxito."

Con una exhalación fuerte caminó hasta el coche y entró.

Capítulo 5 – Alfil de dama

1

Una vez estuvieron en la autovía, León abrió los documentos. Mario iba a más de ciento veinte. Algo que no parecía importar a León o a Sergio, pero Patricia cada vez sentía el estómago más pequeño. Aparte de la velocidad era el silencio.

Lo único que se escuchaba en ese momento era el movimiento del coche contra el viento, salpicado por algún claxon de un coche que era adelantado por la derecha.

—¿Cómo se descubrieron las dos primeras muertes?

León lanzó la pregunta sin despegar sus ojos de una fotografía con dos cuerpos totalmente desfigurados. Uno completamente blanco, el otro negro, calcinado. Una de las fotos era de la pared. "León" estaba escrito en la pared, entre los restos del humo que había causado el cuerpo quemado. La "o" no llevaba acento.

—Tuvimos llamadas extrañas advirtiendo de lo que iba a pasar. Hace una semana, una llamada anónima indicó el paradero de los dos cadáveres. Tardamos unas dos horas en reactivar el operativo y reunir parte del equipo. Sergio fue el primero de nosotros en estar ahí.

—¿Cal viva?

—Sí. La mujer fue calcinada con gasolina y algo de madera, la que tenían almacenada en la parte trasera. El hombre fue apuñalado y luego le echaron cal por encima.

—¿Pruebas?

—No encontramos nada importante. Algunas huellas, pelo. Nada de ellos en nuestra base de datos. Lo más importante fue un papel intacto que contenía un mensaje.

León miró la foto del mismo papel.

“León, quiero una última partida.”

—Ninguna "o" no lleva acento.

—No creo que la gramática sea algo importante en cometer asesinatos.

—Ortografía —dijo León sin bajar la mirada—. La falta de tildes entra en el campo de la ortografía. Y me molesta mucho. No tolero este tipo de errores.

Patricia escuchó cómo Mario bufó. Ella supuso que alguien como él sabría bien de todo tipo de temas, pero no creía que algo como las tildes fuese tan importante. Miró el rostro de León. Sus ojos rastreaban cada rincón de cada foto.

—¿Tan fácilmente hicisteis la conexión con Valle-Mingueza y conmigo?

—Las llamadas previas mencionaban a Valle-Mingueza y todo tipo de relaciones entre él y el caso. Lugares que no salieron en prensa, personas cuya identidad estaba oculta o cómo había perpetrado diferentes crímenes. Siempre estamos atentos al radar, sobre todo ahora que teníamos una operación en marcha aquí en España.

—¿Qué operación?

—Ya sabes que no puedo hablar. No sabemos si la letra es de Valle-Mingueza.

—No se puede depender de la grafología.

—Ni la gramática —dijo Mario con sorna—. Ahora está recluido, con un control de la Interpol. Son unos patanes, pero hacen su trabajo. Así que de alguna forma tiene a alguien haciendo el hijo de puta por él.

—¿Algún niño ha sido víctima?

—No. De momento esos dos y el posible cura que vamos a ver.

—Está llamando la atención. Quiere jugar, simplemente.

—¿Por qué lo del ajedrez? —preguntó Patricia—. Lo siento, pero cada vez entiendo menos.

—Durante la investigación ese cabrón nos ayudó a recabar información —dijo León mientras sus ojos rastreaban las fotos—. Jugué unas cuantas partidas con él, pero con la intención de que desvelase algo que me permitiese tirar de los hilos y juntar cabos. No confié en él en ningún momento. Le gané en tres partidas. No sé por qué cada vez estaba más fascinado por mí. Ya sabes que él participaba en torneos, que su padre había sido Gran Maestro. La gente solo sabe lo de los toros y las chorradas esas de las parejas que tenía.

—Si quiere jugar una partida, hazlo. Con tal de que no vaya todo a peor.

—No es una partida de verdad —León miró a Patricia—. Si no hubiese sido por mí, ahora estaría desaparecido, libre de toda condena, quizás en Tailandia o Singapur, haciendo cosas peores de las que ha hecho.

—¿Entonces?

—Quiere jugar. Alguien de su círculo de pederastas está haciendo esto por él. Tengo que ver este nuevo muerto, el del cura. Sé que en el fondo todo está planeado por él, y que quiere "jugar". Lo único que no sé es cuál es su objetivo final. ¿Escapar? ¿Cometer crímenes antes de que lo detenga? Lo único que sé es algo que quiero evitar a toda costa.

—¿El qué?

—Que destroce la vida de niños —León cerró los ojos y su rostro sufrió un leve calambre—. A veces vuelvo a escucharlos, a escuchar sus voces.

Patricia se mantuvo quieta. Sabía que no sería alguien capaz de hacerle daño, que era alguien con un trauma severo.

—Nunca me olvidaré de Miguel…

A continuación, León se apoyó contra la ventanilla, reposando la cabeza. Resopló. Mientras, el coche salía de la autovía en dirección a esa parroquia abandonada.

2

Durante el trayecto, mientras León controlaba sus espasmos, Patricia trató de contener el movimiento de sus piernas, algo que ocurría cuando sabía que algo malo iba a pasar. Lo hizo en el hospital cuando su padre sufrió un infarto. Ahora no sabía si era algo peor.

Notó cómo se le tensó la pierna cuando vio un control en medio de una carretera de tierra. Estaban cerca de algún pueblo lejano.

El coche redujo la velocidad cerca del vehículo que bloqueaba el acceso. Un agente se acercó y Mario bajó la ventanilla.

—¿Son los de la agencia?

Mario sacó una identificación y se la enseñó. Aquel guardia civil solo estaría acostumbrado a atender robos pequeños o incidencias que no pasaban de un anciano con lipotimia.

—Ahora informo.

Colocó el walkie a la altura de la boca. Diferentes pitidos y estáticas. Tras una breve conversación, les dejó pasar.

—¿Alguna precaución? —dijo Mario—. Es de doble sentido con un solo carril.

—Hemos bloqueado cualquier acceso por el otro lado. Hay otro coche en el acceso a la iglesia; es un camino peor que este. Tened cuidado.

El agente hizo una señal. Otro guardia civil, en el interior del coche patrulla, echó marcha atrás para dejarles paso. La ventanilla del Mercedes se cerró y comenzó la travesía por una carretera por la que Patricia no sabía cómo era de doble sentido. Apenas había sitio para el Mercedes, y el lado del barranco quedaba cerca de su ventanilla.

No tenía vértigo ni agorafobia, pero no era el momento preciso para desviar sus energías a no sentirse agobiada por el hecho de poder caer por el barranco. Lo único que le había ayudado era que, quizás, esos tipos sí que eran de una agencia importante. Quizás la Interpol.

Que era un caso de verdad. Echó una mirada a León, cuyos ojos estaban cerrados, con la cabeza apoyada en el respaldo.

—Menuda carretera de mierda —dijo Mario—. Espero que no nos despeñemos.

—Es una burrada de dinero lo que vale este coche —dijo León sin abrir los ojos—. Pero si tenemos que morir, moriremos. Cuando la partida acaba, peón y rey vuelven a la misma caja.

—Al menos volveremos a la misma caja con estilo.

Tras las palabras de Mario, León miró a Patricia a los ojos.

—Patricia, ¿tienes miedo a morir?

Su mente trató de pensar en por qué esa pregunta, a la vez que trataba de conseguir una respuesta.

—No sé. Yo... A ver...

—Nietzsche sostenía que la única vida que debemos vivir es aquella que no nos importaría vivir una y otra vez, de la misma forma, durante una eternidad.

—Me leí el libro que me dijiste hace dos años —dijo Mario—. No entendí una mierda.

—¿En alemán?

—Apenas lo entendía en español y me dices que lo lea en alemán.

—Las traducciones no son muy buenas.

León volvió a mirar a Patricia.

—Lo más importante es que no estes nerviosa Patricia. Entre todos los posibles implicados, tú eres quien está más segura. Si hay tiroteos, no tienes el deber de responder al fuego. En cuanto a quién pueda ser el asesino, no te puedo asegurar nada. Y a Valle-Mingueza solo le interesan los niños y, de una extraña manera, yo.

Patricia lanzaba breves miradas al parabrisas. Sentía que el coche iba demasiado rápido. Que estaba demasiado cerca del borde. El estómago comenzó a retorcerse de nervios.

—¿Conocías a alguien que se suicidó? —preguntó León—. Quizás por tu experiencia o estudios, ¿no?

—¿Sí? Bueno, es decir, sí. Era un vecino del sexto. Creo que se divorció y se tiró por la ventana.

—Pero también has estado estudiando al respecto, ¿no?

—Sí. Más o menos.

—¿Has hablado con alguien con ideas suicidas?

—Unas cuantas veces.

León paró un momento.

—¿Alguna vez has tenido ideas autolíticas?

Ese tecnicismo rompió con la apariencia de tipo corriente de León.

—No, nunca. ¿Por?

—Solo estamos charlando. Estaba intentando tranquilizarte.

Mario lanzó una carcajada.

—Es una buena forma de romper el hielo, León. "Oye, chata, ¿qué piensas de Nietzsche y de suicidarte?" Eres un crac en esto de ligar.

—No me interesa nada de eso. Si me interesase, pondría en práctica tácticas para conseguir el objetivo. Es fácil engañar a la gente.

—Me gusta que digas que una mujer es un "objetivo".

—Si uno quiere ligar puede emplear técnicas basadas en la ciencia. Por ejemplo, las mujeres, antes de la regla, consideran más atractivos los rostros con características masculinas, ya que pueden aportar mejor genética. Después, prefieren un hombre con características más femeninas, porque sienten que no serán tan agresivos y que cuidarán del bebé.

—¿Le has preguntado a alguna mujer si tiene la regla? —Mario rio—. No creo que te funcione.

—Solo he dado información. Preguntar no me importa —León giró la cabeza para mirar a Patricia—. ¿Tienes la regla, Patricia?

Mario sacudió la cabeza.

—León, tío, para. Ese tiempo en el manicomio te ha vuelto más raro aún.

León se calló durante un rato. Patricia no sabía si responder, preguntar, quejarse o llamar a alguien para que la sacase de ahí.

—Agradecería un cambio de conversación —dijo Patricia—. No tengo el estómago bien.

—Ah, tranquila —dijo Mario—. Bájate la ventanilla si necesitas respirar.

—Prefiero evitar mirar el barranco.

—Es aquí.

El coche deceleró, y el barranco se ensanchaba hacia el interior. La carretera seguía, bordeando el despeñadero. Un guardia civil les hizo señas para que pasaran.

—Por cierto, Patricia —León miraba de frente—, si hago cosas raras no te asustes.

Mario bufó.

—Siempre haces cosas raras, tío. A estas alturas, con Nietzsche, el suicidio y la pregunta de la regla, ya sabe de qué pie calzas.

—Centraros —dijo Sergio con tono ominoso—. Tenemos que estar atentos a todo. Espero que estés listo, León.

3

El camino de grava y tierra serpenteaba entre una colección de arbustos secos y árboles solitarios. A lo lejos se divisaba un edificio grande rodeado de otros pequeños. El coche pasó cerca de algunos muretes de mampostería cubiertos de hierbajos. Patricia no pudo evitar fijarse en los grafitis que decoraban las paredes de algunos edificios. Estos, seguramente abandonados, serían un nido de todo tipo de personas.

Los grafitis iban desde nombres mal escritos a esvásticas mal dibujadas. Siempre le habían hecho gracia muchas pintadas,

principalmente por lo infantiles que eran. Pero una vez pasaron por lo que parecía un pequeño almacén completamente derruido, vio un pentagrama invertido, algo que le provocó un escalofrío, sobre todo por el contexto de la situación.

—¿Estará aquí?

La pregunta de Patricia flotó en el aire unos segundos. Sintió que cada uno de ellos parecía una hora.

—¿Cómo?

León la miró con las cejas fruncidas.

—Que si el asesino estará aquí, esperando o algo.

—Entonces eso haría muy fácil todo. ¿Has estado alguna vez en algo parecido?

—No. Bueno, más o menos. A veces, estudiando pacientes que son drogadictos, yo...

—No tiene nada que ver. Aquí se trata de que alguien es asesinado con un fin, y el que asesina pretende hacerlo más veces. En cierto modo, quiere que lo pillen, como está haciendo ahora con las chorradas esas de que quiere "una última partida".

—Patricia —dijo Sergio—. No va a pasar nada. Yo y Mario somos encargados de protegeros.

Pasaron entre coches de la Guardia Civil para luego detenerse en lo que parecía una pequeña plaza. Los agentes estaban dispersos, mirando por aquí y por allá, pero un gran número de ellos estaban centrados en el edificio más grande.

Aparte de un coche civil algo antiguo y sucio, una furgoneta estaba parada cerca de un borde. Una vez Mario paró y puso el freno de mano, tanto León como Sergio salieron al unísono. Patricia abrió la puerta, intentando no quedarse fuera del grupo.

Un hombre algo mayor, con uniforme de la Guardia Civil, se acercó a ellos. Mario enseñó unos papeles.

—Entonces la radio era correcta —sus ojos apenas miraron los papeles—. Nos han dicho que nos estemos quietos, pero teníamos

que buscar algunas cosas por aquí. No sabemos si el arma estará tirada por algún lado, o si hay pistas.

León se acercó.

—¿El cadáver?

El agente miró a León con confusión.

—¿Y tú?

—Viene conmigo —dijo Mario—. El agente Hernández está aquí.

Sergio se aproximó al agente y enseñó su documentación.

—Ya, ya… —resopló el guardia, para luego señalar con el dedo el coche civil—. El párroco vino con su coche, al parecer. Lo hemos mirado más o menos a través de las ventanillas, pero no hemos encontrado nada, ningún arma ni restos de sangre. Tampoco podemos acceder dentro. No sabemos dónde están las llaves.

—¿Y restos de semen?

La pregunta de León sacudió a todos.

—¿Qué cojones dices?

—Nunca sabes si el asesino va a dejar todo tipo de pruebas: sangre, sudor y semen —dijo León manteniendo un rostro serio—. Un buen título para una peli porno.

—Vamos —dijo Mario—. Deja las chorradas y empecemos.

—¿Quién está al cargo? —dijo Sergio —. Necesito hablar sobre ciertos asuntos.

—Ahí, en el otro edificio —dijo el agente apuntando a un lugar apartado—. Está cerca de un coche. Supongo que querrán hablar o algo.

Sergio se marchó sin decir nada, mientras la mirada de León se fijó en el coche. Caminó hacia él sin prestar atención a nada. Patricia lo siguió mientras Mario intercambiaban unas palabras. Los ojos de León iban y venían, rastreando los alrededores. Miró debajo. Por la tierra.

—Seguramente vino por su propia cuenta —dijo levantándose—. Alguien lo habrá llamado, o era su tarea venir aquí.

—Esto está abandonado —dijo Patricia—. No creo que vengan por aquí.

—No. Eso está claro.

Mario se aproximó a ellos.

—Al parecer el muerto es uno de los párrocos que viene de vez en cuando a ver que todo está bien. Este sitio está dejado a la mano de dios, y ya no hacen nada aquí, pero quieren evitar que se llene de gente.

—Seguramente filósofos y científicos —León miró a Patricia—. Me apuesto a que es o era un nido de drogadictos.

—Pero sin testigos.

—Entonces lamentemos su ausencia —miró hacia el edificio grande —. Esta será la capilla. Mejor de lo que parece.

León avanzó despacio, mirando los laterales, advirtiendo que las ventanas parecían estar tapiadas.

—Quizás esté realmente cerrado porque es lo único que conservan de valor.

Una vez cerca de la entrada, la puerta estaba abierta, con una cadena suelta. Se acercó a uno de los agentes.

—¿Rota?

—No, qué va. Al parecer la abrió el propio cura.

León se paró al dar dos pasos para entrar. Miró a Patricia.

—¿Estás lista?

—¿Sí?

—Las afirmaciones en forma de pregunta dan mucha confianza —trató de sonreír—. Tranquila, siendo tu primera vez no habrá nada muy desagradable.

Nada más entrar la oscuridad los envolvió por un breve momento, cegando sus ojos. Unos pasos más, y se encontraron con una escena completamente iluminada por focos de obras, ayudados por las linternas de los policías que iban y venían, buscando pistas.

Las ventanas estaban tapiadas, bloqueando la luz del sol de la mañana. El olor a humedad y el hedor a algo podrido les asestó un golpe en la nariz. León lo aguantó, pero Patricia tuvo que llevarse el dorso de las mangas al rostro.

—Seguramente las ventanas están tapiadas por los que pudieron entrar a robar. Aunque poco hay para robar.

Dos columnas de cinco bancos cada una dejaban un pasillo libre en medio, con el lateral cercano a Patricia. León señaló el lugar. Un rastro de sangre era iluminado por uno de los focos de obra.

—Quizás aquí le dio un golpe —dijo León echando una ojeada al frente, donde una figura de Cristo crucificado miraba lo que era un cadáver desnudo arrodillado en el suelo—. Lo habrá arrastrado hasta allí. Si hubiese sido un robo cualquiera, estaría aquí tirado, o se habría arrastrado afuera.

Pasaron por el pasillo central. Los bancos tenían grafitis o estaban rotos. Al otro lado, diferentes muebles, como sillas o taburetes, cubiertos por telas llenas de polvo y suciedad. Patricia no pudo evitar fijarse en el cadáver observado por Jesucristo, a pie de un púlpito de madera.

—Si quieres, puedes quedarte aquí apartada —dijo León escudriñando su rostro—. Te recomiendo salir, tienes pinta de que vas a vomitar, y no ayudará mucho a la investigación.

—Lo siento, pero...

Patricia ahogó una arcada y se marchó por donde vinieron. León se fue acercando al cadáver. Estaba desnudo, maniatado y arrodillado frente a la estatua. El foco cercano iluminaba la espalda. La sangre parecía ser una macabra capa. El suelo estaba cubierto de heces y orina.

—León, supongo —dijo un hombre que se acercó, sin atuendo de policía—. Soy Fernando, el forense. Este es Pascual Orts, de cincuenta años.

—Bueno, "era" Pascual Orts.

—He visto muertes, pero ninguna como esta —señaló la espalda ensangrentada—. Le han apuñalado un montón de veces, con un picahielo.

—¿Suposición o verdad?

—Verdad. El picahielo lo hemos encontrado tirado por ahí, cerca del altar. No estaba oculto. Buscaremos más huellas, como siempre, pero no me espero mucho. Los criminales suelen dar un golpe o un tajo. Este se ha ensañado. Su ropa estaba en un rincón, todavía no hemos mirado nada por ahí —el forense dio unos pasos para ver de frente el cadáver—. Las manos atadas por las muñecas no presentan mucho forcejeo, así que quizás lo ató después de matarlo.

León rodeó el cuerpo, observando cada detalle de lo que rodeaba al párroco.

—Tiene un traumatismo en la cabeza —continuó—. Quizás le dio el golpe a la entrada. Estaría esperando oculto para arrearle un golpe.

—¿Y la luz?

—El tipo ha cortado el suministro. No han encontrado dónde está, pero si es así, buscarán cualquier pista por si hay huellas en el panel.

—¿Hay algún tipo de mensaje que dejase el asesino? Quizás mencione algo del ajedrez.

El forense lo miró como si le hubiese contado acerca de ese día que vio volar varios cerdos.

—¿Por qué iba a dejar un mensaje así? Haremos pruebas de una posible violación, que puede ser. Quizás el párroco sea gay.

—"Fuese" gay.

El hombre se acercó a León.

—¿Usted quién es, exactamente?

—Siguiendo la estela del señor Orts, "era" perfilador criminal.

León marchó hacia la ropa, dejando cientos de preguntas en los labios del forense.

—Oiga, no me ha dicho quién es. Tiene que usar guantes.

León se paró en seco.

—Si quiere salga a fumarse un cigarro o hacerse una paja. No moleste. Solo hable cuando haga preguntas.

—Me cago… Voy a hablar con el inspector.

Este se dirigió con paso rápido a la salida. León lanzó unas últimas miradas. Algo en él le hizo cambiar de objetivo. Vio el asesinato desde todos los ángulos. Sus manos subían y bajan en forma de apuñalamiento.

Alzó el rostro por unos momentos, contemplando la figura de Cristo. Alguien había pintado un pene en el cuerpo. Luego, buscó en el altar, entre los bancos cercanos, por los bultos tapados con telas polvorientas, para luego aproximarse a dónde estaban las ropas.

—León —dijo Mario—. Intenta no dar por saco a la gente. El forense está empezando a tocarnos las narices.

—¿No es nuestro?

—No, no lo es.

—Estoy buscando algún mensaje.

—Ya tenemos uno. El de la llamada. Lo de que quiere jugar "una última partida".

—Digo algo que incrimine a Valle-Mingueza.

—¿Qué esperas? ¿Una invitación de boda?

—Pues eso vendría bien —León se agachó para mirar la ropa del párroco—. Sabemos quién es, y que estará relacionado con alguna iglesia de algún pueblo de aquí.

—Estamos intentando contactar telefónicamente con Moisés Sánchez. Él también es cura, los dos pertenecen a un pueblo de por aquí.

La mirada de León quedó perdida en el infinito, y comenzó a hablar sin mirar a Mario. Pantalones, camisa, zapatos…

—Quizás le esperaba oculto. No hay forcejeo, por lo que se usaron las llaves. A la entrada le golpeó en el cráneo. Luego, lo maniató y lo apuñaló con el picahielo.

—¿Un picahielo?

—Me apuesto lo que sea a que son sesenta y cuatro puñaladas.

—Algo de ajedrez, supongo.

—Excelente, Sherlock.

—No empieces con tus gilipolleces. Si le ganaste a Luis puedes hacerlo otra vez, así que podías echar una partida y se acaba esta mierda.

Un breve espasmo del párpado derecho pasó como una estrella fugaz de malos recuerdos.

—Nunca me interesó el ajedrez.

León se levantó.

—¿Cómo demonios derrotaste a Valle-Mingueza? Te tiene que gustar por narices. Tú y él sois unos raritos de cojones.

Sus ojos chocaron.

—No me compares con ese cabrón. Sé cómo se jugaba al ajedrez, pero cuando investigué el asunto de las piezas apenas había jugado partidas. Alguna con mi padre... —su boca sufrió un leve espasmo hasta que pudo hilar más palabras—. En fin, que tuve que aprender durante el caso, y jugar las partidas con él con cuidado.

—¿Aprendiste en el caso? No sé qué significa haber sido Gran Maestro en esto de ajedrez, pero creo que me tomas el pelo.

Se arrodilló donde estaban los efectos personales del párroco alineados. Varios tiques de compra, un paquete de pañuelos. Dos

caramelos. Cerca, el picahielo con sangre. Se levantó y salió con velocidad. Afuera, el forense trataba de encender un cigarrillo. Entre las chispas no dejaba de soltar improperios. León apareció a su espalda.

—¿Y la cartera y el móvil? ¿Llaves del coche?

—Joder —dijo con un respingo—. No lo sé. Tendrían que estar...

León se apartó de él, dejándole con el cigarro y la pregunta colgando de su labio. Patricia lo observó, acercándose con cuidado. Su mirada recorría el suelo, pasando por tierra, grava, piedras y algunas plantas secas.

Se agachó para coger una piedra grande con las dos manos. Se dirigió al coche. Lanzó el pedrusco con fuerza contra la ventanilla. Todos los policías comenzaron a acudir a la escena, algunos con la pistola en las manos.

—¡Tranquilos! —gritó Mario aproximándose—. Está todo controlado.

El Guardia Civil que había hablado con ellos antes lanzó una mirada a León peor que todas las balas que podrían haber descargado sobre él.

—¿Qué haces? —preguntó Mario—. Podías haber preguntado por la llave.

—Quizás haya otra persona... no. Hay otra persona en peligro. El tal Moisés ese.

—¿Cómo?

El brazo derecho de León se coló por la ventana, tanteando el interior. Cerca de la manilla estaba lo que buscaba.

—Estos coches viejos siempre tenían métodos arcaicos para cerrarse —abrió la puerta—. Suerte que no es uno de esos Maybach vuestros.

Una vez sentado en el asiento del piloto, comenzó a revisar de arriba abajo. Sus brazos, sus manos, sus ojos. Todo su cuerpo actuaba de una forma sincronizada a la perfección. Por fin consiguió su ansiado trofeo.

—Aquí está el móvil.

—¿Y? —Sergio se acercó—. Tendrá contraseña o algo.

—Tiene un patrón. Pero siendo alguien mayor, quizás no tenga una buena relación con la tecnología… Suerte que no es antiguo. Aún hay otra forma de acceder. Espero tener suerte.

Salió del coche para andar deprisa al interior del edificio, dejando atrás a Sergio, quien se tendría que encargar luego de que no se difundiesen demasiadas cosas al respecto de esa investigación.

León se acercó al cuerpo y se arrodilló. Solo un policía estaba investigando con su linterna. Se arrodilló junto al cadáver. Agarró un dedo de la mano maniatada y lo colocó cerca del sensor dactilar del móvil. Ya estaba dentro.

Fue directo a las llamadas. La última, realizada hace unas pocas horas. El nombre del contacto era "Moisés". Patricia apareció por su espalda, conteniendo las ganas de vomitar con sus manos.

—León —dijo entre arcadas—, ¿te pasa algo?

—A mí no. Pero un tal Moisés puede que le vaya a pasar algo.

Salió como una exhalación en busca de Mario.

—Tenemos que irnos ya. ¿Y Sergio?

—Ocupado, supongo. No lo he visto todavía.

—Pues vamos. Patricia, sube detrás. Yo iré de copiloto.

5

La única persona en la plaza del Ayuntamiento, cerca de la parroquia, era una mujer que paseaba a su terrier. El Mercedes-Maybach aparcó en uno de los lugares reservados para la policía. León salió del coche una vez que Mario paró el vehículo y puso el freno de mano. Mario y Patricia salieron al momento. El agente tenía la mano puesta en su arma de fuego. Patricia intervino.

—Ten cuidado, León.

—No va a estar ahí el esbirro de Mingueza. Y si está ese tal Moisés quizás esté muerto.

Patricia se quedó parada, mirando cómo León no tuvo que forzar la puerta. Un leve empujón la abrió de par en par. Mario lo siguió de cerca, lanzando una mirada al trozo de papel que había pegado en la puerta.

Se quedó unos breves segundos sin descifrar la combinación de letras y números que había. Después, se aseguró de que León no fuese emboscado.

—¡Estamos aquí! —gritó León, provocando una cascada de eco—. ¿Dónde está?

Se detuvo a mirar la figura de Cristo en la cruz. Su rostro sufrió un leve espasmo, hasta que un sonido lo atrajo. Era un ruido sordo, un intento de grito. Se giró para ver el confesionario. Con cada paso y cada ruido sordo se confirmaba el origen de los sonidos. Mario sacó el arma, y una vez se abrió el telón, vieron al padre Moisés con una pieza de ajedrez blanca en la boca, mordiéndola. Maniatado de manos y piernas, el olor a orín era punzante.

León se acercó para quitarle la figura, pero el hombre, cubierto de lágrimas, se apartó.

—Está a salvo. No se asuste.

El hombre intentó hablar con la pieza entre sus dientes. León consiguió descifrar parte de lo que decía.

—¿Al otro lado? —dijo León— ¿Dónde tendría que estar el cura?

León abrió de golpe la otra cortina, mostrando un tablero de ajedrez con piezas. Cerca, varios cilindros metálicos con cables. Volvió con el párroco, para arrancarle a la fuerza la pieza de la boca.

—¡Idiota! ¡Vamos a morir! Hay una bomba.

—No hay ninguna bomba.

—Sí, me dijo...

—¿Consiguió verlo?

—Sí, yo... ¿Quiénes son?

—Personas —dijo Mario—. ¿Vio al que le hizo esto?

—Sí, más o menos. Es... ¿y la bomba?

—Levántese y ande —dijo León cogiendo un cilindro—. No hay ninguna bomba, tranquilo. Son de mentira.

El hombre se levantó como pudo mientras León arrancaba los cables.

—Podría haber ido antes al baño —dijo Mario—. Menudo estropicio.

—Lo siento, me amenazó, me dijo lo de la bomba, me obligó a...

—Le obligó a hablar con el señor Orts, ¿no? Pascual Orts.

—Sí. Era por un ajuste de cuentas o algo así. El pobre creo que tenía problemas con los casinos estos de internet, pero nunca pensé que haría algo así. ¿Está bien?

—Más o menos está muerto —dijo León—. Si nos ayuda a identificar quién le ha hecho esto, nada habrá sido en vano.

El hombre se desmayó tras intentar salir del confesionario. Los dos lo agarraron y lo llevaron cerca de un banco.

—Dios mío. Podíamos haber terminado con esto fácilmente.

—Podremos. Hay ciertas pistas.

—¿Seguro? —preguntó Mario—. No creo que haya huellas en las piezas.

—No, pero el tipo es idiota. No sabe bien los movimientos del ajedrez.

—¿Por?

—En la puerta hay inscrita una partida de ajedrez, la que jugué con Valle-Mingueza. Se ha equivocado en algunos movimientos.

—¿Y eso? —dijo Sergio señalando al tablero—. ¿Por qué ha dejado eso ahí?

Los ojos de León se posaron sobre las piezas, dispuestas para jugar.

—Eso es que quiere hablar conmigo —dijo León, mirando la pieza que tenía—. Ahora tenemos que buscar el otro alfil.

—¿Otro?

—En la boca tenía el alfil blanco. Ahora nos hace falta encontrar el negro.

—¿No es un poco idiota?

—No —dijo León mirando al Jesucristo—. Cuando lo encontremos sabremos más de lo que va a ocurrir.

Capítulo 6 – Alfil de rey

1

Los ojos de Patricia se clavaron por un momento en el papel pegado en la puerta. No pudo intentar descifrar qué significaba cuando las voces del interior la asustaron. León y Mario.

Con el corazón en un puño avanzó para encontrarse, al fondo y bien grande, la figura de cristo crucificado.

Cerca estaba el confesionario. León inspeccionaba el interior con un cilindro en la mano. En uno de los bancos cercanos estaba el cura con cara pálida, cabeza apoyada en Mario, cuyo hombro soportaba al hombre religioso.

—Pasa, Patricia —dijo Mario pegando un trago rápido a su petaca—. No hay nadie muerto. Solo un cura que se ha meado encima.

—Por favor, llamen a una ambulancia —susurró el hombre—. Creo que me muero.

—Todavía no se muera, padre —dijo guardando la petaca en su bolsillo interior—. Cuando lleguen haga lo que quiera, pero no la palme a mi lado.

La voz de León llamo su atención.

—¿Qué demonios…

Movía el cilindro de arriba abajo. Varios cables que llevaban a algo que parecía un monitor. Con unas pocas películas de acción, Patricia sabía que era una bomba. O algo parecido.

—¿Es una…

—No —dijo León con mirada clavada en el artefacto—. Es de mentira. Bueno, realmente no.

Patricia se aproximó con cuidado. Quería confiar en que alguien que León atrapase en el pasado fuese alguien dedicado a ese tipo de

cosas. O tenía mucha confianza en sí mismo o realmente pertenecía a un hospital psiquiátrico. León giró el rostro.

—Es un tubo de contención, temporizador, fuente de energía, cableado... pero sin explosivo. Es una bomba, pero sin bomba.

—¿Cómo?

—Mario —dijo girándose—. Supongo que te lo habías imaginado, ¿no?

—¿El qué?

—Que no era una bomba.

—¿Por?

—Te hubieses cagado en mis muertos viéndome arrancar los cables.

—No sé. Me fio de ti.

—Yo no me fiaría de un tipo que ha salido de un manicomio.

El cura alzó la voz.

—¿Es usted el asesino? ¿Está aquí? —señaló a León con el dedo—. ¡Es el asesino!

Mientras Patricia sintió como se cerraba el estómago, León se limitó a toquetear más los cables.

—No se preocupe padre —dijo Mario—. Está todo controlado. No es el asesino. ¿Patricia, puedes atenderle?

—Sí.

Se aproximó a él con cuidado, sentándose a su lado. El olor a orina le golpeó en toda la nariz.

—Tiene un perfume nuevo —dijo Mario con sorna—. Yo he conseguido aguantarlo, pero…

—¿Viene la ambulancia, o alguien vuestro, o…

—Sí, he llamado. Vendrán en seguida —Mario se levantó del banco —. Oiga, padre, ¿se enteró de ese niño en Almería, el que se cayó en un agujero? ¿Dijo usted algo de mi gozo en un pozo?

La carcajada sardónica de Mario no llamó la atención de Patricia. Ella estaba observando a León, con los ojos cerrados, agarrando el artefacto con dos manos. Temblando. Sus labios se movían. No decía nada. Ninguna palabra.

Patricia se apartó del cura de un salto.

—¡León!

Sus prácticas la habían enseñado cómo era una crisis de ansiedad. Y cómo era una crisis de ansiedad fuerte.

León apoyó la espalda en la pared mientras su rostro sucumbía a los espasmos. El pecho subía y bajaba. Respiración acelerada. Músculos tensados. Se combó e intentó vomitar.

—Sácalo afuera —dijo Mario—. Yo me quedo aquí.

—Ven, León. Te tiene que dar el aire. Vamos.

Con el artefacto aun agarrado caminó al exterior, siguiendo la estela de la pared, con pasos lentos y torpes. Soltó palabras inconexas y difíciles de entender. Patricia tocó su hombro y lo llevó hasta la salida.

Se dejó caer en la pared de la entrada, en el exterior de la parroquia. La mujer que paseaba al terrier estaba en un lugar apartado, lejos, pero su mirada estaba posada en ellos dos con el móvil en la mano.

—Respira —dijo Patricia—. Respira hondo. Tranquilo. Todo está bien. No ha pasado nada.

—Están en un pozo —consiguió decir tras varios intentos—. Están todos en un pozo. Han muerto todos. Fui yo. Están muertos.

Patricia se arrodilló para aproximarse a él. La sirena de una ambulancia resonaba en la distancia.

—Lo siento.

León comenzó a llorar. Ahora su voz lenta se transformó en un grito desesperado.

—¡Fui yo! ¡Lo siento!

Mientras el rostro se desfiguraba en contorsiones y su cuerpo temblaba, Patricia repasó lo ocurrido para saber qué había pasado.

"¿Ha sido por la frase de Mario?"

Solo vio algo parecido en su vida. Un chaval de dieciséis años con varios intentos de suicidio. Era cuando ella estaba en prácticas. Una vez incluso lo intentó estando ella presenta.

Una vez terminó todo intentó saber si el chaval estaba mejor. Había conseguido tirarse por un puente y falleció al día siguiente.

Con tiempo aprendió a separarse de todos los pacientes. Pero los gritos de ese joven seguían en su memoria y, ahora, se parecían demasiado a León.

Y ahora todo dependía de él.

2

Durante unos inexorables minutos, Patricia se mantuvo al lado de León, intentando contener la crisis que estaba sufriendo. La lección más importante que aprendió era que lo que parecía algo ínfimo para uno, para otro podría ser traumático.

El chiste sórdido de Mario podría haber pasado por un comentario rudo en un bar. Pero algo había encendido una chispa en el interior de León. Poco a poco dejó de temblar, cobrando sentido y respirando con tranquilidad.

Una vez llegaron los sanitarios, Mario salió de la parroquia. Mientras varios agentes estaban con ellos, unas seis personas entraron dentro. Patricia no comprendía de qué se trataba todo, cuál era el protocolo o qué iban a hacer.

Se limitó a escudriñar en los ojos de León. Su mirada se perdía en la distancia. No estaba fija en nada. Ni tan siquiera se había desviado con la aparición de las ambulancias y los agentes. Tampoco se giró para ver a Mario.

Patricia se dio cuenta de algo. Nadie estaba acudiendo a ver cómo se encontraba León.

—Necesita ayuda —dijo ella—. Quizás tenga que descansar un rato. Algún tranquilizante. Creo que…

—León está bien —dijo Mario sin bajar el rostro—. Sergio está de camino a ver al forense. Tenemos que ir enseguida.

—Pero…

—Todo está bien, Patricia —Mario posó su mirada en ella—. Crees que León está jodido, pero da igual. Es lo típico. Tanto él como yo sufrimos este tipo de cosas. Nos mantenemos en la lona, luchando. Cada uno con lo que puede, y como puede.

—Míralo, tiene los ojos perdidos, no…

—Estoy bien.

La voz de León sonó tranquila, relajada.

—Tenemos que ir a ver la autopsia. Dentro estará la otra pieza.

Patricia intentó comprender lo ocurrido. Ella estaba completamente tensa y nerviosa. Primero, descubrir de qué se trataba todo. Luego, presenciar la escena de un crimen con su correspondiente cadáver. Ahora debía tener más nervios porque había una supuesta bomba en la parroquia. Su preocupación era el hecho de que tenía que presenciar un cadáver, por no decir que la persona que estaba cuidando necesitaba atención médica.

—Quizás tenga el alfil en la garganta, o en el estómago —dijo León, levantándose despacio—. Podría estar suturado en su piel, pero el que está haciendo esto tiene pinta de ser bastante torpe. Como con el papel.

Patricia se levantó con él, mirando a la puerta. Dos agentes estaban observando dicho papel, que seguía clavado, haciendo fotos y escribiendo notas.

—¿El papel?

—Son movimientos de ajedrez. De la partida que tuve con Valle-Mingueza. Aunque se ha equivocado en varios.

—Algo raro, ¿no? —dijo Mario—. ¿Crees que el inútil también había fallado con lo de los explosivos?

—No. Eso no. No transcribió bien los movimientos. Algunas letras…

León se sumió en un silencio repentino. Los dos lo observaron atentamente. Sin decir nada más, caminó hasta el papel. Mario dio órdenes de que se apartaran los dos agentes, los cuales no dijeron nada.
Los dedos de León pasaron por encima del papel. Sus ojos iban y venían.

—Es una prueba —dijo uno de los agentes—. No la puede tocar, estábamos…

—Silencio.

La orden de Mario les cerró el pico. Se limitaron a quedarse de pie, a unos metros, parados como lanzas clavadas en la tierra. Patricia intentaba adivinar qué demonios hacía León.
Se rascó la cabeza y lanzó varias bocanadas de aire. Negaba con la cabeza. Movía el dedo. Levantaba el papel, lo movía, se volvía a rascar la cabeza. La mano derecha se alzó para volver a tocarlo, pero se torció en un puño.

—Joder. No veo nada.

—A lo mejor no hay nada —dijo Mario—. Será un fallo, simplemente.

—Hay varios fallos. No consigo… No dice nada. Intento ver si hay algún código o mensaje oculto.

—¿Y las piezas? ¿No habrá algo en ellas?

—Quizás… No lo sé…

Cerró los ojos. Respiró hondo.

—Quiero tener una copia. Que hagan fotos o lo que sea, pero tendré que pensar bien qué significa, por qué hay tantos errores, por qué…

—Quizás estar en la morgue te ayude —dijo Mario—. Yo voy ahí de vez en cuando para aclarar mis pensamientos.

—Si está Sergio ahí, tengo que darme prisa. Quizás toque lo que no deba. Y peor aún, no confío en él.

Los dos se aproximaron a León.

—¿Cómo? —dijo Patricia—. ¿No confías en él? ¿No es tu jefe?

—Ha tenido mucho tiempo solo. Quizás todo esto no lo haya planeado Valle-Mingueza solo, y no creo que sólo tenga la ayuda de una sola persona.

Uno de los agentes intervino.

—¿Valle-Mingueza? Estamos aquí por…

—¿Estás seguro? —dijo Mario—. ¿No es una paranoia de las tuyas?

León se giró. Ojos rojizos.

—Este trabajo requiere ser paranoico, ¿no? Creo recordar que eso te salvó el culo.

—*Touché*.

Los dos pasaron por completo del agente.

—Vayamos cuanto antes —dijo León, mirando a Patricia—. También desconfío de ti. Una mujer es la mejor forma de ganarse la confianza de alguien.

—Yo…

—Todo el mundo puede parecer inocente. Nadie sospecharía de una mujer joven como tú.

—Considéralo un halago —dijo Mario, sacando las llaves del coche—. Venga, dejemos aquí a los mortales. Ya te pasaremos una copia.

Los tres caminaron en dirección al coche, dejando atrás a los dos policías, que continuaron con sus fotos, murmurando entre ellos.

—¿De quién no desconfías?

Las palabras de Patricia fueron respondidas por el silencio de León. Una vez estuvieron al lado, su mirada melancólica se posó en ella.

—Quizás dudes del verdadero motivo por el que estás aquí. Yo también —dijo León, mirando a la parroquia—. Espero equivocarme en mis sospechas. Pero he aprendido que nadie es quien dice ser.

Durante el trayecto permanecieron en silencio, salvo por la llamada de Sergio para saber qué había ocurrido y que se dieran prisa en ir a la morgue. Ninguno de ellos comentó nada fuera de lo normal.

Patricia estaba sentada atrás, con los ojos fijos en la ventana, como si de alguna manera las calles y las casas hiciesen desaparecer las memorias recientes. Tuvo algunos días parecidos, pero en todos ellos podía haber dicho "basta" y todo se hubiese acabado.

Ahora el pedal de freno estaba roto.

Mientras Mario conducía con demasiada velocidad, León no había parado de mover los dedos de arriba a abajo, abriendo y cerrando los ojos, como si estuviese calculando o escribiendo en el aire.

No quería interrumpir su concentración, no porque no se preocupase por ese extraño hombre, sino porque seguía sintiéndose fuera de lugar.

"Sigo siendo una graduada. No tendría por qué estar aquí."

Luego venían otros pensamientos, diametralmente opuestos, empapados de ambición.

"Nadie ha escrito nada verídico de Valle-Mingueza. Menos aún de León. Es más, nadie lo conoce del caso. Si pudiese…"

Lo único que la mantenía a salvo era todas las cosas que podría hacer si tuviese la oportunidad. Libros, estudios, ensayos, conferencias, entrevistas…

Conseguir un trabajo ya era de por sí difícil. Las únicas opciones solían ser oposiciones y trabajar para el estado, ya sea de su profesión o de subalterno. "Lo que sea para ganar dinero" decía su madre.

Pero eso era diferente. No es que simplemente fuese algo alejado de cualquier mortal. Era su sueño. Era aquello que había esperado conseguir. Todo ese tiempo en la universidad se trataba de escuchar las palabras de otros. De leer los libros de otros.

Todo eso podía cambiar.

Y sabía que tenía que pagar caro todo eso.

Aprovechó el silencio para acumular valor y energía. Las autopsias eran interesantes, pero de lejos. El olor era algo que no soportaba. Ver intestinos y sangre le daba igual. Sus ojos se habían acostumbrado de ver películas y documentales.

Pero el olfato nunca estaba involucrado en ese tipo de experiencias.

El trayecto era en dirección a la Ciudad de las Artes y las Ciencias, un lugar que Patricia visitó años atrás. Ahora era un edificio cercano, distinto por completo. El Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses era el lugar donde realizarían la autopsia.

Mientras Mario seguía con su conducción profesional, León había dejado de contar con los dedos. Ojos cerrados. Respiración lenta. La mirada de Patricia intentaba desentrañar qué y quién era esa persona.

Las posibilidades de personas que ayudasen en crímenes eran amplias. Podía ser un agente, o un analista. Quizás un catedrático, pese a ser relativamente joven. Lo único que sabía seguro era que había sido internado por inestabilidad mental.

Algo que, precisamente, no es bueno padecer en ese trabajo.

—Ya estamos —dijo Mario—. Nos dejarán pasar rápido. Vamos.

Los tres salieron del vehículo. Con marcha rápida entraron en el edificio. Mario enseñó varias veces las identificaciones, dijo su nombre, el de Sergio, los motivos. Patricia no tenía mucha idea de todos esos trámites, pero sus preguntas se desvanecieron cuando entraron a un pasillo.

Al fondo, la figura de Sergio, de pie, parecía la de un ejecutor al lado de su guillotina favorita.

—Sé lo que ha pasado —dijo con voz ronca—. Al menos está vivo, y no son explosivos de verdad.

—No va a usar explosivos —dijo León—. No los usa. Nunca los ha usado.

—Pero no es Valle-Mingueza —intervino Mario—. ¿Y si le da por usarlos?

—No los va a usar.

—Es igual —terminó Sergio—. Ahora lo que nos importa es la autopsia. Más o menos sabemos cómo murió, pero crees que falta una pieza, ¿no?

—Un alfil —dijo León—. El cura que nos hemos encontrado tenía uno, así que este tendrá el otro.

—¿Dónde crees?

—Garganta, cosido, tatuado… —el rostro de León sufrió un espasmo —. Los niños… Los… Con los niños no hacía esas cosas. No dejaba mensajes. Simplemente…

Sus piernas lo llevaron con lentitud a una de las tres sillas de la antesala. Sus manos eran flanes en pleno terremoto. Respirar intranquilo. Solo una mirada de Sergio a Patricia fue suficiente para que ella se sentase con él.

—No le des vuelta —dijo ella con el tono más dulce que podía—. Esto es otra cosa.

—León —dijo Sergio—. El forense tiene que venir. Puedes descansar de mientras. Poca gente estará en esta antesala.

La comisura de los labios de León se torció en una irónica sonrisa.

—La muerte es dulce, decía Cela. Pero su antesala es cruel.

4

Mientras esperaban, Patricia no pudo evitar dejar volar su imaginación. Estaba acompañada de dos agentes de la Interpol y un hombre que acababa de salir de un hospital psiquiátrico, ahora sentado con la cabeza gacha, piernas inquietas y respiración alterada.

Además, estaban esperando para ver el cadáver de un párroco fallecido a manos de un asesino en serie que estaba a las órdenes de otro asesino en serie, quien supuestamente había sido encarcelado hace años, pero que realmente vivía libre en su mansión.

Intentó racionalizar todo lo que había pasado en esas últimas horas. Las pocas veces que Patricia se había sentido tan desubicada fueron durante un viaje a Escocia, cuando se perdió por las calles. A pesar de ser de día y estar rodeada de gente amable, todo le daba miedo.

Ahora estaba rodeada de cosas que infundían un miedo real.

No eran calles de Edimburgo con gente pasándolo bien.

No tenía Google Maps. No podía llamar a nadie.

Ahora tenía en mente que su tarea era cuidar el estado mental de ese hombre flacucho y de mirada perdida. La única persona que había cuidado en su vida fue su sobrina. Le bastó con ponerle a ver "Orgullo y prejuicio"

—¿Qué piensas? —dijo Mario, mirando a Patricia y sacándola de su trance—. Seguro que tienes muchas preguntas.

—Sí. Más o menos.

—Si necesitas cualquier cosa —intervino Sergio—, dímelo y puedo conseguirlo.

—Estoy bien.

—No hace falta que entres —dijo Mario—. Supongo que todo será demasiado para ti. Además, lo que le vamos a hacer al cadáver será peor aún.

—Mario —dijo Sergio, acercándose—, no la asustes.

—¿Qué le vais a hacer?

—Es un simple…

—Necesitamos encontrar un alfil —dijo León, alzando el rostro—. Sea donde sea, debe haber alguna pieza dentro de él. Así que, si hay que trincharle como a un pavo, se hará.

—¿Y eso de qué servirá? Quizás tenga familia, quizás quieran que no le hagan la autopsia.

—De eso me encargo yo —dijo Sergio—. Ahora lo vital es encontrar esa pieza.

—¿Por qué un alfil?

—El alfil representa a alguien del clero —dijo León—. En inglés es obispo. Encontramos una en el confesionario, así que la otra la deberá tener Pascual Orts en cualquier parte de su cuerpo.

—¿Habrá alguna pista?

—No lo sé —dijo León, mirando al suelo—. La adrenalina del principio está disminuyendo y ahora estoy teniendo algunas dudas.

—Te necesitamos, León —dijo Sergio—. Tú eres clave para evitar otra desgracia.

León alzó la mirada. Sus ojos penetraron con fuerza la mirada de Sergio.

—Vosotros podríais haber evitado muchas cosas si ese cabrón estuviese entre rejas. O muerto. Es más, tenía que haberlo matado.

Patricia notó cómo su respiración se aceleraba.

—Tenía que haberle arrancado la yugular, la carótida y los testículos. Luego despellejarlo vivo, arrancarle la cabeza y…

—León —dijo Patricia con voz suave—, respira.

León lanzó una breve mirada a Patricia, para luego centrarse en el suelo. Tenía el puño cerrado, tenso. Su pierna izquierda no paraba de moverse.

—Ahora tenemos una prioridad —dijo Sergio—. Es saber cuál va a ser su siguiente movimiento. Ver si hay algún mensaje o alguna pista. Sabemos que quiere jugar, que quiere que nos pongamos a investigar.

—Una cosa, Sergio —dijo León sin alzar el rostro—. Si tengo la posibilidad, esta vez lo mataré de verdad.

—No tendrás ninguna posibilidad. No lo verás ni sabrás dónde está.

—Sé dónde está, no soy idiota. Y sé que lo voy a ver.

—No lo creo.

León clavó su mirada en Sergio.

—Si está dando información, harás lo que sea para que lo siga haciendo. Él sigue enamorado de mí, si es que se puede llamar.

Quiere verme. Tenerme cerca. Si te pide que me envuelvas en terciopelo para él sé que tú lo harás. Porque no tienes huevos.

Sergio se mantuvo callado. Los ojos de León volvieron al suelo.

Patricia sentía la tensión cortarle el cuello y la voz. Quería decir algo, hacer algo. Pero lo único que pensaba era en que viniese ya el forense. Eso, y que quizás se tomaría alguna de las pastillas de León para calmar sus nervios.

5

Una puerta se abrió. Patricia no pudo evitar dar un pequeño salto hacia atrás. Un hombre vestido con bata entró en la antesala, con un fajo de papeles y carpetas bajo el brazo. El hombre escaneó la sala, mirando a los tres. Sus ojos se detuvieron en Sergio.

—Podéis pasar.

El hombre sacó un fajo de llaves, abrió una puerta y entró. León lo siguió. Sergio lanzó una mirada a Patricia.

—Puedes quedarte aquí. Es mejor que no veas más. Mario se quedará contigo.

El silencio fue respuesta suficiente. Sergio entró y cerró tras de sí la puerta.

—Lo he lavado un poco —dijo el forense, colocándose a un lado de la camilla metálica—. Lo que habías pensado, León… es correcto. ¿Eres León, ¿no?

Afirmó con una leve inclinación de cabeza.

—He tenido que reunir más información, pedir un par de papeles —dejo el fajo de documentos a un lado—. Pero a simple vista, después de lavarlo un poco, me di cuenta de que estabas en lo cierto.

El pálido cadáver del hombre yacía boca abajo. Las puñaladas hechas con un punzón se podían ver claramente entre los retazos blancos y morados de la espalda. Aunque la sangre seca estaba lavada, algunas costras de sangre y bultos dificultaban esclarecer

qué era el dibujo. Pero aguantando las ganas de vomitar, uno podía ver como las puñaladas mostraban un cuadrado de ocho por ocho.

—Al menos sabe cuántas casillas son —dijo León, acercándose—. Supongo que serán todas con el picahielo.

—Exacto. Postmortem, todas.

—¿Has encontrado algo más?

—No. Lo primero fue lavarle, sobre todo la espalda. Con tanta sangre no se podía saber cuántas puñaladas eran.

—¿Algún mensaje? —intervino Sergio—. Ya sabes quién está detrás de esto.

—No. Nada —el rostro del forense parecía esculpido en piedra—. Quedan más análisis por hacer, pero eso es todo. Lo más importante es lo que he tenido que firmar.

Compartió una mirada con el grupo.

—¿Sabe con qué está relacionado? —preguntó León— O con quién.

—No tengo información apenas, solo que lo que se diga en esta sala queda en esta sala. La verdad… —dijo el forense resoplando—. Esto es lo más raro y macabro que he visto. Aparte de lo de la espalda, ese ocho por ocho, no hay nada más raro a simple vista.

—Tiene que haber un alfil.

El hombre frunció el ceño.

—¿Un alfil? ¿De ajedrez? No sé qué demonios es esto, pero no hemos encontrado nada. No llevaba nada en la ropa, según el informe.

—Tiene que haber un alfil —dijo León aproximándose al cuerpo—. Tenemos el primero, ahora queda el segundo.

—¿Crees que hay un segundo alfil? —dijo Sergio—. Tendría que estar en la parroquia.

—Sé que hay un segundo alfil. Le gustan todas esas cosas simbólicas.

—Tengo que hacer pocas o ninguna pregunta —dijo el forense—. Pero… ¿qué demonios se trata esto? He visto cadáveres de accidentes, homicidios o suicidios. Nada como esto.

—¿Se acuerda de Valle-Mingueza?

La pregunta quedó en el aire. Sergio se mantuvo recto, sin intervenir.

—Coño que si me acuerdo. Yo estuve en una de las autopsias de una mujer. Menudo desgraciado.

—Sabe que le gustaba el ajedrez, ¿no?

—Hombre, sí. Pero creo que más allá de los asesinatos, se le conocía por los líos estos de la prensa rosa.

—Hay alguien obsesionado con él, con el ajedrez. Quiere mandarle un mensaje.

—Pero si está en la cárcel.

León se mantuvo impertérrito. Dejó a un lado sus emociones.

—Encontramos una pieza de un alfil en otro párroco de la misma zona. Está vivo. Esto significa que sigue faltando la otra pieza.

León se movió alrededor, sus ojos rastreando cada mesita y estante.

—No he visto nada —dijo el forense —. ¿Crees que la tiene dentro?

—¿Guantes?

El forense sacó una cajita y se la mostró.

—Tendrá la pieza dentro de él, ¿no? —dijo el forense—. Se la habrá hecho tragar.

León comenzó a ponerse los guantes. El forense intentó a mover el cadáver.

—Lo tendrá en la boca. Tendréis que ayudarme a levantarlo.

Antes de que Sergio se moviera, León intervino.

—No hace falta. Conozco el sentido del humor de Valle-Mingueza. Miremos en otro orificio.

—¿Usted lo conoció?

León, sin hacer caso y con el guante medio puesto, sopló el interior para poder ponérselo mejor. Una vez listo, se aproximó al cuerpo.

—Ábrele las nalgas. Tiene un culo muy grande.

El forense sujetó cada nalga, apartándolas. León se inclinó. Algo asomaba del ano.

—O es la pieza, o el cura tenía hobbies muy morbosos.

León aproximó la mano, y con los dedos en forma de pinza agarró el principio de un condón. Lo estiró. Una vez sacado, vieron en su interior una pieza de ajedrez.

Se movió a un lado, cerca de una mesita. Depositó el condón y sacó la pieza del interior. Un pequeño papel estaba junto a la figura.

Los tres hombres se reunieron junto a su nuevo descubrimiento.

—Ahí tienes tu pieza —dijo Sergio—, con una nota.

—Por esto quería que supiésemos que había otra pieza.

León se quitó los guantes y abrió la nota con cuidado. Era una serie de letras extrañas, algunas parecían normales y corrientes escritas en cursiva extrema. León mantuvo la mirada perdida en el vacío mientras Sergio intentaba descifrar lo escrito.

—¿Qué es? ¿Un código?

León dejó el papel y comenzó a andar rápido alrededor de la sala. El forense alternaba miradas.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —dijo el forense—. Sé que no tengo que preguntar, pero…

Sergio no dijo nada. Se limitó a apartarlo con el brazo. León comenzó a dar puñetazos a las mesitas y los cajones, gritando como un poseído. Cogió uno de los microscopios y lo tiró al suelo.

Sergio apartó aún más al forense y le susurró.

—No diga nada.

Mientras León estaba sentado en el suelo, con la espalda pegada a un armario metálico, Sergio sacó al forense de la sala, intercambiando una mirada rápida con Patricia. Ninguna palabra fue necesaria para decirle lo que había ocurrida.

EL mismo rostro del forense, cuyos pasos lo alejaban cada vez más de esa antesala, revelaba la gravedad del ataque de ira de León. Patricia sabía de este tipo de brotes, ante lo cual era mantener la seguridad, evitando cualquier lesión, tanto para los que cuidan como los que son cuidados.

—Jefe —dijo Mario—. ¿Está en el suelo, como siempre?

—Más o menos.

—Patricia, no hace falta que entres. Dame las pastillas y se las doy yo.

El hombre se aproximó. Ella se llevó las manos al bolso que lleva, su mente recordando dónde las tenía, cuáles tenía que tomar y la dosis.

La voz de Sergio lo detuvo.

—Tiene que ser ella.

—Se las puedo dar yo —dijo Mario—. No le hagas entrar ahí dentro.

—Su tarea es esa. Me da igual que lo pase mal o bien. Es la encargada de su medicación.

—Menuda chorrada. ¿No te fías de mí?

—Exacto —Sergio se acercó con sus ojos clavados en el hombre—. La nota que hemos sacado está en clave. No sé lo que dice, ni nadie más se va a acercar.

—¿Piensas que la iba a robar?

—Pienso que cualquier cosa química que se tome debe ser administrada por la persona adecuada.

—Es una maldita pastilla.

—Exacto —dijo mirando a Patricia—. Entra dentro y ayúdale.

Mario se apartó, sentándose cruzado de brazos. La joven mujer estaba clavada en el sitio. Tal y como sabía, la seguridad era lo

primero. Aunque tenía a dos agentes para protegerla, todo eso era nuevo.

En su mente revoloteaban todo tipo de ideas. ¿Era todo una mentira? ¿Qué enfermedad tenía León? ¿Serviría todo eso de algo? Su batiburrillo de pensamientos fue detenido por la voz de Sergio.

—Patricia, pasa —dijo con un movimiento de cabeza—. No te preocupes por León, no te va a hacer daño.

—No sé si fiarme de ti.

—Fíate.

—¿Es porque soy mujer?

Mario ahogó una risa.

—Más o menos —dijo—. Quizás porque eres un recuerdo.

Antes de que pudiese preguntar o elucubrar a qué se refería, Sergio se aproximó a ella. Sin ningún gesto más o voz, Patricia se sintió coaccionada a entrar dentro.

El cuerpo estaba boca abajo. La espalda, aun algo limpia, seguía teniendo los cortes, con un rojo casi negro seco. Lo muerte nunca podía ser bella. Ahora el cadáver del párroco estaba desnudo, con las nalgas al aire.

—Está ahí —dijo Sergio señalando a la figura de León—. No mires el cadáver.

—El olor es otra cosa.

—Está el perfume.

—Eso es lo peor —dijo arrugando el rostro—. Que huela bien significa que tiene que oler mal.

León alzó la mirada, ojos perdidos, cara sombría.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz—. No tenía que haber hecho esto.

Aunque en otras ocasiones trataría todo ello con más delicadeza, Patricia sentía que sus palabras eran sinceras. No podía refugiarse en otros doctores o profesores. Ahora era el campo de batalla.

Y ese campo estaba esparcido por material roto, bandejas bombadas y un puñetazo inscrito en uno de los armarios de chapa de metal fina.

—Tengo la medicación.

Afirmó con la cabeza para luego bajar la mirada.

Patricia pensó que, de ser un cuadro, sería *Remordimiento sobre sala de autopsias destrozada.*

—No hace falta dosis completa —dijo León—. Sólo lo necesario para aguantar esto.

Mientras Patricia sacaba las pastillas, Sergio dio unos pasos cerca.

—Supongo que sabrás lo que dice el papel.

Alzó el rostro.

—Sí —dijo León apretando la mandíbula—. Supongo que tú también lo sabrás.

—Lo he mirado, pero no sé qué dice.

—Exacto.

—¿Entonces? ¿Lo vas a contar?

Silencio.

Patricia tenía la pastilla en las manos. Era buco dispersable, sin necesidad de agua. León colocó la mano como niño pidiendo dinero para chucherías. Ella lo depositó con cuidado. Lo ingirió, manteniendo la boca cerrada.

La aparente tranquilidad que podría dar una sala de autopsias con un cadáver apuñalado sesenta y cuatro veces se rompió de golpe con las palabras de Sergio.

—Cuando esté mejor, iremos a ver a Valle-Mingueza.

Capítulo 7 – Zugzwang

1

El silencio permaneció suspendido en el aire durante el trayecto. Los cuatro se subieron al coche, con pocas palabras intercambiadas. Patricia sintió como "iremos a ver a Valle-Mingueza" supuso un golpe al espíritu de León, cuya mirada permanecía perdida por momentos.

Una vez en el interior, Sergio comentando la dirección a Mario y León mirando la ventanilla, Patricia no pudo evitar desviar su mirada al exterior. Lo que hace tiempo sería divertido, el ir en un coche de lujo, la posibilidad de estudiar un caso o descubrir acerca de Valle-Mingueza, era ahora una condena.

Se movieron por diferentes calles. Tomaron un bulevar, con ritmo lento. Mario, quién había conducido con rapidez, parecía tomarse su tiempo. Los pensamientos de ella fluyeron sobre el posible estado de embriaguez del agente. Si tenían autoridad completa, no les detendrían. Pero tener un accidente daría igual.

"A reclamar al maestro armero" solía decir su abuela.

Esperaba no cumplir esa profecía, acceder a estar en el caso para luego morir.

Tomaron una autovía y salieron de Valencia. Patricia no sabía hacia dónde iban. Tampoco quería disipar la calma que reinaba en el coche con sus preguntas. Sus ojos se fijaron en León. Mirada perdida. Rostro sereno. No sabía si estaba calmado de esa ira, si estaba en modo depresivo o si en ningún momento tenía una cierta estabilidad mental y emocional.

Ladeó la cabeza hacia la ventanilla. Patricia seguía con su profundo escrutinio. Mientras, Mario poco a poco adquiría más velocidad. Ella sabía que, de un modo u otro, todo podía acabar mal.

"Tanto fue el cántaro a la fuente, que se rompió el cántaro" solía decir su abuela.

No sabía por qué su memoria se iba a ese punto, a su abuela, ni si realmente ese refrán se podía usar en su situación actual. Ahora sus ojos pertenecían al estudio. Su mirada intentaba penetrar en la psique de ese extraño hombre que tenía que cuidar.

2

León se incorporó brevemente, movió la cabeza de un lado a otro, estirando el cuello.

—Es la siguiente, Mario —dijo Sergio—. ¿Cómo vas, Patricia?

El breve pensamiento de "¿por qué me pregunta a mí?" fue efímero.

—¿Bien?

León esbozó una sonrisa y la miró.

—¿No son los gallegos los que responden con una pregunta?

—Sí —dijo Mario—, mi tío era de Pontevedra y siempre decía lo mismo.

—Con acento, ¿no?

—Exacto. Y cuando lo imitábamos, se enfadaba.

Los dos rieron, y Mario continuó.

—Yo, como de pequeño era un cabrón, siempre lo hacía.

El repentino cambio de humor, con una conversación distendida, recordando con un humor el pasado, la golpeó como el viento frío cada vez que salía del coche.

"¿Y ese cambio de humor?" pensó, intentando averiguar cómo alguien pasaba de extrema tristeza y rabia a reírse con una anécdota.

León la miró.

—Entonces, Patricia, ¿cómo estás?

La pregunta de León fue seguida por una mirada de la que no podía huir.

Mientras estaba sometida a los ojos de León, intentó crear un diagnóstico. Encuentro con un cadáver. Posibles bombas. Un arrebato de ira. Ahora la certeza de ver a quién le causó tanto trauma. Todo eso parecía haberse difuminado.

Aunque parecía estar bien, Patricia podía divisar cierta tristeza en los ojos de ese hombre.

—Bien. ¿Tú cómo estás?

—Genial —dijo levantando la mano—. Me duele un poco de darle al armarito ese de metal. Si le tengo que arrear a ese cabrón lo haré con la izquierda.

—Ningún movimiento —dijo Sergio—. No tendré piedad en placarte si te lanzas a él.

—Tranquilo, no hará falta —sus ojos se alejaron, perdiéndose en el horizonte y los campos que se extendían—. He pensado que me gustaría torturarlo antes de matarlo.

Patricia tragó saliva.

Mario intervino.

—Otra vez con tus cosas. Seguro que Patricia está encantada de que cambiemos de hablar de gallegos a torturar.

—No pasa nada —dijo Patricia—. Creo que me estoy acostumbrando a esto. A todos estos cambios repentinos.

—Hablaremos con él —dijo Sergio—. Obtendremos toda la información que podamos. Y si me dices qué es lo que ponía en el papel que estaba metido en el ojete del cura, mejor.

—Lo revelaré cuando sea necesario.

—No es bueno ocultar información. Y lo sabes.

—Nunca me dijisteis que Valle-Mingueza estaba tan contento en una de sus mansiones.

—Tú ya lo sabías. No se te escapa ninguna. Y seguro que sabes a dónde vamos.

León suspiró.

—Hubiese agradecido que me lo dijeras.

—Tal y como estabas, no. Menos aún con lo que le hiciste. Y si no me dices qué es lo que ponía en el papel, se lo preguntaré a él.

Patricia observó cómo León tensaba el músculo de su cuello, mirando a Sergio.

—Si no voy a por él, iré a por ti.

—León, quiero que sepas una cosa —dijo Sergio sin cambiar la vista —, estás aquí porque eres una pieza más. No eres esencial. Si podemos obtener lo que sea de él por ti, bien. Si molestas, te vuelves.

León cerró los ojos, respirando profundamente. Patricia podía sentir la incomodidad de la situación como un millar de agujas clavándose en los ojos.

—No digas eso —dijo Patricia con tono determinante—. Si él consiguió detenerlo, merece más respeto. De la misma forma que tú no lo necesitas, quizás él no te necesite. Lo has obligado a terminar su estancia en el hospital y has tardado poco en escupirle en la cara y darle la espalda. Ten un poco de consideración.

Tanto Sergio como León se mantuvieron callados un buen rato. Finalmente, Mario rompió el silencio con una risa.

—Me recuerda a mi madre. Espero que no tengas ninguna sartén, Patricia. Te juro que me portaré bien.

Tras otra risa solitaria de Mario, el coche avanzó por una carretera sin asfaltar, con el corazón de Patricia desbocado.

No sabía si sus palabras eran las correctas, pero si estaba ahí para evitar conflictos, era lo que tenía que hacer.

3

El trayecto transcurrió sin muchos problemas, aunque el miedo que tenía Patricia germinaba en su interior lentamente. En silencio. Se sentía como el que ve un cuchillo acercarse con lentitud al cuello,

dispuesto a segar sin piedad. Sus ojos trataban de distraer su pensamiento, clavados en el exterior, recorriendo el paisaje a medida que el Mercedes avanzaba con velocidad.

No conocía Valencia, pero ya habían dejado la ciudad, pasando por pueblos, polígonos y chalés. La visión de un imponente edificio en la lejanía la alertó. Era una especie de mansión, con toque rústico. No sabía exactamente qué tipo de construcción era. Conocía las masías, las casas de pueblo, los adosados. En Valencia sabía que eran las barracas los edificios típicos, pero para ella se parecía más a un castillo que a un lugar donde vivir.

—Sé que está en una de sus propiedades —dijo León—. Ni siquiera os habéis esforzado en darle un sitio diferente.

—Era lo que él quería. Además, nos hemos asegurado de que no tuviese nada raro dentro, como cámaras o armas.

León bufó.

—Comete crímenes inimaginables y elige en cuál de sus mansiones va a vivir el resto de su vida. De forma tranquila. Feliz.

—Tiene la libertad restringida —dijo Sergio—. No puede salir y lo vigilamos todo el tiempo.

—No sé si te acordarás —dijo León con mano temblorosa—, pero Miguel, el pequeño, intentó quitarse la vida cuando lo rescatamos.

Las palabras sepultaron el ambiente. Patricia se aproximó con cuidado a León, observando cómo sufría algunos tics en el rostro.

—Estoy aquí, León —dijo con tono sereno—. Si ves que te pones demasiado nervioso, me lo dices.

Los movimientos cesaron de repente. En su breve experiencia, Patricia había observado a pacientes parecidos. Movimientos nerviosos, tics, espasmos. Solían ser producidos muchas veces por una cantidad elevada de estrés. Desaparecían con tiempo, mediante medicación y terapia. Si el paciente había sufrido un ataque, lo mejor era quedarse un rato con él, desviando su atención de aquello que le había causado esa alteración.

Pero, como por arte de magia, León dejó de moverse. Se recostó sobre el respaldo, con los ojos cerrados. Paz.

—Avisaré de que estamos cerca —las palabras de Sergio no recibieron contestación alguna.

Patricia se quedó observando a León, quien ahora era su paciente número uno. Era su única responsabilidad, y el hecho de que se hubiese calmado parecía demasiado extraño. En realidad, todo era extraño, pero no sabía por qué ese hombre había conseguido sobreponerse a lo que parecía ser una crisis de ansiedad.

Con sus ojos clavados en él, Patricia intentó explicarse el fenómeno.

Según sabía por las noticias, la crueldad de Valle-Mingueza había sido terrible. Algunas imágenes se filtraron. Sin embargo, León sería una de las personas que habrían visto de primera mano las barbaridades que había cometido. La mención de Miguel le recordó que era uno de los muchos afectados y de las víctimas del suceso. Obviamente, las noticias no daban descripciones y detalles tan escabrosos, pero el hecho de que un niño intentara suicidarse desde luego que no ayuda a mejorar el estado anímico y mental de una persona.

—Gracias —musitó León—. Gracias por estar aquí, y perdona por lo que has visto esta mañana.

—No pasa nada. Estaré aquí.

Patricia siguió observando a ese extraño hombre. Lo poco que sabía era suficiente para hacer un diagnóstico, y la palabra trauma se repetiría hasta la saciedad.

Un lívido brillo emergió de los ojos de León. Respiró hondo. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

4

El coche tomó una salida, y siguió por una carretera de un carril. Tras un par de minutos el Mercedes avanzó paralelo a un muro con alambre de espino en la parte superior. La mirada de Patricia iba de aquí para allá, cambiando de una parte a otra a medida que se

acercaban a la entrada. Era un simple muro de piedra, normal. Pero las historias que renacían en la mente de Patricia acerca de Valle-Mingueza proyectaban una sombra ominosa sobre la estructura.

Notó su corazón acelerado. El hombre que se alojaba en el interior había sido capaz de hacer sufrir a niños de maneras impensables. Aparte de ellos, algunas mujeres también fueron víctimas. Una breve mirada a León le bastó para saber exactamente lo que le ocurría a una persona cuando presenciaba semejantes barbaridades.

Quiso hablar con él. Calmarlo aún más. Pero Mario bajó la ventanilla una vez estuvieron en el doble portón de rejas metálicas. Un hombre de traje se aproximó a ellos. Su presencia gritaba seriedad. Era un tipo alto, quizás musculoso. Su rostro podría ser el vivo retrato de la masculinidad.

—¿Agente Hernández? ¿Sergio? —dijo el hombre inclinándose en la ventanilla—. Todo está listo.

Patricia sintió sus ojos posarse brevemente en ella, pero cambiaron raudos a León. Durante unos tensos minutos, el hombre volvía a sufrir tics mientras sus ojos seguían cerrados.

—Gracias —dijo Sergio—. Hablaremos con K16 cuando lleguemos.

El agente se apartó y la verja se abrió de par en par. Mario condujo el coche despacio, entrando en el recinto. Ante Patricia se desplegó una de las imágenes más tétricas.

Toboganes, columpios, estatuas de animales de tono infantil. El recinto estaba rodeado de todo tipo de objetos que solo pertenecían a la infancia. Lo que en un lugar y tiempo diferente simbolizaría inocencia, Patricia no pudo evitar tragar saliva.

El metal de las pequeñas estructuras estaba algo oxidado. La pintura de las estatuas de animales estaba desconchada, y el musgo crecía por doquier. Un retazo del suelo tenía un montón de arena. Abandonados y esparcidos, palas y cubos pequeños de colores vivos.

Mario continuó adentrándose, serpenteando ante el tétrico panorama. Patricia no quería saber si alguna vez habían sido

utilizados los columpios o los toboganes. Tampoco quería saber si alguno de los niños implicados había estado ahí.

Un movimiento en el coche llamó la atención de sus ojos. Giró el rostro para ver a León, con su mirada fija en uno de los toboganes más amplios. Sin moverse, sus labios y su voz sonaron trágicas.

—¿Conoces el término de *Trebuchet* en el ajedrez?

Patricia tenía el "no" atascado en su garganta. Tanto Mario como Sergio permanecieron en silencio. León cambió de posición y la miró con ojos lacrimosos.

—Es cuando ambos jugadores están obligados a realizar un movimiento que suponga la derrota.

Las palabras de León quedaron suspendidas en el aire mientras Mario reducía su velocidad a medida que llegaban al edificio central.

—Pensé que el caso era eso. Que daba igual lo que ocurriese. Todos íbamos a perder. Al parecer ese hijo de puta ha ganado —miró al frente tras un fuerte suspiro—. Supongo que, de consolación, podré ver el estado en el que lo dejé.

5

Una vez se detuvieron y se bajaron del vehículo, un hombre que seguía el patrón de vestimenta trajeada y cara seria se acercó a ella. Patricia sentía, en cierto modo, seguridad al estar rodeada de hombres que supuestamente eran agentes de la ley. Pero el ambiente estaba cargado de un tono siniestro. Demasiado siniestro.

Mientras Sergio y Mario intercambiaban palabras, ella se fijó en León. Los columpios y los toboganes, pensó Patricia, estarían bombardeando su mente con todo tipo de recuerdos y traumas pasados. Sacó del fondo de su ser toda la iniciativa posible y se acercó a él. Detectó leves movimientos en sus labios.

Patricia no pudo evitar recordar cuando su padre estuvo en el entierro de sus dos abuelos. Murieron en el hospital tras tener un accidente. Eran mayores, y su padre, en ese momento, ya tenía

bastantes años. Igualmente, la pequeña Patricia siempre recordaría ese semblante. Para ella sería el símbolo de la tristeza y la tragedia.

Para ella, ahora era como si León estuviese mirando el entierro de un centenar de abuelos, como si el rostro de su padre se estuviese repitiendo en su peor expresión. Se aproximó más a él, intentando entrar en su espacio. No se movió. No se apartó. Quedó impertérrito, como una lanza clavada en el suelo. Su respiración, pausada, no indicaba lo que le estaba pasando por la mente.

—¿Cómo estás?

En los breves segundos de silencio entre los dos, Patricia lanzó un vistazo a los tres hombres. Entre los intercambios de palabras les lanzaban miradas. De todas las personas, ellos dos eran los que destacaban. León y Patricia eran "civiles".

—Estoy bien —dijo torciendo el rostro hacia ella—. Al menos no han limpiado esto. Lo podían haber quitado todo. Pero al parecer así son las cosas.

Volvió su mirada al parque. Sus ojos estaban clavados en un grupo de tres columpios. El metal estaba oxidado. Patricia agradecía que no hiciera mucho viento. El ruido metálico, digno de una película de miedo, habría sido la última gota del vaso lleno de miedo y dudas.

—Está esperando —dijo Sergio acercándose—. No digas nada de los toboganes ni de esas mierdas.

León no se movió un ápice.

—¿Alguna vez aparecen en tus pesadillas?

Sergio calló, con el rostro torcido.

—¿Quién?

Cuando los ojos de León se posaron en Sergio, comprendió quiénes eran perfectamente. Sin embargo, se lo aseguró.

—Los niños. Los que murieron. Los que sufrieron. Los que sobrevivieron. Fue hace tiempo, pero…

—He visto muchos casos, León. No puedo dejar que se acumulen fantasmas en mi memoria.

—Supongo que por eso me echaron de la unidad, ¿no? —movió su cuerpo para ponerse enfrente del agente Hernández—. Soy el único que tiene empatía en la puta agencia. Sé que los hay, y sé cómo han acabado. Sé que solo los cabrones como tú siguen. Hacen su trabajo sin pensar, sin recordar, sin sentir remordimiento.

—Siento dolor, León.

—No el suficiente.

León marchó dejando a Sergio quieto en el lugar. Él y Patricia observaron cómo se dirigía hacia la entrada, donde le esperaban Mario y el otro hombre.

—Patricia, evita que se ponga muy nervioso —las miradas que clavó en los ojos de la mujer hicieron que tuviera un vuelco en el corazón —. Es decir, evita que tenga que intervenir y parar a León. Tiene pinta de flojo, pero cuando se puso como una bestia no lo pudimos parar hasta que le arrancó la cara a mordiscos.

6

León, Patricia y Sergio entraron acompañados por el agente K16, dejando a Mario afuera. La mujer no pudo evitar que su mirada vagara por la estancia. Tras las puertas dobles de madera se encontraron con espacios amplios, todos ellos decorados. Sabía que Valle-Mingueza tenía dinero. Pertenecía a una de esas ramas de la nobleza que seguían existiendo en España. Por otra parte, su familia tenía bastantes empresas. Pero los cuadros y los tapices que gritaban "caro" con fuerza eran reemplazados por algo peor.

Según avanzaban, se encontraron con todo tipo de objetos para niños. Coches, juguetes, piezas de Lego, cubos con diferentes juguetes, muñecas, pequeñas estaciones de cocina, lápices, rotuladores, libretas de colorear.

Sergio avanzaba sin mirar a su alrededor. Patricia, tras ver lo estrambótico de las habitaciones por las que pasaban, tuvo que estar vigilante. León lanzaba breves miradas, acompañadas de tics en el rostro y las manos.

Se adentraron en una estancia más amplia, recibidos por un pequeño calor. Tres sillones lujosos descansaban frente a un pequeño trono, donde estaba sentada una figura. Patricia terminó de observar la ingente cantidad de piezas de ajedrez y tableros que había en la sala para centrarse en el individuo.

Valle-Mingueza había sido un tipo relativamente guapo cuando salía en la tele. Carismático, incluso. El hombre que ahora estaba sentado era diametralmente opuesto al que Patricia tenía en su mente. La mitad del rostro estaba rasgado, destrozado como si un oso le hubiera lanzado un zarpazo. Parte de la mandíbula tenía una zona negruzca. Su frágil cuerpo estaba envuelto en una bata elegante de lo que parecía terciopelo.

En su lánguido brazo izquierdo había un gotero conectado. El brazo derecho estaba en una posición extraña, como si llevara cabestrillo, pero sin tenerlo. El pelo era lo único que podía salvarse, aunque parte de la piel de su frente estaba cubierta de cicatrices. Cuando los tres se acercaron, sonrió con solo una parte de su labio, pues el lado donde estaba la zona negruzca parecía no poder moverse.

Mientras Sergio y León anduvieron como si fuera algo normal, Patricia pudo sentir cómo el estómago le reclamaba vomitar y huir corriendo de ese lugar.

—Cuánto tiempo, León —dijo Luis—. Me moría por verte.

Sergio le indicó el sillón de en medio a León, quien se sentó sin decir nada. Patricia siguió las instrucciones y se sentó al otro lado de León mientras el agente tomaba el otro asiento.

—No hagamos tonterías, Luis —dijo Sergio con su voz grave—. Hemos venido a hablar.

Luis señaló con dificultad una mesa labrada en ébano, cercana, con dos sillas de terciopelo rojo. En la parte superior, un ajedrez de cristal. Todo estaba preparado.

—Podemos echar una partida, León. Una última partida.

Valle-Mingueza volvió a intentar sonreír, pero solo pudo combarse por la tos. Entre los estertores de una garganta en mal estado podía

escucharse su siniestra risa.

—¿Te cuento un chiste, León? —dijo mientras recuperaba el aliento y reposaba en el respaldo de su trono—. Llevo tiempo sin comer, pero siempre que pueden me ponen estos goteros. Estoy cansado, ¿sabes?

Sus deformes labios se tornaron en una mueca burlona.

—No me dan esos menús infantiles del McDonald's, ¿sabes? Abren la cajita para darme la hamburguesa. Le quitan toda la gracia. Seguro que a muchos niños les hace ilusión eso. Abrir la caja. Y ver el regalo. ¿Crees que el pequeño Arturo…?

—Silencio —dijo Sergio—. Queremos saber por qué hay alguien matando gente en tu nombre.

Luis comenzó a toser entre risas.

—Algún amante, supongo. Pero ninguno como tú, León.

—Sigo pensando cuál sería la mejor manera de torturarte —dijo León—. Lo sigo pensando cada noche que puedo.

—Dime, ¿sigues tomando lamotrigina? No sé si el doctor Escalonilla te habrá mandado algo nuevo. Eso, y que ahora tienes a otra chica.

Sus ojos hundidos se posaron sobre Patricia.

—Demasiado joven para ser doctora, demasiado vieja para que me excite sexualmente.

—Corta tus mierdas, Luis.

Las palabras de Sergio resonaron en el ambiente, seguidas de un tenso silencio. Patricia sentía que León estaba a punto de sufrir un ataque. Sergio, por otra parte, parecía querer darle un puñetazo a alguien.

Pero cuando intercambió miradas con Valle-Mingueza, sintió una punzada en el estómago, única hasta ese momento. Quería saber si era miedo, asco o temor. Lo único que sabía era que estaba frente a un monstruo sin precedentes en la historia del crimen de España.

—¿Cómo te llamas, querida? —las palabras de Luis forzaron a Patricia a buscar auxilio en Sergio—. No mires a papá, háblame a mí.

—Eres tú quien tiene que responder —dijo Sergio—. Ella está aquí para ayudarnos.

—¿Ayudaros? ¿O ayudarle? —Valle-Mingueza movió la mandíbula con dificultad—. Yo te puedo ayudar, León. Te puedo dar el cariño que una mujer de pelo rojo no te va a poder dar.

Sergio paró a León con una mano en el hombro.

—Patricia es un nombre tan bonito. Le preguntaría a León cómo se llamaba ella. Sergio no lo sabe, así que tú tampoco. El nombre de esa desconocida tan importante está solo en nuestras mentes, León. Y la de un tercero. Seguro que has leído mi mensaje en el alfil.

León tensó la mandíbula. Controlando los tics, habló.

—¿Cómo coño supo escribir la nota? ¿Cómo se hizo con el diario?

—¿El qué? —sonrió Luis—. No sé de qué me hablas.

—Sabes que un cura ha muerto —dijo León—, y que metido por el culo había un papel escrito en algo que yo solo sé escribir.

—Entonces está resuelto todo, ¿no? —miró a Sergio—. Ahí tiene a su asesino, agente Hernández. Si lo encuentra, trabajo hecho. Me sabría muy mal que vengan aquí para nada. Podrían dejar a León aquí. Podríamos dormir juntos. Me siento abatido emocionalmente aquí, tan solito.

Se inclinó levemente.

—Sigo necesitando tu piel y tu carne, León. Me diste algo que los niños no me dan.

Tras una tos que lo hizo reclinarse, de sus labios partidos surgió una risa perturbadora.

—Ni tan siquiera dejan que vengan niños aquí. Pero contigo me conformo, mi amor.

Patricia intentó encontrar la lógica a todo aquello. Pero lo peor vino después de que su mente, en lo más profundo de su ser, se

preguntara por qué tenía tanto amor por el hombre que lo había desenmascarado.

—Patricia, seguro que ahora te preguntas por qué amo al hombre que descubrió mis hazañas. Y no digas que no. Sé lo que piensas. Eres una persona fácil de meterse en la cabeza. Como Sergio.

Giró su rostro.

—Ahora el agente Hernández desea que no ocurra nada al respecto, que León no se ponga agresivo. Porque sabe que puedo callarme sobre cierta información que he estado dando a la Interpol. Y que por eso sigo aquí. Y que tengo ciertos beneficios… personales.

León se giró para ver al agente.

—¿Cómo?

—Ups —intervino Luis—. Quizás tenías que saber que sigo vivo porque doy información a la Interpol. A cuentagotas. A veces mentira, a veces verdad. Es muy entretenido.

—Te lo advertí, Luis —dijo Sergio sin prestar atención a la mirada asesina de León—. Mientras nos seas útil te dejaremos vivir.

—¿Vivir? ¡Ja! Me aburro aquí como una ostra. Nadie juega al ajedrez conmigo. Los agentes son patéticos. Tampoco puedo tener acceso a internet, ni escribir, ni salir a jugar con mis toboganes y mis columpios. Peor aún, llevo mucho tiempo sin poder tocar a un niño y saborear su…

León saltó del sillón. Sergio apenas consiguió placarlo. Tras varias peleas, consiguió tirarlo al suelo mientras gritaba insultos contra Luis.

—¡Patricia, ayúdame!

La mujer estaba congelada viendo la escena. Un hombre desfigurado riéndose, tocándose la entrepierna al ver a dos tipos pelear en el suelo, siendo uno de ellos quien parecía querer asesinarlo.

—¡Patricia, joder!

Una vez Sergio lo tuvo controlado, Patricia se agachó junto a León para calmarlo con palabras. Su mente barajó con celeridad todo tipo de frases y formas en las que intentar calmarlo. Lo primero que se le ocurrió sabía que era banal, pero en ese momento salió de su garganta como un acto reflejo.

—Tranquilo.

—Tranquilo, León —dijo Luis entre risas y toses—. Me excita verte dominado por un hombre. Podrías hacer lo mismo conmigo. Como yo hice con Miguel.

—¡Te voy a matar!

—León, escucha —dijo Patricia interponiéndose entre León y Valle-Mingueza—. Tranquilízate. No le hagas caso. Por favor, hacerle cualquier cosa no va a servir de nada. Tienes que pensar en que necesitamos evitar que ocurra cualquier otra tragedia. León, por favor.

Entre la maraña de frases y palabras, Sergio sacó un pequeño inyectable y lo clavó en la nalga de León. Luis-Mingueza se levantó con dificultad, relamiéndose.

—Eso, eso. Enséñame tu carne.

—¡Quieto! —dijo Sergio, desechando en el suelo el inyectable—. Si no, te aseguro que te quitaré todas las mierdas estas que tienes de ajedrez y juguetes de niños.

Valle-Mingueza levantó las manos y se acomodó en su trono. Su sonrisa seguía colgando por una de las mitades. León tenía los ojos cerrados, con Patricia cerca de él. Quería saber por qué demonios tenía Sergio lo que parecía ser un sedante.

—Estoy tranquilo —dijo León con respiración entrecortada—. La próxima vez avisa.

Sergio y Patricia lo ayudaron a levantarse. Las miradas de los dos contrincantes se encontraron.

—En serio, tenía preparado un set de ajedrez de cristal. Me encanta que sean de cristal. Se puede ver el verdadero carácter de las

piezas. Como a las personas cuando se las somete a dolor físico y mental.

Sin mediar palabra, León fue acompañado al exterior por Sergio. Patricia se quedó hipnotizada por la extraña figura del asesino. Había visto tipos extraños tanto en su experiencia estudiantil y laboral, así como en su vida privada. Pero eso era diferente. Quizás por lo que sabía. Aunque, seguramente, lo que más miedo le daba era lo que no sabía de todo eso.

—Te queda muy bien ese pelo —dijo Valle-Mingueza—. Seguro que León lo aprecia.

—Si no vas a ser de ayuda, nos vamos —dijo el agente Hernández—. Si nos ayudas, puede que hoy comas uno de esos menús para niños.

—¿Sí? —La voz de Luis brilló con interés—. Os ayudaré en cuanto pueda. No sé nada de la muerte de dos personas, una de ellas quemada y otra con cal. Tampoco la de los párrocos. Ni de lo que puede ocurrir mañana.

Sin sentarse, León y Sergio se quedaron quietos.

—¿Cómo que mañana?

—No lo sé, es una simple corazonada.

—¿Qué es lo que va a pasar?

—Es una sorpresa. Para León. Podríamos considerarlo… un regalo —luego sonrió—. He leído cosas tuyas, León. Es un regalo parecido al que te dio tu madre. ¿Te acuerdas del pequeño Bobi? Sería tan mono de cachorrito.

León se libró de Sergio, agarró el sillón e intentó lanzarlo. Sergio lo agarró a medio vuelo. El agente K16 intervino, y junto a Hernández consiguieron controlar a León.

—Juro por Dios que acabaré contigo —León señaló a Luis, pero su cuerpo comenzó a perder equilibrio.

—Patricia, ayúdame, le está haciendo efecto el tranquilizante.

Ella quería saber qué demonios le había puesto. Sus músculos la forzaron a correr a por León. Sergio lo agarró, pero Patricia lo

sostuvo entre sus brazos. Notó el rocío de las lágrimas en los ojos de León. Seguido de un ataque de tos, Valle-Mingueza lanzó una carcajada que resonó con malicia en lo más profundo del alma de Patricia.

—Tranquilo, León. Ella está contigo. Nunca te va a dejar. Esperemos que no se le caiga el pelo.

Patricia notó un leve movimiento en León, como si intentara librarse de ella y Sergio, pero apenas podía moverse.

—Vámonos de aquí —dijo el agente Hernández—. Si mañana ocurre algo, ten por seguro que se te acabarán ciertos privilegios. Serra, ayúdame a llevarlo afuera.

Entre él y Sergio consiguieron ayudar a León a caminar al exterior, dejando a Patricia en tierra de nadie, entre mesas de ajedrez, piezas y algún que otro juguete. Y Valle-Mingueza.

—Patricia —dijo con una voz serena—, él no te va a hacer daño. Te quiere de una forma muy intensa. Por eso me das envidia. ¡Adiós, León, mi amor! ¡Algún día estaremos juntos!

Capítulo 8 – Flanco desprotegido

1

Patricia trató de seguir los pasos de Sergio y el otro agente, sin poder evitar lanzar unas últimas miradas al esperpéntico lugar. Lo que más le perturbaba era que un criminal así pudiera vivir en una mansión. Comprendería un piso pequeño o una casa alejada como una especie de piso franco, pero no una casona medieval, repleta de objetos relacionados con niños y los crímenes que cometió. Aun así, era un monstruo.

Un monstruo que tendría que estar encerrado.

Era como si a cualquier homicida lo dejasen libre, con masajes gratis en un spa, que pudiese estar rodeado de los cadáveres de sus víctimas.

Los pasos de Patricia comenzaron a adquirir velocidad, con miedo de quedarse atrás. Sabía que Valle-Mingueza no podía correr en ese estado, además de que ella no entraba en el perfil de sus víctimas. Pero la conversación había engendrado en ella un miedo sobrenatural.

Una vez salieron por el doble portón, Mario sustituyó al otro agente. Llevaron a León al coche. Movía su cabeza de un lado para otro. Mirada perdida. Sus brazos y piernas perdían fuerza a cada paso. Mario abrió la puerta y lo pusieron en el asiento. Sin perder de vista a su protegido, Patricia bajó las escaleras rápido.

—¿Qué le has dado?

—Un sedativo —dijo Sergio con ojos implacables—. ¿Algún problema?

—Yo era quien estaba para cuidarle, para la medicación, tú has dicho que…

—Te había dicho que lo tengas controlado. Y no ha sido así. En el caso de problemas físicos o violentos, o estoy yo o está Mario.

—Pero podía hablar con él. Solucionarlo. Hay que evitar usar…

—Patricia —dijo Sergio aproximándose a ella para susurrar—, si le toca un pelo a Luis dejará de informarnos.

—¿Y si le ocurre algo a León? Ya ha tomado tranquilizantes, la combinación de medicamentos puede ser mortal.

—No quería arriesgarme. Además, está acostumbrado a los sedativos. Los aguanta como un campeón.

Patricia lanzó una mirada a León, quien estaba recostado en el respaldo. Ojos ausentes, boca medio abierta.

—¿Y si muere?

—Si eso sirve para ayudarnos en el caso, que así sea. No me importaría ese sacrificio.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Al parecer, el hombre que tenía que proteger no era más que una pieza de ajedrez.

Un peón. Un recurso.

Una oveja cuyo único valor era emboscar al lobo.

Sergio la dejó para hablar con el agente que seguía esperando en el portón. Mario cerró la puerta después de colocarle a León el cinturón de seguridad. Él y Patricia compartieron un breve silencio hasta que el hombre le puso la mano en el hombro.

—Tranquila, que no dejaremos que León muera —dijo Mario—. Hemos trabajado mucho juntos. Lo conozco. Sé que le tiene bastante ganas al tipejo ese, pero las órdenes de Sergio son claras.

—¿Sabe León su verdadero papel en todo esto? ¿Qué simplemente lo estáis utilizando?

Mario lanzó una breve sonrisa.

—Él sabe demasiadas cosas. Es bueno en ocultar qué información tiene y cuál no. Es por eso por lo que estás tú.

El rostro de Patricia se torció en un gesto que gritaba confusión.

—Estoy aquí para dar apoyo psicológico, para hacer el doctorado. Tengo también…

—Patricia, relájate. Ya comprenderás más tu papel.

2

Las palabras de Mario la dejaron paralizada en el sitio. Él se metió en el asiento del conductor, dejándola unos minutos sola, perdida en la maraña de eventos. Las preguntas se agolpaban en ella, y ninguna de ellas estaba relacionada con lo que realmente quería decir respecto a Valle-Mingueza.

Lejos quedaban los "¿Cuáles fueron tus motivos?" o "¿Cómo fue tu infancia?" Ahora solo quedaban los "¿Qué le ha pasado en la cara?" o "¿Qué sedativo le has dado?" También seguían en su cerebro por qué realmente estaba ahí y por qué su pelo importaba tanto.

Toda su corriente de ideas se paró en seco una vez Sergio bajó. Con un gesto ordenó a Patricia que entrase en el coche. Sin decir nada obedeció. León era ciertamente escuálido, pero ella comprendía la fuerza que tenía una persona en estados críticos de rabia. Mientras lo que podía haber necesitado a seis o siete agentes de policía o guardias de seguridad en neutralizar solo había necesitado a Sergio y ese otro tipo.

Una vez ella estuvo en el interior, pudo ver de cerca el estado de su paciente. Si es que era un paciente de verdad. Tenía los ojos entrecerrados, la respiración lenta y los brazos relajados. Eran buena señal en cuanto a nervios y ansiedad. Pero no sabía cuál era el tranquilizante o sedativo. Si esperaban que ella fuese capaz de hacer una traqueotomía o algo que requiriese presteza y habilidad médica, estarían en un buen lío.

El coche arrancó, dio la vuelta y continuó por el camino hacia la salida. Ella ignoró toda la parafernalia estrambótica y ominosa que decoraba el exterior de la mansión. Estaba atenta a León, a su respiración.

En sus prácticas le habían enseñado a tener empatía. Pero la suficiente. Ahora mismo estaba viendo a un hombre que había sacrificado su salud mental para atrapar a un tipo horrible, para

luego ver cómo vive tranquilo, con una bata, cuidado y protegido por una agencia de seguridad internacional.

Una vez salieron de la mansión de Valle-Mingueza, Sergio le comentó que su siguiente destino era el hotel en Valencia. Sergio les había dicho que Patricia tenía que descansar un rato. Ella estaba completamente agotada, pero a leguas de distancia del estado de León.

Lo que la sorprendió fue que solo la incluyó a ella en el apartado de "tener que descansar". Ahora mismo, León tendría que estar en una cama de hospital, en la UCI, bajo cuidado médico y con análisis de sangre preparados.

Se limitó a lanzar un resoplido. Sus ojos se mantuvieron perdidos en la figura de León y su postura relajada. No pudo evitar bajar la mirada y centrarse en el suelo del lujoso coche. Intentaba ordenar sus pensamientos, deseando que de verdad fuesen a un hotel. Por ella, podría tirarse siete meses durmiendo.

"Sin pesadillas, mejor", pensó.

Todo el viaje de vuelta a la capital estuvo sembrado de silencio. Patricia quería hablar al respecto, pero esto no era una quedada con sus compañeros de la universidad, ni tampoco una simple práctica en la que podía preguntar al profesor de turno qué era lo que había hecho bien y qué había hecho mal.

3

Una vez entraron en la ciudad, Patricia pudo dedicarse a mirar el exterior, a las personas comenzando su vida, gente yendo y viniendo. Seguía teniendo en su nariz el olor del cadáver del pobre párroco. Lo peor era la imagen grabada a fuego en su retina del rostro desfigurado de Valle-Mingueza. Eso y los juguetes.

León sufría alguna vez de movimientos repentinos y espasmos musculares. Se había echado una cabezada, si es que podía llamarse así, cuando estaban en las zonas comarcales y la autovía. Con cada

minuto los músculos se tensaban, la pierna en constante movimiento y la mirada perdida ahora adquiría cierta coordinación y sentido.

Seguía sin conocer qué tranquilizante le había puesto Sergio, pero era como si esa persona que acababa de conocer tuviese un cerebro incansable, inmune a los sedativos. Conocía las benzodiazepinas, así como los inyectables de midazolam de cinco miligramos por mililitro que vio aquella vez en el hospital de Salamanca.

Cuando llegaron al hotel sintió que se iba a hacer eterna la espera hasta la comida, si es que había alguna pausa. Tenía que darle los antipsicóticos y los antidepresivos, así como calmantes y la ocasional charla acerca de lo que había sentido y pensado. Tenía que dejar por un lado todas lo que quería saber y que le importaba.

No podía evitar pensar en si le iban a dar un informe. Alguna entrevista grabada. Cualquier cosa que indicase que de verdad ella estaba para hacer su doctorado. Lo único que tenía cierto era que nada era cierto. En un principio todo parecía entretenido, quizás con ese miedo antes de una gran aventura. Ahora comenzaba a lamentarse de no rechazar la oferta y quedarse en su casa y seguir viendo por tercera vez Juego de Tronos.

Ahora lo aprendido sobre el cuidado mental de los pacientes no tenía cabida. Tomar la medicación a las horas correctas. Hacer un poco de ejercicio. Distraer la mente. Terapia. Nada de eso. León parecía estar activo como antes, con mirada penetrante, cabeza ladeada de vez en cuando. Los ojos de ella, de vez en cuando, trataban de vislumbrar algo en él.

No conocía modo alguno de cómo debía de haber actuado. Más allá de la propia situación de una crisis mental, el contexto era diferente. Era algo que no salía en libros. Ni había ocurrido en prácticas. Estar ayudando a agentes de la Interpol mientras vigilaba a alguien completamente inestable, el cual había intentado asesinar al mayor criminal de la historia de España, nunca había entrado en sus asignaturas.

Lo que más temía era si tuviese que encontrarse y tratar de calmar a algún niño que fuese víctima. Nunca se atrevió a investigar

demasiado en cuanto a trastornos mentales en niños pequeños. Vio algún que otro documental, leyó algunos textos, pero el hecho de ver cómo un niño pequeño perdía completamente la cabeza o deseaba suicidarse era algo que la repugnaba de los pies a la cabeza.

Una vez aparcaron en el aparcamiento subterráneo del hotel Sergio emergió sin decir nada. León aún seguía con sus ojos perdidos en la nada, pero con la pierna inquieta.

—Vamos —dijo Patricia—. Ya estamos en el hotel.

León asintió con un leve movimiento de cabeza, mirada aún atascada en recuerdos antiguos y trágicas memorias.

—Patricia —la voz de Sergio la sacudió como un látigo—. Tendréis aquí un coche, por lo que pueda pasar.

4

Las palabras de Sergio la hicieron trastabillar. ¿Un coche? ¿Por lo que pueda pasar? Sentía que con cada hora se le iba a pedir hacer más cosas de las que supuestamente tenía que hacer. Parecía que el doctorado era algo secundario. Quizás un subproducto de todo lo que iba a pasar.

Antes de que pudiese razonar todo, un hombre vestido de forma normal, sin traje ni nada, se aproximó.

—Aquí tenéis el coche —señaló a un Renault azul—. Es algo normal, para no llamar la atención. Son para ellos, ¿verdad?

—Sí.

—Depósito lleno, tal como dijiste.

—¿Sin armas?

—Sin armas.

Esa palabra arrancó un brinco del corazón de Patricia. León se acercó al grupo con lentitud. Sus ojos estaban clavados, pero no miraban.

—León, ¿te acuerdas de Vicente? Vicente Castro.

—Sí —alzó el rostro para ver al hombre de rostro perfectamente afeitado—. Estoy sintiendo que he vuelto atrás en el tiempo, que vuelvo a estar en el caso de Valle-Mingueza.

—Es un caso nuevo, León —dijo Sergio escudriñando en los ojos de León—. Sé que estás jodido. Todos estamos jodidos.

—No es lo mismo. Una cosa que vio Vicente fue al pequeño Miguel. Fueron unos minutos. Yo pasé días con él.

—Lo siento —intervino Vicente—. Aún sigo recordando...

—No es lo mismo el recuerdo de ver una gallina muerta que estar viviendo días con una gallina desangrándose, llorando, pidiendo que su mamá...

Comenzó a toser con arcadas. Su pecho subía y bajaba. Patricia se acercó a él y lo apartó.

—Respira —le dijo, colocando su mano en la espalda de León—. ¿Valium?

El cóctel de medicaciones que llevaba dentro tenía que ser enorme, pero Patricia no sabía cómo actuar. El pánico se hacía dueño de ella. León negó con la cabeza mientras Sergio seguía hablando.

—Aún no está del todo bien, Vicente. Es por eso por lo que no quiero armas.

—Lo entiendo —le entregó las llaves del coche—. Cualquier cosa sabes que estoy de descanso en Valencia, por Ruzafa.

—Gracias por lo del coche.

Patricia lanzó varias miradas de reojo. No comprendía el hecho de que estuviesen hablando de León, ahora con la espalda en una columna y con dificultad para respirar, y que no les importase su estado de salud. Quizás, pensó ella, todo eso era normal en la Interpol o donde demonios fuese el departamento de Sergio y ese tal Vicente.

—Estoy mejor —susurró León—. Subamos.

5

Cogieron el ascensor hasta un cuarto piso. Avanzaron por un pasillo solitario, con Mario a la cabeza, listo con una tarjeta en su mano. Una vez llegada a la habitación 42 insertó la tarjeta y abrió la puerta. Nada más entrar León pasó a la habitación y se sentó al pie de la cama. Sergio y Patricia se quedaron un rato en el umbral mientras Mario exploraba el resto.

—Vigílalo —dijo Sergio—. Sé que no va a hacer nada raro, pero... por si acaso.

—Vale. Si ocurre algo, ¿qué puedo hacer?

—Evitar que pierda la cabeza.

El rostro de Patricia se ensombreció con duda.

—¿Me va a atacar?

—No, tranquila. Sé que a ti no te hará nada.

—¿Por?

—Solo confía en mí. Os dejo solos, tengo una reunión que atender.

—Sergio —dijo Patricia, deteniendo al hombre—. ¿Por qué yo?

Sergio permaneció callado unos segundos. Le dio un móvil.

—El pin es tu fecha de nacimiento. Dia, mes y año. Con ceros. ¿Tienes las llaves del coche?

—Sí...

—Cualquier cosa, llámame.

El agente Hernández y Mario se marcharon. En la mesa estaba otra tarjeta para entrar a la habitación. Lanzó una mirada a León, quien estaba sentado al pie de la cama, mirada perdida, pierna nerviosa. No sabía si era su estado natural, si estaba afectado por lo sucedido o si era resultado de la medicación.

El hombre había visto un cadáver, por así decirlo. También se había encontrado con el que parecía su archienemigo, Luis Valle-Mingueza.

No sabía hasta qué punto podía afectarle. Patricia sabía que ella misma iba a tener problemas para dormir esa noche.

—¿Cómo estás?

Patricia se adentró. Sus lentos pasos la llevaron hasta León. Su rostro, impasible, mostraba poca emoción, a diferencia de su brazo. El izquierdo ahora sufría espasmos, y el derecho no dejaba de moverse, abriendo y cerrando la mano.

—Si quieres, puedes tomarte la medicación un poco antes de la comida. El doctor Escalonilla...

—Tienen que haberme seguido —dijo sin mirarla—. Saben dónde estaba, saben mi escondite. Se lo han dado a ese cabrón. Sergio…

El uso de "saben" en forma plural desconcertó a Patricia el justo tiempo hasta que se dio cuenta de que era algo común hablar de algún grupo que actúa a escondidas. Era uno de los primeros síntomas de psicosis.

—¿Quiénes?

—¿¡Quiénes!? ¡Pues los de la Interpol! Sergio, Mario... Ese Vicente es un cabrón. Apenas le importó Miguel, él... ellos...

Comenzó a faltarle el aire. Su corazón estaba a punto de estallar, haciendo palpitar con fiereza todas las aortas, las venas y los capilares.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—Sé muchas cosas. Sé que saben por dónde me muevo. El coche seguro que tiene micrófonos y cámaras ocultas, y...

La falta de respiración se convirtió en falta de aire. León corrió hacia la ventana, haciendo que la mente de Patricia despertase con un pensamiento punzante: iba a suicidarse.

—¡No!

Tras abrir la ventana, se apoyó en el marco inferior.

—No voy a suicidarme —dijo León—. Es solo que mi cerebro está sobrecalentado. Necesito aire.

Patricia se acercó, no sin tener cuidado. León había pasado de ser alguien inocente, sumidero de sufrimiento, a alguien que destrozó el rostro de Valle-Mingueza, demostrando que en cualquier momento podría "irse la pinza". Los cambios emocionales habían sido como una montaña rusa sin ningún tipo de frenos o seguridad.

—Y tampoco te voy a atacar. A ti, nunca...

No fue difícil para Patricia darse cuenta de que algo raro pasaba con ella. Ya era raro de por sí el hecho de que estuviese ayudando a la Interpol a escudriñar la mente de un asesino en serie mientras protegía al detective que había resuelto el caso. Todo para su doctorado.

Algo que había pasado a un cuadragésimo tercer plano.

6

—De una forma u otra, Valle-Mingueza sabe sobre mi diario.

—¿No lo tenías en el centro sanitario?

La pregunta dibujó una leve sonrisa en el rostro de León.

—Manicomio, mejor dicho.

—No hay que estigmatizar los problemas mentales.

—Tú sabrás las técnicas que se emplean en los hospitales y demás. Los que están ingresados por temas mentales llevan bata de color diferente a la de los demás pacientes. Si alguno va andando por ahí solo, saben que es del manicomio y hay que tener cuidado —Patricia se mantuvo callada mientras León alzaba la mirada—. Los locos siguen siendo locos. Hoy en día se habla mucho de eso, de inclusión, de unir a la gente. Pero ahora mismo sé que tienes miedo de mí. Y es normal. Es normal tener miedo de alguien que puede ser un tanto extraño. Otra cosa es estar perturbado y causarle el mayor daño posible a alguien por mero placer. Eso lo aprendí de mi padre.

León volvió al centro de la habitación.

—Nos esperaremos un rato y luego iremos al coche. Tenemos que ir a un sitio. Tengo, si es que no quieres ir.

—¿A dónde? Mi deber...

—Tu deber es simplemente estar aquí —León resopló—. No estás aquí por el doctorado. No estás aquí por tus capacidades deductivas o por tu sapiencia en el ámbito psiquiátrico. Iremos a una de mis casas. No saben que la tenía. Bueno, sabían. De una forma u otra, presiento que han conseguido acceder. Quizás hayan cogido algo de ahí para dárselo a Valle-Mingueza. Espero que la nota sea mentira, pero…

—Sería mejor que nos quedásemos aquí.

—No estoy en un episodio psicótico ni estoy sufriendo de paranoia. El asesino, seguramente, ha sido capaz de saber dónde vivía. Habrá entrado para coger mi diario. Y la Interpol también habría conseguido tener acceso.

—¿Y cómo sabes eso?

Volvió a sentarse al pie de la cama.

—Dentro del ano del párroco había un papel. Estaba escrito en clave. Un tipo de escritura creada por mí. Todo está en el diario. Lo bueno de la psicosis y la paranoia es que hacen buenos agentes. Aunque uno siempre puede pasarse de rosca —León se masajeó las sienes—. Lo más seguro es que durante el caso de Valle-Mingueza el propio Sergio tuviese forma de localizar mi "escondite" y me robase algo muy preciado. Así que da igual coger un coche suyo o no. Ya no tengo nada que ocultar. Eso, y que quiere que yo vaya ahí en persona.

—¿Para qué?

—Ya lo averiguaremos.

7

Una vez salieron del parquin con el coche, Patricia siguió el camino marcado por el GPS una vez León introdujo la dirección de la calle y

el número. Ella sabía conducir y solía hacerlo, pero los nervios de controlar el embrague y el acelerador eran peores que cuando empezó a probar cómo funcionaba un coche cuando su padre le dejó probar su antiguo Ford cerca de un pueblo.

—Lo siento —dijo León con la mirada fija en la ventanilla del copiloto —. No tenían que haberte metido en esto. Además, tendría que conducir yo.

—Es porque yo he querido. Y no estás en condiciones de conducir.

—Todo lo que llevo metido de drogas es ínfimo comparado con lo que he llegado a tomarme —lanzó una breve mirada a Patricia, cuyos ojos estaban fijos al frente—. Pero no sabes cuán profundo era el abismo en el que te ibas a meter.

—Me gustan los retos.

El silencio reinó durante un par de minutos.

—Supongo que no te habrán dicho el motivo exacto por el que estás aquí.

—¿El doctorado?

—Otra vez. Cuando uno responde a una pregunta con otra pregunta, o es gallego o no tiene mucha idea.

—Me gustaría mejorar en mi carrera, avanzar, hacer algo importante.

—Entonces esta es la peor forma de hacerlo.

—¿Por?

—Una vez dentro de esta mierda, estás jodido. En fin, una vez entras no sales. Lo que ves es diferente de lo que uno lee en la teoría. Peor aún, es precisamente igual que lo que está escrito. Solo que los gritos, el dolor y la locura se viven en primera persona. Cuando vayas a escribir la tesis las manos no dejaran de temblarte.

Continuaron el camino en silencio, con Patricia tratando de mantener el equilibrio mental tras las palabras de León. Sus ojos iban y venían, del monitor del GPS al parabrisas. Cuando Patricia paró en un semáforo, León continuó.

—¿Conoces a Judit Polgar?

Patricia la conocía de sus estudios en psicología, pero la voz de León la hizo dudar.

—Sí. Más o menos.

—Supongo que sabrás que su padre la educó para que fuese la mejor jugadora de ajedrez, ¿no?

—Sí. ¿Cometió algún crimen?

—No. La cosa es... —la pierna izquierda de León comenzó a temblar —. Mi padre intentó algo parecido conmigo.

Patricia sabía que no hacía falta ser muy lista para saber que cuando alguien se pone nervioso es porque algo ocurre con el tema que se está discutiendo. Calló y dejó que continuara.

—Él pertenecía a la Interpol, en la misma... "unidad" en la que estoy yo. Era un apasionado de la psicología y la psiquiatría. Incluso a veces llegó a tantear con cosas absurdas como la astrología y lo paranormal.

Su mano se posó en la rodilla, intentando controlar los espasmos que se acrecentaban. El semáforo se puso verde y Patricia continuó el recorrido.

—Me hizo varias pruebas, sobre todo de cociente intelectual. También a mi madre. Ella...

La mano era incapaz de controlar el movimiento.

—A partir de la quinta o sexta prueba que me hizo, me cansé y empecé a hacer el idiota —cerró los ojos y exhaló con fuerza—. Al principio intentaba que lo hiciese bien. Me alentaba con palabras algo cariñosas, ya sabes. "No mientas, hijo", "Es algo muy serio", "Es por tu futuro". Pensó que, como niño, estaba cansado de eso, que prefería jugar, que iba contra él. Mi paso a la adolescencia fue cuando empecé a meterme con él.

Patricia tomó una rotonda y se volvió a parar en un semáforo rojo.

—Le decía cuál era la respuesta correcta, pero luego elegía otra o le mentía a la cara. Me pasé de la raya cuando le dije si él era capaz de

responder las preguntas. Que quizás era yo quien tenía que cuestionar su cociente intelectual —los músculos de sus brazos y piernas se tensaron al máximo—. Ahí fue cuando me torturó por primera vez.

Patricia aceleró estando en rojo, se asustó y frenó de golpe sin embragar antes, calando el coche. Sus manos temblorosas pusieron punto muerto y volvió a arrancar. Se puso verde y continuó la marcha.

Apenas duró mucho, pues al pasar la segunda esquina se detuvo en doble fila y puso los intermitentes.

—¿Tortura?

8

Los ojos de Patricia quedaron anclados en el rostro cabizbajo de León. Su mano derecha, abierta a la mitad, temblaba como un flan en una tormenta. Ella quería decir algo, romper el silencio, saber qué le había ocurrido, por qué le había hecho eso. Y si era verdad todo aquello.

—Las pruebas eran forzadas. Me obligaba a hacerlas conectado a unos electrodos.

—¿No le detuvieron?

—Él era quien tenía potestad. Quizás él estuviese en algo diferente a la Interpol. Al parecer, había un grupo diseñado para crear gente inteligente capaz de pensar como un asesino o un terrorista.

—Pero torturar a tu hijo...

—Lo peor fue que descubrió que mi cociente intelectual aumentaba debido a la tortura. Aunque esa era la excusa. Seguía acertando y él seguía torturándome. Luego fue simple tortura.

—¿Había alguien más?

—Los que había estudiaban mi comportamiento. Mi padre quería demostrarles que se podría entrenar a niños de esa forma. Durante

toda mi adolescencia solo conocí a gente que estudiaba mis movimientos, mis pensamientos. Que me miraba sufrir espasmos cuando estaba conectado a los electrodos.

—¿Fuiste a algún colegio o instituto?

Negó con la cabeza.

—Me enseñaron mis padres, y luego, ya en cosas más avanzadas, tuve tutores. Nunca vi a nadie de mi edad, salvo... —cogió una bocanada de aire—. Lo bueno, dentro de lo que cabe, es que toda la mierda que me hizo me convirtió en alguien útil. Conseguí meterme en la mente de Valle-Mingueza. Gracias a todo lo que me había hecho sufrir mi padre.

—¿Dónde está tu padre?

—Lo asesiné un siete de septiembre.

Patricia tragó saliva y se recolocó en el asiento. León miró a la mujer.

—Fue el año posterior al suicidio de mi madre —cerró los ojos mientras su labio temblaba—. Al parecer, me había convertido en un monstruo. Ella nunca me culpó, pero su muerte pesa en mi alma como un ancla masiva, hecha de plomo.

—Dios... ¿Alguien hizo algo? ¿No tenías a más familia? ¿La Interpol qué...?

—Mi padre estaba preparándose para una operación cerca de Polonia. Prostitución, sobre todo. Cuando descubrieron el cadáver de mi padre, yo les estaba esperando a menos de tres metros, sentado con varios documentos que yo había escrito.

León miró hacia adelante. Un pellizco de lágrima se asomó por sus ojos.

—¿Documentos? Dios, León, lo que me estás diciendo...

—Tenía establecidas diferentes formas de asesinarlo. Tenía su ficha médica, sus rutas, sus pautas, sus alergias. Sabía toda su historia pasada. De todas las pruebas y torturas que me hizo, aprendía poco a poco más de él. Podía haber pasado inadvertido. Tuve más de

doce planes para acabar con él sin que se supiera de mí. Pero... —aspiró por la nariz—. Opté por apuñalarlo por la espalda y la cara.

—¿Acabaste en la cárcel?

—No. Ni de lejos. Si mi padre no estuvo encerrado en un manicomio o una cárcel, ¿por qué yo iba a sufrir una condena? También era un producto y experimento interesante para ellos. Querían saber si su experimento del "niño asesino-detective" había dado buen resultado. Así que yo fui a Polonia en vez de mi padre.

Giró la cabeza para mirar a Patricia.

—Este es mi final, Patricia. Es aquí donde yo acabo. Sé que no me quieren para resolver nada. Que soy solo un tributo para Valle-Mingueza. O a saber qué. Por eso te cuento todo esto. Sigamos.

Patricia quedó petrificada un par de minutos mientras León permanecía en silencio. La mujer arrancó y continuaron su camino.

—Queda poco —dijo León—. Cuando termine esto podemos volver al hotel y así descansas.

—Después de lo de hoy...

—En Polonia descubrieron que tenía algo especial, ¿sabes? Había treinta mujeres detenidas. No eran culpables en sí, pero eran las que estaban pasando a la frontera y en dirección a alguien con dinero. No para que fuesen prostitutas normales, ¿sabes? Habían descubierto cuerpos con heridas y amputaciones cerca de la frontera con Bielorrusia. Creían que todas las mujeres eran inocentes, ¿sabes? Nada más pasar cerca de ellas supe que una mentía, que ella era una de las encargadas de asegurarse de que llegaban bien, de saber si alguna se chivaba o no.

Patricia resopló.

—¿Estabas en lo cierto?

—Sí. Al día siguiente, pensando que nadie iba a hacer nada, un hombre me intentó apuñalar —se bajó el cuello de la camiseta, revelando una cicatriz pequeña—. No me mató, pero pensé que estaría mejor muerto.

—Al menos ayudaste a esas mujeres, ¿no?

León lanzó una carcajada macabra.

—Las soltaron. A la mujer que pillé le pegaron un tiro en la nuca. Las otras las volverían a soltar en circulación y volverían a ir a donde tenían que ir, a un matadero de un tipo rico de Alemania —sus labios se torcieron en llanto—. Todo porque era según los planes de los de arriba. Seguramente ya estén todas muertas.

9

El silencio dominó el resto del trayecto. Una vez llegaron al lugar, Patricia aparcó en doble fila bajo orden de León. Las preguntas se agolpaban en la mente de la mujer. En otras situaciones hubiese dudado de aparcar en doble fila y exponerse a una multa. Ahora todo era diferente.

León salió del coche, encaminado hacia uno de los portales. Patricia apagó el motor, salió, y cerró tras de sí la puerta. Sus pasos la llevaron al portal, cerca de León, quien sacaba una llave del bolsillo.

—No digas que he conseguido sacar las llaves de mi casa, porque meterán en un lío al doctor —dijo metiendo una llave—. Diles que las he robado. Aunque realmente me importa poco, me sabe mal por el doctor. Lo que vamos a ver va a ocultar el hecho de que puedo ser un peligro para la seguridad nacional.

Sin entender bien las palabras, Patricia siguió al interior con León. Quizás lo de la seguridad nacional merecía preguntas, pero no sabía exactamente qué iban a ver.

—¿Vamos a estar seguros?

—Sí —dijo León, pasando cerca de lo que parecía el puesto de un conserje—. Quizás hayan despedido a Juanjo, el conserje. Es una pena.

Mientras se dirigían al fondo, donde estaba el ascensor, los ojos de Patricia trataron de encontrar alguna pista o huella que les alertase.

No sabía por qué, pero si algo de ello tenía que ver con los crímenes, quizás estaban entrando en una trampa.

—No vamos a caer en ninguna trampa —dijo León llamando al ascensor—. Además, si alguien está aquí y nos quiere hacer algo, el caso se resolverá con facilidad.

—¿Y si nos matan?

—Bueno, siempre hay un momento en el que morir —León abrió la puerta del ascensor—. Pero no será hoy.

Una vez el ascensor llegó al cuarto, León abrió la puerta y salió sin mostrar temor. Patricia trataba de racionalizar que no había ningún peligro. Simplemente era su casa, su antiguo hogar. Nada más.

—Estando en un barrio rico es difícil que haya problemas —dijo León —. Mayor presencia policial. Pero aun así han conseguido entrar.

Las últimas palabras de León provocaron un nudo en la garganta de la joven.

—¿Cómo que han conseguido entrar?

León sacó otra llave, abriendo la puerta número trece.

—Tranquila, solo encontraremos una casa completamente vuelta patas arriba.

Mientras Patricia se mantenía a unos precavidos cinco metros de distancia, León abrió la puerta y se internó sin miedo alguno. Una vez lo perdió de vista, Patricia se forzó a entrar con quien supuestamente tenía que proteger. Ya lo había hablado con Sergio, que ella se tenía que encargar de proteger psicológicamente a León, y era el propio Sergio quien la iba a proteger físicamente a ella. Pero ese hombre no se encontraba allí.

—Entra —dijo León—. No pasa nada. No hay nadie.

Con pasos lentos, dados con precisión quirúrgica, Patricia se adentró en el hogar de León. Esperaba algo extraño, algo que pertenecería a alguien tan extraño como él, alguien que había visto y vivido cosas diferentes.

Pero el recibidor pertenecía al estilo de una familia normal de España, salvo por el hecho de que los muebles eran escasos. En su casa solían tener algunos armarios, espejos, mesillas donde poner cuadros, percheros para dejar los abrigos. El recibidor simplemente tenía una mesa con varias cartas sin abrir.

—Ten cuidado cuando entres —dijo León—. Sabrás lo que hay por el olor.

Patricia aún tenía atragantadas las palabras de León, pero esas provocaron un mayor atasco en ella.

—¿Qué olor?

Cuando se adentró en la sala de estar comprendió qué quería decir León. Este encendió la luz y comenzó a abrir las persianas del fondo. En el centro, una mesa de madera, simple y normal. Encima, una caja. Alrededor, moscas.

Patricia pasó de largo el hecho de que esa sala de estar difería de las que conocía. No había tele, ni armarios, ni cuadros. Solo montañas de libros apilados, muchos de ellos esparcidos por el suelo. Sus ojos no pudieron evitar centrarse en la caja blanca, para luego descender a lo que era un charco rojizo que fluía del cartón.

—Puedes salir si quieres —dijo León una vez terminó de abrir las persianas—. Lo que vamos a ver no va a ser agradable.

—¿Es una persona? —dijo Patricia llevándose las manos a la boca, tanto por miedo de lo que fuese como por el olor pútrido que penetraba sus fosas nasales—. ¿Es un cadáver?

—Será un cadáver o trozo de cadáver. No será humano, seguramente —dijo León acercándose a la caja con un tic en el ojo —. Quizás algún niño, pero es una probabilidad escasa.

Abrió la caja y sacó una bolsa de la que colgaba más sangre. La depositó en un lugar vacío de la mesa y abrió los contenidos.

—Casquería. Seguramente sea un caballo —León rebuscó entre la carne y luego se giró para mirarla, con una pieza de ajedrez en su mano—. Ves, es un caballo.

10

Aunque los pies de Patricia querían poner tierra de por medio, se mantuvo de pie mientras sus ojos observaban a León mirar dentro de la caja y abrir la bolsa.

—No creo que sean de humano. Demasiado grandes —dijo León—. Habrá que llamar a Sergio. Aunque antes...

Los pasos de León lo llevaron al interior de un pasillo oscurecido.

—¿Dónde vas?

—Ven —dijo León, encendiendo la luz—. Mi cuarto seguro que estará hecho una mierda.

Patricia siguió al hombre, no sin evitar sentir su corazón latir cada vez con mayor fuerza, como si intentase salirse del pecho, golpeando la caja torácica como un gorila enfurecido.

Vio cómo León se adentraba en un cuarto. La luz inundó parte del pasillo, y ella se quedó en el umbral.

Diferente del resto de la casa, la habitación de León, no tan grande como la sala de estar, contenía todo tipo de objetos. Cajas de cartón apiladas, más libros por el suelo, estanterías vacías, papeles y papeles. Una mesa con un portátil roto y varias cajoneras abiertas por completo.

—Seguro que encontraron mi diario. Y el peluche.

León pasó sobre los libros y libretas tirados por el suelo, dirigiéndose a una estantería y agachándose. Patricia se acercó, sin evitar mirar el suelo. Unos cuantos libros que parecían de química junto a varios papeles sucios, con ecuaciones y dibujos.

—Hijos de puta.

Las palabras hicieron que el corazón de Patricia se detuviera por un instante, para luego latir con mayor furia.

—¿Qué ocurre?

León estaba agachado a los pies de una de las estanterías. La parte inferior no tenía libros, y el fondo estaba roto. Había un interior

oscurecido. León se sentó en la pila de libros y libretas tirados por doquier, cabizbajo.

—¿Había algo ahí?

El silencio de León parecía peor que las últimas palabras que había dicho. Patricia quería adentrarse, pero tenía miedo de pisar algo que fuese preciado para León.

—No sé cuál sería mi diagnóstico —dijo León—, pero tenía aprecio a mi habitación. Y lo que había dentro. En especial el... el peluche. Su peluche.

Patricia comenzó a elaborar mentalmente la frase que quería decir.

—¿Era importante?

Sabía que lo era, pero no pudo evitar lanzar la pregunta.

—Sí —dijo León con la mirada centrada en una de las paredes vacías —. También los diarios. Comencé a escribirlos con unos doce años, cuando todo empezaba a irse a la mierda. Ahora ese cabrón de Valle-Mingueza y su esbirro los tienen. O ha sido Sergio quien se los ha dado. Lo sabía desde el principio.

—Pero no tiene acceso al exterior. ¿No? Además, Sergio es tu compañero, él…

—Lo tendrá de alguna manera, y Sergio es un cabrón —su mano izquierda comenzó a sufrir espasmos—. La próxima vez que lo vea, le partiré el cuello a uno y al otro lo despellejaré vivo. Mario también es un grandísimo hijo de puta.

Antes de que Patricia pudiese continuar la conversación, León se levantó y comenzó a golpear con furia la mesa con su mano izquierda. Puñetazo a puñetazo, el corazón de Patricia estuvo al borde de sufrir un paro cardíaco.

Al séptimo puñetazo, la mesa se quebró. León se tiró al suelo de culo. Todo su cuerpo sufría convulsiones espontáneas.

—Llama a Sergio —dijo León con un rastro de lágrimas cubriendo su rostro—. No sé si podré continuar con esto.

Capítulo 9 – Recuerdos de ébano y marfil

1

Patricia salió de la habitación para poder hablar con Sergio por teléfono. Sacó el móvil que él le había dado y lo desbloqueó con su fecha de nacimiento, pulsando los números con dedos temblorosos. El pensamiento de cómo conocía ese dato se sustituyó por la búsqueda intensiva en la agenda de contactos. "Sergio" era el único de la lista.

Una vez en la sala de estar, se obligó a abandonar el hogar. No quería dejar solo a León, pero su agresividad y el hedor insoportable de la sala la empujaron a salir. A pesar de todo, estar fuera tampoco le daba tranquilidad; no podía dejar de pensar que el asesino podía estar esperándolos, acechando en cualquier lado.

Cuando llegó al recibidor y marcó el número, la respuesta fue inmediata.

—Estoy subiendo.

Reconoció la voz resonando desde abajo. Se giró hacia el ascensor, que ya no estaba en su planta. Los segundos que siguieron se sintieron eternos. El traqueteo de la máquina resonó. Escuchó a León, sin saber si estaba llorando o gritando. El miedo no desapareció cuando llegó el ascensor y de él emergieron Sergio y Mario.

—Entra, Mario —ordenó el agente Hernández—. Yo me quedaré con Patricia.

Ella quiso agradecer la rapidez con la que habían llegado, pero esa celeridad solo significaba una cosa.

—¿Estabais abajo?

—Os seguimos desde que salisteis. El coche tiene un localizador.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Y si el asesino estaba aquí? ¿Y si León me hubiese hecho algo? ¿Y si…?

—León no va a hacerte daño. Seguramente se haya cabreado y haya roto algo. Pero no pasa nada. Ahora nos encargaremos nosotros.

—La casa está hecha un desastre. Le han robado cosas y… hay una caja…

Patricia se inclinó para vomitar. Solo fueron arcadas, pero le provocaron escozor en la garganta y un dolor punzante en el estómago.

—Ya miraremos qué hay en esa caja.

—León dice… —dijo Patricia intentando recuperar su estado normal —. Que es carne de caballo. Hay una pieza de ajedrez.

—Ahora iré yo a verle. Mario lleva los tranquilizantes.

El rostro de Patricia se fracturó por completo.

—¿Así es como lo tratáis? Lo usáis como cebo, lo llenáis de tranquilizantes y, mientras tanto, yo estoy en medio de todo esto. No estoy segura de querer continuar con esto. Creo que no estoy aquí por mi doctorado. Esto es demasiado raro, demasiado peligroso, demasiado…

Volvió a sentir arcadas. Sergio se acercó a ella para ponerle la mano en la espalda.

—Si no hubieras estado aquí, quizás León habría terminado con su vida.

Mientras Patricia miraba el suelo, sintiendo cómo sus entrañas estaban a punto de escaparse de su cuerpo, pensó que su papel era mantener con vida a un hombre hasta que pudiesen exprimirle todo su ser. Todo eso con la intención de atrapar a un asesino que ya estaba detenido y bajo la custodia de esas mismas personas.

Y nada de todo eso implicaba su tesis.

2

Tras los gritos y el sonido de golpes, Mario sacó a León al rellano. Patricia se quedó a su lado, colocándole las manos sobre los

hombros, sin saber cómo iba a reaccionar. Solo esperaba que no fuera con violencia. León comenzó a llorar y, tambaleándose, se dejó caer en el primer escalón de la escalera que subía al siguiente piso. El tranquilizante empezaba a hacer efecto.

Sergio comenzó a llamar a alguien. Mario se inclinó en la pared. Mientras Patricia se arrodilló junto a León, cuyo ser parecía quebrarse con cada espasmo de su cara y cada grito convertido en lloro. Desvió la mirada. Sergio estaba liado con burocracia. Mario parecía estar más interesado en un trozo descascarillado de la pared blanca junto al ascensor.

León se acurrucó cerca de la pared. Patricia había escuchado a gente llorar. Amigos, familiares y pacientes. Pero no de esa manera. Nunca había escuchado el estruendo de un alma desgarrada por completo. Los ojos estaban ahogados por las lágrimas y los mocos se deslizaban por la comisura de los labios, mezclados con las babas de una boca que no dejaba de abrir y cerrarse entre llantos.

Llorar de verdad nunca fue poético.

Lanzó una mirada a los dos una vez Sergio terminó la llamada. Los dos estaban ahí, de pie. Sin hacer nada. Sin acercarse. Sin preocuparse. Patricia desvió su atención e hizo lo que cualquier persona haría. No un psicólogo ni un psiquiatra, sino una persona con empatía. Lo abrazó tan fuerte como pudo.

La abrazó con fuerza, como un niño en busca de su madre. Sintió la humedad de los mocos y sofocó los temblores. Su voz trastabillaba.

—Sólo yo lo sé.

—¿El qué?

—Sólo yo.

Era como un niño observando su helado en el suelo, después de ser pisoteado por los abusones del colegio, en pleno verano, justo el día en el que su padre había decidido descargar toda su ira en él. Un niño que sólo quería un helado para olvidar la muerte de su perro.

—Sólo yo sabré lo que les hicieron a los niños. Yo lo vi.

—Tranquilo. Todo va a estar bien.

Durante más de diez minutos Patricia estuvo sosteniendo a esa persona desconocida. Pensó que ya no era tan desconocida. Había conocido a personas con problemas terribles, algunas supervivientes de algún crimen. Pero ese hombre iba más allá.

La prensa dio un par de pinceladas de lo que hacía Valle-Mingueza, pero nunca nada gráfico. Tampoco nada muy mórbido u ominoso. Por lo que había recabado ese día, al parecer León estuvo atrapado con esos niños, escuchando sus gritos, viéndolos sufrir. El sonido de un móvil forzó a Patricia a girar su rostro. Sergio lo tenía pegado a la oreja.

—Vale. Ahora bajamos.

El agente se acercó a los dos, le dio un toque en la espalda a León.

—Venga. Vamos para el hotel.

—Está hecho trizas —dijo Patricia—. Le estáis sometiendo a mucha presión.

—Que hubiese elegido otra profesión. Venga, nos vamos.

Patricia podía sentir cómo algunas partes de su vestimenta estaban cubiertas o de mocos o de lágrimas. Pero también sentía la confusión minar su mente. Sentada en ese descansillo podía ver a León. Cabeza gacha. Mirada perdida. Un colgajo de moco de la nariz.

Más que un agente de la ley o un detective se parecía a un preso con depresión crónica directo a ser fusilado.

3

El intercambio de palabras hasta llegar al coche fue mínimo. Mientras León estaba sentado en el vehículo con la puerta abierta, vigilado por Mario, Sergio estaba hablando con lo que parecían ser otros tres agentes. Patricia se encontraba en tierra de nadie. Tenía preguntas para el agente Hernández.

Preguntas y un par de insultos.

Supuso que, si trataban así a uno de sus miembros, quizás eso de que protegerían a Patricia sería completamente falso. Estaba a cierta distancia del grupo, que hablaban entre ellos. Uno de ellos llevaba una mochila y otro una especie de maletín grande. Una vez terminaron, Sergio se apartó y los otros subieron las escaleras. Sus ojos se encontraron.

—Subirán a comprobarlo todo.

—¿Y León? Es su casa.

—Un agente no puede tener ese tipo de "casa". Sabíamos que estaba ahí, pero nos ocultó muchas cosas.

—¿Cómo qué ocultar? Dice que le faltan cosas, que…

—Cosas, Patricia. Cosas —miró a León sentado en el asiento trasero, aún con el rostro destrozado por el llanto, las lágrimas, los mocos y las babas—. Ya te comentaré más. Ahora lo llevaremos al hotel.

—Necesita estar de vuelta al hospital. Cuando ha salido esta mañana estaba bien. Ahora está completamente destrozado.

—Debe de seguir activo.

—Está en un estado deplorable. No va a ser útil para nada. Más allá de que nada de esto trata de mi doctorado, ese hombre necesita ayuda. ¿No se supone que los agentes deben estar al cien por cien de capacidad mental?

—En cuanto a capacidad mental, lo está. Su estado anímico no importa para nada en la misión.

—¿Qué misión es la que hablas? Hay un tipo suelto, matando a gente en nombre del tipejo ese. ¿Por qué no le decís algo? ¿Por qué no lo forzáis a que colabore?

—Ya te lo explicaré —dijo Sergio, marchándose impertérrito—. Ahora súbete al coche y vamos.

El agente Hernández se subió en el asiento de copiloto. Mario fue a la parte trasera para abrirle a Patricia la puerta de su asiento. Caminó despacio. Sintió un cansancio que iba más allá de lo físico.

Más allá de lo mental. Era como si le hubiesen quitado años de vida en tan poco tiempo.

—Tranquila —dijo Mario una vez Patricia estuvo cerca—. Lo he visto en peores condiciones.

La mujer se sentó, sin poder evitar escudriñar en el rostro de aquel extraño personaje. Porque no era nadie parecido a quien había tratado. Múltiples personalidades, genios con esquizofrenia, asesinos sin remordimientos. A su lado tenía a una persona que, sabiendo lo poco que sabía, estaba siendo torturada por sus propios compañeros. Si es que eran compañeros de verdad.

4

León permaneció tumbado en la cama del hotel un buen rato, una vez Patricia le ayudó a limpiarse el rostro y lavarse un poco la cara con agua. De cara al techo, las pupilas de sus ojos permanecieron quietas, clavadas como una flecha.

Por una parte, quería saber qué pasaba por su mente, pero por otra parte sabía que estaría rememorando los hechos del pasado. Patricia había empleado un par de pastillas que el doctor Escalonilla le había dado en casos realmente duros.

El problema era que no sabía la combinación de medicación que tenía.

No estaba muy sedado. Tampoco estaba agitado, pues los movimientos nerviosos y los espasmos habían cesado. El trayecto al hotel había estado salpicado por llantos, con algún que otro espasmo nervioso de todo el cuerpo.

Recordó que pacientes así solían requerir de terapias algo agresivas, muchas veces implicando descargas eléctricas. Dichas terapias eran crueles antiguamente, cuando todo se resolvía con lobotomías y terapias de choque. Pero estos métodos seguían usándose.

Y ella sentía que esa persona necesitaba ayuda.

Urgente.

Mario y Sergio estaban afuera. Los había dejado hablando entre ellos. Ni quería saber qué hablaban ni quería saber qué iba a pasar ahora. Sólo notaba que estaba cada vez más enlazada con esa extraña persona que respiraba con tranquilidad en la cama, manos cruzadas, ojos perdidos.

La puerta se entreabrió. El rostro de Mario se adentró lo justo para hablar con Patricia.

—Sal un momento.

Tras una última mirada a su "paciente", la mujer se levantó y salió del lugar. En el largo pasillo no había nadie más. Sólo los dos agentes. Hernández seguía con su rostro impasible. Sentía ganas de echarles la bronca a los dos, pero no tenía ni idea de qué podría pasar.

Realmente no sabía nada de qué podría pasar. Hasta que Sergio habló.

—Tú y yo iremos a hablar con Luis.

Una cosa era hundirse en aceite hirviendo para recuperar algo importante, algo vital. Someterse a sufrimiento con utilidad. Ahora sentía que se iba a zambullir otra vez para nada.

—Ya hemos hablado con él. Ya has visto cómo se ha puesto León. No creo…

—Seremos tú y yo. Nada más. Mario se quedará aquí, vigilándole.

Patricia lanzó una breve mirada al hombre.

—No sé si él está entrenado para calmar a alguien.

—Mis primeros trabajos eran negociar —dijo Mario—. Con terroristas, asesinos, psicópatas.

—Hay diferencia entre psicópata y…

—Patricia, no tenemos tiempo —dijo Hernández—. No sabemos qué va a ocurrir. Se comunica con alguien que está haciendo sus asesinatos, es algo que sabemos. Seguramente haya gente dándole información. Ya lo tenía planeado desde el principio. Tenemos que

evitar que vuelva a pasar algo grave, que el esbirro se limite a haber asesinado al cura y el matrimonio.

—¿No teníais a Valle-Mingueza retenido para obtener información? ¿Y qué pasa con León? Tenía diarios, mencionó un peluche y…

—Sí. Pero si la gente descubre que no está en la cárcel, que ha estado protegido, que ha estado viviendo en una de sus mansiones, todo se irá a la mierda. Necesitamos evitar que haya más asesinatos y que Luis colabore con nosotros. Una vez todo termine, nos dará igual lo que le pase.

—Parecido a León, ¿no? Una vez todo termine, te dará igual todo lo que le pase.

Ninguna palabra rompió el silencio. Los dos hombres permanecían en su postura recta, casi marcial. Patricia notaba cómo le temblaban las piernas, cómo estaba a punto de caerse.

—Te daremos un sándwich para que comas algo —dijo Sergio—. Se acerca la hora de comer y tendrás hambre.

5

Durante el trayecto de vuelta hacia Valle-Mingueza, el sándwich y la botella de agua permanecieron en el asiento trasero. Patricia, sentada detrás del vehículo, comenzaba a cuestionarse la decisión que había tomado. Al principio le daba miedo, pero el poder estar en un caso importante era algo llamativo.

La punta de todo era una posible tesis única, con Valle-Mingueza como objetivo, siendo quizás la primera persona que hiciese algo sobre él de forma académica. Pero todo ello era un iceberg, y la gran parte de todo eso estaba sumergida. Tenía que lidiar con todo eso si quería asegurarse un "suma cum laude"

Todo esto si no pasaba nada grave.

Ahora la situación era completamente alienígena para ella. Lo más extraño y cruel de todo era el tratamiento que parecía recibir León.

No tenía información acerca de qué trato tenía Sergio con Valle-Mingueza, pero la indiferencia que recibía ese hombre repleto de traumas era inconmensurable.

El agente Hernández conducía. Comenzaba a detestar ese sitio, ese vehículo. Todo. Pero una cosa que sentía en el fondo de su alma era la curiosidad un tanto morbosa por Valle-Mingueza. La primera vez que le mencionaron su nombre ese día, su corazón esperaba poder investigarlo.

Pero no estaba en la cárcel. No tenía a un grupo de agentes de la ley en un recinto controlado. Nadie sabía que ella estaba ahí. Si le pasaba algo, no saldría en las noticias. Pero su parte ambiciosa quería continuar. Ella, como muchos criminólogos y psiquiatras, quería adentrarse en su mente para saber por qué había hecho todos esos crímenes.

Uno podía limitarse a decir que era un monstruo, pero si se podía descifrar lo que ocurría en su cerebro, sería un avance para la ciencia. Sin embargo, seguía sintiendo ganas de vomitar y dejarlo todo.

Al parar en un semáforo Sergio se giró para verla.

—¿No tienes hambre?

—No mucha, la verdad —dijo Patricia con ojos cansados—. Preferiría estar en el hotel. O en mi casa, si te soy sincera.

Sergio volvió a mirar al frente.

—Es normal. Pero así es este oficio.

—Pues es una mierda, qué quieres que te diga.

—En mi caso, esto es el día a día. Para ti, esto es un antes y un después. Alguien que ha participado en casos involucrando a Valle-Mingueza puede ser alguien importante. Alguien interesante. Alguien que pueda vender muchos libros y hacer entrevistas. Alguien cuyo doctorado marque un hito en la historia de la criminología.

—Estoy pensando en buscar un trabajo normal.

—Eso es lo que dice tu parte normal y corriente, Patricia. Pero tú y yo sabemos que hay una parte ambiciosa en ti. Y esa parte necesita volver a hablar con Luis. Puedes hacer cualquier doctorado. Hablar de Jack el Destripador, como los cientos de miles de personas antes. Quizás algún libro aburrido sobre lo que se sabe de Valle-Mingueza. O una tesis de primera mano sobre el asesino del siglo.

6

El trayecto hasta la entrada no fue tan impactante como la primera vez, pero para Patricia todas esas cosas que pertenecían a parques infantiles no hacían más que fortalecer el nudo que tenía en el estómago. De lo poco que se alegró fue de no haber comido el sándwich. Tenía algo de hambre, pero las ganas de vomitar parecían ser la constante en todo ese frenético día.

Una vez el coche aparcó como la última vez, Sergio salió para encaminarse directo a la entrada. Patricia abrió la puerta del coche. Una vez sus pies tocaron tierra, se sentía extrañamente vulnerable. Razonó que quizás era la ausencia de León. No era quien la tenía que proteger físicamente, pero algo en él había dado confianza a Patricia para seguir.

El mismo hombre de negro hablaba con Sergio mientras ella caminaba hacia ellos. Sus ojos no pudieron evitar distraerse y perderse entre los columpios y los toboganes. Lo que provocaba un miedo mayor no era el sombrío significado de esos objetos, sino los secretos que guardaba el agente Hernández.

Sabía que obtener información de Valle-Mingueza sobre el círculo en el que se movía era importante. Pero tenía que pagar por sus crímenes, estar encerrado en su mansión, rodeado de objetos que lanzaban gritos acerca de las extrañas filias de ese hombre. Tenía que mantenerse en un borde afilado. Conseguir información, pero evitar meterse en esa maraña de traiciones e información oculta, de ver asesinos cara a cara en plena libertad.

—Está a punto de comer —dijo Sergio cuando Patricia estuvo cerca —. Aun así, hablaremos con él. Vamos.

Siguió de cerca a Sergio tras una mirada al otro agente. Todos ellos eran demasiado serios. Marciales. Rectos. Formales. Supuso que era lo que tenía que ser un agente de la Interpol, o lo que fuese. Tras lo vivido en ese día, cualquier cosa podría ser cierta.

Las sorpresas comenzaban a ser un factor común.

Ambos fueron acompañados. Una vez entraron dentro, el agente los dirigió hacia otro lugar. Abrió una puerta que Patricia supuso que valdría mucho dinero. Los tres se adentraron y continuaron por un pasillo que cimentó el pensamiento de la mujer, el pensamiento de que estaban permitiendo que tuviese sus extravagancias.

El pasillo, largo y ancho, estaba bordeado con mesas de ajedrez de todo tipo. Las piezas estaban dispuestas. Patricia lanzaba miradas a cada uno de los tableros. No sabía mucho de ajedrez, pero sabía que no estaban todas en su posición inicial.

Pensó que quizás León supiese qué significaba todo eso. Con cada metro que recorrían, Patricia se sentía como Alicia en el país de las maravillas. Solo que todo era tétrico y sombrío. Al menos, pensó, no se trataba de cosas de niños, como juguetes. Esperaba que no tuviese acceso a cualquier tipo de imagen o video relacionado con infantes.

Pero cuando pasaron por la siguiente puerta, todo cambió. El lugar estaba poco iluminado, pero lo peor era la música que sonaba. Siempre se esperaba de algún genio del crimen música clásica. Lo que sonaba era una canción infantil. Patricia no sabía el nombre de la canción ni de dónde era. Pero era una canción para niños.

Y el miedo se apoderó de su piel.

Rodeado de más tableros, en una mesa larga, estaba sentado Valle-Mingueza. No llevaba gotero, pero sí la bata. Cuando vio aproximarse a los tres, volvió a sonreír. Esa media sonrisa, ese labio medio roto, era algo que Patricia sabía que la iba a perseguir toda su vida, en la vigilia y en el sueño.

—Qué alegría. Era hora de comer y voy a tener compañeros.

Luis estaba sentado en el lado largo. Dos sillas estaban dispuestas enfrente de él. Hizo un gesto para que se sentasen.

—Espero que tengáis hambre.

Patricia esperaba respuesta por parte de Sergio, pero nada. Ambos se sentaron. Luis dirigió su atención al agente que había conocido esa mañana.

—Tráenos la comida, Paco —Valle-Mingueza se aproximó a Patricia—. No se llama Paco, pero como puedo hacer lo que quiera… Me gusta jugar con el agente Serra. ¿O es K16?

El agente frunció el ceño, para luego marcharse. Luis se recolocó en el respaldo aún con su sonrisa ominosa.

—Hemos venido a hablar contigo —dijo Sergio—. Tenemos un pacto.

—Y ahora esperamos a que ese pacto se cumpla. ¿A qué sí, Patricia? ¿Tienes hambre?

7

Una vez el agente se marchó, dejándolos solos, Patricia notó la mirada de Valle-Mingueza clavada en ella. Uno de los párpados estaba levemente caído. Ella cambió sus ojos, buscando el resguardo en la figura de Sergio. El hombre estaba fijo en Luis, con su cara de mala leche.

—Ya te hemos dado lo que querías. Ahora dinos dónde está el perro de presa que tienes suelto.

—Te aseguro que no sé nada al respecto. No sé nada de una pareja asesinada, una calcinada y otro con cal viva. Tampoco sé de párrocos asesinados ni piezas de ajedrez metidas por el culo. Os lo he dicho.

—Lo tenías todo preparado.

—Estas acusaciones son terribles, agente Hernández. No sé cómo puede decirme eso, a alguien tan inocente como yo.

—Te dimos el peluche de León. Fuimos a donde vivía y, al parecer, alguien robó el diario.

—Os dije que quería todo. Pero bueno. Alguien hizo el trabajo que teníais que hacer.

Valle-Mingueza se movió un poco, y de su espalda sacó un pequeño peluche de oso, algo desgastado. La confusión en Patricia forzó a Luis a mirarla.

—No te extrañes de nada, querida. Consigo lo que quiero. Querían información, y yo quería algo de León. Si no puede ser un beso o una noche con él, al menos tener algo que le recuerde de su infancia. Aunque según he leído, su padre le torturó, ¿no?

Patricia miró a Sergio.

—¿Cómo sabe tanto? ¿Vais a dejar que haga lo que quiera? ¿Tan poco vale el bienestar de León?

El agente Hernández clavó sus ojos en ella.

—No le hemos dicho más de la cuenta. No sé cómo sabe lo de León.

—Me lo ha dicho un pajarito. Por cierto, su método de escribir en clave es bastante primitivo.

—Vamos a tener que volver a registrar tu cuarto, Luis.

—Adelante, no me importa. No tengo nada que ocultar. Es más, dile a León que venga. Que mire lo bien que puede estar conmigo. Aquí, en esta mansión. Lejos de la locura que es el mundo exterior.

El agente que se había marchado apareció, cortando la conversación. Patricia observó la bolsa que llevaba. Se aproximó a la mesa y sacó tres cajitas de menús infantiles. Uno para Sergio y otro para Patricia. Se acercó a Luis y le dio. Lo sostuvo con macabra sonrisa.

—Es hora de comer.

—No hemos venido a comer —dijo Hernández—. Hemos venido a que entres en razón y termines con lo que sea que tengas planeado.

—Ya sé que tú no tienes hambre, Sergio. Era por educación. La que tiene que comer es ella. Mírala, está en los huesos. Seguro que con tantas cosas que le han pasado esta mañana estará famélica. ¿Ha vomitado todavía?

Patricia negó con la cabeza.

—Lo siento, pero ahora mismo no puedo comer.

—Tienes que comer, anda.

—No puedo.

La voz de Luis cambió a un tono grave y agresivo.

—¡Tienes que comer! ¡Si no comes, no diré nada! —golpeó con fiereza la mesa—. Se hace lo que mando y ordeno. Si no, se acabará el filtrar cualquier tipo de información. Así que ya sabes, Sergio.

El agente Hernández tocó su hombro. Una descarga eléctrica recorrió la columna de Patricia.

—Haz lo que dice. Es una orden.

8

Con manos temblorosas, Patricia abrió la pequeña caja del menú infantil. La sensación de seguridad y protección se había desvanecido, y la frágil línea que la separaba del peligro estaba hecha pedazos.

Mientras Valle-Mingueza abría la caja y dejaba en la mesa el contenido del interior, Patricia observó el suyo: hamburguesa, patatas y el regalo. El mismo hombre que había traído las cajas apareció con dos vasos de plástico con Coca-Cola.

—Está muy bueno —dijo Valle-Mingueza masticando una patata frita —. Anda, come.

Patricia tanteó la hamburguesa y las patatas, pero dejó el peluche de regalo apartado.

—Acuérdate del muñeco —dijo Luis con fiereza—. No te puedes dejar el muñeco.

Obedeció. Ahora tenía todo delante suyo. El hombre recogió las cajas vacías. Ella estaba ahora entre la espada y la pared, entre Valle-Mingueza y el agente Hernández. No comprendía la severidad del asunto. No sabía qué tipo de información filtraba. Solo sabía que tenía que obedecer.

Obedecer o morir.

Con delicadeza, cogió patata por patata, comiendo con lentitud. Luis sonreía todo lo que podía mientras desenvolvía su hamburguesa. La cogió, dio un bocado y comenzó a masticar con dificultad. Los ojos de Patricia estaban centrados en la comida. Su mirada quería buscar refugio en algo o alguien, pero no había nada. Ni nadie.

—A mí me gusta combinar, ¿sabes? —dijo Luis—. Algo de hamburguesa, un poco de patatas. Hay gente que no, que es muy estricta. Primero las patatas, luego la hamburguesa, luego la bebida… Veo que eres de esas personas, Patricia. ¿Es Patricia? A ver si me he confundido.

Afirmó con el rostro. Sergio intervino.

—Ya está comiendo. Ahora quiero saber quién demonios está ahí afuera matando en tu nombre.

—Por favor, agente Hernández. Estamos comiendo. No sea tan desagradable. No podemos hablar aquí de cuerpos descuartizados, abandonados en charcos de sangre y colgajos de carne, músculo y tendones en vez de miembros. No podemos hablar de cómo los humanos gritan como los cerdos. Más aun los niños.

Patricia no pudo evitar las arcadas. Tuvo que dejar las patatas y esperar un rato. Respiró con dificultad. Quería cambiar la postura de su cabeza, alzarla, coger resuello, pero sabía que estaba bajo la atenta mirada de esos dos hombres.

—Bebe algo —dijo Luis—. Con que le des un bocado a la hamburguesa, me conformo. Soy un hombre magnánimo.

Patricia agarró el vaso de plástico. Con un movimiento lento se lo llevó a los labios y pegó un sorbo. Los cubitos de hielo le golpearon la boca. Dejó el vaso y comenzó a desenvolver la hamburguesa.

—Espero que después de esto nos digas algo.

—En cuanto termine. Me encantan estos juguetes. Me recuerdan a la infancia de otros niños.

Luis se puso el último trozo en la boca. Apenas podía masticar. Era como si engullese, como si su garganta no funcionase bien. Patricia intentó hacer caso omiso de sus palabras, intentando centrarse en la comida, en darle ese bocado a la hamburguesa, en que todo acabase y poder irse de allí.

—Me cuesta comer, todo ello gracias a León, a mi amor. Se puso muy furioso, Patricia. Si te hace algo, déjale. Que te haga trizas como a mí. Que te intente desgarrar la carótida, que te muerda la cara —dijo Valle-Mingueza echándose atrás, en el respaldo, mientras se tocaba la entrepierna—. No os puedo decir nada de lo que ya ha ocurrido. Pero puedo hablar de qué es lo que puede pasar mañana.

La mujer dio un bocado a la hamburguesa y la dejó reposar. La mano de Sergio se apoyó en su hombro. Le provocó un susto tremendo.

—Ya está —dijo el agente Hernández—. Ya le hemos dado lo que quiere. Ahora es su turno.

9

El trozo de hamburguesa seguía en su boca. Patricia quería tragar, pero su estómago estaba cerrado. Tenía más ganas de vomitar que de comer, de huir que de hablar. Sus ojos apenas se podían levantar de la mesa, de las patatas fritas y el resto de la comida. Sergio, por su parte, la miraba con rostro pétreo, para luego fusilar con sus ojos a Valle-Mingueza.

—Luis, o empiezas a soltar cosas o me cabrearé.

—No se preocupe, agente. Les diré cosas. Cosas importantes. Aunque tengo una pregunta, ¿por qué no pusieron a alguien vigilando la vivienda de León?

—No voy a contestar a esa pregunta.

—Podría haber detenido al supuesto asesino del supuesto asesinato que supuestamente ustedes me están incriminando.

—Te dimos el maldito peluche. Pero el cabrón que está afuera haciendo el trabajo sucio consiguió entrar. Y encontrar el diario.

—¿Vosotros no pudisteis? Seguro que estáis igual de interesados en penetrar en la mente de León. Aunque yo también estoy interesado en penetrar en él, pero de otra manera.

Patricia comenzó a toser, sintiendo las arcadas tomar posesión de su ser. Sergio le acercó la bebida con un "respira". Todas las entrevistas que había realizado en su carrera, todas las prácticas, todas las veces en las que estaba con un paciente, ella sujetaba las riendas. Eso, o el doctor o doctora que le ayudaba estaba a su lado prestando ayuda.

Ahora estaba sola.

—El caso es que quizás mañana ocurra algo.

—¿El qué?

Valle-Mingueza se quedó observando a Patricia, quien seguía con la cabeza gacha, intentando recuperar el aliento.

—Quizás pase algo importante, pero si lo revelo se pierde la gracia, ¿no?

—Si no nos dices qué va a pasar, te juro que…

—Decidle a León una cosa, mañana. Decidle que piense en el verdadero significado de la torre.

Las palabras de Luis quedaron suspendidas en el aire.

—¿Eso qué coño significa?

—León lo sabrá. Patricia supongo que no. ¿Estás bien, querida?

Patricia afirmó con el rostro por educación. Y por miedo.

—Tienes miedo. Lo huelo. Lo siento. Un miedo parecido al de los niños, incapaces de hacer nada. Obedecen a los mayores. Estos, bajo el pretexto de ejercer la violencia, los controlan. ¿Has leído a Foucault?

Patricia comenzó a notar calor en el pecho. Su rostro cambió de polaridad. Ahora la rabia y el odio se convertían en reina y rey de su ser.

—Tú hacías lo mismo. Porque eres un blando.

—En mi caso no se trata de poder, Patricia. Se trata de gustos. Gustos refinados que nadie comprende.

—Te gusta abusar de niños porque ellos no pueden defenderse.

—Oh, no, te equivocas. Algunos se defienden. Hubo uno al que le tuve que partir los tobillos porque no paraba de intentar huir.

—No eres más que una mierda de persona.

Valle-Mingueza comenzó a reír.

—Soy completamente superior a vosotros. Crees que porque le haga eso a los niños soy inferior. No. Al revés. Fui capaz de hacerlo, y repetirlo una y otra vez. Si no llega a ser por León, ahora estaría en Tailandia o Singapur.

—¿Es por eso tu fijación con él?

—Creo que lo vas pillando. Tantos años de estudio te tienen que servir de algo, ¿no? Dime, ¿qué relación crees que tengo con León?

—Intento no entrar en tu mente. Ni ahora ni nunca lo intentaré.

—Es por eso por lo que León me pilló. Estaba dentro de mi cabeza. Sabía lo que pensaba, lo que sentía. No podía ocultarle nada. Ahora no tengo nada que ocultar. Es más, me gustaría que estuviese aquí, para cenar conmigo.

—Simplemente eres desagradable.

—Con ese pensamiento, Patricia, no vas a durar mucho con Sergio y compañía. Si es que quieres entrar en su "círculo" de influencia.

—Quiero… —dijo Patricia, pensando que tenía que ocultar todas sus intenciones—. Solo quiero proteger a León. Creo que es alguien que ha sufrido mucho.

—Igual que yo.

—Tú solo eres un cabrón.

Valle-Mingueza volvió a reír tanto que comenzó a toser. Sergio intervino.

—¿Qué es lo que va a pasar mañana? ¿Qué mierdas es eso del significado de la torre?

Luis necesitó un par de minutos para recomponerse.

—Estoy bastante jodido, agente Hernández. Perdón por no responderle a tiempo —volvió a toser—. Pero entre todos los implicados, solo León y yo lo conocemos.

—¿Entonces qué le digo ahora, que piense en ello?

—Ahora estará dormido. Si es que tiene suficientes tranquilizantes —miró a Patricia—. Cuídalo, por favor. No quiero que le pase nada a mi bebé. Ahora os podéis marchar.

La macabra sonrisa de Valle-Mingueza quedó suspendida en el aire. Patricia tenía tantas cosas que decir. Preguntas. Insultos. Quizás ir directo a por él e intentar acabar con su vida. Sergio puso una mano en su hombro.

—Vámonos. No vamos a poder sacar nada más de él.

—Una cosa, Patricia —dijo Luis—. Deberías de leer a Kipling. Tiene unos poemas muy bonitos. Hay uno que dedicó a su hijo cuando estaba en el ejército. León seguro que se acuerda de él. Pregúntale.

10

El camino de vuelta al coche supuso para Patricia el momento más confuso y extraño de su vida. Ya había dejado de sentirse atrapada y querer escapar; ahora se sentía parte de ese todo que era el caso en torno a Valle-Mingueza y su vuelta a la acción.

Tenía dentro de ella más palabrotas e insultos, aparte de unas ganas irresistibles de darle un buen puñetazo. A él y a Sergio. La figura del agente, antes protectora, era ahora más parecida a la de un profesor furioso que se lleva a su alumno como si fuese un perro.

El agente que parecía guardar el lugar se limitó a permanecer como una estatua en la entrada mientras Sergio le dijo unas palabras.

Sergio se sentó en el asiento trasero. Una vez en el interior del ya no tan reconfortante vehículo, Patricia comenzó a hiperventilar. Más aun porque Sergio estaba ahí detrás, sin saber por qué no estaba en el asiento del conductor. Llamó por teléfono.

—¿Alguna novedad?

Las palabras de Sergio fueron seguidas por silencio. Patricia no podía escuchar quién era, pero lo suponía.

—Vale. Nosotros hemos terminado. Tendremos que discutir unas cosas con León.

Terminó la llamada y se giró para verla. Patricia no era de las que se preocupaba en demasía por su aspecto físico, pero supuso que tanto miedo y confusión habrían hecho efecto en ella. Al menos notaba el sudor de sus axilas acumulándose cada vez más, a la par que la columna la tenía adormecida de tanta sorpresa y tanta confusión.

Era como una maratón, pero mental.

—Todo lo que ha ocurrido dentro es normal. Es así como es este trabajo.

—No quería este tipo de trabajo. Yo venía por lo del doctorado, yo…

Patricia tensó la mandíbula mientras retaba en duelo con la mirada a Sergio. Era grande, seguro que tenía un arma y bajo su cargo tenía más hombres. Pero a ella le daba igual. Lo que había pasado estaba a kilómetros de distancia de lo que podía haber sido.

—Por eso te necesitamos.

—Una cosa es estar para cuidar a León. No sabía quién era, ni tampoco he tenido tiempo de estudiar su caso. Luego descubro que uno de los peores asesinos en serie de España está protegido por la Interpol. Después, la persona que tengo que cuidar es tratada como una mierda. Eso ahora, y antes también. No sabía que estabais dedicados a crear superdetectives o a saber qué cojones. Y de momento no tengo nada escrito, no hay…

Las ganas de vomitar volvieron.

—¿Te ha contado lo de su padre?

—Claro. Sé que habrá más, y tendría que ayudarle al respecto. Los traumas que tiene son evidentes. Su identidad no ha aparecido en las noticias, si escribo…

Más ganas de vomitar.

—Pues eso, te necesitamos.

Patricia tragó saliva y se apoyó en el respaldo.

—Para ser una agencia tenéis una mierda de organización.

—Se hace lo que se puede. Además, se supone que ni tú ni yo existimos.

—¿Ahora es cuando recibo una de esas cartas que se autodestruyen? ¿Voy a tener una píldora de cianuro?

Siempre intentaba ser amable. Pero el sarcasmo y el odio era como la hamburguesa.

Tenían que salir sí o sí.

—Quizás lo que tengas que hacer es calmarte. Conozco lo que se pasa al principio.

—Estáis todo el rato con que "es así como se empieza", como si esto fuese un estúpido club o… yo qué sé.

Patricia intentó bajar la ventanilla mientras sus ojos intentaban no centrarse en las estatuillas de niños. No funcionaba el botón, ya que el coche no tenía puesta la llave. Tenía demasiadas palabras en su interior que se notaba incapaz de ordenarlas y sacarlas al exterior de una forma congruente.

Calor en su cuerpo.

—Después de esto no tienes que hacer nada. No te vamos a forzar a seguir. Valle-Mingueza será propiamente detenido una vez todo termine.

—¿Cuándo va a terminar?

—Cuando encontremos a quien está haciendo cosas en su nombre.

Patricia fulminó al agente con una mirada de fuego e ira.

—¿Y si es un chalado? Sé que no tengo que decir ese nombre, o que debería de usar ciertos adjetivos más correctos, pero simplemente será alguien que los conozca. Alguien igual de perturbado que el monstruo que tenéis aquí viviendo a placer. Alguien que no dudará en torturarme y descuartizarme si se da el momento.

—Espera.

Sergio sacó un pequeño bloc de notas con un bolígrafo. Comenzó a escribir, arrancó la página y se la dio.

—Esta es la suma de dinero que te vamos a dar.

Una vez Patricia tuvo el papel en sus manos notó su corazón ondear la bandera blanca.

"No menciones esto. Hay un traidor. Nos oyen. Saben de tu familia. Di que quieres más dinero."

Ambos mantuvieron la mirada.

La duda de tomar una decisión en cosas triviales le provocaba cierto placer, el sentirse poderosa de escoger lo que quería. Siempre confiaban en ella todas sus amigas, cuya indecisión solía retrasarlas más de media hora para quedar y salir juntas.

Pero no era lo mismo elegir entre un brownie o un croissant de chocolate que decidir entrar en todo ese jaleo.

Tragó saliva.

—Quiero más dinero.

11

Todos los trayectos en el Mercedes habían sido tensos, pero el conocimiento de que "alguien" podía estar espiándolos añadía aún más tensión y miedo. Patricia notaba dolor en el corazón, y el sudor acumulado de esa mañana comenzaba a notarse en demasía. Una

vez terminado, Sergio se puso en el asiento del conductor y salieron del recinto.

Mientras el vehículo avanzaba por la autovía, sus ojos no podían evitar desviarse y curiosear todos los lados. El agente había permanecido callado todo el trayecto. Una vez le había devuelto el papel, lo rompió y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta.

Las palabras de León de que le habían seguido y que de alguna manera sabían lo que hacía parecían, en un principio, signo de psicosis. Ahora Patricia dudaba de si no era psicosis. Quizás todo era real.

En sus estudios de trastornos mentales había ciertos indicios en todas las personas. Algún grado de sociopatía o psicosis. También el famoso trastorno obsesivo compulsivo, el cual hacía que se cabrease cada vez que se encontraba con alguien diciendo que tiene TOC por el mero hecho de que no le gusta pisar las rayas de las baldosas o cualquier chorrada.

Mientras el coche se adentraba en Valencia, lo que en un principio parecía algo interesante y divertido se estaba convirtiendo en una tortura. Seguramente, pensó, todo iba a ir peor. El viaje en zona VIP, el hotel de lujo y estar en un Mercedes carísimo podrían estar en una lista de sueños que nunca alcanzaría.

Ahora tenía eso, pero no al precio que estaba pagando.

—Llegaremos al hotel y descansarás. Mientras hago ciertas llamadas tú puedes quedarte en tu habitación o donde quieras. También puedes comer o lo que sea. Tanto Mario como yo te podemos conseguir lo que quieras.

Patricia supuso que volver atrás en el tiempo y negarse a participar en esa locura en la que estaba envuelta era algo imposible de conseguir. En cualquier otro momento de su vida, en cualquier otra situación, hubiese pedido todo tipo de dulces caros. En esos momentos solo quería estar sola un rato.

Hasta que León pasó por su mente.

—Quiero saber cómo está León.

—Mario lo estará controlando.

—Una cosa es controlar, y otra ayudar.

—León no necesita ayuda.

—¿Es por eso por lo que lo tratas como una mierda?

—El mundo es una mierda. La vida es una mierda. Cada día es una mierda. Yo lo sé. Él lo sabe. Y ahora tú lo sabes.

—Preferiría mantener mi optimismo.

—No te durará mucho. Aun quedarán días hasta resolver esto.

La idea de que no iba a ser cosa de un día la forzó a adelantarse para poder mirar mejor a Sergio.

—¿Cómo que va a durar más? No puedo estar aquí toda mi vida. Ni quiero estarlo, si te soy sincera. Prefiero que me mandéis cualquier documento a mi casa. No, a mi casa no. A algún punto de correos. Me arrepiento de haber aceptado la oferta.

—Te necesitamos, Patricia. Bueno, León es el que te necesita. Además, es solo hasta que terminemos con el tipo que quiere hacer algún tipo de masacre o lo que sea.

—Hasta el momento he visto cadáveres y asesinos en serie libres. No tengo ninguna ficha ni expediente ni informe policial.

—Es un buen comienzo lo que has vivido, la verdad. Bastante fácil. Una de mis primeras misiones fue torturar a un general de Sudán. No lo pasé bien. Pero supongo que él lo pasó peor.

—Esto es de locos.

Patricia se recolocó en el asiento, reposó la espalda y estiró la cabeza mientras la ciudad de Valencia aparecía por su ventanilla. Le hubiese gustado hacer algo de turismo. Quizás probar lo que fuese una verdadera paella. Pero fue el pensamiento de la comida, de la escena con Luis, la que provocó una subida de ácido a la garganta.

Una vez estuvo el coche en el aparcamiento, Sergio se giró para ver a Patricia. La mujer tenía la mirada perdida. Sus ojos se chocaron y el agente movió la cabeza, para luego salir del vehículo. Patricia salió. Sentía cierta hostilidad en el ambiente. Cualquier sitio bajo tierra con poca gente y muchos coches daba miedo, pero una cosa era ir con una amiga a coger el coche para ir a cualquier lado y otra cosa era la situación en la que se encontraba.

Aunque el agente Hernández no había sido alguien en quien poder fiarse por completo, prefirió seguirlo de cerca y mantenerse a su lado. El hecho de que hubiese filtraciones junto con el hecho de que había un asesino en serie no hacía más que provocarle movimientos rápidos en sus ojos. Una sombra. Un reflejo. Algo que parecía moverse. Tenía en su pecho la presión de que en cualquier momento alguien iba a salir para atacarles.

—Tranquila —dijo Sergio—. No hay nadie aquí. Y no discutamos lo del dinero.

Llamó al ascensor. La pose de Sergio y su actitud le parecían a Patricia como un muro de piedra contra el embate de una tempestad. Quizás medir metro noventa y llevar un arma de fuego era lo que le daba tranquilidad. Quizás, pensó Patricia, lo que le daba tranquilidad era que no les iban a hacer nada.

Ella quería razonarlo. ¿Por qué se iba a descubrir al asesino en serie e intentar atacarles ahí? Si fuese así, Sergio podría acabar con él. Un par de tiros. O unos puñetazos. También estaba Mario, y seguramente habría más agentes alrededor.

Mientras esperaban el ascensor, Patricia pensó en que quizás eso no sería suficiente. El motivo de aquel criminal no era muy claro. Si quería ir a por alguien, sería ir a por León. Y si seguía con los motivos de Valle-Mingueza, iría a por niños.

Esto le llevó al siguiente pensamiento: ella tenía que estar con León.

Una vez las puertas se abrieron, Sergio le cedió el paso. Entraron, marcó el botón del piso y se cerraron las puertas. La suave música era tranquilizante. Parecía una especie de bossa nova. Su mente

saltó con el hecho de que intentaba descifrar el género musical de una canción de un hotel el mismo día que había estado frente a frente a uno de los mayores asesinos en serie de España.

—Vamos a ver a León.

Una vez las puertas se abrieron, volvió a cederle el paso. Patricia emergió mirando a cada lado. No había nadie. Solo el silencio permeado por esa música que alentaba a tranquilizarse. Lo único que tenía en mente era mantenerse cerca del agente Hernández. Toda la práctica y conocimiento que tenía de casos parecía haberse esfumado.

El temple y la paciencia que eran características de ella estaban lejos, en casa de sus padres, en su habitación de pequeña, tumbada en la cama y arrebujada por sus mantas. Una vez llegaron a la puerta, Sergio llamó con dos golpecitos suaves. Al momento apareció Mario.

—¿Qué tal todo?

—Tengo que hablar con León.

El hombre entró dentro sin mediar más palabra. Patricia, en el umbral, miró al agente.

—Patricia, pasa, anda. ¿Te ha pasado algo?

Su mente era una presa de sentimientos, memorias, recuerdos y traumas.

—No, tranquilo.

Una vez entró, Mario cerró la puerta. La mujer resopló. No era esa casa de sus padres, pero al menos estaba lejos de dos asesinos. Uno sabía que estaría para siempre en su mansión, pero esperaba que ese segundo no supiese nada de ese hotel, ni de ella. También esperaba que nadie tuviese información de ella y su familia.

Antes de entrar en la habitación con León, pensó en si iba a dormir sola o en su mismo cuarto. Fuese lo que fuese, sabía que iba a pasar una noche larga.

Muy larga.

Capítulo 10 – Hambre de piezas

1

León estaba sentado al borde de la cama, con las manos entrelazadas y la mirada perdida en la nada. Mario se colocó de pie a su lado, junto al agente Hernández. Patricia, por su parte, trataba de apartarse por completo de la situación.

No conocía bien a ninguno de esos hombres ni sabía exactamente qué había ocurrido en el caso de Valle-Mingueza, pero al parecer esos "compañeros" suyos habían entregado un objeto personal al archienemigo de León.

Eso sin contar lo del diario.

Se mantuvo en silencio un buen rato. Sergio lo observaba como quien espera que el carnicero diga su número para así comprar el cuarto y mitad y salir de allí cuanto antes. Sin embargo, León se giró para ver los ojos de la mujer.

—Tiene mi peluche, ¿no?

Todos los ojos de la sala se posaron sobre ella. Era la peor pared de fusilamiento. Sabía la respuesta. Tenía que decir la respuesta. Pero una cosa era responder a la pregunta de si te gusta la tortilla de patatas con cebolla o sin cebolla, y otra muy distinta confirmar a una persona plagada de traumas que su privacidad había sido brutalmente violada.

—Sí —intervino Sergio—. Se lo tuvimos que dar.

León cambió su mirada al agente Hernández. Los tranquilizantes relajaban los músculos de su cara, pero cualquiera podía ver el odio hervir en su mente y en su alma.

—Espero que haya servido de algo.

—Sí, nos dio información.

—¿Qué es lo siguiente? ¿Que me baje los pantalones?

—No se trata de eso, León.

—¿Y de qué se trata?

—Es todo muy complejo, y no puedo compartir información contigo.

León se levantó. Su figura escuálida contrastaba con el porte fuerte de Sergio.

—¿Quieres que comparta contigo cierta información? Resolvimos el caso. Tenía que pagar por sus pecados, por sus crímenes. Por lo que quieras llamarlo. Ahora hace lo que le sale de las narices.

—León, escucha…

—¡Tú eres el que debe escuchar! —su rostro se aproximó a menos de medio metro—. Cuando estuve encerrado en su casa de los horrores había una niña que la trataba muy bien, ¿sabes?

—Lo sé.

—Seguro que sabes lo que ocurrió. Pero no lo sientes. Ella creía que todo iba a ir bien, hasta que le amputó las piernas. ¿Sabes quién tuvo que cauterizar las heridas?

Sergio mantuvo un silencio sepulcral.

—La niña creía que yo era el malo. Tenía que hacerlo, tenía que parar la sangre, si no moriría. Dentro de mí siguen las palabras para perdonarla, pero sé que cuando estuvo ingresada sería mi cara lo último que quisiera ver. Aunque la salvé, en cierto modo la condené. Y tengo que vivir con eso toda mi vida.

—La vida es dura, León. ¿Te crees que no lo sé?

—Como te he dicho, puede que lo sepas. Otra cosa es que lo sientas. Al parecer la empatía se quedó en el ojete de tu madre, que te cagó un día que tenía diarrea.

Patricia sabía que podía volverse violento, pero seguramente sería contra Sergio. Aun así, el tema de la violencia y las agresiones era algo que no le gustaba demasiado. Como a todo el mundo, supuso.

—León —dijo Mario—, tranquilízate.

Los ojos del hombre se centraron en Patricia. En una milésima de segundo, el odio y la rabia cambiaron a un tenue rocío que cubrió sus ojos.

2

Los dos agentes observaron impertérritos cómo León se sentaba en la cama y se rompía en lloros. Una mirada de Sergio a Patricia decía demasiado. Ella sintió que tenía que arreglar eso, que tenía que estar para él. Que el doctorado era una excusa. Simplemente era alguien para cuidar a una persona con una mente inestable.

En cierto modo ella quería darle uno de esos abrazos que se reservan para seres queridos en situaciones dramáticas, tristes. Fallecimientos. Funerales. Tragedias. Pero sabía que había que distanciarse de todo. Tanto en el campo de la psiquiatría como el de la criminología.

Algo que León parecía no haber hecho.

Mario y Sergio, aun plantados sin mover un meñique, esperaron a que León se restableciese y recompusiese su compostura. Las lágrimas parecían haber creado cicatrices de tristeza y culpabilidad.

—Hemos hablado con él —dijo Sergio—. Mañana ocurrirá algo.

Los ojos perdidos de León gritaban que no estaba en esa habitación. Quizás en su casa, en su cuarto, con su peluche. Quizás lejos de todo lo que le había ocurrido. Apartado de ese padre que le había torturado.

Ella seguía sin creer nada. Pero la crueldad humana no tenía límites.

—Pues nos esperaremos a mañana.

—También tengo que discutir una cosa contigo.

—Preferiría estar solo.

—Es sobre…

Patricia tuvo que intervenir.

—Dejadlo solo un momento, por favor.

—Patricia, comprendo que…

—Debe descansar, Sergio. Sal de aquí —la voz de la mujer marcó con furia la frontera de quién tenía potestad en esa situación—. Necesita estar solo. Mario, tú también, fuera.

Por una parte, Patricia sabía que tenía que descansar como cualquier ser humano. Respirar un poco, alejarse del sufrimiento y el dolor. Por otra parte, si aquella persona había sido capaz de desenmascarar a Valle-Mingueza, lo necesitarían preparado para lo que se avecinaba.

Los dos hombres solo necesitaron un par de segundos para intercambiar miradas y marcharse. Patricia alzó la voz una última vez.

—Y fuera de aquí. Idos a vuestras habitaciones o a tomar un café. No os quiero ver dar vueltas como moscas cojoneras.

El ruido al cerrar la puerta marcó un breve cambio en las facciones de León. Sus ojos rojizos seguían perdidos.

Patricia sabía lo ocurrido con su padre, lo que le había hecho a Valle-Mingueza. Era alguien que había causado daño a otros. Había visto el resultado en Luis. Para ella era una reacción obvia, algo que cualquiera hubiese hecho.

Uno podía pensar que era un asesino, alguien cruel. Algo en él mostraba cierta inocencia, la cual había sido destrozada. Las torturas de su padre, los casos en los que habría participado.

Las noticias apenas sacaron a la luz todo lo que hizo Valle-Mingueza. Todo ello había sido cruel. Sádico. Dantesco. León no había sido mencionado, pero por lo que Patricia podía deducir era que ese hombre había presenciado los mayores horrores que una mente retorcida podía engendrar.

—¿Cómo has estado con Mario?

León agachó la cabeza, con la mano derecha temblorosa.

—He estado.

Patricia no dudó de que esa persona había pensado en el suicidio tantas veces que seguro que se le habían acabado formas de

hacerlo.

—¿Tienes sueño?

—Solo me entra sueño por la noche, cuando me tomo las pastillas. Si tengo suerte.

—Llevas bastantes tranquilizantes. No sé cuánto, pero…

—Estoy acostumbrado —sus ojos la miraron—. Quizás el poder dormir por la noche al tomarme las pastillas es más un placebo que química. Una rutina.

El doctor le había dado las pastillas justas. No sabía cuánto iba a durar todo eso, por si le faltasen. Tampoco sabía cuán duro iba a ser. Peor aún era el hecho de que, quizás, no tendría fuerzas suficientes para escuchar los horrores que León había padecido en el caso.

En ella creció el interés de saber qué pasaba por su mente. Averiguar cómo funcionaba alguien como él. Pensó que quizás podría cambiar su tesis. Centrarla en esas dos personas, en León y en Luis Valle-Mingueza.

Pero sabía que era un terreno minado, y las consecuencias de pisar en falso.

3

Ambos se mantuvieron en silencio. Por una parte, quería comentarle todo lo ocurrido con Valle-Mingueza, ya que supuestamente estaban buscando a alguien, a una persona capaz de cometer crímenes parecidos a los que Luis cometió hace tiempo.

También quería hablarle de lo ocurrido. Chivarse, si podía decirse. Al principio, pensando en su doctorado, esperaba poder hablar con Valle-Mingueza desde una posición de poder. Ser capaz de terminar la conversación en cualquier momento.

La visión de la hamburguesa provocó un latigazo de dolor en el estómago.

Pero no era momento de hablar de eso. El estado actual de León, quien se suponía que era la pieza clave para resolver el caso, no daba muchas garantías de que pudiese mantener la calma. Patricia sabía que podía volverse violento. Le habían dicho que con ella no, algo que no sabía por qué, pero que a la vez dudaba.

En esos momentos, tanto ella como León no estaban en un buen momento para tomar decisiones o trabajar. El desgaste mental y emocional se había mostrado en León. Patricia, mientras tanto, había conseguido aguantar las lágrimas. Aun así, la espalda parecía pesarle, mientras los nervios se habían acomodado en su cráneo y su cerebro.

Su mente estaba en el doctor Escalonilla, y el hecho de que no le había dado toda la información necesaria. Muchas personas con enfermedades mentales solo se vuelven agresivas cuando son empujadas al borde. Muchas veces era al revés. Esas mismas personas se escondían cuando las emociones les desbordaban.

Patricia tenía que mantenerse alerta.

Ahora ese hombre estaba en esa situación, con el rostro aún rojizo de los lloros.

León se levantó para luego sentarse lejos de Patricia, cerca de la ventana, en un sillón amplio y grande. Sus ojos gritaban soledad, devastación, amargura, tristeza, pena, dolor, sufrimiento.

—Creo que es justo que te diga por qué te han elegido a ti.

Patricia se mantuvo en silencio. Al principio de todo, esa mañana, tenía en mente todo el trabajo que había realizado, las colaboraciones, el trato que tenía con los profesores, los artículos que había escrito.

Según pasaba el tiempo y la información que recibía, iba emocionándose. Poder hablar con Valle-Mingueza, conocer al agente que lo había cazado. Pero todo ello parecía importar poco según avanzaba el día.

—Cuando tenía siete años, mi madre dio a luz a una niña.

Patricia tragó saliva. Sabía que no iba a ser una historia feliz.

—Mi madre solía cuidarla todo lo que podía. Mi padre solo estaba centrado en mí. Ella también quería estar con su padre. Es algo normal, ¿no?

León se miró la mano temblorosa.

—Tenía los genes de mi madre, por lo que su pelo era rojizo. Como el tuyo.

La mujer no supo cómo encajar esa respuesta a la pregunta que había asediado su mente durante todas esas horas de ese día tan largo.

—Con cinco años tuvo leucemia. Le gustaba mucho su pelo, ¿sabes? Cuando tenía tiempo libre, jugaba con ella. Tenía un peluche que siempre estaba a su lado —lágrimas comenzaron a emanar de los ojos de León a medida que sus labios temblaban—. Perdió todo el pelo. Una vez se lo diagnosticaron, murió a los seis meses.

Tras esas palabras siguió un silencio ominoso. Patricia, en su mente, tenía derecho a quejarse de que simplemente la querían tener ahí como si fuese un recordatorio de su hermana pequeña. De nada valían sus conocimientos, el doctorado era una mentira. Una trampa.

Simplemente era una pastilla humana.

Un calmante.

—Por eso me sabe mal que estés aquí, y por eso pase lo que pase no te haré daño. No. Eso nunca —alzó el rostro y sus miradas se cruzaron—. Valle-Mingueza tiene el peluche de mi hermana. Seguramente lo hayas visto. Seguramente te hayan obligado a mirarle a la cara.

León estuvo unos minutos en silencio, intentando recomponerse.

—Cuando todo termine, el doctor Escalonilla te dará todos los informes de Valle-Mingueza y de los crímenes. Más de veinte carpetas, además de mis cuadernos. Todo para ti, para que tu tesis sea la mejor de la historia —sus ojos nublados la miraron, intentando conjurar una sonrisa—. Espero que te sirvan, pero… lo

que no sé si podré ayudarte, Patricia, después de todo esto. No sé si seguiré con vida. O si querré seguir con vida.

4

Si la historia de León era verdad, al menos lo que le había contado, no sabía cómo podía estar trabajando en temas tan impactantes como asesinos en serie. Los españoles conocieron las atrocidades que parecían más "ligeras". El hecho de que él tuviese que cauterizar las amputaciones a una niña, que hubiese estado atrapado con cadáveres y que hubiese sido torturado por su padre sería suficiente para internar a cualquier persona por completo, asistida por medicación y terapia.

Pero él estaba ahí, sacado de un hospital mental, descubriendo un cadáver, viendo a su archienemigo, reviviendo temores y pesadillas pasadas, sabiendo que lo único que lo ataba a una vida normal había desaparecido y muerto.

—No sé por qué tiene esa obsesión por mí —dijo León—. Todos los casos en los que he hablado con un asesino en serie cara a cara, todos eran distintos, pero parecidos en ciertos aspectos.

Juntó las manos para controlar los nervios.

—Ya que quieres hacer la tesis, espero poder ayudarte ahora en lo que pueda. Contarte cosas que no se mostraron en las noticias.

Se recolocó en el asiento. Cabeza recta. Ojos cerrados. Suspiro. Ojos abiertos.

—Teníamos sospechas de él desde el principio, pero había demasiadas variables. Incluso se ofrecía a ayudarnos. Algunos de los crímenes se hicieron cerca de terrenos suyos, pero siempre había gente relacionada con historial criminal —una breve sonrisa tembló en sus labios—. De vez en cuando veía a los tertulianos discutir, en la tele. Los "expertos" Parecían apuestas. Unos aseguraban que fue Castaño, ya que había sido detenido con pornografía infantil. Los otros apostaban todo a Pedrero. El primero era un cobarde. No

aguantaba ver la sangre, algo que comprobé en persona. Pedrero era un psicópata, cierto, pero muy idiota.

León trataba de calmar la mano izquierda, moviéndola y estirando los dedos.

—Luis supo mantenerse al margen. Usando su carisma y falsa empatía. Cayó no por mis habilidades, si no por sus debilidades —lanzó otro largo suspiro—. Jugué tres partidas de ajedrez con él. Lo hice porque me parecía una petición muy rara. Algo en mí dudaba. Una corazonada, pero… eso no vale en un juicio. Aunque nunca fue juzgado de verdad. Siempre tuve cierto odio al ajedrez, mi padre…

El silencio se entrelazó con el ambiente tranquilo y sereno de la habitación. Patricia, con voz dulce, intentando que siguiese hablando, preguntó.

—¿Habías jugado con tu padre?

—Más o menos. Lo usaba para mejorar mi memoria, para reforzar la habilidad de detectar patrones. Realmente es memorizar todas las partidas y ya está —dijo León, cuyos ojos se posaron en ella—. La cosa es que las dos primeras partidas contra Luis las gané. Se notaba que estaba molesto, herido. Que alguien que era Gran Maestro perdiese contra un don nadie le enfurecía. No hacía falta ser un genio para saber que era, o es, un narcisista y ególatra. Pero quizás fue la tercera partida la que le hizo cambiar el chip.

Se levantó para mirar a través de la ventana.

—Jugué diferente. El caso estaba casi perdido. Había cadáveres, había niños perdidos, pero los posibles culpables se iban reduciendo. Mientras jugábamos esa partida, estábamos los dos solos. Recuerdo que eran figuras de cristal. Le gustaban mucho. Yo y él. Solos. Creo que él sentía en mí un alma afín, mientras que yo no sentía aprecio alguno hacia él.

León agachó la cabeza.

—Hacía tiempo que él no jugaba, pero le encantaba decirlo siempre. Era un apasionado de dárselas de intelectual. Siempre me parecía algo de mentira, dado que era un tipo más ligado a la prensa rosa

que al ajedrez. Jugué mal a propósito. Hice movimientos extraños. Mientras él no sabía qué demonios estaba haciendo, le iba lanzando preguntas. Sutiles, simples. Al principio no relacionadas del todo. Poco a poco estaba más nervioso. Pensaba que le estaba dejando ganar, que era superior a él. Empezó a mostrar su verdadera identidad cuando me culpaba de parecerme a su padre, dejándole ganar como si fuese un niño pequeño —León se giró para verla—. Obtuve información clave jugando con su mente. No fue gracias a la ciencia. Ni luminol, ni análisis, ni laboratorios. Sólo era la aberración que sentía por su padre. Lo mismo que me pasaba a mí.

El silencio dominó el dormitorio un buen rato. Patricia quería saber la continuación de la historia, pero, por otra parte, no quería empujar a ese pobre hombre a rememorar eventos crueles.

—Supe dónde los tenía retenidos. Estuve a punto de mandar un mensaje, de decirle a Sergio el lugar. Pero al parecer se enfadó demasiado conmigo —León agachó la cabeza—. Podía haberme escapado, intentando avisar. Podía haber hecho mil cosas. Pero quería pararle ahí mismo. Consiguió noquearme, atarme y me llevó a… a ese sitio.

Patricia intuyó por el leve brillo de sus ojos que estaba a punto de caer otra vez.

—No hace falta que recuerdes nada, León —dijo ella, levantándose para acercarse a él—. Hiciste lo mejor que pudiste.

—Tenía a dos nuevos niños atrapados. Me hacía elegir a quién le hacía qué.

León comenzó a respirar con rapidez, su pecho se hinchaba y deshinchaba. Se sentó en la cama, casi cayéndose. Patricia trató de sostenerlo en sus brazos, pero él se apartó. Se echó en un rincón, tapándose el rostro con las manos y las rodillas, hecho un ovillo.

Por primera vez en su vida, Patricia estaba viendo a alguien que había visitado el peor infierno en la Tierra. Su interés era desenterrar todo eso. Reavivar dolores enterrados. Su mente se dividía en dos. Si León fue el principal agente, todas sus carpetas e informes

valdrían su peso en oro. Pero ahora lo que estaba viendo no era un ser humano.

Eran los restos de alguien que había visto demasiados abismos.

Ahora tenía que volver a bajar a la oscuridad.

Y ella iba a escribir sobre todo ese sufrimiento.

5

Durante varios minutos, Patricia se mantuvo quieta sin saber cómo actuar. Una vez León recuperó la compostura, se levantó. Patricia quería preguntarle a dónde iba. Entró en el lavabo y escuchó el grifo. Tras un rato, salió con una toalla, secándose el rostro. Sus ojos quedaron suspendidos en la nada cuando terminó.

—Supongo que los asesinatos seguirán, ¿no?

Para Patricia, esa era una pregunta para Sergio, pero no podía salir como una niña pequeña a pedirle ayuda.

—Mañana dice que ocurrirá algo.

—Será mejor estar descansados. ¿Tienes hambre?

El recuerdo de los momentos con Valle-Mingueza retorció aún más su estómago.

—No tengo mucha hambre.

—No sé por qué, pero me ha venido una cosa a la mente.

Los dos se mantuvieron en silencio, con el rostro de León suspendido en la frontera entre derrota y tristeza.

—Estaba ingresado en el San Judas Tadeo. Te acuerdas, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes de qué es santo?

Patricia negó con la cabeza.

—Es el santo de las causas perdidas.

Se sentó en el sillón. Patricia se cambió de lado de la cama para verle.

—Lo peor de todo esto es que estás envuelta en este marrón.

Patricia quería decir algo del tipo "no pasa nada", pero ahora mismo estaba relacionada con una persona con miles de traumas, un asesino en serie libre y un imitador que iba a seguir con sus fechorías.

—Espero que esto sirva para mi tesis —dijo Patricia intentando sonreír—. Después de esto tendré sitio en cualquier lado.

León esbozó una media sonrisa.

—No creo que Sergio te deje mencionar nada. Ni Valle-Mingueza, ni el tipo. Ni siquiera podrás hablar de mí. Quizás con el doctor Escalonilla, pero nada más —León suspiró—. Pero tengo potestad de lo que ocurra. Al fin y al cabo, por rango, soy superior a Sergio. Muy superior.

Patricia torció el rostro. No sabía exactamente a qué pertenecían, o qué rango tenían. Si eran militares o no. Tampoco sabía si alguien como León, con tan poca estabilidad mental podía estar al cargo de algo.

—Quizás todo esto te sirva también para tener un par de cicatrices en el alma y algunos fantasmas habitando en tu mente.

Patricia había conseguido desarrollar una actitud ciertamente optimista. En ese día había sido asediada por todos los lados, con todos los muros destruidos y la bandera blanca medio alzada. Su voz frágil emergió en un hilo.

—Al menos estamos haciendo algo bueno. ¿No?

—Toda mi vida he intentado hacer cosas buenas, Patricia —alzó el rostro lo justo para mirarla—. Y ahora mismo no es que sea la persona más feliz del planeta.

Patricia no supo qué responder, pero León continuó.

—Pero es lo que hay que hacer. No trato de hacer el bien por obtener una recompensa. Simplemente creo que hay que hacer lo

correcto. Honrar los actos que uno hace. Honrar a los que sufren más y a los que han fallecido. Afrontar la adversidad con entereza y dignidad.

La frase inspiró cierta esperanza en Patricia, hasta que León continuó.

—Aun así, el hombre que salve el mundo acabará tirado en una cuneta, olvidado por todos, mientras los villanos de la vida siguen en sus tronos, bebiendo vinos caros y viviendo mejor que cualquier otra persona.

6

Los dos permanecieron en silencio. La conversación parecía haber terminado, pero las palabras bullían en la mente de Patricia. Toda información de Valle-Mingueza salía con cuentagotas, y en ningún momento se mostró lo que había hablado León, el cual ahora estaba cabizbajo, absorto en la nada.

Sus cavilaciones se terminaron cuando León le dijo que fuese a su propia habitación, que descansase. Que hablase con quien quisiese, que hiciese lo necesario para estar bien. Patricia sabía que lo que estaba haciendo era un trabajo doble. León sería, por decirlo de alguna manera, el producto del que se tenía que hacer cargo, que estuviese bien para cuando viniesen los problemas.

Luego estaba su tesis, algo que hasta el momento estaba basado en "quizás" y "tal vez" ¿Podría hacer la tesis, aunque Sergio lo prohibiese? ¿Sería fiable hablar con León una vez pasado todo? Todo ello con la pregunta final. "¿Qué demonios va a pasar mañana?"

Una vez Patricia se marchó de la habitación, fue recibida por Sergio y por Mario. Los ojos de aquellos hombres serios y trajeados ya no le daban tanto temor o respeto.

—Si eso, dejadlo descansar un rato.

—Yo me quedaré en la puerta —dijo Sergio—. Baja si quieres con Patricia y tráele un sándwich de atún.

Mario comenzó a andar, pero Patricia se mantuvo en el sitio.

—En serio, no le molestes más.

—Solo me voy a quedar aquí.

—He sido mentida y manipulada todo el día. Sobre todo, por ti. Cada hora hay un giro inesperado en esta cosa tan caótica que podría llamarse "caso". Pero no sé si es un caso realmente, si hay un asesino de verdad, si hay peligro. Tampoco sé si lo de la tesis es verdad al final. Lo que sé hasta el momento sobre Valle-Mingueza no ha salido en ningún sitio, así que, si no puedo escribir nada, ni tener informes, ni referenciar nada, no sé qué demonios hago aquí.

—Me voy a quedar aquí por lo que hablamos, Patricia —dijo Sergio con su rostro de piedra—. ¿Entendido?

La mujer tragó saliva.

—Vamos, Patricia —dijo Mario—. Sé lo que te ha pasado con el cabrón de Luis. Al menos una cerveza te ayudará. Yo siempre me tomo una cuando estoy nervioso. Antes de un tiroteo me bebí litro y medio.

Tras reírse solo, los dos caminaron juntos hacia el ascensor. Ella se giró para lanzar un par de miradas a Sergio. Seguía de pie. Como una figura de ajedrez. Aunque para ella esa persona no era una pieza. Todos los demás seguro que lo eran, pero él no.

Una vez dentro del ascensor Mario apretó el botón de planta baja. Unas palmadas amistosas a Patricia la despertaron.

—Me jode mucho veros así, a los que no sois de entrenamiento militar. Os puede mucho la presión.

—Es normal, creo yo. Y no sabía que eras del ejército.

—Creo que decir ejército sería una palabra demasiado formal, demasiado técnica. No se acercaría a la realidad.

Las puertas se abrieron. Un matrimonio y una mujer joven les dejaron salir. Patricia seguía los pasos de Mario, quien no se paraba a ver ningún tipo de mapa o letrero.

—Está aquí la cafetería. Bueno, es cafetería-restaurante. Espero que tengan sándwiches de atún.

7

Patricia sabía cómo eran esas cafeterías (o cafetería-restaurante). Era un sitio caro, por lo que sería muy parecido a los que ella había visitado, pero más caro. Mario se aproximó a una mujer del servicio, de pie junto a un pequeño monitor.

—Buenos días, ¿tienen reserva?

—Tenía una pregunta, ¿su jefe le ha hablado de Ganímedes?

La mujer tensó los músculos del cuello, ojos abiertos por completo.

—Síganme.

Las películas siempre tenían esas cosas extrañas de los servicios secretos. Si es una organización con poder, tipo Interpol, supuso que tendrían formas de obtener ciertos "objetos" o "servicios": coches caros y blindados, artefactos explosivos de todas las formas y colores. Pero según seguía a Mario, simplemente era una mesa grande para seis, apartada a más de quince metros del resto, con una pequeña bambalina.

—Enseguida vendrá mi jefe.

Mario se sentó de forma informal en la silla, algo abierto de piernas.

—Tenemos nuestras maneras de conseguir cosas. Me gustaría poder fumar, pero la Interpol no puede llegar hasta dejarme fumar en interiores.

Patricia quedó clavada en el suelo, observando a la mujer andar con la misma intensidad de alguien perseguido por un tigre y que estuviese obligado a ir paso a paso, sin correr.

—Siéntate, anda. Ahora vendrán.

Patricia se sentó, intercalando miradas. El lugar estaba apartado. Gran parte de las mesas, las cuales estaban ocupadas por huéspedes con sus comidas, estaban lejos, y solo se podía escuchar

la tela enhebrada por las distintas voces de diferentes conversaciones, con algún que otro idioma extranjero.

—Puedes pedir lo que quieras —dijo Mario ajustándose en su asiento e inclinándose un par de grados hacia Patricia—. Lo que sea lo tendrán. Sé que no tendrás ganas de comer. Pero también tienen cosas que no son de comer.

—No sé si un té…

—Me refería aparte de comer y de beber. Más cosas. Que puedan entrar en tu cuerpo de forma diferente.

Mario absorbió por la nariz con fuerza. El rostro de Patricia ni siquiera se retorció de extrañeza ni se contorsionó de confusión.

—En serio, un poco de agua y ya está.

—A mí me falta tabaco. Les pediré una cajetilla para luego —Mario lanzó una mirada alrededor, comprobando los metros que tenían de distancia de otros oídos—. En el momento en que quieras dejarlo, nos lo puedes decir.

—Ahora mismo estoy entre la espada y la pared. Bueno, entre la espada, la pared, la escopeta, la pistola…

—Y la píldora de cianuro.

Mario se reclinó atrás, apoyándose en el respaldo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Esto es algo normal para lo que hacemos. ¿Posibles amenazas? Luis está hecho un cadáver, y el tipo que está haciendo eso seguramente sea un perturbado normal y corriente —estiró las piernas—. Sé que no hay que llamarlos así, pero los hay a patadas.

—Ya me da igual muchas cosas —Patricia cruzó los brazos—. Ahora sé que ya no importan aquí todas esas cosas de ser políticamente correcto, de tratar a las personas bien, de ser educado y decente… Pero bueno.

—Lo que quiero decirte es que, en una escala de peligro del uno al diez, tú ahora mismo estás en un menos ocho.

—Pues tengo miedo.

—Con esta chorrada del ajedrez, puedes pensar que eres una pieza. Simplemente eres la ayudante del ayudante que se pasa de vez en cuando para ver si la partida va bien. ¿Quieres saber qué sería un, digamos, nivel cinco sobre diez?

—Por una parte, no, pero por otra parte no me puede extrañar nada.

—De primeras, aquí hay mucha gente que conocemos, este hotel es conocido, no llevas chaleco Kevlar, solo estoy yo y Sergio estará arriba. Digamos que, si estuviésemos en esa situación de nivel cinco ahora mismo, tendría cuidado hasta de ese niño.

Un hombre se aproximó a ellos.

—Aquí está el jefe.

Patricia se sobresaltó.

8

El jefe no era otro tipo trajeado con cara de mala leche. Simplemente era otro hombre del servicio, cuyo cargo superior se constataba por una vestimenta diferente al resto, un chaleco con ribetes de rojo escarlata y dorado. Se aproximó a los dos y se inclinó levemente.

—¿En qué podemos ayudarles?

—Un sándwich de atún. Debe tener mayonesa, pero no mucha. Y algunas aceitunas.

El jefe asintió con la cabeza.

—¿Tú qué quieres, Patricia?

—¿Un té?

—¿De qué tipo? —preguntó el jefe.

Por un momento, Patricia pensó que eran como esas películas donde había nombres clave. Donde, quizás, un té de limón era cocaína y un té de melocotón era marihuana.

—De melocotón.

—¿Para tomar o para llevar?

—Llevar —dijo Mario—. Y que este sitio se mantenga reservado.

—Por supuesto.

El hombre se marchó raudo, dejando a los dos.

—¡Espera!

La voz de Mario detuvo al "jefe", quien se dio la vuelta y volvió con celeridad.

—¿Tenéis Fortuna?

—No tenemos tabaco desde hace tiempo. Son políticas de la empresa. Lo lamento.

—¿Hay algún estanco cercano?

—Nada más salir, a la izquierda, si va un par de calles encontrará uno. Es bastante grande, así que no tiene pérdida.

—Gracias.

Por segunda vez el hombre se marchó, dejando finalmente solos a esas dos personas que eran tan desconocidas el uno al otro pero que estaban compartiendo cosas que cualquier otra persona tardaría años en revelar.

—Hay que cuidar a León —dijo Mario—. Me salvó el culo una vez.

—Supongo que tendrá su historia.

—Una historia que no se puede contar —Mario esbozó una sonrisa —. Voy al estanco y enseguida vuelvo. Cuando te traigan el sándwich, se lo puedes llevar tú a León.

—¿Me vas a dejar sola? ¿No es para ti el sándwich?

El agente miró alrededor.

—Los que hay aquí son turistas o gente de pasta. Tranquila, que asesinos en serie hay pocos.

Patricia resopló.

—Tranquilízate, anda. No hay peligro. De momento. Además, no tardarán en traerte el té y hacer el sándwich. Si eso, también pide

una botella de agua.

—¿Con qué pago? ¿Hay algún procedimiento o…?

—Es gratis. No tendrás que pagar nada. Pero no abuses. Hubo un tipo que nos sangró millones, y ya sabes lo que le pasó…

Hizo un gesto de disparo con los dedos mientras esbozaba una sonrisa.

—Enseguida vuelvo.

Tenía la garganta seca, y esperaba no vomitar el té. Esperaba no vomitar en general, al menos hasta que terminase el día. Mario se marchó, dejándola abandonada en ese rincón. En otra ocasión hubiese mirado alrededor, asombrada por el lujo.

Se hubiese perdido en la decoración, en cómo todas las mesas estaban limpias y sin arañazos. Todo el mundo vestía bien, eran educados. Los camareros iban y venían con precisión de cirujano.

Ahora sólo quería tener en sus manos la comida e irse de ahí.

9

Los cinco minutos que tardaron en traerle el sándwich y el bote de té no fueron eternos, pero tensaron tanto sus nervios que notaba el cansancio apoderarse de ella como un día de guardia durante veinticuatro horas seguidas. Agradeció el sándwich y el té, y el jefe volvió a inclinarse levemente.

—¿Alguna cosa más?

—¿Una botella de agua, por favor?

—Enseguida. ¿Para llevar?

—Sí. Si quiere, le acompaño y no tiene que dar tanta vuelta.

—Como usted desee.

Patricia se quedó atrás a los pocos segundos. Los pies del hombre parecían hechos para los cien metros. Una vez llegaron a lo que era la barra, el hombre sacó un botellín de agua de una neverita y se lo entregó.

—Si desea cualquier cosa, ya sabe por quién preguntar.

La mujer asintió. Era una sensación ciertamente estúpida, pero todo parecía sacado de una película de James Bond. Aunque sabía que todo lo que estaba sucediendo e iba a suceder sería más bien digno de Stephen King o El silencio de los corderos.

Con su sándwich, su bote de té frío y la botella de agua, se encaminó de nuevo al ascensor. El hotel era un hotel. Solo un hotel. No era un barrio peligroso. No era un piso franco. Estaba en la ciudad, había gente normal. Todo era normal.

Pero los ojos de Patricia no paraban de controlar cada esquina, cada sombra, cada movimiento, cada persona, cada ruido. No tenía a Sergio, y Mario seguro que aún estaría de camino al estanco.

Una vez estuvo en el ascensor, tres hombres trajeados esperaban cerca. Intercambiaron breves miradas. En ese momento se activó una cuenta atrás en el cerebro de Patricia. ¿Se quedaba y entraba con ellos? ¿Se iba de ahí? Y si se iba, ¿la iban a perseguir? Plantada en el suelo como si fuese un abeto, su cerebro trazaba todo tipo de posibilidades.

—Pues el muy estúpido está comprando Bitcoin.

Las palabras del que parecía más mayor sonaban tranquilas. Normales.

—Ya verás la hostia que se da. Y como no metáis pasta al negocio del Javi, os lo vais a perder.

—Pero si ese Javi es retrasado. Quiere montar algo tipo 100 Montaditos, pero que no sea 100 Montaditos. Entonces, ¿qué coño es?

—Es comida fusión, con experiencias —dijo el único que no había hablado—. Cuando lleguemos, se lo preguntas a Josemi, que él sabe más.

Las puertas del ascensor se abrieron. La conversación entre los tres había sido relajada. Sin embargo, la paranoia germinaba en Patricia. ¿Sería todo mentira? ¿Era para engañarla? Hizo caso a su mente

racional. ¿Quién iba a ir a por ella? Nadie la conocía. No sabían que estaba en ese caso. No tenía ningún papel importante.

Los tres hombres la dejaron pasar. Agradeció el gesto y entró dentro. Esperaba a algún botones que marcase los números, alguien que sirviese de protección. Nadie. Iba a estar sola con esos tres desconocidos, cargada con la bebida y el sándwich. Entraron, uno de ellos marcó su número y le preguntó a Patricia el suyo. Una vez obtuvo la respuesta, el hombre apretó ese botón, se cerraron las puertas y las ganas de vomitar empezaron la fiesta.

Dio un par de arcadas. Trató de sujetar todo, pero se le cayó la botella de agua y el bote de té. Los hombres se apresuraron en cogerle los objetos y atenderla.

—¿Está bien?

—Sí, tranquilo, sí.

—Yo creo que es por el calor, ¿eh?

—Beba un trago de agua si eso.

—No, no hace falta. Mi piso está cerca. Gracias.

Una vez tuvo sus tres objetos, salió del ascensor como alma llevada por el diablo. Pensó que en esa situación la que había actuado de forma más extraña era ella. Se topó con Sergio.

Patricia no era de palabrotas, pero no pudo aguantar su pensamiento. "Me cago en la puta." apareció de súbito junto con un pequeño pinchazo en el corazón.

—¿Y Mario?

—Se ha ido un momento.

Tenía el móvil en la mano.

—Intentó contactar con K16, pero no lo consigo. Les he dicho que no hagan el imbécil con los móviles.

Patricia se limitó a callarse.

—¿Mario está abajo?

—Sí, bueno… Se ha ido.

Sergio farfulló.

—Voy a buscarlo.

Sin intercambiar más palabras el agente apretó el botón del ascensor. Se abrió una de las tres puertas. Entró dentro y desapareció, dejando a Patricia sola.

10

Patricia anduvo por el pasillo silencioso y vacío con cuidado. Se aproximó a la puerta. No tenía la tarjeta para abrirla, por lo que se limitó a llamar con la mano libre mientras trataba de mantener todo lo que tenía en su otro brazo. Pasaron unos segundos y comenzó a dudar de si debía llamar otra vez.

Giró la cabeza a ambos lados.

Nada.

Nadie.

Volvió a llamar a la puerta e inmediatamente se abrió. Era León.

—¿Estás solo? —dijo Patricia.

—Sí.

—Veo que Sergio te ha dejado solo, ¿no? ¿Estás bien?

—Tranquila, estoy acostumbrado a estar solo —miró lo que llevaba la mujer entre sus brazos—. Entra, que veo que te han hecho traerme un bocata de atún.

Estaba envuelto y no podía adivinarse de qué era, pero supuso que alguien con ciertas capacidades deductivas lo tenía fácil para saber qué era. Entró y León cerró la puerta.

—Déjalo ahí en la mesa. Si quieres descansar y tomarte algo, podemos compartir el sándwich si quieres. Acuérdate que puedes ir a tu habitación.

Patricia dejó el bote de té, la botella de agua y el sándwich en la mesa. Tenía el brazo ligeramente húmedo y frío por el bote y la botella.

—No, tranquilo. Si quieres, me voy.

—No molestas. Es como veas.

—¿Ha pasado algo con Sergio?

—Tiene más cosas que hacer. No está solo al cargo de esta misión —dijo León, moviendo una silla y gesticulando a Patricia para que se sentase—. Siéntate, por favor.

Hizo caso y se sentó. León se colocó frente a ella. Era una mesa un poco pequeña. Patricia no sabía de maderas, pero si era como el resto, podía asegurarse de que era cara. Pensó en posavasos. Su mesita era de Ikea, pero la cuidaba como si fuese una hecha con la madera del último árbol de su especie.

Patricia sabía que esos pensamientos trataban de ahogar el hecho de que Sergio no estaba. Si le había dicho que podía haber traidores, ¿sería él uno de ellos? Sería una táctica para evitar sospechas.

Volvió a su mente las palabras de su abuela, qué siempre decía lo mismo cuando alguien decía que olía a pedo.

"Quién lo olió lo repartió"

León agarró el sándwich y lo abrió. Sus ojos miraron el agua y el té.

—¿Es para ti el té o el agua?

Patricia abrió los ojos de súbito. El corazón sufrió un leve pinchazo.

—Yo me había pedido un té. Pensé en traerte agua para el sándwich.

León sonrió.

—Gracias —dijo, agarrando la botella y abriéndola—. Tenía algo de sed.

Patricia agarró su bote, lo abrió y pegó un buen trago. Lo sintió como una bocanada de aire tras salir del lago más profundo, como un oasis en medio del desierto más hostil de la tierra.

Trataba de apartar de su mente todas las memorias, recuerdos y sensaciones. El cadáver, Valle-Mingueza, las palabras de León y las dudas de Sergio. Sólo pudo preguntar.

—¿Cómo estás?

León parecía no estar ya tan alterado. Era alguien normal y corriente a plena vista. Quizás algo extraño el rostro cansado y los ojos rojizos. Patricia sabía que lo que había contado sería la punta del iceberg.

—Bien.

—Me alegro.

—¿Necesitas alguna pastilla?

—No, mejor no —dijo sonriendo—. A veces se está bien sin tener pastillas. Aunque sé que aún tengo en mi riego sanguíneo todo tipo de tranquilizantes y sedantes, además de antipsicóticos.

Cogió con delicadeza el sándwich y le dio un bocado tímido. Patricia dio otro trago y respiró con tranquilidad. En ese momento, si tomaba eso en un paréntesis, parecía un simple viaje. En un hotel simple. Sin nada por lo que preocuparse.

Pero los recuerdos y las sensaciones anteriores volvieron a ella, tensando sus músculos y acelerando su respiración.

—Hay que agradecer estos momentos —dijo León, terminando de masticar el bocado—. Todo es una mierda, pero al menos el sándwich está bueno. Tiene aceitunas y todo.

—Ha sido Mario quien me lo ha dicho.

—¿No te ha acompañado?

—Se ha ido a buscar tabaco.

León sonrió.

—Todo para escaquearse.

—Me ha dicho que estoy segura. Están aquí para protegernos. Bueno, para protegerte. Sergio también tendría que estar aquí, y Mario…

—Seguro que Mario te ha dado la lata con eso del grado de peligrosidad de las misiones. La verdad es que no tenemos nada que temer. Quien quiera que esté afuera a las órdenes de Valle-Mingueza estará planeando otra cosa. Como lo que vaya a ocurrir mañana.

Cuando sus labios pronunciaron el apellido, Patricia pudo notar un leve espasmo en su rostro. Ella misma estaba sufriendo, pero lo que ocurriese en el caso que no supiera el público español, supuso que era traumático.

León dio otro bocado, y mientras lo masticaba, abrió la botella de agua. Se esperó a terminar de comer el trozo y bebió de un golpe casi la mitad. Luego, miró a Patricia.

—El peluche está bien, ¿no?

El cuerpo de Patricia se convirtió en piedra.

—No hace falta que lo digas —intervino León—. Sé que se lo dieron. Sé que les importa una mierda cómo estoy. Sé que el monstruo ese lo cuidará para tenerme cogido de los huevos. Pero espero que no lo haya roto.

Patricia rebuscó en todo su cajón mental de posibles frases mediadoras cualquier forma de calmarle.

—Me sabe mal.

—No te tiene que saber mal —dijo León, mirando ahora la mesa, ojos perdidos—. Poco a poco voy siendo más inútil para Sergio. Supongo que cuando la palme usarán mi cadáver para algo.

—No hay que ser tan pesimista.

León alzó el rostro. Como una planta germinando en un campo de ceniza, sonrió.

—No soy pesimista. Estoy contento con lo que hice. No pude salvar a más niños. Hice todo lo que pude. Di todo lo que pude. Si me sometiesen a terribles torturas toda mi vida para que no le pasase nada a ningún niño, lo aceptaría —bebió un pequeño trago—. ¿Has leído "El guardián entre el centeno"?

—No —dijo Patricia—. Lo conozco, pero no lo he leído.

—Si eso te dejaré el que yo tengo. Espero poder dártelo en persona, cuando todo acabe.

Capítulo 11 – ¿Tablas?

1

Mientras León comía su sándwich, Patricia agradeció ese pequeño descanso de cosas anormales y extrañas. Seguía teniendo la mosca detrás de la oreja, cavilando qué le iba a deparar el mañana, o si de noche la despertarían porque había aparecido algún cadáver.

Lo peor era la paranoia que germinaba en ella. León le había dicho que tenían rastreadores en sus vehículos. Sergio sospechaba que alguien les estaba traicionando. Todo ese rato que pasó tranquila bebiendo el té, apartó cualquier tipo de pensamiento. Aunque la sombra seguía acechando en los rincones de su mente.

León no habló mucho durante un buen rato, centrado en la comida. Masticaba lentamente. Parecía un monje budista, concentrado en cada bocado y cada pequeño trago de la botella de agua. Patricia observó su rostro todo el rato. Sabía, en parte, lo que ocurría dentro de esa mente traumatizada. No sabía cómo podía estar tan estable si todo lo que había contado era cierto.

La puerta se abrió y apareció Sergio. Entró sin decir ningún saludo ni nada.

—Hasta mañana estamos libres —dijo a León, quien se detuvo con el último pedazo de sándwich en su mano—. Así que podéis descansar.

—¿Hasta mañana? —dijo León—. ¿No hay nada que hacer?

—Luis ha dicho que mañana es cuando ocurrirá algo. Esperaremos a ver qué es. No podemos hacer nada más.

León bajó la mirada y comió el último trozo de sándwich. El rostro del agente Hernández se giró para ver a Patricia.

—Tienes varias habitaciones disponibles. Si quieres, hay una cerca. También tenemos otras en diferentes pisos, por si no quieres estar cerca.

Patricia y León intercambiaron miradas. Él había terminado la comida, y sostenía la botella cuyo contenido apenas era un par de dedos de agua.

—Me quedaré en alguna cerca —dijo Patricia—. Al fin y al cabo, tengo que cuidar de él.

—En cuanto termine otras llamadas, te contaré cómo te ayudaremos con lo del doctorado. Por ahora tenemos que estar atentos, y te necesito activa, Patricia. Supongo que el doctor te habrá puesto al tanto de qué tiene que tomarse —dijo Sergio—. Veremos qué nos tiene preparado ese tipejo para mañana.

—Si vis pacem, para bellum —dijo León.

—Si quieres la paz —dijo Patricia—, prepárate para la guerra. ¿No?

—Sea lo que sea esas chorradas de latín—intervino Sergio—, descansad todo lo que podáis.

2

Una vez Sergio se marchó, León le ofreció la posibilidad de discutir sobre el caso de Valle-Mingueza. Aunque Patricia sabía que rememorar todo avivaría los traumas, una parte de ella quería saber más. Su estancia ahí era, en un principio, para hacer su doctorado.

—Sé que te sentirás engañada —dijo León—. Quizás pensabas que sería todo esto algo normal. Hablar con algún investigador, ver algunos informes. Es por eso por lo que cualquier pregunta que tengas intentaré responderla lo mejor posible.

Habían terminado de comer, y sólo quedaba el bote de té y la botella de agua. Aunque esa situación, algo tranquila, había afianzado su estómago, Patricia quería no comer hasta más tarde.

La imagen de Valle-Mingueza seguía grabada a fuego en su mente.

—¿Cuál es el título de la tesis?

—*"La mente fragmentada: perfiles psicológicos de los asesinos en serie en España"*

—¿Algún motivo específico para ese tema?

Patricia se quedó callada unos segundos. Por primera vez se hablaba de su tesis.

—Siempre me ha fascinado. Supongo que asesinos en serie de otros países ya tienen muchos libros y tesis.

—Para bien o para mal, España carece de asesinos en serie como en Estados Unidos. No tenemos un John Wayne Gacy Jr. o Jeffrey Dahmer.

—Pero tenemos a Valle-Mingueza.

El apellido provocó un leve espasmo en la zona derecha de la cara de León.

—Si quieres no hablamos de esto —dijo Patricia—. No quiero despertar viejos fantasmas.

—Siguen despiertos —dijo León cogiendo aire y soltándolo—. Sobre todo, me siento en deuda contigo.

—¿Es verdad lo de mi pelo? ¿Que solo estoy aquí por…

—Sí. Sergio tiene información a raudales. Habrá contactado con varias mujeres con un perfil parecido al tuyo. Bueno, directamente no. Seguro que habrán sido tus profesores los que te hablaron de esto.

—No sé qué tiene que ver mi aspecto físico.

—Ya lo hizo otra vez, en casos anteriores —dijo León—. Supongo que para probar. Para buscar maneras de ayudarme. Años antes de Valle-Mingueza tuve una mujer, más de treinta, también agente de la Interpol. Al menos lo que me dijo Sergio. No sé si sirvió para ayudarme, pero a ella desde luego que no.

Patricia tragó saliva.

—Tranquila, no le pasó nada. Pero los casos que tratamos no son precisamente fáciles o sencillos, por no decir… "pacíficos" —dijo León —. A veces intervenían fuerzas especiales o el ejército.

—Espero que esto no pase ahora.

—No pasará —dijo León inclinándose—. Supongo que sabrás de Valle-Mingueza lo que salió por la tele.

—Como todo el mundo. Algunos profesores tenían información extra, pero que eran bulos, al fin y al cabo.

—No era caníbal —dijo León—. Eso se lo inventaron. Lo de que tenía un fetiche sexual con las mujeres embarazadas fue nuestro invento.

Patricia torció el rostro.

—¿Cómo?

—Una táctica como otra. Seguro que la conoces. Los investigadores deciden inventarse algo para así poder alterar, de un modo u otro, al posible sospechoso.

—¿Funcionó?

—En ese momento no teníamos ni idea de que Valle-Mingueza podía estar involucrado —dijo León, suspirando—. Si quieres empiezo por el principio de todo. ¿De acuerdo?

3

Pasaron la tarde hablando sobre el caso de Valle-Mingueza, entrelazando otros casos de asesinos en serie. Además de mencionar a los norteamericanos, parecía que León conocía al dedo todos los casos de España.

Algo que a Patricia le fascinaba.

León habló de "El Arropiero" Su carácter errante, la estancia en un hospital psiquiátrico y las víctimas. También hablaron de Francisco García Escalero, “El loco del chándal” Ambos tenían problemas mentales, algo que a Patricia le interesaba y León parecía conocer tanto profesionalmente como por su vida personal.

Mencionó algunos de sus compañeros del "San Judas Tadeo" Muchos no tenían enfermedades mentales, le dijo León. Simplemente eran vigilados y mantenidos alejados de cualquier prisión normal.

Habló de cómo ayudaba al doctor Escalonilla. Patricia, poco a poco, sentía más curiosidad por ese individuo. Por primera vez en ese día, sentía que había alguien que realmente iba a ayudarla con su tesis.

León contaba con todo tipo de detalles cómo eran los asesinatos, diseccionando la mente de cada uno de los criminales, muchas veces relacionando enfermedades mentales con la gente normal y corriente.

Aunque Patricia sabía que no todos aquellos con enfermedades mentales eran asesinos, León contó todas sus experiencias en hospitales. Había sido internado en otros, en Suiza y luego en Bélgica, varios años una vez cumplió veinte.

Las horas se pasaban rápido para ella. Incluso León pidió varios papeles y lápices, con tal de explicar de forma visual todo lo que sabía y había experimentado. Las tragedias de esa mañana se difuminaron.

Seguían hablando de cadáveres y crímenes, pero había una pasión en León que se contagiaba.

—Deberías cambiar el título de la tesis —dijo León—. ¿Quieres cenar aquí conmigo?

La pregunta de León la dejó quieta en el sitio.

—¿Bien?

León sonrió.

—Siempre respondes con preguntas. Tranquila, que no va a pasar nada. Ahora llamaré para que nos traigan algo de cenar. ¿Tienes poca hambre? ¿Mucha? ¿Algo intermedio?

—Prefiero menos que más.

—¿Alguna idea?

—¿Ensalada?

León no pudo evitar reírse.

—Tienes que ser más afirmativa. "¡Ensalada!" Exclamarlo como un rey, como un emperador.

—No es mi forma.

—Supongo que tu forma de decir las cosas será diferente, sobre todo en otro ambiente. Quizás con... gente o lo que sea, actuarás de manera diferente. Desde aquí se puede notar la tensión en tu nuca. Aunque te has relajado con mi charla aburrida, seguro que sigues nerviosa.

—No ha sido una charla aburrida —dijo Patricia— Pero no estoy acostumbrada a estar en un caso con un asesino en serie y un detective con... bueno, contigo.

—Creo que me siento más ofendido por lo de detective que por la incapacidad de decir que estoy medio loco —dijo León—. No soy detective. Tampoco podría considerarme un ayudante, o un observador. Ni siquiera, en esta situación, un experto.

—Has demostrado que sabes mucho sobre esto. Supongo que estas con la organización, con el departamento, con lo que fuese que Sergio y tú formáis.

—Me entrenaron para ser agente. Sé manejar armas de fuego y artes marciales. Ciertas técnicas. Pero poco a poco me dijeron que no llevase nada encima. Menos aún una pistola.

—Supongo que habrá una historia detrás de eso.

—Siempre hay historias detrás de todo —los ojos de León se perdieron en la nada—. Recuerdo un día, en casa, de pequeño. Tenía un almohadón de esos con una foto estampada. Era la de un perro. Aún sigo pensando que ese perro, al que le hicieron la foto, estaría muerto. Luego me acuerdo de tantas cosas que parecen estúpidas, pero se enganchan a mí como si fuesen un ancla. Quizás un muñeco abandonado en la calle. No puedo evitar sentir tristeza por el niño que lo perdió. Una vez vi uno, en Utrecht. No sabía si era un juguete caro o barato. No sabía nada de su historia. El caso que teníamos era el de un asesino fugado, y Holanda era uno de los posibles países en los que estaría. Me acuerdo del caso, pero me acuerdo también de que quizás, ese día, un niño estaría triste por haber perdido su juguete.

Cerró los ojos.

—No sé si ese niño, que ahora será adulto, se acordará de su peluche perdido —suspiró—. Pero yo sí.

4

Los dos permanecieron en silencio unos buenos minutos. Tiempo que León pasó con los ojos en la mesa, en los folios con dibujos y esquemas, mientras la mente de Patricia trataba de empatizar con él. Ella tenía algún que otro recuerdo, como cualquiera. Pero de su infancia.

Pensó en alguna de sus amigas, que quizás tuviesen recuerdos del colegio. Recuerdos del instituto. Sin embargo, delante de ella estaba alguien que parecía crear una extraña narrativa por cualquier motivo. Un juguete. Una almohada. ¿Qué importaba algo tan simple?

Patricia comprendió, en ese momento y en cierta medida, que la persona que estaba con ella era alguien extremadamente empático. Quizás era eso lo que querían de él. Si puedes tener a alguien que piensa como un asesino, como un ladrón, como un violador, tienes la mitad de la batalla ganada. Pero sus recuerdos no implicaban maldad alguna, sino lo contrario.

Mientras su mirada seguía perdida, ella pudo sentir la tristeza emanar de él.

León cogió el móvil y lo activó, para luego mirar a Patricia con una sonrisa que se notaba demasiado forzada.

—Entonces, ensalada. ¿De algún tipo?

—No sé. Una normal.

—¿Totalmente vegetariana? ¿Eres vegana?

—No, con pollo.

—¿Ensalada césar?

—Bien, eso mismo.

León marcó un número. Un par de segundos en silencio. Patricia pudo escuchar una voz detrás del móvil.

—Sí, hola. Queríamos pedir para esta habitación una ensalada césar y un chivito.

Un poco de tiempo pasó.

—Bueno, supongo que sabrán cómo se hace un chivito. Es normal aquí en España.

León sonrió a Patricia. Esta vez era una emoción verdadera. Sin máscara.

—Sé que no se piden cosas así, pero lo agradeceríamos mucho. Ya sabe la habitación, ¿correcto?

Siguieron un par de palabras que Patricia no pudo escuchar.

—De beber, una Fanta de naranja, y...

León movió la cabeza hacia Patricia.

—Agua.

—¿Agua de litro? —la pregunta de León recibió una respuesta con un gesto afirmativo de Patricia—. Agua de litro. ¿Lo tiene todo?

Más palabras que ella no pudo escuchar.

—Vale. Gracias —dijo León, apagando el móvil—. En veinte minutos lo traerán.

—¿Ha pasado algo?

—¿Algo?

—Por lo del chivito.

León se rio.

—Me decían que no estaba en la carta.

—Podrías haber dicho eso de Ganímedes.

—No hacía falta. Tan solo hay que ser un poco amable. Además, las personas que vienen aquí son de dos tipos. Unos son un poco ricos y piden cosas finas. Otros son realmente ricos y piden cosas extrañas,

normalmente cosas que les recuerdan a casa. Un cocido, unas bravas. Cosas así.

—Y luego estamos nosotros.

—Por experiencia, siempre se ponen un poco nerviosos con estas cosas. Saben las habitaciones que tenemos pedidas. También saben, o al menos habrán deducido, que son para despistar a alguien que quiera entrar en una o espiar o lo que sea.

Patricia recibió esa información como un balazo directo al estómago. Algo que León comprendió.

—Pero tranquila, que no pasará nada. Es procedimiento. No va a venir nadie. El asesino que esté suelto no sabe nada de nosotros. Bueno, cosas de mí sí que sabe —León bajó un rato la mirada y resopló—. Pero bueno, así están las cosas. A ver qué nos espera mañana.

Mientras esperaban, charlaron de forma amistosa, esta vez sobre cosas alejadas de asesinatos y crímenes.

Las preguntas de León carecían de agresividad o de meterse donde no le llamaban. Simplemente quería saber dónde había estudiado y qué había hecho. Patricia se explayó, contando su historia, sus pasiones, sus hobbies.

Quizás no era buena idea contar nada de eso, pero, por un momento en el caos del día, todo eso parecía normal. Como tenía que ser. Hablando con un experto que sigue siendo humano, sin tener que ver cadáveres en persona, cambios de comportamiento o dudas sobre traiciones y espionaje.

5

Una vez llegó la cena, continuaron con la conversación más ligera que había encontrado Patricia. Había tenido varias primeras citas, pero si ella la pudiese considerar como una, sería de las mejores.

Seguía en un rincón de su cerebro el hecho de cuál era el motivo de su presencia, así como la situación general. También sabía que esa

persona que estaba enfrente, alguien que podría considerarse un hombre normal y corriente, conseguía atrapar su atención con información anecdótica salpicada de algunos comentarios graciosos.

—Bueno —dijo León una vez terminaron—. Puedes irte si quieres. Para no darte más el coñazo.

—No, no digas eso. Ha sido entretenido —dijo Patricia—. Espero que podamos hablar más veces. Aunque conocía los asesinos que hemos hablado, la perspectiva que tienes es interesante. No sé cómo te acuerdas de tantos detalles.

Patricia no pudo evitar sonreír.

En otra ocasión, hablar de formas de matar y los patrones de asesinos en serie hubiese sido extraño, pero con él era diferente. En toda la cena había pensado si una persona así podría tener alguna relación sentimental.

No sólo por lo roto que parecía estar en su interior, a pesar de sus sonrisas y sus modales. Todo lo visto por la mañana mostraba a alguien que estaba en un abismo. Pensó en si ella podría estar con alguien así.

Los chicos con los que había salido solían ser parecidos. Los que les gustaban el fútbol y los deportes. El que le apasionaba la literatura rusa. Luego el tipo cuya primera cita iba a ser en un gimnasio.

—Es mi trabajo —dijo León—. Saber, conocer, relacionar. También meterme en la mente de alguien despreciable, intentando no caer en ese pozo.

—También agradezco la conversación más allá de asesinatos —dijo Patricia—. He aprendido bastantes curiosidades. Ya sé el origen del nombre de Led Zeppelin, y por qué los árbitros de fútbol se nombran con los dos apellidos.

Ambos sonrieron, compartiendo un breve silencio. Sintió que ese era un verdadero oasis. Miró la hora en su móvil. Eran casi las diez. Solía irse un poco más tarde a dormir, pero ninguno de los dos sabía qué iba a ocurrir el próximo día.

—Gracias por estar aquí —dijo León—. Sergio y Mario siempre están callados. Les dices cualquier chiste y no se ríen. Salvo Mario, con los que son de humor negro.

—Me alegra verte mejor, León.

—Gracias. Es hora de dormir —León se levantó y cogió una cajetilla de un mueblecito—. Las pastillas de siempre.

—¿Sabrás tomártelas?

León sonrió.

—Me recuerda a un chiste —dijo acercándose a la mesa—. Es un hombre que pregunta al doctor: "Oiga, ¿y qué hago con los supositorios?", y el doctor le dice: "Se los tiene que meter por el culo". Entonces, el hombre le responde: "¡Oiga! No sea tan grosero que era solo una pregunta".

Patricia ya había oído el chiste, pero igualmente se río. León sacó unas cuantas pastillas y se las tomó con la Fanta que le sobraba.

—Te acompañaré a tu habitación.

—No hace falta.

—Igualmente me quedare afuera.

Patricia salió, y León se quedó en el umbral, observándola. Ella sacó su tarjeta y abrió la puerta. Compartieron una última mirada.

—Que no te piquen las chinches —dijo León con una sonrisa.

—Descansa, León. Te lo mereces.

Patricia entró y cerró la puerta tras de sí. Por unos segundos, León se quedó mirando el pasillo. Miró al suelo y se restregó la frente. Se metió dentro y cerró la puerta.

6

Tras la salida de León, la vida en el San Judas Tadeo transcurrió como siempre, sobre todo para el doctor Escalonilla. Realizó las visitas planeadas, firmó los correspondientes informes y atendió las llamadas que recibió.

En su historial había tenido diferentes tipos de pacientes. Agentes traumatizados. Criminales para estudiar. Personas cuyos crímenes no implicaban grandes cantidades de sangre, si no de dinero. También tenía pacientes que habían "muerto" para los demás.

Todos ellos iban y venían. Él no era quien dirigía el centro, tampoco era quién ordenaba dónde estaban, qué tratamiento recibían o cuánta seguridad iban a tener. Pero la estancia de los pacientes la sentía en sí mismo.

Y León no era una excepción.

Una vez dejó el recinto y transcurrió el día, se descubrió sentado en su oficina, ojos perdidos, mente vagando en la nada, como si hubiese desaparecido una parte importante de su rutina.

Solía hablar con él, comentarle casos, intercambiar pensamientos e ideas. Había gente interesante en el centro, pero ninguno como él. Uno podía considerar al hombre capaz de memorizar más de mil dígitos en menos de cinco segundos alguien interesante.

Quizás el agente cuyas misiones implicaban centros de investigación que nadie conocía su existencia, o del presidente de una corporación cuyos secretos sobre la banca podrían hacer caer el mundo.

Pero ninguno como León.

Ninguno como ese extraño hombre que parecía leer a cada persona, capaz de sentir todas las emociones en el rango de la existencia humana.

Ya no estaba, y no volvería hasta terminarse el caso. Añadido a su ausencia, su mente tenía en mente a aquellos que habían contactado con él, las personas con máscaras de animales, el hombre de la careta de conejo.

Si Valle-Mingueza estaba "activo", eso cambiaba todo.

Según avanzaba la tarde, esperaba cualquier tipo de contacto. Cada vez era diferente, y cada vez era inesperado. Si eran llamadas eran breves, voz distorsionada. Correos que desaparecían e incluso pequeñas notas en el interior de su hogar.

Aunque siempre había soñado en tener una familia, trataba de no pensar qué le podría ocurrir a su familia en esos momentos.

Cuando llegaron casi las siete, el doctor Escalonilla preparó su maletín para marcharse. Lo último que había terminado era una lista de informes sobre varios tratamientos. Solían pasar por tres doctores diferentes, para que no hubiese ningún tipo de trampa.

Una vez con su chaqueta y su maletín, estiró la espalda en el ascensor. Mentalmente sabía que era un día normal. Como todos los de ese año. Pero su corazón sabía que tenían algo planeado para él.

Mientras caminaba hasta el aparcamiento, sentía los latidos golpear su caja torácica. Abrió el coche con el mando a distancia, se metió dentro y dejó el maletín en el sitio del copiloto.

No había nadie ahí. Nadie en los asientos de detrás. En otros coches. Ninguna persona, con o sin careta, deambulaba por ese sitio.

"Todo correcto."

Ese pensamiento era el que le intranquilizaba. Aspiró con fuerza, expiró con lentitud. Cerró los ojos. Calmó la mente. Metió la llave y arrancó el coche.

Tras el ruido del motor le vino a la mente que quizás podían haberle puesto una bomba. Pero hubiese explotado ya.

"O no."

Salió del recinto, presentó sus credenciales, firmó el papel de hora de salida y se dirigió a su casa. La luz del día estaba casi apagada. Las luces de los faros del coche se volvían necesarias, y el único ruido era el de los coches pasar por su izquierda.

Hasta que un leve pitido lo sobresaltó.

"Tome la siguiente salida."

La voz aguda de helio le erizó los pelos de la nuca. No dijo nada. No miró a ningún lado. Su mente ahora estaba centrada en esa siguiente salida. Los breves minutos que había tenido para descansar en su coche habían terminado.

Una vez se adentró por la salida, la voz aguda volvió a sonar.

"Tome la primera salida en la rotonda. Siga recto hasta una señal de Stop."

Tragó saliva.

El trayecto se iba alejando cada vez más de la civilización. De cualquier ayuda. Aunque parte de su cerebro intentaba descifrar de dónde demonios venía la voz y cómo habían puesto algún tipo de altavoz, el pensamiento con más en él era el de una muerte cercana.

7

Los faros delanteros del coche disiparon las sombras, mostrando cunetas cubiertas de rastrojos y una carretera de tierra. El doctor vislumbró algunas casetas abandonadas, y lo que supuso campos abandonados.

Lo único que le tranquilizaba de todo eso era saber que, si le pasara algo, toda la información que consiguió recabar sobre los tipos raros saldría a la luz para contactos seguros.

Audio, video, imágenes. Trataba de grabar todo lo que podía, sin exponerse demasiado. Micrófonos ocultos, cámaras escondidas en el coche. Siempre llevaban máscaras. Siempre tenían la voz distorsionada. Pero si cualquier cosa podía ayudar, mejor.

Prefería tener que dar clic al botón cada lunes en su ordenador personal para confirmar que estaba vivo. El trabajo que tenía, aunque interesante, implicaba todo tipo de problemas. Especialmente con León.

Un breve flash azul le provocó un pequeño infarto.

Frenó de golpe. En un lateral, a unos seis metros, dónde había visto la luz, emergió una linterna. Entrecerró los ojos. El corazón galopaba. Pinchazos en la espalda. Esperaba un disparo, una puñalada, una bomba.

El hombre de negro, con una careta de gato, tocó la ventanilla. El doctor Escalonilla aspiró profundamente y luego bajó la ventanilla.

—Ya no necesitamos sus servicios —dijo con voz aguda—. Hemos recibido noticias de que está activo.

Notó la pierna débil.

—¿Ahora qué?

—Esperar —dijo el hombre—. Si las cosas avanzan igual, si nuestro amigo continúa haciendo de las suyas, tendremos que intervenir.

—Puedo daros más cosas, podéis…

—Todo está en marcha, doctor. Sólo le sugiero que evite visitar físicamente a nuestro amigo.

—¿Le pasará algo a León?

El silencio reposó unos segundos.

—Lo que tenga que pasar, pasará. Continue el camino recto. No dé marcha atrás ni llame a nadie. Siga haciendo lo de siempre. Contactaremos con usted si necesitamos algo.

Su cerebro se debatía en pedir una promesa. Su relación con León iba más allá de doctor y paciente. Pero todo eso era demasiado. El hombre apagó la linterna y se difuminó en la oscuridad.

Puso primera y continúo por la carretera. Durante su trayecto profesional había dudado de su trabajo. Si era alguien honesto. Si realmente ayudaba a la gente. Pero ahora algo más profundo horadaba su cerebro.

Por primera vez en su vida sintió las ganas de olvidarlo todo y vivir lejos, en Islandia o Noruega. Mientras conducía por la carretera no subió la ventanilla. Quería que el frío le hiciese sentirse en esos lugares del norte. Lejos de todo.

Solo.

Capítulo 12 – Gambito

1

Una vez Patricia estuvo en su habitación, se dejó caer en la cama. Solo quería sentir la suavidad y la comodidad de esa cama perfecta. Su mente, por fin, se distrajo con otras cosas. Comenzó a pensar en comprarse otro colchón para su casa. Sería un cambio enorme, y para bien. El de su hogar, de muelles, estaba bastante gastado.

No quiso ponerse música para dormir. Prefería estar atenta a Sergio, por si la llamaba. Quizás León. Durante las once o así, cuando estaba medio dormida, escuchó lo que parecían unos llantos. No supo de dónde venían. Una vez salió de la cama e investigó el lugar, dejaron de escucharse. Se convenció a sí misma de dormir todo lo que pudiese.

Mañana era una incógnita. Iba a pasar algo. Eso era cierto. El qué iba a pasar estaba en un espectro tan amplio que iba desde un simple robo de un bolso hasta un asesinato en masa en un centro comercial. Durante un breve periodo, justo antes de caer en los brazos de Morfeo, pensó en decir que lo dejaba.

Pero se quedó dormida pensando en León.

En ese momento, ella tenía una oportunidad de hacer algo. Algo importante. Había conocido a alguien con conocimiento y experiencia en muchos casos, sobre todo en el de Valle-Mingueza.

Los últimos pensamientos se desviaron a la tesis, imaginando todas las posibilidades. Si los asesinatos actuales comenzaban a hacerse eco, sería como la primera vez con Valle-Mingueza. En ese punto quizás su tesis, con la información que podría tener, llamaría la atención no solo de los profesores si no del resto de la población.

Una vez el sol comenzó a emerger por el horizonte, filtrándose por las cortinas corridas, Patricia recibió una llamada. Se levantó de

súbito para cogerla. No era su móvil, sino el que le había dado Sergio.

—Estoy afuera. Prepárate y sal cuanto antes. Es importante.

Antes de que pudiera decir nada, el agente Hernández cortó la llamada. Patricia se había quedado dormida con la ropa de ayer. Se aproximó al armario, donde habían dejado su equipaje. Se cambió rápido, sin prestar atención a lo que se ponía. Quizás estaba arrugado. Quizás no combinaba. Pero había llegado el momento. Por último, se puso unas zapatillas de deporte. Esperaba no tener que correr.

Realmente, esperaba no tener que estar a menos de cien metros del peligro.

Cogió su bolso e hizo una lista mental con lo necesario, como las pastillas de León. Pensó que lo único que le haría falta sería un arma de fuego. Pero sabía que seguramente dispararía a alguien que no debía. Además, tener en posesión algo capaz de matar a alguien no le hacía mucha gracia. Salió de la habitación, y Sergio y León estaban afuera, en el pasillo. Ambos vestían lo mismo que ayer.

Patricia cerró la puerta tras de sí y se encaminó hacia ellos.

—Ya sabemos lo que va a hacer —dijo Sergio, mirando a la mujer—. Han dado un aviso de bomba en un pueblo a diez minutos de aquí. Así que date prisa.

Sergio avanzó con rapidez. Era alto, así que un paso suyo equivalía a casi dos o tres de Patricia. León estaba en medio, yendo algo lento para no dejarla atrás. Sergio llamó al ascensor y se abrieron las puertas al instante. Entraron los tres.

—Son casi las nueve y media —dijo Sergio—. Así que ha tenido tiempo para hacer cualquier cosa.

—Me extraña que sea una bomba —dijo León—. No me lo creo.

—Ha sido la misma voz. Y ha mencionado que espera nuestro siguiente movimiento.

—Pero no es su forma de hacer las cosas.

—Quizás no sean las formas de hacer de Valle-Mingueza. Es un tipo igual de colgado. Quizás sea más de masacrar.

—Sigo sin creérmelo mucho.

—León, cojones. El aviso de bomba ha sido en una torre de esas que son patrimonio histórico o cualquier chorrada. Uno de los guardias ha dicho que estaba llena de bolsas, mochilas y cajas. Que no estaban antes, y algunas tienen cables.

Patricia escuchó la conversación en silencio, mirando a cada interlocutor. Se esperaba de todo, pero una amenaza de bomba no era la que más probabilidades tenía. No sabía cómo estaban ellos, pero un dolor tremendo en el pecho se adueñó de ella.

Esperaba no tener que acompañar a León al interior de cualquier sitio en el que hubiese bombas. Resopló pensando que, al fin y al cabo, la agencia tendría un equipo dedicado al manejo de explosivos. Las puertas se abrieron en el garaje.

—También tenemos un problema —dijo Sergio—. Tardarán en llegar el equipo para los explosivos. Lo único que tenemos son drones para ver el interior. Así que el pueblo está siendo evacuado.

2

Mario ya estaba al volante del Mercedes. En cuanto estuvieron todos dentro, comenzó a acelerar. El hombre conseguía ir a la velocidad máxima sin poner en peligro a nadie. El subidón de Patricia le hizo olvidarse de ponerse el cinturón, algo que León le recordó. Se lo puso mientras Mario subía una rampa a toda velocidad.

Salieron de Valencia saltándose todos los semáforos y pasos de cebra. Hubo insultos y golpes de claxon. Patricia incluso vio a varios coches de policía, todos ellos quietos. En esos momentos no tenía tiempo de pensar en la jerarquía de la organización. Solo pensaba en que quizás iba a morir en un accidente de coche.

Si no, en un atentado con explosivos.

Adelantando a todos los coches y girando por las calles con las ruedas chirriando, Mario demostró que no era un tipo normal y corriente. Salieron rápido a una autovía y el coche comenzó a ir a su velocidad máxima. Para Patricia, ir a ciento veinte le daba vértigo a veces. Ahora era demasiado rápido. Añadido a eso, los giros de volante para adelantar a todo tipo de coches y camiones.

—Sigue siendo extraño —dijo León sin inquietarse por la velocidad —. No es su forma de hacer las cosas.

—Pues serán las formas de hacer del tipo que esté solo.

—¿Quién hay ahí?

—De momento, solo la Guardia Civil y un par de hombres. Tienen listo un dron y han inspeccionado el interior. Es verdad que hay mochilas, bolsas, cajas… Pero no pueden ver lo que hay en su interior.

—Deberían entrar.

—No voy a ordenar que entren cuando puede ser una trampa.

—¿Entonces qué sugieres? ¿Esperar a que Luis te llame para decirte qué hacer?

Sergio resopló.

—No me toques los huevos, León. No me extrañaría que Luis trate de cagarse en nosotros y tenga a alguien experto en explosivos.

—No tiene relación con nada.

—¡Hay bombas en una puta torre! —dijo girándose—. Es una puta pieza de ajedrez, León. Una torre, joder. Quizás haya bombas en otro sitio, o en otros pueblos. Ahora lo que importa es llegar allí cuanto antes.

León permaneció callado bajo la atenta mirada de Patricia. Se limitó a mirar por la ventana cómo los vehículos desaparecían en milisegundos. Patricia quería lanzar un vistazo al velocímetro, pero permaneció en el asiento.

Junto con ir a una velocidad peligrosa, ahora tenía una pelea entre Sergio y León. No sabía a quién defender, o a quién obedecer. Los

dos hombres ahora estaban callados. El rostro de Mario estaba petrificado, con los ojos centrados en la autovía, realizando movimientos perfectos con las manos.

—Es esta entrada —dijo Mario—. En menos de tres minutos estaremos ahí.

Patricia vio los guardarraíles muy cerca. Varios vehículos tuvieron que frenar en seco una vez que el Mercedes pasó a toda velocidad. Ella cerró los ojos en un intento de no marearse, pero tuvo que abrirlos y ver pasar campos de naranjos casi vacíos. Era una carretera de dos sentidos, estrecha, con muchos giros. No sabía qué era peor: que tuviesen un accidente o que el aviso de bomba fuese real.

—Sigo sin creérmelo.

Las palabras de León quedaron sepultadas entre el silencio y el ruido del motor del Mercedes.

3

Un coche de la Guardia Civil detuvo el paso a la entrada del pueblo. Mario pegó un frenazo que forzó los cinturones de seguridad. Los dos agentes simplemente señalaron recto, con uno de ellos gritando:

—Sigan recto, y en la próxima rotonda a la derecha.

Como alma que lleva al diablo, Mario arrancó como un piloto de Fórmula 1. No le importaron los badenes, los semáforos ni los pasos de cebra. No había mucha gente por la calle. Una vez llegaron a la rotonda y giraron a la derecha vieron la torre.

Era uno de esos edificios antiguos que quedaban en muchos lugares de España. No era algo como la Alhambra o la Torre de Hércules. Simplemente un edificio antiguo en un pueblo perdido.

Mario redujo la velocidad, pues vieron un cordón policial. La plaza del ayuntamiento estaba acordonada, pero la gente estaba amontonada.

—Dios. Hay una amenaza de bomba y dejan a la gente tan cerca —dijo Sergio—. A ver si nos hacemos con el que esté a cargo.

Mario se acercó todo lo posible, haciendo caso omiso a otros dos guardias civiles que, esta vez, les pedían que se detuviesen. Sergio salió nada más parar el coche, seguido de León y Mario. Patricia necesitó algo de tiempo para recomponerse de la carrera que habían hecho.

Un hombre de tripa oronda y bigote espeso, con un traje que no le venía bien, se aproximó a ellos.

—¿Son los de la agencia esa que nos ha dicho Pablo?

—Más o menos —dijo Sergio, viendo a dos hombres trajeados—. ¿Quién ha sido el que ha encontrado las bolsas?

—Julián se encarga de cuidar muchas cosas. Pasó por la torre, y la puerta estaba forzada. Entró y estaba lleno de cosas raras. Raras en el sentido de que no nos dejamos bolsas ni mochilas por ahí. ¿Quién demonios quiere poner una bomba ahí?

—Ya se lo diremos.

—Pero si no es más que un montón de piedra y…

Sergio y Mario pasaron del hombre. León ya se había adelantado a los dos hombres trajeados.

—¿Tienen un dron? —dijo León, acercándose al que tenía un mando enorme con pantalla—. ¿Han visto a alguien?

—No. Nada. Si tienen que venir los de explosivos, estamos jodidos. Les hemos avisado que lo más grande está en el piso de arriba, y es una escalera de caracol empinada y muy cerrada, así que el robot tendrá problemas. Hemos podido meter el dron y que suba al siguiente piso.

Le mostró la pantalla. Podía verse debajo de un cuadro una caja grande amarilla con el símbolo de una torre impresa en un folio y pegada.

—Tardarán en llegar, así que solo nos queda esperar.

—¿Y la gente, la están evacuando?

El agente miró alrededor.

—El cuartelillo de la Guardia Civil lo quitaron por falta de presupuesto. Tenían un retén y otro coche vino de aquí cerca. Ahora lo importante es saber si es una bomba de verdad.

Patricia siguió a Mario y Sergio, quienes dejaron al alcalde volver con el pequeño grupo de gente que se había arremolinado detrás de las cintas. Había otra, donde estaban León y los agentes. Esta restringía el paso a una rampa escalonada que daba a la torre.

No había nada de especial en el edificio. La referencia a una torre era algo tan obvio y estúpido que para León todo eso le parecía un montaje. Sus ojos miraban alrededor, con la cabeza girando todo el rato.

—Quizás nos esté grabando —dijo León—. Sigo sin creerme lo de la bomba.

—Si hay algún explosivo, nos tenemos que esperar, León —dijo Sergio—. Si destruye el edificio no pasa nada. No hay nadie dentro, ¿no?

—No —dijo el agente con el mando del dron—. Hemos visto mochilas, bolsas, cajas. Había piezas de ajedrez por el suelo, o algo parecido.

León y Sergio cruzaron miradas.

—Voy a entrar.

León pasó por debajo de la cinta. Los agentes intentaron detenerle, pero las manos de Sergio los detuvieron. Miró a Patricia.

—Si quieres seguirlo, puedes —dijo el agente Hernández—. Tú decides.

Patricia observó cómo León subía poco a poco la rampa escalonada. Tragó saliva. Conjurando todas las fuerzas de su alma se aproximó, levantó la cinta y comenzó a ascender.

Una vez estuvo en la entrada, Patricia observó cómo habían forzado la puerta. Se acercó para pararse en el umbral. Sus ojos recorrieron el área. Placas conmemorativas, una maqueta cutre de la torre y lo que parecían más cuadros explicativos de la importancia histórica de ese lugar.

Patricia sabía que, tristemente, muchos de esos edificios estaban en pie y eran cuidados, pero carecían de cualquier importancia turística. Una cosa era, por ejemplo, la Sagrada Familia, y otra esa torre abandonada en un pueblo perdido de Valencia.

Dio unos pasos al interior. El ruido de un montón de cosas cayendo al suelo sobresaltó su ya cansado corazón. Avanzó más adentro, mirando el suelo. Las bolsas y mochilas estaban vaciadas, tiradas en el suelo junto a un montón de piezas de ajedrez.

Había más objetos cilíndricos, parecidos a los de la iglesia. Sabía que las bombas reales no tenían una placa digital con los números de la cuenta atrás, pero las de verdad sí que tenían cables, como los que estaban dispuestos en el pasillo.

Una vez Patricia estuvo en una pequeña sala, observó cómo León estaba de pie cerca de otra mochila y más piezas de ajedrez.

—¿Todo bien?

León sacudió la cabeza en negación.

—No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido —dijo León agarrando uno de los cilindros—. Son falsos, como los de la parroquia, pero no sé si habrá algunos de verdad. Esto no es de Valle-Mingueza, él no…

Antes de que Patricia pudiese decir nada, se marchó de la sala. Lo siguió hasta las escaleras de caracol. Ella no era deportista, pero se consideraba en buen estado físico. Sin embargo, seguir el paso de León era difícil. El hombre parecía un perro enloquecido subiendo cada escalón.

Llegaron a una sala más amplia, con las mismas cosas: placas conmemorativas, cuadros, algún mapa. Luego, lo extraño: una caja

grande amarilla. Encima de ella sobrevolaba el dron. León se aproximó a la caja y comenzó a zarandearla.

—Aquí no hay explosivos. Pesa poco.

—Eso espero.

Con cada movimiento, Patricia notaba más acidez en el estómago. Sentía un extraño nudo en su cerebro, que no paraba de gritar "sal de ahí".

—Dentro habrá alguna tontería.

León comenzó a investigar la tapa. Patricia estaba algo alejada. Si algo explotaba, estaba lejos. Pero supuso que, si esa caja estaba llena de explosivos, todo daría igual. Una vez abierta la tapa, León dio unos pasos atrás. Cayó al suelo y se arrastró hasta la pared más cercana. Patricia corrió a su rescate, arrodillándose junto a él.

—¿León? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ocurre?

Su rostro sufría espasmos, y su cuerpo temblaba como un flan en un terremoto. Le faltaba el aire. Cerraba y abría los ojos. Las manos de Patricia se posaron en él. Lágrimas comenzaron a emerger de sus ojos. Por una parte, ella quería saber qué demonios había dentro, fuese lo que fuese. Sabía que tenía que ser algo traumático para León.

Sus ojos se desviaron al dron, que se movía alrededor de la habitación. Cambió su atención a León, quien se encogió, agarrando sus rodillas con las manos y hundiendo su rostro. Comenzó a llorar entre ahogos.

—León, mírame —dijo Patricia, tratando de calmarlo con sus manos —. Estoy aquí. Tranquilo.

Él era apenas un desconocido, pero ella se centró en intentar calmarlo. Lo abrazó como pudo, y él se dejó caer en ella mientras temblaba, lloraba y balbuceaba incongruencias. Los ruidos de varios pasos en la parte inferior le dieron cierta esperanza a Patricia. Esperaba que tanto Sergio como esos dos agentes subiesen para ayudarla.

Una vez vio al agente Hernández, este no se detuvo para comprobar el estado de León. Fue directo a la caja. Metió el brazo y comenzó a revolver algo. Los otros dos agentes estaban en el interior. Al igual que Sergio, a Patricia le dio la sensación de que era la única persona que se preocupaba por un León destrozado. Sergio se giró y se acercó a los dos.

—Son fotos de niños —dijo Sergio, cuyas palabras provocaron más espasmos en el cuerpo sudoroso de León—. De la última vez de Valle-Mingueza. En algunas sale León cuando estuvo dentro. Cuando…

—Cállate —dijo Patricia—. ¿No ves que está jodido?

—Su idea ha sido entrar. Ha acertado. Hay piezas de ajedrez y las fotos. Nada de explosivos. Ahora queda la siguiente pregunta. ¿Por qué eso? ¿Cuál es su intención?

Un breve silencio se estableció en la sala. Mientras Patricia mantenía su abrazo, Sergio se arrodilló junto a él.

—¿Qué es lo siguiente, León? No hay explosivos. ¿Por qué la torre? ¡Piensa!

Patricia le dio un empujón que, sorprendentemente, hizo caer al agente Hernández.

—Déjalo en paz.

—Algo está pasando ahora —dijo Sergio levantándose con cara de mala hostia—. Esto es una trampa o tiene un significado extraño. Como lo que dijo Luis el otro día.

León comenzó a tomar control de su cuerpo y sus emociones. Su rostro emergió entre lágrimas y mocos.

—¿Qué dijo? ¿Qué cosa extraña dijo?

Patricia y Sergio intercambiaron miradas, y fue ella quien habló.

—Nos dijo algo del verdadero significado de la torre. Que pensases en el verdadero significado de la torre.

León se quedó parado. Su cuerpo seguía sufriendo temblores, no tan frecuentes ni fuertes.

—Tiene que ser de la pieza de ajedrez —dijo León, respirando con dificultad—. No sé bien a qué se refiere. El verdadero significado… La gente cree que es una torre como tal, un edificio, pero no lo es…

Su rostro cambió por completo. Trató de levantarse, pero se mareó. Sergio se aproximó más.

—Lo has adivinado —dijo Sergio—. ¿Qué es?

—La torre… Los niños… —dijo León, tragando saliva—. En los principios del ajedrez la torre se refería a una especie de carreta, por eso de moverse solo en línea recta. Lo de la torre no me acuerdo cuándo se cambió históricamente, pero el verdadero significado de la torre es que era una carreta, un carro de guerra, un vehículo… Debe tener algo relacionado con niños.

—¿Algún vehículo de niños? —dijo Patricia—. ¿Como un autobús escolar?

León abrió de par en par los ojos.

—¿Hay algún colegio en el pueblo?

5

El guardia civil se mantuvo de pie, quieto, en la entrada del colegio. Su mirada estaba fija en la puerta que daba al interior del edificio. Giraba la cabeza de vez en cuando. Una cosa eran peleas de borrachos, algún abuso doméstico o robos en los chalés. Pero un aviso de bomba era algo completamente anómalo para ese hombre.

Una vez se abrió la puerta, una mujer emergió con un grupo de niños. Eran trece, de diversas edades. La profesora los llevó en fila hacia la salida, directos hacia el guardia civil. Ella se aproximó al hombre, acercándose para poder susurrarle.

—¿Es verdad lo de la torre?

—No lo sabemos bien, pero me han dicho que vigilemos cualquier sitio público. En el ayuntamiento, por ejemplo, ya están avisados.

—Aquí no hemos visto nada raro.

—Igualmente, no nos podemos arriesgar. Según me han dicho, han venido unos tipos de traje —el hombre torció su cuerpo para señalar una esquina—. Doblando la esquina está el coche con mi compañero. Ahora le aviso de que todo está bien y luego te decimos qué hacer.

La profesora asintió con la cabeza. De repente, el ruido de un claxon provocó un pequeño sobresalto.

—Joder —dijo el guardia civil—. Lo hemos dejado en doble fila y ahora querrá pasar alguien. A ver qué pasa.

El hombre comenzó a andar con celeridad hasta el final de la calle. Dobló la esquina y pudo ver el coche patrulla en doble fila. Detrás había una furgoneta. Hizo cálculos y vio que podía pasar bien, que no había problemas. Una vez estuvo más cerca, comprobó que su compañero no estaba en el interior.

—¿Jesús?

Se colocó las manos en la pistola enfundada en su cintura. Con paso lento, se aproximó a la furgoneta. Una vez pasó de ella, vio a dos personas juntas, sentadas al borde de un coche aparcado. Su compañero y un hombre de pelo castaño claro, revuelto y sin peinar, bastante grande y corpulento, con un desgarro en la camiseta y todo cubierto de sangre y un pantalón rojo. El agente sacó el arma.

—¡Jesús!

El guardia civil no respondía, pero el hombre se movía.

—Por favor, ayuda.

—¡Quieto!

Se acercó lentamente a él.

—Hay un tipo con un cuchillo —dijo el hombre—. Estaba en la furgoneta. He oído algo de una bomba en la furgoneta, he ido a ver qué pasaba… por favor, me ha cortado la tripa…

El hombre se llevó la mano al desgarrón de la camiseta. El guardia civil se aproximó a menos de medio metro.

—Agente, está dentro de la furgoneta.

Giró, apuntando el arma a la puerta. Entonces, un pitido sonó en el interior. Otro pitido. El agente tragó saliva. Otro pitido.

—¡Salga con las manos en alto! —dijo el guardia civil—. ¡Salga de la furgoneta!

Otro pitido, esta vez más rápido. Otro. Otro. Y otro.

Se aproximó a abrir con la mano izquierda la puerta de la furgoneta. Nada en el interior. Estaba vacío.

Antes de que pudiese girar, un cuchillo le rebanó el cuello, esparciendo sangre por doquier. El hombre de la camiseta ensangrentada estaba detrás de él con el arma. Le sacaba más de un palmo y medio de altura, y su corpulencia fue suficiente para cargar el cuerpo del agente.

Lo arrastró hasta donde estaba el otro y lo tiró al suelo. Se aproximó a la furgoneta y dejó el cuchillo en el interior. Se quitó la camiseta ensangrentada y se limpió con una toalla que había dentro. Una vez se limpió un poco la sangre, se veía que en realidad no tenía herida alguna. Limpió el cuchillo y tiró el trapo al fondo de la furgoneta.

De un rincón de ella sacó otra camiseta, un casco de obra amarillo y un chaleco reflectante. Se puso todo y se comprobó el pantalón. Tenía algo de sangre, pero debido al color oscuro que había escogido no se notaba mucho. Cerró las puertas y marchó hacia la entrada del colegio. Ahí esperaban la profesora y sus alumnos. La mujer se sorprendió al verle.

—¿Es usted la profesora del colegio? —dijo el hombre—. Ha estado hablando con un guardia civil, ¿no?

—Sí… yo… —la mujer miró a la esquina—. ¿Ha pasado algo?

El hombre miró a los niños.

—Es algo de lo que le ha hablado el hombre, supongo —hizo un gesto para que se acercara—. Quizás los niños no deban oírlo.

La profesora se aproximó a él.

—No se alarme, pero he hablado con la pareja de guardias civiles sobre un paquete extraño en un coche —susurró, señalando la otra

esquina—. Iba para una obra y había un coche raro, con un tipo saliendo, dejando una mochila y un paquete. He visto el coche y les he pitado. Le he dicho a uno de ellos lo del paquete, lejos, dónde la parroquia. Están ahora hablando por la radio o algo. Me ha dicho que vaya usted con los niños allí, que estarán seguros con ellos y les dirán a dónde ir.

La mujer asintió con rostro tembloroso.

—Niños —dijo la profesora, dirigiéndose a ellos—. Vamos a ir a un sitio. Todos en fila y no os separéis.

—Estaré yo detrás —dijo el hombre—. No sé qué es, pero me han dicho que tengamos cuidado.

La mujer comenzó a andar hacia la esquina que daba a la calle donde supuestamente estaba el coche patrulla. Una vez se acercaron, vieron la parte posterior de la furgoneta.

—Están detrás de mi furgoneta —dijo el hombre—. No les funcionaba bien la radio. Esperad, que paso yo primero.

El hombre se adelantó para pasar al final de la furgoneta, seguido de la profesora. En el momento en el que la mujer vio los cuerpos, intentó gritar. El hombre de más de dos metros la agarró del cuello y le tapó la boca con fuerza hercúlea. Los niños se quedaron petrificados.

—Niños, venid aquí —dijo, arrastrando a la mujer para dejar espacio a los pequeños—. Diles que no va a pasar nada malo.

Dejó que la mujer abriese la boca.

—Hace-hacedle caso. Todos. Por favor.

—Diles que no tengan miedo.

—No tengáis miedo.

Pese a esas palabras, los niños se juntaron en grupo, cerca de los dos cadáveres y la sangre. Antes de que la mujer pudiese hacer nada, el hombre la agarró del pelo y le reventó la cabeza contra el capó de un coche, una y otra vez, hasta que solo quedó un cuerpo inerte.

—No os mováis, mocosos —dijo, acercándose a uno de los agentes para arrebatarle la pistola—. Dentro de la furgoneta.

El hombre les abrió las puertas y les señaló con el arma.

—Vamos.

Una vez iban entrando los niños, el hombre contaba.

—Cinco… seis… siete… ocho…

Detuvo al siguiente niño que iba a subir.

—Ya está.

—¿No subimos? —dijo uno de ellos—. Aún hay más.

—Deben ser ocho.

—No quiero quedarme aquí —dijo otro—. Tengo miedo.

El hombre le arreó un guantazo.

—¡Él dijo que ocho! ¡Ocho niños! —su rostro comenzó a enrojecerse —. Ahora os quedáis ahí quietos, y no gritéis. Si no, os pego un tiro.

Cerró la puerta de la furgoneta y entró en el asiento del conductor. Arrancó y se marchó, pasando de largo del coche patrulla. El resto de los niños se juntaron formando un grupo unido. No pudieron evitar llorar, con los ojos fijos en el cráneo destrozado de su profesora.

Capítulo 13 – Una última partida

1

Apartados del resto, apoyados en el Mercedes, León y Patricia compartían un momento de silencio entre ellos. La mano de León seguía temblando. Ojos perdidos. Ella se mordía el labio mientras su mirada se posaba en ese hombre que podía haberlo llevado a una muerte segura.

En la mente de Patricia bullían miles de pensamientos e ideas. Breves destellos de las fotos volvían a su mente. Niños desnudos. Sangre. Una especie de pozo. Unas niñas. Herramientas extrañas. Y en varias de ellas León, maniatado, cerca de esas pobres criaturas que estarían siendo torturadas.

Su mente, una vez en el interior, estaba centrada en las bombas. Sabía que si alguna persona estaba imitando a Valle-Mingueza, o estaba relacionado de alguna forma, no usaría explosivos, tal como había dicho León. Patricia sabía que el *modus operandi* no cambiaba.

Pero las fotos habían apartado todo eso. Apenas había pasado unos segundos mirándolas, pero las figuras, los colores rojo y negro, la cantidad de ellas. Todo no hacía más que provocar un torbellino en su mente.

Sabía que ese hombre con la cabeza gacha y ojos lacrimosos no solo las había visto, sino que eran un recuerdo que avivaba su trauma como si se echase un litro de gasolina a un pequeño fuego. Un fuego aún vivo en él.

—Espero que no haya pasado nada —dijo Patricia en un intento de desviar su mente—. Lo has hecho muy bien, León.

—No. No lo he hecho bien.

—No había ninguna bomba.

—Pero algo les habrá pasado a los niños. Lo sé.

—Sergio y Mario han ido lo más rápido que han podido con los otros agentes. No habrá pasado nada. Confía en mí.

León alzó el rostro.

—En ajedrez, a veces hacer el mejor movimiento simplemente significa retrasar la derrota —cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla—. ¿Alguna vez te has sentido así?

Patricia tuvo que tomarse bastante tiempo en saber cómo contestar su pregunta. Intentaba recordar cosas parecidas. Un examen que podría haberlo hecho mejor, pero no importaría porque el profesor le tenía manía. Alguna frase que hubiese importado poco para la persona que se había enfadado con ella.

Cualquier intento era en vano. Todo ello era minúsculo en comparación con él. Patricia intentó empatizar con él, meterse en su mente. Hacer lo mismo que él.

"Ahora estará pensando en que más niños van a sufrir. Que se va a repetir lo mismo que hizo Valle-Mingueza. Que va a cometer el mismo error dos veces."

Tragó saliva y se tocó el labio. Tenía una pequeña herida por morderse.

—No tienes que pensar en eso. Has hecho todo el bien que has podido. No sé qué habrás hecho antes, antes de lo de este caso, pero… Creo que eres alguien que hace el bien pese a sufrir.

—Durante mucho tiempo pasaba las noches en vela —dijo León abriendo los ojos—. Pensaba en qué podía haber hecho mejor, que quizás tenía que haber dicho esto en ese momento, o pensar en esto otro y así resolver el caso. Quizás podía haber evitado el sufrimiento de más niños.

—Ayudaste a muchos de ellos. Salieron vivos.

El hombre negó con la cabeza.

—Los recuerdos de un niño deben ser de Navidades y cumpleaños, no de mutilaciones y torturas —su pecho comenzó a inflarse y desinflarse mientras su rostro se rompía en llanto—. Era mi tarea

protegerlos del abismo. Y fracasé. Quise ser el guardián entre el centeno y fracasé. Fracasé como siempre.

Una vez comenzó a convulsionar en llanto, Patricia lo abrazó como pudo. Era algo más alto que ella y delgado, pero lo sentía como un niño pequeño. Un huérfano con cáncer de hueso que ve cómo han dado una paliza a su cachorrito.

Lo abrazó con más fuerza mientras escuchaba un "fue mi culpa" ahogado por los llantos atrapados en el abrazo.

La mirada de Patricia se clavó en la figura de dos hombres trajeados. Eran Sergio y Mario.

Pensó que cualquiera, en esa situación, al menos andaría con más rapidez para atender a su compañero. Pero iban lento. Sin prisas. Mientras, León se deshacía en ella. Patricia sabía ya que la habían usado por el pasado de León. Pero le daba igual. La empatía que sentía por ese hombre, la empatía que germinaba poco a poco no hacía más que sentir el mismo dolor que ese hombre destrozado por traumas.

—León —dijo Sergio—. ¿Cómo te encuentras?

Aunque Patricia trató de matarlo con la mirada, el hombre siguió impertérrito. León se deshizo del abrazo y lo miró.

—Genial.

—Dos guardias civiles han muerto. Y una profesora. Había varios niños, pero ha secuestrado a algunos y otros estaban en una calle cercana al colegio, donde estaban los cadáveres.

Silencio. Luego, Sergio continuó.

—Lo de la bomba era una distracción.

El odio tomó las riendas del rostro de León.

—¿De verdad? Vaya, ahora me doy cuenta. Gracias, Sherlock. Gracias, grandísimo hijo de puta.

—No empieces, León.

—Te había dicho que lo de la bomba no era su estilo.

—¿Y?

—Si me hubieses dicho lo que el cabrón de Luis te había dicho ayer, nos habríamos ahorrado todo esto. Ahora el tipo ese tiene a ocho niños con él.

—¿Cómo que ocho? —dijo Sergio—. ¿Cómo lo sabes?

Patricia observó cómo el puño derecho de León se cerraba.

—Por tu culpa esto está siendo un fracaso. Por tu culpa van a morir niños.

—Patricia también lo sabía, te lo podía haber dicho ella. No me eches la culpa.

Patricia quería intervenir. Ella creía que se lo había dicho, pero no era momento de empeorar la situación. León se abalanzó con un puñetazo, pero Mario lo detuvo a tiempo. Intentó zafarse de él. Empujaba y golpeaba, pero Mario consiguió hacerle una llave, dejándolo atrapado. El rostro de León se aplastó contra el cristal del coche mientras su compañero lo tenía retenido.

—¡Para! —dijo Patricia—. Es él quien hace todo y encima le hacéis esto.

—Se va a poner agresivo —dijo Sergio—. Y no quiero arrearle un guantazo.

—Soy yo la que te va a dar el guantazo. Suéltalo ya, Mario. Suéltalo, joder.

Mario negó con la cabeza.

—Si lo hago, se rebotará.

—No, no lo hará —dijo Patricia aproximándose a León—. Por favor, no pelees más.

León destensó la mandíbula. Poco a poco, Mario lo fue liberando de la llave. Ella lo separó con el brazo.

—Ahora tenemos que centrarnos, ¿no? —dijo Patricia—. Tenemos que saber a dónde ha ido.

—Habrá que preguntar a Luis —dijo Sergio—. Y quitarle ciertos privilegios.

—Si lo veo, acabaré con él —dijo León con un corazón que galopaba a doscientos kilómetros por hora—. Estoy harto de él. Y de vosotros dos.

—Si lo haces, acabas con todo. Tenemos que ser listos.

Sin mediar palabra, León lanzó un puñetazo a la ventana de cristal. Otro puñetazo. Otro.

—¡León! —gritó Patricia, agarrándolo—. ¡Tranquilo!

León se apartó de todos y se dejó caer en una pared, sentado cerca de orines secos de perro. Patricia miró a los dos.

—Marchaos un rato y luego volvéis —dijo Patricia—. Dejadlo un rato, por favor.

Sergio intentó hablar, pero Patricia lo detuvo.

—Ninguna palabra, Sergio. Iros un momento y ya os llamaré. No hacéis más que joderle la vida.

—Es nuestro…

La mirada de la mujer fue suficiente para callar al hombre de casi dos metros. Mario movió la cabeza, indicando que se fueran de ahí. Él se ajustó el traje y Sergio se marchó. En un breve momento, Mario miró a León y luego a Patricia. Resopló.

—Lo siento.

Dio media vuelta y siguió a su jefe.

2

Una de las salas más pequeñas de la mansión de Valle-Mingueza estaba despojada de muebles, cuadros o cualquier otro tipo de parafernalia decorativa. Una mesa normal. Una silla a un lado, dos al otro. En la silla solitaria estaba sentado Luis, con porte altivo, enchufado a un gotero por el que fluía un líquido amarillento.

El lugar estaba iluminado. Arriba, en el techo, estaba lo único que podía considerarse decorativo: una lámpara de forma extravagante, al estilo de muchos ricos. El suelo era de parqué cuidado y las paredes pintadas de un verde claro. Valle-Mingueza estaba quieto, observando la puerta de entrada. Un par de voces intercambiaban palabras en el exterior. El picaporte se giró. La figura alta de Sergio emergió, con Mario a su lado.

—Eres un hijo de puta —dijo Sergio nada más entrar—. Vas a perder muchas cosas por esta gilipollez.

Valle-Mingueza sonrió.

—No sé de qué me hablas. No sé nada de ocho niños raptados. Soy inocente —dijo con sorna—. Quiero un abogado. Oh, y algo de beber, un Winston Cocktail me vendría bien con la medicación.

Los dos se sentaron. Los ojos del agente Hernández punzaron a Valle-Mingueza, quien se había echado en el respaldo. Músculos relajados. Media sonrisa. Respirar tranquilo.

—Ya nos tocaste las narices con los asesinatos, pero ahora te has pasado. Comienza a soltar cosas o te aseguro que no sales de aquí con vida.

—Si muero ahora, ¿qué crees que ocurrirá, agente Hernández? No podré decir nada del paradero del presunto sospechoso. Como yo, que soy un presunto sospechoso. Me encanta esa palabra. Presunto.

—Te hemos dado demasiada manga ancha.

—Creo que no he tenido suficientes libertades. He tenido que liberar mis necesidades sexuales con la memoria. Y te aseguro que una vez pruebas carne joven, los recuerdos no bastan.

Sergio dio un golpe en la mesa. Ninguno se asustó.

—No toques las narices.

—León está aquí, ¿no? ¿Por qué no dejas que entre? Solos. Yo y él. Un momento íntimo.

—No empieces con gilipolleces. Estamos aquí para que sueltes todo lo que sabes del tipo que ha secuestrado a los niños. Eso, y ha

matado a una profesora y dos guardias civiles.

Valle-Mingueza se llevó la desfigurada mano al corazón.

—¿De verdad? Qué mal me sabe. Cuántas desgracias ocurren en esta vida. Ojalá pillen al desalmado que ha hecho eso.

—Si a León se le ha acabado la paciencia contigo, yo no ando muy lejos.

Luis se inclinó levemente sobre la mesa. Su sonrisa de rostro desfigurado dejaba entrever un diente por la falta de fuerza del músculo.

—Os he dicho cosas ya. Sabéis de ciertos lugares de Austria y Eslovenia. Sabéis de ciertas empresas. Sabéis de ciertas personas. Y sabéis de ciertas rutas marítimas. Todo gracias a mí. Creo que no estás en posición de amenazarme.

—Estoy en la posición de partirte la cara.

—¿Habéis desarticulado ya toda la trama de tráfico y explotación sexual de niños? —dijo Luis, dejando un breve espacio para el silencio—. Me necesitáis. Me necesitas tú, Sergio. Sé que esto es lo único que te mantiene a salvo de que la Interpol te mande a tomar por culo. Y sabes que cuando eso pase, estarás por tu propia cuenta. Estarás con tu hija, pero cierta gente sabe por dónde te mueves. Sabrá dónde estás. Y sabrá dónde está su hija.

—No la metas a ella en esto.

—De momento no voy a decir nada. Me siento muy incómodo ahora —lanzó una mirada a Mario—. Y Mario está muy callado. ¿No tienes nada que decir?

—Que te den por culo.

Luis sonrió.

—Creo que nuestra conversación se ha acabado, caballeros. Ahora volveré a mi terrible prisión de noventa metros cuadrados, con cama de sábanas de seda y cuadros valorados en más de diez mil euros.

—Te vas a quedar aquí un rato —dijo Sergio—. Si quieres soltar algo, estaremos esperando. De momento, León está investigando todo el

lugar. Porque sabemos que te comunicas con ese tipo de alguna manera.

—¿De verdad? Qué sorpresa.

—Te manda información de alguna manera. Sabemos que tu perro de presa tiene el diario de León y te filtra su información.

—Telepatía.

—Cuando te decidas a decir algo, nos avisas. Nosotros estaremos fuera.

—Solo os quiero pedir una cosa —dijo Luis—. Decidle a León que es un mentiroso. Él sí que sabía jugar al ajedrez. No era su primera vez. Pero que no estoy enfadado. Es una de esas cosas que lo hacen tan… adorable.

Los dos agentes se levantaron, con la macabra carcajada de Valle-Mingueza resonando a sus espaldas.

3

Patricia y León fueron acompañados por el agente K16 hasta el piso de arriba. Los pasillos dejaron de ser estrambóticos. Ya no había mesas con tableros de ajedrez o juguetes para niños. Lo único que destacaba, y algo en lo que León se había fijado, eran las cámaras y los sensores.

—¿Lo tenéis todo monitorizado?

—Sí. No sale de su cuarto. Solo algunos agentes tienen acceso a su llave. En todo este tiempo solo ha salido dos veces. Una de ellas fue para hablar con alguien de la agencia, alguien cuyo rango supusimos que era superior a cualquier otro.

—¿Y la segunda vez?

—Con vosotros. Se puso alegre cuando lo avisamos. Bueno, alegre —el hombre resopló—. Cuando entréis dentro, sabréis un poco cómo funciona su cerebro.

Al fondo había una puerta grande entreabierta, desde la cual se filtraba una luz brillante.

—Hemos intentado airear el cuarto un poco. Como os he dicho, veréis las cosas que hace. Él ha echado perfume esta mañana. Es de las pocas cosas que le dejamos hacer eso. No sé cómo soporta la combinación de olores.

Patricia observó a León. Para ella, esas frases eran completamente confusas. Pensó que era simplemente una habitación. Era de un tipo rico, vale. Sería muy amplia, con cosas valiosas, todo decorado al milímetro, limpio. Una vez el agente abrió más la puerta, pudo saber a qué se refería.

El olor a lo que parecían ser heces se entremezclaba con un perfume de menta que atacó de forma agresiva sus narices. León no hizo ningún movimiento, pero Patricia tosió y se tapó la boca.

—No hace falta que entres —dijo León—. Puedes quedarte por aquí. ¿Podemos dejar la puerta abierta?

—Sí —contestó el agente—. Así se airea un poco. Tuvimos que tapiar todas las ventanas.

León lo comprobó al observar la estancia. En la parte izquierda, un amplio ventanal estaba completamente tapado. Las cortinas estaban descorridas, pero unas tablas contenían cualquier rayo de luz que se pudiese filtrar. Sus ojos se detuvieron en uno de los rincones. Estaba completamente sucio. Un marrón estaba esparcido por casi dos metros cuadrados, con todo tipo de tonalidades.

—Dios —dijo Patricia, siguiendo la mirada de León—. Crees que…

—Sí. Seguro que caga y mea en ese rincón.

—Tiene baño, ¿no?

—Sí —dijo León, señalando a la derecha, donde un umbral sin puerta mostraba un suelo de azulejos—. Pero a saber por qué hace eso.

Miró arriba. Siete cámaras en diferentes puntos. Al otro lado de la pared, enfrente de las manchas marrones, una mesa grande con un

tablero de ajedrez. León se aproximó. Las piezas, de un tamaño algo desmesurado, estaban colocadas en sus posiciones. Cerca había un armario, con las puertas arrancadas. Se acercó y rebuscó entre la ropa. Los cajones inferiores estaban sacados. En el interior, ropa interior y calcetines.

—¿Buscas algo en especial?

La pregunta de Patricia se sostuvo en el aire mientras León sacaba la ropa y la tiraba al suelo.

—Sé que no tiene nada oculto aquí —se metió dentro una vez la ropa estaba afuera—. No tendrá ningún tipo de escondrijo.

—Quizás tenga algo, ¿no? Un móvil, un teléfono, un busca de esos. ¿Una radio?

—No lo creo. Pero mejor revisar todo.

Salió para comprobar los laterales y la parte trasera. Movió un poco el armario. Nada. Se aproximó a la parte sucia. Patricia se mantuvo en su sitio.

—Cuidado —dijo Patricia—. Tiene que oler mal.

—No sé qué es peor, si lo de la mierda o el perfume —se arrodilló para inspeccionar las manchas—. Está loco, pero esto es algo extraño.

—No sé, León —dijo Patricia—. He aprendido todo tipo de enfermedades mentales. Síntomas. Seguro que tú sabrás también. Pero para mí… No entiendo nada. Creo que se puede quedar con la etiqueta de pirado.

—Es un pirado. Pero no un asqueroso —desde su posición arrodillado, miró arriba—. Esas dos cámaras grabarán lo que hace aquí. Cuando salgamos, las veremos.

León miró a Patricia. Hasta un ciego podía ver en el rostro de la mujer que eso era lo último que quería hacer en su vida.

—Tranquila. Lo miraré yo.

—Te lo agradezco.

Se puso de pie y se acercó a la cama. Como todo rico, era de matrimonio, con sábanas de seda y dosel. León, sin ningún tipo de cuidado, comenzó a quitar todo: manta, almohadas, sábanas. Dejó el colchón vacío. Tenía un par de manchas marrones.

—Joder —dijo León—. O lo de cagarse en un rincón es por algún motivo oscuro o es que tiene alguna enfermedad.

Levantó el colchón y lo lanzó a donde estaban las manchas. Las tablas de madera que lo sostenía no tenían nada. Las manos de León tocaban cada rincón, mientras su ojo escaneaba en busca de alguna apertura, algún arañazo. Algo.

—Nada —dijo León, agachándose—. Y debajo de la cama tampoco hay nada.

Se puso de rodillas para mirar al otro lado de la habitación, cerca de donde estaba la entrada al baño. Una silla simple, una mesa de apenas un metro y medio por un metro. Encima, lo que parecía ser un barco.

Le había llamado la atención al principio, pero al entrar en esa habitación sabía que las cosas que no llamaban la atención, como el armario o la cama, serían las que estarían guardando algún secreto.

Se aproximó poco a poco. Lo que había en medio parecía un barco de miniatura a medio construir. Estaba rodeado de piezas de ajedrez, pero esta vez todo era más raro. Había caballos partidos, torres que habían sido pegadas por la parte superior. En un rincón había una bola de algo marrón con varios peones. Patricia se había aproximado pensando que sería una afición suya. La visión del excremento rompió todos sus esquemas.

—¿Tiene algún problema con las heces? —dijo Patricia—. Quizás alguna filia. ¿Cuándo estuviste en…?

Calló sus palabras antes de evocarle memorias. La mano derecha de León tembló brevemente, y su rostro padeció de un par de tics.

—No. Creo que no. Pero no me espero nada normal de él —cogió las dos torres pegadas e intentó separarlas—. Están pegadas con algo. No sé si tiene acceso a pegamento.

—¿Usará su caca como pegamento?

—No soy experto en excrementos, pero creo que su capacidad como adhesivo es mínima.

Entró en el baño. Todo estaba limpio.

—Parece incluso que no haya usado esto —dijo León, saliendo—. Quiero ver las grabaciones. Ver esto en estático… No es lo mismo.

—Tendría que haber alguna forma de contactar con el exterior, ¿no? —Patricia tragó saliva—. ¿Algún agente?

—Los agentes seguro que rotan cada mes. Puede, pero no lo creo — miró el barco a medio construir—. Y lo de construir barcos no es lo suyo. Era de su padre.

Patricia quería aportar su granito de arena. Todas las posibilidades incluían actos viles y asquerosos.

—¿Puedo salir un rato? —dijo la mujer—. No puedo más con el olor.

—Tranquila, salimos los dos —León acompañó a Patricia al exterior y lanzó una última mirada—. El cabrón este sabe cosas de mi diario de alguna forma.

El agente K16, que aguardaba en el exterior, intervino.

—Tenemos nuestro sitio en una de las casas para invitados que tenía aquí al lado. Tenemos dos sitios de guardia aquí, pero desde la casa para invitados grabamos todo lo que hace dentro.

—Quiero ver eso.

El agente resopló.

—Soy el que lleva más tiempo aquí, y te digo que te va a sorprender.

4

Los dos fueron acompañados al exterior, hacia la casa de invitados. Era un edificio dedicado a aquellos visitantes que querían dormir o pasar un tiempo en el terreno. Era un edificio algo más grande que el pareado de una urbanización rica, mostrando la opulencia típica de la propiedad de Valle-Mingueza.

Mientras seguían al agente por un camino de losas cubiertas de musgo, vieron en una esquina del edificio unos cuantos muebles, cuadros y objetos decorativos apilados.

—Ahí tiramos gran parte de lo que había dentro —dijo el agente—. No teníamos espacio para algunas cosas. Solo mantuvimos lo necesario, como las camas, para los agentes que pernoctan.

Sin decir nada más, continuaron hasta la puerta. Grande y pesada, de madera oscura. El hombre abrió el picaporte y con educación les dejó pasar. León fue el primero, seguido de Patricia. El lugar era similar al edificio principal, pero todo estaba cubierto de algo que uno podría esperar de un sitio donde trabajaba la Interpol.

Cámaras en el interior, monitores por doquier de diferentes sitios, un montón de cables bien colocados y recogidos. También había un panel grande con un horario, así como un panel grande con nombres en clave. Desde el A1 hasta el S20.

Patricia supuso que León estaría acostumbrado a ese escenario sacado de una serie o una película de detectives, donde diferentes agencias de seguridad están intentando localizar a un sospechoso. El agente cerró la puerta y pasó por delante de ellos.

—Por aquí.

Los dos lo siguieron por varios pasillos, hasta acabar en una sala de unos diez metros cuadrados. El lugar, ampliamente iluminado, tenía una mesa pegada a la pared, cubriendo un extremo al otro, con tres monitores, portátiles y demás parafernalia que Patricia apenas podía distinguir. A un lado, un armario negro, simple. Se notaba que no pertenecía al mobiliario normal. Austero. En él, varias cámaras y cableado.

—Desde aquí tenemos acceso a diferentes grabaciones. La sala de monitorización está en otro sitio. Aparte de vigilarlo a él tenemos que ver si entra alguien.

—¿Alguien?

La pregunta de León hizo que el agente arquease la ceja.

—Mis compañeros de al lado vigilan el exterior, por si alguien intenta asesinarlo. Es otra de las razones por las que tapiamos la ventana —el agente movió una de las sillas de oficina próxima a la otra—. Supongo que lo que os interesa es ver lo que hacía.

Hizo un gesto para que Patricia se sentara. León lo hizo en una, y ella, con cuidado, se sentó en la ofrecida por el agente. Este, de pie, se acercó al lado de León para coger el ratón.

—Tenemos una carpeta con diferentes cámaras y diferentes días. Lo hemos dividido en tiempo, según el mes, y luego, dentro, el día —mostró una carpeta con diversos números seguidos del nombre del día, para luego hacer doble clic en una—. Hay unas dieciséis cámaras en todo el recinto interior, veinte para el exterior. Si os interesan las del cuarto, son las primeras. Nos aseguramos de cubrir cualquier ángulo muerto, pero… bueno, lo que hay que ver es normal.

—¿Ha hecho algo raro? ¿Se ha golpeado a sí mismo? ¿Ha intentado escapar?

El agente resopló.

—Si has visto la mancha, puedes saber más o menos lo que hacía —el agente soltó el ratón y se puso recto—. ¿Algo más?

—No, gracias —dijo León con ojos fijos en el monitor—. Ya te avisaremos.

Una vez el hombre se marchó, las miradas de León y Patricia se encontraron.

—Si quieres puedes estar en otro lado. O irte.

—No, me quedo contigo. Es para lo que estoy aquí —dijo Patricia mostrando una leve sonrisa—. Espero que ver a un tipo así en su hábitat natural será lo mejor para el doctorado.

—Como veas. No sé qué demonios vamos a ver.

Las miradas chocaron, y León bajó la cabeza.

—Sea lo que sea —dijo Patricia—, no quiero que te afecte.

Del rostro de León emergió media sonrisa.

—Creo que yo ya estoy completamente jodido. En fin, empecemos a ver qué demonios hace en su tiempo libre.

5

León movió el ratón. Hizo doble clic en una de las carpetas de un día. Varias carpetas, cada una con el nombre de la hora de dicho día. Escogió la primera. Había varios archivos de video. León miró alrededor de la mesa. Un pequeño altavoz cerca del portátil tenía una luz roja. León inspeccionó los botones, pulsó uno, y cambió a un color azul.

—Nos será de ayuda si podemos escuchar algo.

Abrió el primer archivo de video. Estaba en blanco y negro. Valle-Mingueza estaba tirado en la cama, dormido, desnudo. Patricia sintió un pinchazo en el estómago. Aunque estaba interesada en todo eso, seguía de frente a un monitor que iba a mostrar el abismo más oscuro del ser humano.

—Voy a ir pasándolo rápido.

Comenzó a deslizar por la barra de reproducción. Era una hora completa de Luis durmiendo.

—Seguramente las de estas horas estén así. Vamos a ver una a las once de la mañana, por ejemplo. No sé si estará despierto.

Hizo clic atrás, buscó la hora e hizo doble clic al primer archivo de video. Patricia quería taparse los ojos. Valle-Mingueza, despierto, con la luz encendida, andaba por la habitación desnudo, tocándose la entrepierna. Mientras ella quería apartar la mirada, León se inclinó para ver mejor.

—Es de hace unas semanas, pero la mancha marrón sigue. No tanto, pero está ahí —resopló—. Tiene que haber algo raro en eso.

—Creo que alguien que defeca en el suelo, al lado de donde duerme es raro de por sí.

—Creo que sabes lo que hizo, o al menos lo que la prensa filtró —dijo León con varios temblores en el brazo izquierdo—. Cagarse ahí

sería algo normal en él.

Se dirigió a la mesa donde el barco, cuya construcción no estaba tan avanzada como la habían visto. Más piezas de ajedrez en la mesa. Cogió un par, las cuales León intentó ver cuáles eran. Sus ojos buscaban cualquier simbolismo, cualquier movimiento extraño. Se dirigió a la zona marrón y las dejó ahí. Fue cuando León se dio cuenta de que había más piezas.

—Al parecer caga encima de las piezas de ajedrez.

Patricia se mantuvo en silencio mientras León arrastraba la barra poco a poco. Una vez pasaron veinte minutos, vio a Valle-Mingueza cerca de las manchas. Estaba de espaldas y no podía ver bien lo que hacía.

—Tengo que cambiar de cámara.

Memorizó el minuto y el segundo y quitó el video. Abrió varios archivos hasta que dio con uno con la cámara en buena dirección. Patricia alzó el rostro. Una vez abierto el archivo de video lo puso en el minuto memorizado. Patricia se tapó los ojos. Valle-Mingueza se estaba masturbando.

—Dios —dijo Patricia—. Esto es demasiado extraño.

—Pero debe tener un significado.

León se inclinó más. Simplemente estaba masturbándose, hasta que eyaculó. Luego saludó a las diferentes cámaras y comenzó a bailar por toda la habitación. Dejó que el video transcurriera, con el hombre desnudo yendo de aquí a allá dando brincos y saltos.

—Todo esto tiene un significado. Lo sé.

—Sé que hay asesinos en serie con manías extrañas —dijo Patricia —. Pero esto es demasiado real. Y extraño. Y no le encuentro motivo, no sé qué ves, no sé qué…

Patricia intentó coger aire.

—Quizás no se tome las pastillas, o…

—No. Lo hace por algo.

León se giró en la silla. Sergio y Mario entraron en la habitación.

—¿Revisando las cámaras?

—Sí —contestó León—. Al parecer eyacula y caga en piezas de ajedrez en uno de los rincones de su habitación.

—Lo típico —dijo Mario—. A mí me pasa de vez en cuando.

Sergio se aproximó para ver a Luis con su baile.

—De alguna forma recibe información del exterior. Si se caga ahí y no en el baño, será por algo.

—¿Quizás el papel higiénico? —intervino Patricia—. O algo en el baño.

—Mandaré que revisen todo —dijo el agente Hernández—. Aunque mejor me aseguraré de que está todo en orden.

—¿El cabrón dónde está ahora? —dijo León—. Me gustaría hablar con él.

Sergio y Patricia intercambiaron miradas.

—Está en una habitación aparte —dijo Sergio—. Hemos estado hablando con él en serio sobre los niños.

—Y se habrá reído en vuestras narices.

—Más o menos.

—Quiero hablar con él. Prometo no hacerle daño. Al menos físico.

—¿Estás seguro? —dijo Patricia—. ¿Quieres que esté contigo?

—No. No hace falta. Solo necesito un tablero y piezas. Jugaré con él esa última partida.

6

Los cuatro salieron por petición de Patricia. Aunque la visión de los columpios seguía teniendo su tono lúgubre y macabro, prefería sentir el aire fresco y nuevo. Había visto cintas de asesinos en serie, de cómo se comportaban, de lo que hacían.

Todas ellas eran terroríficas. Pero lejanas.

Ahora sentía demasiado cerca la locura y la muerte. Su mente bullía, sobre todo alrededor de los ochos niños que habían sido secuestrados. Todo se repetía otra vez. Ella estaba ahí, cerca, en el campo de batalla.

Muchas veces intentaba seguir los pasos de quienes habían cazado a ese tipo de criminales. Luego, mentalmente se ponía en sus zapatos. Al final pensaba que ella, en esa situación, lo resolvería como ellos.

Pero las palabras, los pensamientos y las sensaciones formaban un coágulo en todo su ser. Lo que antes era un sueño ahora era pesadilla. Sentía en ella el peso de los niños. La culpa. El remordimiento de haber hecho nada antes.

Varios de los agentes andaban por todo el recinto. Por orden de Sergio estaban revisando el recinto interior. Ya que sabían que alguien contactaba con Valle-Mingueza, tenían que eliminar todo tipo de probabilidad.

León se aproximó. Sus ojos se posaron en una estatua de un oso con tono infantil, aunque la pintura desconchada y un brazo roto solo lo permeaban de una sombra siniestra.

—Respira. No dejes que te invada la culpa.

Patricia no dijo nada.

—Estoy en lo que siempre me ha gustado —dijo girando el rostro para ver a León—. Ahora me gustaría volver a casa.

—Puedes si quieres.

Sergio intervino.

—No puede. Tiene que quedarse aquí, con nosotros, contigo —dijo el agente Hernández mirando el reloj—. Voy a pedir que traigan un tablero y piezas. Ahí ya harás lo que tú veas.

León se mantuvo en silencio. Patricia perdió su mirada en uno de los columpios.

—Mario, busca a C2, y dile que traiga el tablero.

El hombre se marchó, y Sergio se puso enfrente de los dos.

—Patricia, sé que esto es una mierda, pero es una mierda que has buscado.

—No la he buscado.

—¿Quieres tener la mejor tesis de la historia? Cuando resolvamos esto te puedo poner en contacto con quien quieras, pero nos tienes que ayudar.

—Sergio —dijo León—. No la presiones. Ahora déjame actuar a mí.

Los dos chocaron las miradas. Aunque el agente Hernández tenía pinta de poder partir un tronco en dos, León parecía inmune a su miedo. Su brazo izquierdo se movía de vez en cuando. Un tic en la mejilla.

Sergio alzó el rostro. Mario se había detenido a mitad de camino, hablando con el agente K16.

—¡Mario! ¡Te he dicho que C2!

Mario giró el rostro, cabreado.

—¡No me grites, coño!

Dejó de hablar y continuó el camino.

—¿Alguna idea, León? ¿Qué vas a hacer con la partida?

Se mantuvo en silencio. Él y Patricia estaban perdidos en el parque infantil. El día había avanzado, el sol estaba arriba del todo. Una leve brisa danzó a su alrededor, cargada de un aire algo templado.

—¿León?

El hombre suspiró.

—Voy a sacarle la información. Te lo prometo.

7

Luis Valle-Mingueza seguía sentado en la relativamente pequeña habitación. Sus ojos estaban fijos en la cámara. Resopló. Comenzó a tamborilear los dedos de su mano derecha. El meñique era el que

más problemas le daba, como la pata coja de un caballo que intenta trotar. Lo agarró con su mano izquierda y comenzó a doblarlo y estirarlo. Su rostro se torció. El dolor recorría de la punta del dedo hasta casi el antebrazo. Paró cuando vio la puerta abrirse.

Uno de los agentes entró, seguido de León, quien llevaba un tablero y una caja de piezas encima de este. Luis sonrió.

—Vaya, vaya. Te han entrado ganas, ¿no? Se ve que estás desesperado por lo de los niños, algo de lo que te aseguro que no sé nada.

El agente y León intercambiaron miradas.

—Estaré solo con él.

—Sergio me ha dicho que esté afuera —dijo con un rostro seco—. Si oigo problemas, entraré dentro. Tenlo en cuenta.

El agente se marchó, cerrando la puerta.

—Lo has oído bien —dijo Luis—. Si tenemos sexo, que sea despacio, sin gritar.

León dejó el tablero y la caja en la mesa.

—León, dime, ¿muerdes almohadas o soplas nucas?

—Lo sabrás de mi diario. Si has llegado hasta esa parte.

—La verdad que no. Y me intriga —Luis observó el tablero—. ¿Quieres esa última partida? Aunque ya te digo que no sacarás información alguna.

—Tranquilo —dijo León abriendo la caja—. Las piezas son Staunton siete, de las que te gustan.

Luis sonrió.

—Cuánto me quieres. Si te apetece, te puedo decir a solas dónde están los posibles niños posiblemente secuestrados. Podríamos ir juntos. Revivir momentos especiales.

Un tic agresivo dominó el lateral derecho del rostro de León. Luis intentó acercar la mano a su cara.

—No me toques.

—Me da pena que sufras así —Luis levantó el rostro, mostrando una parte del cuello cubierta de cicatrices—. Si no quieres que toque tus heridas, toca tú las mías.

—Vengo aquí a jugar. No a hacer tonterías.

Luis sonrió.

—De acuerdo.

—Yo juego con negras.

—¿Seguro? ¿Me das esa ventaja?

—La necesitarás.

—Quizás lleve más tiempo practicando que tú. Dime, ¿en el San Judas Tadeo juegas?

El silencio dominó la sala. León trataba de mantenerse quieto, pero su mano derecha tembló mientras colocaba la torre.

—No. Me es aburrido.

—Qué pena. Al menos nos lo pasaremos bien. ¿Quieres apostar?

—Te consideraba un jugador de ajedrez perturbado mentalmente, no un ludópata perturbado mentalmente.

Luis sonrió.

—Me encanta eso de perturbado mentalmente. Nos une, en cierta medida. Nos acerca más a que seamos pareja.

—Calla y coloca tus piezas.

Con serenidad, silencio y tranquilidad, los dos colocaron sus piezas en sus respectivos lugares. Sus ojos se encontraron.

—¿Reloj? —dijo Luis—. ¿O simplemente una partida amistosa?

—Sin reloj ni nada. Disfrutemos del momento.

Luis movió dos casillas su peón de reina.

—Disfrutemos como tu padre disfrutaba —dijo León—. Seguro que azotarte con un cinturón te gustaba.

El rostro de Luis adquirió seriedad. León movió dos casillas su peón de torre del lado del rey. Ahora Valle-Mingueza contrajo el rostro.

—¿No vas a controlar el centro? ¿Qué es esa apertura?

—Una nueva. Dime, ¿qué hacía tu madre? ¿Trataba de protegerte?

—No me vas a sacar de mis casillas.

—Entonces mueve.

Luis movió una casilla su peón de rey.

—No hablemos de padres. Sé que tú no te llevabas bien con el tuyo.

—Es algo que tenemos en común, ¿no? —dijo León mirando a Luis —. Pero yo tuve los huevos de matarlo. ¿Tú qué hiciste al tuyo?

León movió otra vez el mismo peón de torre, una casilla. Luis resopló.

—Estás haciendo el idiota. Para jugar así no jugamos.

—¿No querías jugar?

—¿Qué tipo de apertura es esa? No tiene sentido.

—Tu padre murió de un infarto, ¿no? ¿Tenías miedo de él?

Las palabras de León forzaron a Valle-Mingueza a apretar el puño. Movió su caballo de reina.

—A ti te convirtió en un monstruo, según ponías en tu diario.

—Entonces somos iguales. Tú y yo —dijo León—. Aunque he perdido el centro del tablero. No sé qué mover ahora… Quizás acabe con mi padre, pero no. Soy un cobarde. Seguiré moviendo el peón.

Movió el mismo peón. Ahora estaba enfrente de la línea de peones blancos. La respiración de Valle-Mingueza se aceleraba por segundos. Comenzó a toser.

—Me estás tocando las narices —dijo Luis—. No pienso jugar mientras haces tonterías.

—¿Por qué no?

—No… Esa no es una apertura de verdad. Simplemente estás… estás tocándome las narices.

—Yo no he podido leer tu diario —dijo León—. Si es que tienes uno. Seguro que sería gracioso leer todas tus intenciones de hacer daño a tu padre. Creo que con dieciocho años intentaste pegarle de verdad, ¿no?

Luis se mantuvo callado, sus ojos llameantes de ira y rabia. León continuó con una sonrisa asomándose en sus labios.

—Y luego fue él el que te dio una paliza. Sabías judo. Es algo que aprendí de ti cuando empezó el caso. Vi tus fotos. Tus trofeos. Y va tu padre y te da tu merecido.

—Para ya.

—¿Por qué sientes esa atracción hacia mí? ¿Quieres que te proteja? —León sonrió por completo—. ¿Tienes miedo de papá?

Luis se levantó y agarró el tablero, estampándolo contra la pared. La puerta se abrió de súbito y entró el agente.

—¡Vamos, fuera!

—Eres un cabrón —dijo Luis—. Quiero mi partida. Quiero una partida de verdad.

—Estamos jugando, Luis —dijo León mientras el agente lo llevaba afuera—. Y aunque vas ganando, siempre vas a ser el débil. Siempre vas a perder.

Una vez el agente lo sacó, cerró la puerta. Golpes e insultos se escucharon en el interior. Sergio, Mario y Patricia se acercaron a León.

—Mantenedlo aquí —dijo el agente—. Voy a calmarlo.

El agente entró, cerrando de golpe la puerta. Hubo un intercambio de voces.

—¿Qué ha pasado? —dijo Sergio—. ¿Ha dicho algo?

—No. Nada. Simplemente le he tocado las narices.

—¿Y de qué nos sirve eso?

—De nada —dijo León con una sonrisa—. Pero ahora me encuentro mejor.

8

La furgoneta avanzaba campo a través en dirección a una nave industrial con claros signos de haber sido olvidada por la civilización. Levantando el polvo y traqueteando con cada bache, el conductor, el hombre alto de pelo castaño claro, tenía los ojos fijos al frente. Detrás, los ocho niños estaban pegados entre sí, callados.

Algunos de ellos habían llorado en el camino, tras lo cual habían recibido gritos por parte del conductor. Ahora estaban callados. Uno de ellos se había hecho pis, pero de todo lo que estaba ocurriendo eso era ínfimo. Lo que antes hubiese sido motivo de burla, ahora era un grano de arena nuevo en medio del Sáhara.

Una vez la furgoneta estuvo dentro del recinto, el hombre se inclinó para coger un pequeño mando. Un portón largo, grande y metálico comenzó a subir, revelando un espacio amplio para casi tres furgonetas. Una vez estuvo abierto del todo, entró. El hombre apagó el motor y, tras darle de nuevo al mando, salió del vehículo.

El portón, que se iba cerrando, comenzó a oscurecer la sala, hasta que el hombre apretó un interruptor que encendió una fila de siete bombillas colgadas de hilos de la parte superior. Con la pistola en la mano, se dirigió a la parte trasera. Abrió la puerta y los niños se encogieron aún más.

—Vamos, salid. Y sin hacer tonterías.

Aunque sus edades apenas diferían de tres años, todos ellos avanzaban con pies temblorosos y ojos llorosos. El hombre observó cómo uno a uno salían de la furgoneta. Cerró con un golpe una vez el último estuvo afuera.

—Quien no me haga caso, va a sufrir daño.

—¿Y la profe?

Un guantazo con fuerza tiró al suelo al niño que se había orinado. Pudo ver la mancha en sus pantalones.

—Los que se orinan son débiles —dijo el hombre con rostro petrificado—. Y los débiles deben sufrir. Vamos, levántate. Daros

prisa todos.

El hombre, pistola en mano, los llevó al interior de la enorme nave. La luz se filtraba por algunos ventanales. Algunos cristales eran supervivientes de tiempos anteriores, pero muchos estaban rotos o directamente no tenían nada. Les hizo girar a la derecha, donde una puerta de madera reforzada cerraba el paso. El color y la calidad diferían de la decadencia del lugar. Sacó una llave, abrió la puerta y encendió la luz.

—Todos adentro. Tenéis comida y agua para sobrevivir. Hasta que venga… hasta que venga él.

Los niños se adentraron. Tenía pinta de ser una pequeña oficina de una persona, pero sin muebles. En un rincón, botellas de agua nuevas y cajas con diferentes tipos de comida, todas ellas eran patatas fritas, golosinas o chocolates.

—Estad en silencio.

Una vez los ocho estuvieron dentro, cerró la puerta con llave. Se esperó un rato, por si escuchaba alguna voz. Los niños estaban callados. La nave tenía algunos contenedores, unos cuantos muebles, cajas, pales, estanterías vacías. El hombre se adentró en una sala sin puerta. Era un umbral grande, de tres metros de alto y seis de ancho.

La estancia tenía, en el centro, un agujero algo profundo. Encima, tuberías oxidadas transcurrían por el lugar. De ellas colgaban unas cadenas. En un rincón, varias argollas con más cadenas. El lugar no estaba muy bien iluminado. Por instinto, se acercó a una pared y activó un interruptor.

Una de las bombillas estaba al fondo del todo. Un colchón sucio y una mesa desgastada, con varios libros, hojas y bolígrafos. Dejó la pistola y las llaves en un cajón, el cual contenía un montón de botes de pastillas. Ordenó un poco los papeles y colocó una libreta en medio. En la portada podía leerse "Diario".

—Algún día nos veremos —dijo con una sonrisa, acariciando la portada—. Y seremos los mejores hermanos. Seremos únicos.

De otro cajón, sacó una fotografía. Era Luis Valle-Mingueza de joven.

—Ya tengo lo que quieres —su respiración comenzó a acelerarse—. Y me traerás a mi hermano. Y estaremos juntos.

Se giró para ver un rincón vacío.

—¡He dicho que te calles! —dio un golpe en la mesa—. ¡Claro que se lo diré! ¡Sabrá quién soy!

Abrió uno de los últimos cajones y sacó un móvil con la pantalla rayada.

—Él sabrá quién soy. Me querrá. Me tiene que querer. Él es el único que me puede salvar.

Capítulo 14 – Sin tiempo en el reloj

1

—Simplemente quería ponerle nervioso —dijo León una vez reunido con Sergio y Mario—. Simplemente he jugado de broma. Me he metido en su mente y se ha cabreado. Si lo desequilibramos emocionalmente puede que cometa algún error.

—Quizás eso nos fastidie —dijo Sergio—. Ya sabes que tengo orden para que continúe dando información.

León mantuvo su expresión feliz.

—Sabes que lo que quiere es salir de aquí, ¿no? Lo tiene planeado. De una forma u otra va a salir de aquí e irá a por los niños.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el que ha raptado a los niños no lo hace por el mismo interés que Valle-Mingueza. Lo hace para él, para recibir algo a cambio u obedecer sus órdenes. El tipo que buscamos, el que ha raptado a los niños… Tiene que ser alguien diferente a él. Alguien que ha conocido a Luis de hace tiempo, alguien joven. Quizás metido en algún rollo de pedofilia, pero sin ser nadie rico —alzó el rostro, mirando una de las pinturas de Valle-Mingueza senior—. Apenas había documentos de la relación que tiene con él. Pero sé qué lo tiene en su mente. Su padre es una sombra que sigue acechando en la noche de su alma.

—Como a ti.

—Sergio —dijo Patricia—, no molestes a León.

—Tranquila —dijo León—. Es por eso por lo que lo conozco. Y sé que, de alguna forma, el que está cometiendo estos crímenes ha debido de pasar por algo parecido.

—¿Cómo lo sabes?

—El mensaje codificado decía "soy tu hermano". Sé que no tengo hermanos —bajó el rostro y resopló—. Solo una hermana. Sé que es alguien que ha estado leyendo mi diario y se siente cercano a mí. Por lo tanto, las tres personas envueltas en esto estamos tocados de la cabeza. Luis, yo, y quien quiera que haya secuestrado a los niños. Tengo que ver más videos, así que nos quedaremos un buen rato. ¿Estarás bien, Patricia?

La mujer afirmó con el rostro.

—Si quieres puedes salir —dijo Sergio—. Supongo que este sitio te da mala espina.

—Creo que los columpios y los toboganes son peores —contestó Patricia—. Pero ahora saldré un poco.

—Te acompaño —dijo Mario—, si no te importa que fume.

Patricia negó con la cabeza. El hombre se dirigió al exterior y la mujer le siguió. Los ojos de León y Sergio se encontraron.

—Hay alguien que está planeando sacarle de ahí —dijo León—. Te lo digo, aunque tú puedes ser el que está detrás de todo esto.

—Quizás. Pero no empieces con tus paranoias.

—Por ese motivo es por lo que era bueno con vosotros, ¿no? Porque siempre era paranoico. Siempre tenía la mosca detrás de la oreja —León miró alrededor para asegurarse de que no hubiese nadie—. Eso o alguien de fuera quiere matarlo.

—Eso es lo que me dijeron, pero no lo creo. Conseguimos hacer creer a todos que está en la cárcel.

León comenzó a reírse.

—Tanto tiempo y sigues siendo tan simple. Os ha estado dando información. Si os ha dado algo, si habéis actuado, la red de pedófilos que estáis investigando sabrá que no está en la cárcel ni muerto. Sabrá que está vivo, y está dando información. Vendrán a acabar con él. Y si se interponen todos los agentes que hay aquí, dará igual —dijo León—. El tema del secuestro de los niños se habrá esparcido por todos lados, llegando a todos los medios. No pudisteis

controlar a los vecinos, los niños que no raptó saben lo que ocurrió. Tarde o temprano actuarán. Sé que sólo quieres desarticular esa red de pedófilos. Pero el poder que tienen va más allá de lo que tú crees.

—¿Seguro?

—Por una parte, alguien lo quiere sacar, y otro lo quiere matar. De lo que estoy seguro es que nosotros vamos a estar en medio de todo eso.

—¿Qué sugieres?

León resopló.

—Rescatar a los que hay raptados. Es lo único que podemos hacer por el momento.

—¿Y si fracasamos? ¿Y si ocurre lo mismo que la otra vez?

Un tic sacudió el lado derecho del rostro de León.

—Pienso que uno debe hacer lo correcto, lleve o no al fracaso —miró al agente al rostro—. Me persiguen los fantasmas del pasado, pero al menos no sufro algo peor.

—¿Algo peor?

—El remordimiento. Prefiero fracasar y morir, que no intentarlo. El cobarde muere mil veces antes de morir, pero el valiente solo prueba la muerte una vez.

2

Mientras los ojos de Patricia trataban de evitar fijarse en las decoraciones del exterior de la mansión, Mario comenzó a darle al mechero con un cigarrillo en la boca. Hacía algo de viento. Puso la mano a modo de cobertura y volvió a intentarlo. Una vez consiguió encenderlo, le dio varias bocanadas para mantenerlo encendido.

Se colocó al lado de ella.

—¿Qué pensabas que iba a ocurrir cuando te llamaron?

La pregunta resonó en la mente de Patricia. Ella misma se lo había preguntado con cada viaje en coche y, sobre todo, en el hotel.

—Algo más normal. Simplemente un caso simple. Algún profesor de universidad. Papeles y libros.

—Me sabe mal, en cierto modo. ¿No te dijeron nada más? ¿No te dijeron de qué se trataba?

—No. Fue a través de mis profesores. Luego la llamada de Sergio. Cuando tuve el pase de tren en la zona VIP me ilusioné un poco. Muchas de mis amigas tienen buenos grados universitarios, intentan meterse en el mundo de la investigación, y se dan con bruces con la falta de dinero. Una de mis mejores amigas tiene un doctorado en biología marina. Descubrió una forma de acabar con un parásito que mataba casi un treinta por ciento de las piscifactorías de atunes.

Patricia se mantuvo en silencio. Mario soltó una bocanada grande y la miró.

—Se haría de oro, ¿no?

—Qué va. Eso daba igual. Si hubiesen prestado atención, si algún empresario le hubiese dado ayudas o algo. Pero nada.

—Son caros los atunes. Bueno, al menos eso he oído.

—Aquí da igual lo que investigues. Puedes encontrar la cura del cáncer, que le importa una mierda al gobierno y seguir viviendo en una covacha sin financiación ni ayuda.

—En la agencia han colaborado con nosotros personas de ese tipo. De una forma u otra.

Patricia miró al hombre cuyos ojos ahora estaban centrados en las nubes.

—¿Cómo que de una forma u otra?

—Los genios o sirven para ayudar o para hacer el mal. Si hacen el bien, vale. Nos aportan cosas buenas. Los otros pues… un tiro en la cabeza y ya está.

Patricia tragó saliva.

—No es algo muy reconfortante de oír.

Mario tiró ceniza al suelo con un golpe suave del dedo índice.

—Tranquila. Tú eres de los buenos. Gracias a ti León no ha perdido la cabeza. Al menos no tanto como para ser un problema.

—¿A él le pegarías un tiro?

La pregunta quedó suspendida unos minutos en el aire, entre las nubes que se acumulaban en el cielo.

—Tengo órdenes de que no haga daño a nadie. Menos aún a Valle-Mingueza. Si veo que va a por él, a matarlo, entonces sí. Sí que le pegaría un tiro.

—¿Y a mí me pegarías un tiro?

Mario la miró y sonrió.

—No supones ninguna amenaza.

—¿Por?

—Perteneces al mejor tipo de colaboradores. Eres parecida a uno que… se llamaba… No me acuerdo, pero era especialista en enfermedades contagiosas. El tipo podría haber jodido gran parte de Europa y seguro que del mundo si hubiese hecho algo diferente. Pero no. Hizo el bien. En ningún momento dudamos de que iba a cometer una catástrofe —se acercó a ella inclinando la cabeza—. No le digas a Sergio nada, todo eso es clasificado y esas mierdas.

Su cabeza volvió a una posición normal y le dio una calada grande al cigarrillo que ya iba por la mitad.

—¿Y cuáles son los colaboradores más peligrosos?

—Antiguos militares, mercenarios, guerrilleros. Con los que son campesinos con un Ak-47 pues todos tienen miedo de que hagan el memo y se peguen un tiro en el pie. Luego los más peligrosos son los que les das un palo y acaban con un regimiento entero. Esos no viven para hacer el bien, si no por quién paga más.

—¿Has matado a alguno de esos?

Mario lanzó una carcajada.

—Ni ganas. Además, prefiero no comentarte más cosas de estas. Sé que no le vas a decir nada a Sergio, pero si se te escapa algo me empezará a tocar los huevos.

—¿En qué punto está León? ¿Crees que puede ser peligroso?

Mario dio una calada profunda, terminando el cigarrillo. Soltó humo por su boca, tiró la colilla al suelo y la chafó con el pie. Luego la recogió con un pañuelo y la guardó en su bolsillo.

—Es una mezcla de los dos extremos. Comprendo lo que le hizo a Valle-Mingueza. Yo hubiese hecho lo mismo. Pero trabajando con él… Existieron momentos en los que de verdad estaba cagado de miedo —lanzó una mirada a Patricia—. No es un simple detective de estos de película, que no sabe disparar porque es un genio o algo. El cabrón siempre me ganaba cuando hacíamos una especie de campeonato de lucha cuerpo a cuerpo.

Patricia resopló profundamente.

—Pero no te preocupes. A ti no te va a hacer nada. Es el resto del mundo el que debe tenerle miedo. En especial ese degenerado —se giró para ver la entrada a la mansión—. No me extrañaría que fuese él quien quiera sacarlo de aquí. Todo para torturarlo otra vez.

3

Los cuatro permanecieron un buen tiempo en la mansión de Valle-Mingueza. Patricia había encontrado un sitio en un patio exterior, alejado de cualquier tipo de objetos que alimentase el recuerdo de que estaba en el mismo sitio que el mayor asesino en serie y pedófilo de la historia de España.

De vez en cuando salía Mario para fumar y ver cómo estaba. Entablaron unas cuantas conversaciones simples y banales. Habían dejado en el interior de la sala con monitores a León y Sergio. Ellos dos, sentados en las sillas de oficina, observaban cada detalle de los rituales extraños de Luis.

—Es todo lo mismo —dijo Sergio con las manos en los bolsillos—. El tipo hace cosas horribles con las piezas de ajedrez. Es porque está loco.

—No está loco.

—Joder. ¿Lo que hizo no te parece de loco?

—Voy a ponerlo en situación a tu experiencia —dijo León parando el video y girándose hacia Sergio—. Tienes a diez de los mejores hombres, los mejores soldados de la historia. Seals, SAS, de lo que sea. Los mejores. Tienes una buena posición, estáis atrincherados, tenéis cobertura. Esperáis a que pase un convoy. ¿Qué harías para atacar con la mayor eficiencia?

—Pues esperar hasta que esté en posición.

—Si es un convoy de, digamos, cinco vehículos, ¿cómo los detendrías?

—Habría que destruir el primer y el último vehículo, si queremos que no avancen.

—Pues esas cosas las está haciendo Luis. Con cada movimiento nos quiere encerrar. Pero tú no lo ves, tú solo entiendes de cosas de matar, de explotar gente por los aires y de asesinar a gente con drones.

—Entonces explícame por qué demonios deja las piezas ahí, donde caga, y se caga encima y eyacula y a saber lo que más habrá hecho.

—No lo sé. También es raro lo del barco.

—Solo tiene pegamento. Y las piezas han sido revisadas, no tienen texto.

—Pero lo usa para pegar las piezas de formas extrañas. Sobre todo, las torres.

—Pues eso, que está loco.

León resopló y se giró para volver a ver las grabaciones.

—¿Le compran todas las semanas suministros de piezas de ajedrez y tableros?

—En ningún momento le dejan pasar nada.

León se detuvo en un momento en el que estaba en la mesa, con el barco.

—No sé. Debe de haber algo raro. No se le ve bien.

—Si quieres pasar una semana en su habitación…

El móvil de Sergio comenzó a sonar. Lo cogió.

—¿Sí?

León cambió la velocidad de reproducción para que fuese al doble. Pegaba piezas de barco, pegaba piezas de ajedrez. Luego cogía todo y lo ponía donde las manchas y comenzó a defecar.

—Vale —dijo Sergio—. Iremos cuanto antes.

—¿Qué ocurre? —dijo León con los brazos cruzados y la cabeza gacha, mientras Luis defecaba a doble velocidad.

—¿Te acuerdas del Padre Moisés?

—¿El que se hizo pis en el confesionario?

—Ha recibido una llamada. Le dimos un número por si pasaba algo raro. Alguien le ha dejado una caja en ese mismo confesionario y tiene miedo.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—Bueno, asesinaron a uno y a él lo amenazaron. Supongo que algo tiene que ver, León.

—¿Te han dicho algo más?

—Tiene un candado puesto, de esos de números.

León resopló.

—Nos tocará volver ahí —desvió la mirada al monitor—. Todavía sigo sin saber por qué demonios hace eso.

Durante todo el trayecto, León permaneció quieto en su asiento, mirando a través de la ventanilla. Aunque tenía los brazos cruzados, Patricia podía ver una de sus manos como si estuviese contando. Ella tenía en cuenta que, quizás, ahora estaba en la fase maniática. Había pasado por el estado depresivo, pero después de la partida con Luis parecía haber cambiado.

Los tres no sabían qué había ocurrido en el interior, solo que Valle-Mingueza había perdido los nervios y se había cabreado. El tablero y las piezas habían volado por los aires. Aunque se hubiesen mantenido las posiciones de las piezas, quizás ninguno de ellos sería capaz de entender por qué Luis se había enfadado de esa forma.

Él había tenido la ventaja todo ese tiempo. Sabía cosas que no tendría que saber. Tenía en una correa a un tipo que, de momento, se había cargado a bastantes personas y tenía secuestrados a ocho niños. Quizás por eso León salió contento. Porque había borrado la sonrisa de superioridad de Luis.

Aunque el coche iba a más de ciento cincuenta, Patricia ya estaba acostumbrada a ese tipo de acciones. No conocía a Mario, pero sus dotes de conducción habían sido más que obvias. La vuelta al pueblo suponía la vuelta al principio. No quería molestar a León. Estaría intentando establecer conexiones entre todo ello.

Ella sentía ganas de intervenir. Quizás la forma en la que se comportaba Luis era señal de un empeoramiento mental. No tomaba ningún tipo de pastillas, según le confirmaron a León mientras observaba los videos. Al parecer, no iba a dar ningún tipo de información si lo drogaban.

Una vez estuvieron en el interior del pueblo, León cambió de postura. Se inclinó para ver a través del parabrisas. El coche paró en el mismo sitio. Había más gente, sobre todo por el coche de la Guardia Civil y la especie de cordón que habían formado.

—No sé para qué han hecho eso —dijo León—. Solo hace que la gente se acerque más.

—Es el protocolo —dijo Sergio—. Con lo del anuncio de las bombas hay que ir con cuidado.

—¿No lo teníais vigilado?

—¿Al cura?

—Sí. Por sí pasaba algo parecido.

—No tenemos tantos recursos. Todo va a asegurarnos de que Valle-Mingueza siga ahí.

León resopló.

—Será una caja con algún mensaje o una pista. Eso, o algo relativo a mí. Quizás las tres cosas a la vez.

Mario apagó el motor.

—Patricia, pégate a León y ayúdale.

Ella asintió con la cabeza. Su mente, sin embargo, quería negarse a salir de ahí. Las amenazas de bomba habían sido falsas, pero podía ser una táctica. Aunque León estaba en lo cierto del modus operandi, Patricia seguía teniendo el miedo entrelazado en su alma.

Los tres salieron del vehículo encaminados a la entrada de la iglesia. Uno de los Guardias Civiles se acordaba de ellos. Estaba junto al padre Moisés, quien se lanzó hacia ellos.

—Por favor, necesito que me protejan.

—Tranquilo —dijo Sergio parándolo con sus manos enormes—. No va a pasar nada. Todo va a estar bien. Tranquilícese.

—Primero me pone la bomba, y ahora esto… Y mató a…

—Respire —intervino Patricia—. No se preocupe. Nada de esto va con usted.

—¿Y lo del aviso de bomba? ¿Y los niños raptados? Dios mío, si ha pasado aquí al lado como quien dice.

—¿Se ha dado cuenta ahora de la caja? —dijo León—. Se acerca la tarde, y creo que las parroquias abren por la mañana.

—No tenía ganas de abrir nada, la verdad —dijo el cura—. Pero tenía que revisar que todo estuviese bien. Sobre todo, con lo de los niños. Tenía miedo, pero…

Comenzó a hiperventilar.

—Lamento que esto le ocurra —dijo León—. Pero acuérdese de la Biblia: "Aquel que es inocente podrá sufrir en la tierra, pero siempre tendrá un sitio en el cielo".

El padre Moisés afirmó en confusión.

Una vez lo dejaron atrás, con Sergio a la cabeza, Patricia miró a León.

—¿Te sabes versículos de la Biblia de memoria?

—No —dijo León—. Me lo he inventado. Pero como parezco listo, es como si lo supiese de verdad. En fin, veamos de qué trata todo esto.

5

El silencio de la iglesia permeaba el lugar. Entraron al interior, directos al confesionario. En el mismo lugar donde estaba el tablero con el mensaje, ahora había una caja metálica, con un candado numerado. Pegado encima de la caja, un papel con unas inscripciones que parecían formar una palabra.

—¿Es de tu código?

—Más o menos. El idiota no ha escrito bien la primera mayúscula.

—Una vez esto termine, tendré que echar un vistazo a tu diario.

—Se ve que todos tenéis obsesión por meteros en mi mente —dijo León arrodillándose cerca de la caja—. Parece que solo soy el único que quiere evitar ser yo mismo.

Mientras León inspeccionaba tanto el lugar donde reposaba como la caja en sí, Sergio permaneció de brazos cruzados.

—¿Sabes lo que significa? —dijo Patricia—. No hace falta que lo digas, pero era simplemente por saber.

León resopló.

—Durante mis peores etapas desarrollé un código. Gran parte de mi diario está escrito así. Lo que tiene el cabrón, aparte de mi diario, es la piedra Rosetta de mi código.

León se giró para alternar miradas entre los dos.

—Paranoia, criptografía, ocultar información… Por eso me dejaron ser agente —dijo León para luego volver la vista a la caja—. Hasta que intenté hacer justicia.

—Matarlo no hubiese resuelto nada —dijo Sergio—. Los niños hubiesen seguido con sus secuelas.

La mano derecha de León sufrió un par de espasmos.

—¿Crees que no lo sé? Todos los días lo recuerdo —León se giró para golpear a Sergio con una mirada que parecía un látigo de fuego —. Podría crear un mapa de dónde estábamos, una línea temporal. Me acuerdo de cada nombre y cada apellido. Me acuerdo de cada palabra que decían y de cómo lloraban. Tú solo estuviste para recoger los pedazos. Y tuve suerte, porque sin mí ese hijo de puta se hubiese salido con la suya.

—Sergio —intervino Patricia—, ahora debemos de estar atentos a esto. ¿Sabes la combinación?

—La palabra que pone es "Tesla". Así que los tres números son fáciles de adivinar.

Tanto Sergio como Patricia se quedaron en silencio.

—¿El de los coches?

León bufó.

—Debes de leer más, Sergio. A ver… Tres, seis y nueve —dijo León sin mirar atrás—. Supongo que no soy el único que se obsesionó con esos números. Me apuesto mi testículo izquierdo a que él también ha empezado a escribir números y buscar significados.

León giró los números del candado hasta tener el tres, el seis y el nueve. Movió el candado y la caja se abrió. Sergio y Patricia se aproximaron para verlo mejor. Un muñeco de bebé, con arena en los

ojos, un rey de ajedrez partido en trozos y un papel doblado de mala forma.

—Pero qué…

León se levantó.

—¿Sigue en el coche el informe de los primeros asesinatos?

—Sí —dijo Sergio—. ¿Por?

León bufó, con su rostro desviado viendo el interior.

—Los dos que murieron, la pareja. Eran ingleses.

—Llevaban mucho tiempo viviendo aquí.

—Pero eran ingleses. Solo tenían un hijo, pero él está en Londres.

—Sí, confirmamos todo. No podía ser él.

—Ya sé que no es él. Pero tenemos que hacernos con el hijo de esa pareja.

—Intenta guiarme un poco, León.

—La arena en los ojos. Sandman. Es una especie de cuento inglés de que los niños se duermen cuando Sandman les echa arena en los ojos. Por eso cuando se levantan creen que las legañas son arena. Así que el hijo de esa pareja inglesa puede que sea el culpable.

—Te lo repito, lo revisamos todo y…

—No me fío nada de ti, Sergio. Este sitio tendría que haber estado controlado en el caso de que volviese. Y no se hizo nada.

—No consideraba necesario pedir más recursos…

—Solo te digo que necesitamos a ese hombre. Eso, y tengo que visitar la casa en la que estaban los padres.

—Veré lo que puedo hacer. Supuestamente tenía que venir por el tema de la herencia.

—Haz todo lo que puedas por retenerlo. Es tanto una amenaza como una víctima.

—León —intervino Patricia—, ¿sugieres que el actual asesino tiene una relación con las primeras víctimas?

León cogió el papel y lo desdobló.

—Creo que ahora el hijo es más una víctima —dijo León dejando el papel dentro de la caja—. Ese hombre tiene un hermano.

—Ya comprobamos…

—Tiene un hermano —dijo León mirando a los ojos a Sergio—. Estamos muy cerca.

—¿Por qué crees que es su hermano, si es que lo tiene?

—En la carta pone "Ayúdame. Tú eres mi hermano de verdad". Tiene una falta de ortografía de mi código, pero más o menos esto es un grito de ayuda —León resopló—. La pieza rota de ajedrez quiere decir que no está muy contento con Luis, su "maestro", si es que se puede decir así. Y si los dos están confrontados, puede que quienes paguen todo sean los niños.

—¿Estás seguro?

León permaneció unos segundos en silencio. La mano que sostenía el papel temblaba.

—No. Pero es lo único que tenemos.

6

Viajaron hasta la zona costera de Valencia, donde estaba la vivienda de la pareja que había sido asesinada y donde encontraron el primer mensaje de Valle-Mingueza para León. El Mercedes recorrió una carretera de doble sentido, bien pavimentada, pasando por casas y chalés que gritaban dinero.

Mientras León seguía ensimismado, Patricia observaba carteles de seguridad, de vigilancia, cámaras. Ella conocía algunas casas de campo, las cuales eran realmente rústicas y simples. Cuando pasó por una reja tras las cuales había dos descapotables de lujo, supo que aquella pareja estaba al nivel de Valle-Mingueza en cuanto a dinero.

Una vez llegaron a una de ellas, rodeada por un muro de piedra blanca, Mario detuvo el coche.

—Iremos andando —dijo Sergio—. No conseguimos acceso a la entrada con el coche, solo pudimos entrar por la puerta para personas.

Los tres abrieron las puertas y salieron de forma sincronizada, dejando a Patricia detrás, quien intentó darse prisa para no quedarse atrás. Tras la doble reja recorría un camino de gravilla directo a un garaje privado con la puerta cerrada.

—Aquí mantuvimos agentes un tiempo —dijo Sergio mirando a León —. Tuvimos que quitar el dispositivo porque no vimos nada.

León resopló.

—¿Y el hijo?

—Lo están localizando.

Mario sacó unas llaves y abrió la puerta, cediéndoles el paso. Lo que era el exterior estaba mejor cuidado que la mansión de Valle-Mingueza, además de carecer de decoraciones extrañas o columpios. Había una piscina a lo lejos, junto con una pista de tenis.

—Hay mucha seguridad —dijo León—. Por lo que hay una probabilidad alta de que conocieran al asesino. Sigo dudando de si realmente ha sido el hijo.

—¿Y un conocido del hijo? —dijo Patricia—. Si realmente el único hijo que tienen no pasa tiempo aquí, si tiene una coartada…

—No podemos suponer nada. Quiero ver el garaje primero.

Mario sacó un pequeño mando del manojo de llaves que tenía. Apretó el botón y comenzó a abrirse. Aunque los cadáveres no estaban ahí, los colores negros y blancos se mezclaban en la parte interior. En cada lado, cada color dominaba la escena.

—Parece un cuadro —dijo León—. Blanco y negro. Supongo que no encontraron nada más extraño.

—No, no encontramos nada —dijo Sergio—. La carta dirigida a ti, los cadáveres… Tenemos huellas en bidones de gasolina y otros sitios.

—Entonces se podrán comprobar —dijo Patricia—. Si el hijo lo ha cometido, entonces…

—Ya lo hicimos —dijo Sergio—. No fue el hijo.

—No fue ese, si no el otro —dijo León, atento a un lateral del garaje —. Tiene que haber otro. Mira. Ahí hay una caseta de perro.

Avanzó por el lateral. La caseta estaba algo desvencijada, con un cartel que ponía "Bonnie" en la parte superior.

—No encontramos ningún perro —dijo Sergio—. Ni vivo ni muerto.

León se mantuvo en silencio, dando vueltas alrededor de la caseta.

—Quiero ver el interior de la casa. Pero una habitación en particular.

—Adelante —dijo Mario sacando las llaves—. No vimos nada extraño.

7

León y Patricia fueron los únicos en entrar. Sergio permaneció afuera, realizando las llamadas pertinentes para localizar al hijo de la pareja.

Los dos se encontraron con un interior en perfecto estado. Pasaron por varios muebles del recibidor. Algunas figuras de cerámica, un cartel en inglés que decía "Sonríe". León se detuvo donde había fotos y se quedó inspeccionándolas. Sus ojos pasaron por cada una de ellas con la precisión de un francotirador.

—Solo salen fotos de ellos dos y su hijo —dijo Patricia—. No hay ningún otro.

—Las fotos del hijo, cuando sale solo, son de joven. Las que salen con la familia parecen que sea mayor.

—¿Eso indica algo?

—No estoy seguro. Solo que aparentan ser una familia normal.

—¿Crees que hay algo raro?

—Ahora lo veremos.

Pasaron por el comedor. Todo estaba en orden. Una mesa larga para ocho, un televisor plano, grande. Dos sofás y un sillón. No había rastros de objetos rotos o removidos. Era un museo estático de lo que había sido esa familia. León recorrió el lugar hasta que encontró las escaleras.

—Quiero ver el cuarto del hijo. Estará arriba.

Sin decir nada más, subió rápido las escaleras. Patricia lo siguió como pudo. Estaba con él, mientras Sergio y Mario estaban afuera, pero seguía teniendo miedo de encontrarse con alguien.

Pero esa emoción comenzaba a sentarle bien. Como un golpe de viento fresco. Como un buen chupito. Con cada paso sentía un latigazo eléctrico. Quería ver si León realmente era capaz de descubrir algo. Observar a un experto en acción. Por otra parte, puede que sus pensamientos fueran resultado de su enfermedad mental exacerbada por la situación.

León se encontró con una habitación normal. Una cama individual, una mesita con una silla, un armario y una estantería con algunos libros. Se detuvo a mirar los libros. Eran títulos mayormente infantiles, con alguno quizás para adultos pero que podían ser leídos por niños, tales como "El señor de los anillos".

Recorrió la habitación de arriba abajo, inspeccionando cada rincón y cada objeto. Se detuvo en la cama. Arrancó la colcha y las sábanas, tirándolas al suelo. Patricia se mantuvo en silencio mientras el hombre quitaba también el cubrecama del colchón.

León se arrodilló y comenzó a olfatear el colchón. Tenía ciertos signos de desgaste, pero ningún tipo de mancha visible. Le dio la vuelta y comenzó a oler esa parte, de lado a lado.

—¿Qué buscas?

—Olor a orina.

Patricia más o menos sabía los motivos de León.

—No huelo nada. Es simplemente por tener información.

—¿Crees en lo de la tríada de Macdonald? Sabes que…

—Sí. Se ha demostrado que no es cien por cien cierta. Pero ha quemado cosas. Quizás haya matado al perro. Quizás se haya hecho pis. De momento solo tengo un par de piezas en un puzle que puede tener mil. Y ser todas del mismo color.

Sus ojos captaron algo en la parte superior de la pared, cerca del techo. Se subió a la cama. Parecían dibujos y símbolos, pequeños. No había nada coherente.

—Aquí hay cosas escritas.

—¿Cómo?

La mirada recorrió la pared. Había pequeñas líneas horizontales que habían desconchado la pintura.

—Quizás aquí antes había una litera. El que dormía arriba parece haber escrito cosas ahí. Hay un dibujo mal hecho de un pentagrama. Tonterías de niño, pero desde luego que no lo ha escrito un único hijo en una cama individual subido encima.

León simuló escribir.

—La altura de un niño no le da para escribir hasta aquí. Hasta yo tengo que alzar la mano para poder escribir.

León se bajó de la cama.

—¿Entonces tiene un hermano?

—No lo sé bien —dijo León—. Si consigo hablar con el supuesto hijo único, podré sacarle más información.

Capítulo 15 – Ocho peones

1

El avión que iba a Londres ya estaba preparado en el aeropuerto de Manises, en Valencia. Un hombre de pelo castaño claro, piel pálida, altura media y complexión delgada observaba las maletas que tenía, lanzando miradas alrededor. Aun perdido en la marabunta de viajeros, uno podía darse cuenta de que era un turista inglés.

Sus ojos permanecían fijos en la cola de embarque, perlas de sudor en su frente. Algo en él lo forzó a girar el rostro. Dos hombres trajeados se dirigían hacia él.

Sabía que no tenía que hacer nada raro.

—¿Patrick Wilson? —dijo uno de los hombres en inglés—. Vino por el fallecimiento de sus padres, ¿no?

—No sé nada de eso —respondió Patrick—. ¿Quiénes son?

—Ya ha sido preguntado antes por la policía.

—No tienen pinta de policía de España.

—Somos otro tipo de policía. Debe acompañarnos de inmediato.

—Esperaba al avión, lo voy a perder si...

—Es una orden.

Patrick resopló.

Caminó con ellos hacia seguridad. Le guardaron el equipaje y lo hicieron esperar en una habitación. Ni mucho calor ni mucho frío. Una silla metálica. Nadie. Cinco minutos después se acercaron para darle una botella de agua para luego dejarlo solo otra vez.

Patrick, mientras estaba solo, se limitó a levantarse de vez en cuando, a estirar las piernas y los brazos. Giró su cabeza como una peonza, con la mano derecha presionando las partes del cuello y los hombros que le dolían.

Se sentó. Cogió aire y lo soltó con fuerza. Se secó el sudor con la mano, para luego secarse la mano en su camiseta. Miró arriba. No sabía si estaban bajando la temperatura. Miró a los lados. Ningún espejo. Cerró los ojos e intentó no llorar.

2

Una vez recibieron la confirmación de que el hijo de la pareja asesinada estaba detenido, el Mercedes comenzó a adquirir velocidades propias de circuitos de carreras. Una vez en la autovía, Mario, sin mover un músculo del rostro, con pulso tranquilo y respiración pausada, pisó a fondo el pedal.

Ahora Patricia simplemente se preguntaba cómo iban a justificar todas las multas que iban a recibir. Supuso que, siendo una agencia que supera a cualquier otra, no tendrían problema. Pero ahora eso era lo que intentaba pensar. En algo simple. En pequeñas curiosidades. Tras tantas veces en el coche a velocidad extrema, había aprendido a recuperar fuerzas.

En su mente trataba de apartas las preguntas acerca de muertes y de cómo Valle-Mingueza no estaba en la cárcel.

Antes de entrar en el coche, Sergio le había dicho que ahora dejara a León pensar en silencio. Había cambiado su forma de actuar. Ahora, sentado en la parte trasera del coche, estaba reclinado, con los ojos cerrados. Respiraba tranquilo. Patricia supuso que el interior de su mente sería, en esos momentos, un tren que va a mayor velocidad que el propio coche.

Tomaron la salida hacia Manises. Mario tuvo que reducir la velocidad para evitar chocarse. Mantuvo el pedal en el punto exacto. No tan rápido para chocarse. No tan lento como para perder tiempo.

Sergio informó al principio del trayecto. El hombre había actuado de forma normal. No se había opuesto la primera vez que entró y tampoco ahora. Coartadas exactas. Nada sospechoso. Toda la información de su negocio en Londres era cierta. Todos los agentes habían pensado que simplemente era el hijo de un matrimonio que

había sido víctima de alguien que, en cierto modo, los había asesinado sin motivo aparente.

El modo de morir y los mensajes, según Sergio, les había parecido la única pista. Habían registrado otros agentes, mucho antes de que León saliese del San Judas Tadeo. Mientras Sergio relataba todo lo relativo a ese hombre, Patrick, León permaneció callado. Ojos perdidos. Respiración tranquila.

Le dijo que tenían sus maletas. Después de inspeccionarlas por completo, no habían encontrado nada extraño. Lo único que Sergio consideraba importante para que León lo supiera eran las pastillas. Antidepresivos.

"Aunque, hoy en día, ¿quién no se toma algún tipo de pastillas?"

Las palabras de Sergio quedaron suspendidas en el aire. Desde salir de la casa hasta el aeropuerto León no había dicho nada. No silencioso como antes. Parecía más concentrado que perturbado. Patricia trató de alejar la mirada, de no molestarle. Pero sus ojos se desviaban de vez en cuando. Parecía contar con los dedos.

A Mario no le tomó más de cinco minutos de navegar el aparcamiento para encontrar la plaza de aparcamiento más cercana. Era una de vehículos autorizados. Para llegar a ella, Mario iba en tercera por el aparcamiento, sin ningún tipo de temor. Sus manos no temblaban. Una vez el coche se detuvo y puso el freno de mano, Sergio se giró.

—Es hora.

—Quiero estar solo con él.

—Tengo que ir contigo.

—Solo lo vas a joder.

Sergio se mantuvo en silencio. Abrió la puerta.

—Ya veremos.

Una vez salieron del coche, pasaron por un pequeño túnel. Los pasos de Sergio eran rápidos, más que los del resto. Patricia estaba centrada en León, quien estaba centrado en el suelo. Quería hablar

con él, saber qué pensaba, si estaba pasando por algo malo, si algún recuerdo doloroso estaba acudiendo a su mente en ese momento, qué pensaba al respecto, qué teorías estaba formulando, cuáles eran sus suposiciones.

Pero la orden era dejarlo solo.

Sergio se aproximó a un hombre trajeado. Patricia pensó que no tenían mucha imaginación en el tema de trajes. Una vez estuvieron próximos, Sergio movió la cabeza en dirección a León.

—Él llevará la interrogación. Estaré con él.

—No —dijo León—. Tengo que estar sólo.

—¿Y si trata de matarte?

—Pues que lo intente. Pero no es un asesino.

—¿Cómo lo sabes?

Los dos mantuvieron una pequeña batalla con sus miradas. Era como una justa medieval. El rostro de León gritaba determinación. Tenía las de ganar.

—Podría explicártelo, pero sería como intentar explicar qué es internet a un neandertal.

—Gracias por la comparación.

—No podemos perder tiempo. Los niños siguen raptados.

Esa breve frase pronunciada por el mismo León le provocó un súbito temblor en la mano. Sergio torció sus labios.

—Si no voy yo que entre Patricia.

—No. Tengo que estar solo.

—Espera —dijo Patricia—. Puedo entrar. Te puedo ayudar, León.

—No —dijo León—. Quizás te ataque.

Sergio resopló.

—Me dices que no vaya porque sabes que no es violento, y ahora dices que Patricia no vaya porque puede ser violento.

—Si vienes tú —dijo León—, el que puede sufrir es el de más valor, el hijo. Si viene Patricia, es ella la que puede sufrir. Ella es más importante que...

Los ojos de León y Patricia se encontraron brevemente. León miró al suelo y cerró los ojos.

—Voy a hablar con él. Ya. Cada minuto que pasa es un minuto que los niños están con ese lunático.

3

Mientras Mario se quedaba afuera, los tres entraron acompañados por el agente al interior. Era uno de los múltiples departamentos de seguridad que el aeropuerto tenía. En un rincón, sentado cerca de una mesa, estaba uno de los guardias. Quieto y callado. Se podía notar que la presencia de tipos trajeados era algo excepcional y extraño.

—Entraré yo solo —dijo León—. Tú le vas a poner nervioso.

—Tengo experiencia en sacar información —dijo Sergio—. Más de quince años.

—Una cosa es sacar información con tortura y otra hablando como un ser humano normal.

El guardia de seguridad quedó ojiplático. León señaló una de las puertas lejanas.

—¿Es en esa?

—Sí. Está tranquilo. No ha hecho nada raro ni dicho nada extraño —dijo el agente—. Le hemos dado una botella de agua.

León aspiró todo lo que pudo. Soltó un suspiro largo.

—¿Estarás bien? —dijo Patricia—. ¿Tienes miedo?

—No, tranquila. Creo que él es inocente. Es más, diría que es víctima —lanzó una última mirada a la mujer para luego observar al agente Hernández—. Y tú, Sergio, estate quieto aquí.

—Si no consigues nada, entro yo.

Las palabras de Sergio quedaron suspendidas en el aire mientras León andaba hacia la puerta. Giró el pomo y se quedó un instante en el umbral.

—¿Patrick?

El hombre afirmó con la cabeza. León entró y cerró la puerta. Le ofreció la mano y la estrecharon. La botella estaba casi vacía. León comenzó la conversación hablando en inglés.

—Supongo que preferirá que hablemos en inglés.

—Lo agradecería mucho. Sé español, pero prefiero hablar en inglés para ser más preciso al responder a cualquier pregunta que tengan. Hasta que pida tener a un abogado.

—¿No quiere tener uno presente ahora?

—Creo que las personas que me han detenido no son policías normales. Así que supuse que, en cierto modo, no estoy bajo arresto por una fuerza policial común de España.

—¿No está sorprendido?

—Tengo negocios de comida rápida en barrios pobres. Esto atrae a personas que tienen poco dinero. He visto demasiadas cosas como para estar sorprendido por esto.

—Una cosa son vagabundos y otra tipos trajeados.

—Un hombre desnudo asesinó a un recién nacido mientras estaba realizando una entrevista de trabajo a un joven que seguramente era drogadicto.

—Vaya. Supongo que tendrá más historias.

—Demasiadas. Intentó contratar a personas que lo necesitan de verdad —el hombre resopló—. Responderé a cualquier pregunta, con tal de que me dejen descansar. Voy a tener que hacer mucho papeleo y sé cómo funciona la burocracia, más aún la española.

—No tardaré mucho. Era simplemente preguntarle acerca de lo ocurrido, la muerte de sus padres.

—Pregunte.

—No le veo muy triste.

—No todos queremos a nuestros padres. Estuve con ellos hasta que pude volver a Inglaterra y ahí me busqué la vida.

—¿Y qué pasó con su hermano?

El hombre tragó saliva.

—No tengo ningún hermano.

—Bueno, en el informe dice que tiene usted un hermano.

—El informe es erróneo, entonces.

—Dígame, ¿alguna vez, cuando era pequeño, tuvo una litera en su cuarto?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por saber.

—Si lo pregunta por los dibujos que hay en la parte superior, son míos.

—¿Por qué tener una litera si no hay nadie más en casa aparte de sus padres?

—La compraron por si venían visitas.

—Es bastante grande la casa. Hay varias habitaciones.

—Teníamos muchas visitas.

León se reclinó en su silla.

—¿conoce la historia de "Sandman"? ¿Fue su hermano quien se lo dijo?

El hombre resopló.

—No tengo ni tuve hermano.

—Tenían un perro, ¿no?

—Supongo que habrá visto la caseta.

—Lo querría mucho, por lo que hay escrito.

—Sí.

—Supongo que se sintió mal cuando su hermano lo mató.

El hombre cruzó los brazos.

—No tengo hermano.

—¿Cómo asesinó a Bonnie?

—He dicho que no tengo hermano.

—¿Cuándo se enteraron?

—Por favor, pare.

—¿A partir de ahí comenzó a odiar a su hermano?

El hombre comenzó a gritar.

—¡Fue mi padre! ¡Mi padre lo mató! Y sí, tenía un hermano. Él sí que quería a Bonnie. Mi padre mató a Bonnie obligando a mi hermano a mirar, y luego le obligó a enterrarlo. Puedo decirle en qué parte del jardín está si quiere, pero por favor, déjeme en paz.

El hombre resopló. Sus ojos, cerrados, no pudieron aguantar las lágrimas que se deslizaban. León estaba contento porque ya tenían información de la existencia de una tercera persona. Pero esa tercera persona no era un asesino. Era alguien que, seguramente influenciado por su padre, había sido convertido en un monstruo.

Como él.

4

Sentado cerca de la mesa en la habitación de la nave industrial, el secuestrador sostenía entre sus manos una correa de perro desgastada, con una plaquita algo oxidada con el nombre de "Bonnie". Las manos del hombre temblaban, y lágrimas recorrían sus mejillas.

Su boca se movía como si estuviese hablando, pero sin decir ninguna palabra.

Delante de él, en la mesa, estaban el diario de León, varios papeles, un móvil y la pistola. Pero sus ojos estaban centrados en la chapita de la correa. No hacía ningún ruido mientras lloraba. Un ruido en la otra habitación lo alertó. Se detuvo, conteniendo los temblores.

Parecía un llanto, seguro de alguno de los niños encerrados en el cuarto contiguo.

Dejó la correa en la mesa con cuidado y se levantó. Anduvo hasta la habitación. Abrió la puerta, entró y la cerró. Podía dejarla abierta, pero no quería arriesgarse.

Los niños estaban algo apelotonados. Uno que estaba pegado a la pared estaba llorando. Lágrimas y mocos en la cara. Era el que se había hecho pis encima.

—¿Qué ocurre?

La voz grave del hombre tensó los músculos de los niños. Algunos tenían señales de haber llorado, y el rostro de cada uno de ellos gritaba el miedo y el sufrimiento que estaban viviendo.

—Está llorando.

—¿Por qué?

—Porque…

—Que responda él.

El hombre se acercó a él, y el niño bajó la mirada, llorando con mayor intensidad. Su alta figura se alzó sobre él. El niño intentó refugiarse aún más en la pared.

—Para de llorar.

El niño comenzó a temblar.

—He dicho que pares.

Los lloros continuaron. El hombre alzó la mano y le arreó una bofetada que lo tiró al suelo. El niño se encogió tras volver a hacerse pis.

—Por favor —dijo otro niño—, deje en paz a mi hermano.

El niño, algo mayor respecto al resto, estaba apartado.

—¿Es tu hermano?

—Sí. Por favor, no hemos…

—¿Por qué no lo has protegido?

El silencio se derramó sobre la sala, y los ojos del hombre penetraban el rostro petrificado del niño.

—He hablado con él, le he dicho que no llore y…

El hombre comenzó a darle un par de puñetazos al niño acurrucado en el rincón. El hermano se adelantó y el hombre lo agarró del cuello.

—Estoy pegando a tu hermano y no haces nada.

El niño perdía resuello.

—¡Para, por favor!

—Eres un cobarde. Los hermanos deben protegerse.

Lo soltó. Se marchó hacia la puerta. Antes de abrirla, se giró para ver al hermano.

—Volveré después. Y entonces te haré elegir. Si quieres que te pegue a ti o a tu hermano pequeño.

Abrió la puerta y, tras dar un portazo, volvió a cerrarla con la llave. Regresó a su mesa, pero sin sentarse. Se mantuvo de pie un buen rato. Sus brazos y sus manos temblaban.

—Tú me dejaste solo —dijo cerrando los ojos—. No me protegiste. No me querías. No…

Comenzó a golpear la mesa. Un golpe, dos, tres. Cada vez con más fuerza e intensidad. Un par de papeles cayeron al suelo. Hizo una mueca en la mesa. Luego, comenzó a dar vueltas alrededor de la estancia, cerca del agujero que había.

Observó la oscuridad del interior.

—Él me entenderá. Él es mi verdadero hermano.

5

Bajo la atenta mirada de León, Patrick Wilson se tapaba el rostro con las dos manos, con los codos apoyados en la mesa. Pasaron unos cuantos minutos, con algunas palabras balbuceadas en inglés y un

leve llanto. La mirada de León era atenta, discerniendo la verdad de la mentira.

Por su experiencia, ese hombre estaba realmente destrozado. Tras esa nueva información, León intentaba encajar todas las piezas del puzle, incapaz de saber cómo Valle-Mingueza había sido capaz de entrar en contacto con esa persona.

—Lo siento —dijo Patrick—. Lo que le ocurrió fue…

Apartó las manos y las apoyó en la mesa. Sus ojos seguían bajos, mirando la superficie de madera pulida. Agarró la otra botella de agua que habían traído y bebió todo lo que quedaba.

—Supongo que quería a su hermano —dijo León—. Sé lo que se siente cuando pasan este tipo de cosas.

El hombre negó con la cabeza.

—No sé si habrá algún padre más cruel que él. ¿Matar a la mascota enfrente de tu hijo? ¿Hacerle cavar el hoyo de su tumba?

—Sabe que no somos agentes normales de España. ¿Estoy en lo correcto?

El hombre tragó saliva.

—Lo suponía. Dan miedo los trajes que llevan.

—Somos de la Interpol. Mi padre me entrenó para ser un buen agente, un buen detective.

—¿Se portó bien con usted?

—Me torturaba. Era como le pasaba a su hermano, ¿no? Mi padre me hizo sufrir mucho. Si lo que me está comentando le ocurría a su hermano, ¿qué le hacía su padre?

—Nada —dijo el hombre con una expresión desértica—. A mí no me hizo nada. Me trataba como a un hijo de verdad. Era el que salía en las fotos.

—Eso he visto en su casa.

—Teníamos una litera. John dormía arriba. Me quería un montón, pero yo…

—Es difícil ser el hermano menor.

—Tenía que haber hecho algo por protegerlo.

—No pasa nada. Lo que está hecho está hecho.

—No. No. Apenas sabe lo que le ocurrió.

León juntó las manos sobre la mesa. Su mente lanzó el único cebo que tenía.

—Sus padres vendieron a su hermano a otras personas ricas como ellos, ¿no?

El rostro del hombre se descompuso.

—¿Cómo sabe eso?

—¿Conoce el caso de Valle-Mingueza?

—Sí, ocurrió aquí en España. Creo que mis padres lo conocían de…

En ese momento todo conectó en la mente de Patrick. Negó con la cabeza, llorando.

—Joder.

—Tranquilo —dijo León—. Él sigue vivo, tendrá sus problemas, pero podemos ayudarle.

—Esto es… esto es una jodida mierda. Yo creía que lo iban a adoptar —su rostro comenzó a enrojecerse—. Cuando se lo llevaron pensé que una familia lo iba a adoptar. Las reuniones que hacían traían otros niños. No me dejaban hablar con ellos, era raro, pero… Aún recuerdo a una chiquilla, de cinco años creo, los mismos que yo en esa época. Tenía sangre por toda la boca, pero no lloraba. Yo pregunté por ella. Pregunté por John. Y… y…

El hombre comenzó a hiperventilar. León se levantó y abrió la puerta para llamar la atención de Patricia.

—Patricia, ven, por favor.

La mujer hizo caso y entró todo lo rápido que pudo. Sergio se quedó afuera con los brazos cruzados.

—Dale un Valium a este hombre.

—¿Qué ha ocurrido?

Patrick estaba completamente deshecho en llantos y temblores.

—Ella le ayudará —dijo León en inglés—. Debe tranquilizarse. Le daremos un tranquilizante, un diazepam, cinco miligramos. Debajo de la lengua.

Patricia procedió a obedecer las órdenes de León. Le dio la pastilla y el hombre se la colocó debajo de la lengua. Patricia preguntó en un inglés muy acentuado:

—¿Qué le ocurre?

El hombre cerró los ojos.

—Patricia —dijo León—, déjalo que llore.

Ella se aproximó despacio, para susurrarle en español:

—¿Es el asesino?

—No. Al revés. Es una víctima.

6

Patrick les contó todo lo que pudo.

Su padre y Valle-Mingueza eran conocidos. Solían tener fiestas extrañas, a veces llevándolo a yates. Siendo niño no sabía del todo por qué ocurrían las cosas, pero les contó que, en su edad adulta, tras años de terapia, consiguió saber exactamente qué era lo que ocurría en esos sitios.

Niños desnudos, máscaras, drogas. Lo que para él le parecía en la niñez una fiesta extraña de cumpleaños, su mente adulta sabía qué hacían con los niños. Los gritos. Los lloros. La sangre. El saber que seis niños estaban en el yate, pero sólo volvían a tierra tres.

León y Patricia salieron para encontrarse con Sergio.

—Es su hermano quien ha cometido los asesinatos —dijo León—. Es el compinche de Valle-Mingueza, así que lo más seguro es que él tenga a los niños.

—¿Estás seguro?

León suspiró.

—Patrick nos ha contado parte de lo que vio. Nada bonito, desde luego.

—¿Estará relacionado con la trama de pedofilia?

—Sin lugar a duda. Sus padres tendrían contactos, conocían a Valle-Mingueza. El yate, las fiestas… De algún modo extraño Luis se hizo con John, nuestro "asesino" Lo conozco, así que seguro que habrá empleado todas sus tácticas de manipulación. Si John sufrió abusos sexuales, su mente estaría completamente destrozada. Eso y todo lo sufrido por sus padres. No sé qué relación tendrá exactamente con su padre, pero esta persona, por la caja que encontramos en el confesionario, tiene un conflicto interno. Un conflicto en el que cree que yo le puedo ayudar.

Sergio resopló.

—Entonces estamos hablando de alguien que ha pasado por varios abusos.

—Más que varios, demasiados —León miró al suelo—. Creo que es, en cierta medida, una víctima.

—Sigue siendo un asesino.

Los ojos de León se clavaron en Sergio como una andanada de flechas.

—Parece que tienes más empatía por Valle-Mingueza que por el hermano.

—Ambos son detestables, ¿no?

—Luis ha tenido una buena infancia. ¿El hermano de Patrick? No lo creo —cambió la mirada a la puerta dónde estaba Patricia con Patrick—. Nunca se volvieron a ver. Quizás, en todas las cosas horribles por las que pasaría el hermano, formaría algún tipo de relación con Luis. Quizás como mentor.

—¿Por cómo lo está ayudando?

—Sí. Necesita a un hermano. Es lo que había escrito. Y lo peor es que cree que yo soy su verdadero hermano.

—¿Qué tenías escrito en tu diario?

—Cosas que no te importan.

—Importan para el caso.

—Todo lo ocurrido con mi padre. Quizás por eso siente empatía por mí. Seguramente quiera ir a por mí, pero no para matarme. El problema es que necesitamos saber su identidad y cualquier cosa relacionada con él. Sobre todo, dónde tiene a los niños.

—¿Qué sugieres?

—Que uses toda la información que Valle-Mingueza os ha dado todo este tiempo.

—No será fácil.

—Te he visto muchas veces hacer llamadas y conseguir algo en cinco minutos.

—Esto no es algo trivial. Tendría que viajar a Londres.

—¿No lo puedes hacer en persona?

Sergio negó con la cabeza.

—Tengo mis motivos.

—Como tú veas. De todas maneras, se comunica con Luis de alguna manera. Tengo que averiguar qué es. Y por qué demonios hace eso con las piezas de ajedrez. Además, querrá salir de ahí. No ha raptado a los niños por su propio interés, si no para Luis.

—¿Entonces?

—La gente ya sabe lo de los niños raptados. Supongo que si sale a la luz que Valle-Mingueza ha estado libre y no en la cárcel irán a tocarte los huevos.

—Eso es seguro.

El silencio quedó suspendido en el aire, hasta que Sergio habló.

—¿Qué hacemos?

—Tienes que obtener información de cualquier propiedad que tenga Valle-Mingueza o de cualquiera de los otros pedófilos, sean los que sean. Habéis obtenido información de él, así que algo habrá para sacar. Eso, y hay que evitar que Valle-Mingueza salga. No sé qué planeará hacer.

7

El grupo de niños se mantuvo unido y apelotonado en la ruinosa habitación. Los dos hermanos estaban juntos, abrazados pese a que uno de ellos se había hecho pis encima. Todos trataban de formar una piña ante la amenaza del hombre que los había secuestrado.

—Tengo sed —dijo uno—. ¿Podemos coger una botella de agua?

—No seas tonto —dijo uno de los niños mayores—. Seguro que está envenenada.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Qué nos va a hacer?

—Pues nos va a matar.

El resto comenzó a temblar. Una de las niñas tenía el rostro cubierto de lágrimas.

Mientras tanto, en la otra habitación, John había puesto otra mesa nueva, aún más gastada que la anterior. Encima de ella había algunos cuchillos, cinta americana, cuerdas y varias esposas. En uno de los rincones había un altavoz enorme.

John anduvo hasta la proximidad del agujero. En la parte superior recorrían varias tuberías. Desde estas colgaban varias cadenas, las cuales apuntaban al suelo, a dos metros del agujero. Volvió hacia la mesa y cogió el diario de León. Tenía algunos papeles que sobresalían de las páginas.

Abrió una de ellas y comenzó a leer, moviendo los labios como si dijese las palabras escritas. No estaban en código, y las páginas estaban dedicadas a cómo planeó el asesinato de su padre.

—Tú sí que me entenderás.

Un lloro súbito le dio un susto.

—Malditos niños.

Se levantó con ira enrojeciendo su rostro. Se acercó a la puerta, la abrió con la llave y entró. Era otra vez el niño que se había hecho pis.

—¡Ahora protege a tu hermano!

John se acercó con paso furioso y le dio una bofetada al niño, que lloró.

—¡Para! —dijo su hermano—. ¿Por qué nos haces esto?

—Le he pegado y no has hecho nada —lo agarró del cuello de la camiseta—. Eres un cobarde por no defender a tu hermano, y te voy a...

El niño mayor se lanzó a la carrera hacia la puerta abierta. John dejó de agarrar la camiseta y le siguió. Cuando salió, cerró la puerta y dio una vuelta de llave.

Los pasos podían escucharse resonar por uno de los pasillos. El secuestrador contaba con la ventaja de que conocía el lugar a la perfección.

El niño corrió desesperado, siguiendo la dirección de un cartel de "Salida de emergencia". Una vez vio las dos puertas, la esperanza brotó en su rostro. Pero cuando intentó abrirlas, observó que estaban cerradas con cadenas.

La esperanza se difuminó.

—¡Para! —dijo John una vez que lo pudo ver—. ¡Si no te quedas quieto te daré una paliza!

El niño miró a los lados. Dos pasillos. Dos posibilidades. Tomó uno de ellos mientras el secuestrador corría a toda su máxima velocidad.

El niño llegó al final del pasillo. Una puerta de madera era lo único que existía. Intentó abrirla sin posibilidad. A medida que se acercaba, el niño estiraba con mayor intensidad. El pomo no se movía. La puerta estaba cerrada. Todo estaba perdido.

John lo agarró del cuello.

—¡Maldito mocoso! —dijo en inglés—. Te voy a enseñar a comportarte.

Le dio una bofetada.

—No mereces vivir, escoria —dijo tras darle otra bofetada—. Bonnie murió por tu culpa.

El hombre había entrado en un trance de tristeza y rabia. Su cara estaba deformada en odio, pero sus ojos comenzaron a cubrirse de lágrimas.

—Y eres un hermano que no hace nada, porque eres escoria.

Le iba a dar un puñetazo, pero se detuvo. El niño, asustado y llorando, estaba completamente petrificado.

—Tienen que ser ocho. Quiere que sean ocho.

Resopló y lo agarró del cuello.

—Ahora volverás con los demás.

Llevó al niño de vuelta a la habitación, donde lo dejó con el resto.

—Si uno intenta volver a escaparse, los demás sufriréis —dijo John secándose las lágrimas—. Pero pronto vendrá y no tendré que veros las caras.

Salió dando un portazo, y el ruido de llaves cerrando la puerta sonó como el martillo que golpea el último clavo de un ataúd.

8

Sergio se marchó tan pronto como pudo, sin decir ningún detalle más. Mientras tanto, Mario llevaba a Patricia y León. Cuando partieron los cuatro, Sergio dedicó unos cuantos minutos para establecer protección a Patrick Wilson.

No era un objetivo, y ahora la prioridad eran los niños secuestrados. Cuando León estaba hablando con él a solas, Sergio recibió una llamada. Aunque se apartó de Patricia, ella pudo escuchar algo relativo a la prensa.

Ella no había tenido tiempo de ver nada de las noticias, ni siquiera por el móvil, pero supuso que sería el tema del día, y seguramente durante muchas semanas. Dependiendo de cómo fuera el caso, podría ser un bombazo. No todos los días ocho niños son secuestrados.

Patricia pensó que quizás la gente sospecharía de alguien como Valle-Mingueza, pero esa persona, ese monstruo, estaba supuestamente en la cárcel. Ella misma sabía algo que el noventa y nueve por ciento de la población española no sabía. Si se descubriera que estaba libre en su mansión, todo sería diferente. Además, los que soltasen cualquier tipo de conspiración estarían en lo cierto.

Durante el trayecto de vuelta al hotel, León reposaba en el asiento, con los ojos cerrados. Patricia se aproximó a él con cuidado. Había tomado bastantes pastillas en el poco tiempo que lo había conocido. Abrió los ojos.

—Perdona —dijo Patricia—. No sabía que estabas despierto.

—Estaba meditando.

—¿Sobre?

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—La persona que tiene a los niños no tiene nada contra ellos. No les hará nada a menos que sea necesario. Aparte de estar… "guardándolos" para Valle-Mingueza, no siente nada por los niños. Quizás tiene más interés por los adultos. Por mí, por ejemplo.

—No sé esa obsesión por ti.

León y Mario rieron.

—Es muy guapo —dijo Mario—. Y eso de estar loco da ciertos puntos.

—Es verdad. Mira a Charles Manson.

Patricia quería decir que la palabra "loco" era malsonante. Pero esas dos personas, sobre todo León, seguramente conocían el pozo mental de algunas de las peores personas del planeta.

Una vez llegaron al hotel y aparcaron, Mario los llevó directos al restaurante. Les dijo que tenían que tomar algo hasta que Sergio diera nuevas instrucciones. Se sentaron en un rincón apartado.

León pidió un sándwich de atún y agua. Patricia, un té helado, y Mario, un tercio de cerveza. Ella no quería decir nada al respecto. De momento era el conductor, y había demostrado que tenía una habilidad sorprendente al volante.

—Podríamos tener mucha información ya —dijo León—, si no fuese por la protección que recibe ese monstruo.

—Es la cadena de mando —dijo Mario—. No se puede hacer nada.

La camarera se acercó con todo y lo dejó en la mesa. Solo Patricia y León dijeron gracias. Mario estaba ensimismado en la cerveza.

—Tiene que haber alguna forma en que se comunique con él —dijo Mario agarrando el vaso y dando un sorbo—, pero no sé cómo.

—Quien le mande los mensajes es el mismo tipo que estamos buscando.

—¿Y alguno de los guardas? Quizás no haya solo uno.

—Me extraña que sean tan traidores. Y los conozco bien. No creo que en todo este tiempo hayan cambiado de chaqueta.

Mario pegó un buen trago de su cerveza. Patricia intervino.

—¿Y las piezas de ajedrez?

—Quizás —dijo León—. He visto algunas que estaban tiradas por ahí, o en las mesas. Parece ser una obsesión más.

—Menuda obsesión —dijo Mario—. Tanto tablero y tanta pieza…

—Lo peor —dijo Patricia— son los toboganes y los columpios.

A partir de esa frase, el silencio se hizo señor de la mesa, mientras alrededor suyo la gente comía y charlaba. Cafés y tostadas. Cruasanes recién hechos. Café, refrescos, agua, té. Todos los que estaban ahí, menos ellos tres, desconocía exactamente qué es lo que estaba ocurriendo.

Algunos, mirando el móvil, habrían visto lo ocurrido. Los niños secuestrados, la falsa bomba, la profesora y los policías muertos. Ninguno de ellos sabría que, detrás de eso, estaba Luis Valle-Mingueza. Patricia se limitaba a beber tímidamente su té, mirando alrededor

—Podemos ir a la mansión—dijo Mario, bebiendo de un golpe el resto de la cerveza—. Quizás las piezas en las que se caga tengan algo.

—Es verdad —dijo León—. Será desagradable, pero habrá que mirar bien.

Patricia se mantuvo en silencio. Cuando una camarera pasó, Mario pidió un segundo tercio. León, mientras tanto, comía su sándwich de atún.

—¿Tú qué piensas, Patricia?

—En nada —dijo ella mirando a León—. ¿Cuándo termines el sándwich salimos?

—Sí —dijo León—, aunque si vamos a ver piezas embadurnadas en heces, he hecho mal en pedir algo de comer.

Capítulo 16 – Rey cazado

1

La habitación de Luis Valle-Mingueza apestaba a mil demonios. Un hedor agrio, espeso, que se pegaba a la piel. En un rincón, él permanecía desnudo, con una sonrisa pintada en la cara y las manos manchadas de marrón.

Dos de los tres agentes estaban agachados, recogiendo con guantes largos y bolsas naranjas un montón de piezas de ajedrez cubiertas de mierda. El blanco y el negro se confundían en aquel lodazal, y entre ellas surgían piezas extrañas, pegadas entre sí.

Aunque la colonia que habían echado ahogaba en toda la habitación, ni tan siquiera las mascarillas frenaban aquel olor nauseabundo. Las ventanas tapiadas no permitían oxígeno ni escape.

El tercer agente lo observaba sin pestañear. Sabía que con Valle-Mingueza nunca había que bajar la guardia: siempre podía salir con algo inesperado.

—Ya sabemos que haces estás gilipolleces. Estamos cansados de recoger lo que sea que haces con esto —dijo el vigilante—. ¿Qué coño te pasa? ¿Por qué sonríes?

—Estoy feliz —respondió Luis, su voz temblando entre cicatrices—. Quizás hoy encuentre al amor de mi vida.

Uno de los que recogían la inmundicia se giró.

—Estás enfermo.

—Mejor esto que recibir un tiro en la nuca —rio Luis—. Os ha tocado el mejor de los trabajos. Conozco a agentes que estarían agradecidos de este trabajo.

—Prefiero el tiro —dijo uno de los que estaban agachados—. No entiendo cómo duermes con este hedor.

—Es el olor de su alma —dijo el vigilante sin apartar la vista—. Lo que les hizo a esos chavales es repugnante.

Luis se llevó la mano al pecho, acariciando su piel marcada.

—Qué poético. "El olor de su alma". Seguro que se lo cuentas a tu novio cuando llegues a casa.

El agente apretó la mandíbula.

—Algún día alguien te reventará la cara. Y espero ser yo.

Luis cerró los ojos de golpe.

—¿Lo escucháis? Música.

El silencio era absoluto.

—Otra vez —bufó uno de los que limpiaban—. En cuanto acabe, me pego otra ducha.

—Callaos —dijo Luis, sonriendo como un poseso—. Escuchad la música. Bailad conmigo.

Se incorporó torpemente. Una pierna malherida le impedía moverse con fluidez, pero aun así comenzó a girar, imitando un ballet grotesco.

—Para ya, joder —le gritó el vigilante.

Los otros dos habían terminado de embolsar las piezas. En el suelo aún quedaban restos de heces y orina.

—No puedo parar —canturreó Luis—. Voy a ser libre. Libre.

El agente que lo vigilaba perdió la paciencia. Lo agarró por el cuello y lo empotró contra la pared.

—Tienes suerte de que no pueda matarte. Pero te juro que acabaré con tus putas payasadas.

Luis sonrió con los sucios labios amoratados por la presión.

—Vamos, déjalo ya. Hemos terminado —dijo uno de los que recogían—. Cuanto antes nos vayamos mejor.

El agente lo soltó, y Valle-Mingueza retrocedió bailando hacia un rincón, jadeante.

—Hasta luego, compañeros —susurró con voz cascada por el estrangulamiento—. Os echaré de menos.

Nadie respondió. Los tres hombres salieron de la sala y cerraron la puerta con tres giros de llave.

2

Las dos bolsas naranjas de plástico descansaban cerca del edificio contiguo, donde los agentes tenían su estación de vigilancia. Los tres esperaban cerca. Vestían ahora ropas comunes: camisetas, camisas, pantalones vaqueros.

—No sé qué querrán ver —dijo uno—. Solo son piezas de ajedrez y mierda.

Vieron el Mercedes Maybach entrar por la puerta y aparcar en el mismo sitio. Una vez Mario, León y Patricia salieron del coche, uno de los hombres alzó la mano para que lo viesen. Se encontraron a medio camino, cerca de uno de los toboganes más grandes.

—¿Son las piezas de ajedrez? —dijo León—. ¿Lo acaba de hacer?

—Sí. El muy cabrón lo ha dejado todo fatal. Creo que, aparte de heces y orina, habrá más líquidos.

—Quiero verlos cuanto antes. Tiene que haber algo en las piezas.

—Como tú veas. Ya te digo que se las compramos a granel. Incluso muchas veces nos dice que las coloquemos en un tablero por la mansión, con instrucciones de cómo deben ir, sin estar en la posición inicial.

—He aprendido ajedrez por este gilipollas —intervino otro agente—. Nos lo pone en la anotación esa rara. Estamos hasta los huevos ya, sobre todo sabiendo que hay niños en peligro.

Los agentes los acompañaron hasta las. A medida que se acercaban, incrementaba el hedor que se filtraba en sus narices, destruyendo todo a su paso. No pudieron evitar taparse la nariz y la boca, sobre todo Patricia, quien mantenía cierta distancia y estaba más apartada de los demás.

—¿Es esto?

—Dos bolsas. No sabemos cuántas piezas, pero unos cuatro o cinco sets de piezas.

—Luego tendremos que ver dónde las compran.

—Es en una tienda de un pueblecito. Al parecer Valle-Mingueza senior las compraba de un hombre que lleva casi toda la vida con el ajedrez. Vende otras cosas, porque cuando no viene el repartidor tenemos que ir nosotros.

—Y siempre piezas de madera —dijo otro agente—. Cuando compré unas de cristal, el maldito loco me las tiró a la cara. Tiene suerte de que está por encima de nosotros, que, si no, le arreaba una hostia que…

—Paz —dijo Mario—. Creo que todos aquí nos gustaría acabar con su vida de la peor manera posible. Pero ahora hay que pensar.

—Si están muy manchadas —dijo León—, necesitaré lavarlas con algo.

Uno de los agentes señaló donde había un grupo de cuatro columpios.

—Ahí hay una manguera. Funciona. Podrás lavar lo que quieras. Si eso, te sacamos guantes y mascarillas.

—Estaría bien.

Una vez León recibió el equipamiento, se lo colocó. Simplemente eran dos guantes grandes de látex y una mascarilla gruesa. Cogió las dos bolsas y caminó con rapidez hacia los columpios.

Mario y Patricia lo siguieron, dejando atrás a los agentes. Ella no podía evitar desviar la mirada según se internaban en lo que era una especie de jardín. Pudo ver, ocultada por unos setos, una figura enorme de un caballo de ajedrez.

León dejó las bolsas encima del césped. Se aproximó a una de las mangueras. Llegaba hasta un pequeño bloque de piedras, donde supuso que saldría el agua. Movió la boquilla y comenzó a salir agua. La volvió a cerrar y se dirigió a las bolsas naranjas.

Las arrancó con fuerza. Esparció todo lo que había. Trataba de hacerlo extenso, de forma que no se formasen demasiadas pilas. León pudo distinguir los distintos tipos. Tenían diferentes formas, tamaños y, de vez en cuando, colores. Pero todos ellos estaban pringados.

—¿Estás bien? —dijo Patricia a unos metros—. Huele muy mal.

—Tengo que mirar aquí —dijo León—. Es lo único que tenemos.

—Siempre está la tienda —dijo Mario—. Podemos ir ahí.

—No. Primero las piezas. Tienen algo.

—Seguro que en la tienda…

—No toques las narices.

Comenzó a esparcir agua alrededor. Se agachó y comenzó a coger piezas y lavarlas, para luego dejarlas en un montoncito: dos torres, un alfil, tres caballos y un montón de peones. Una vez la primera tanda estaba lista, cerró la manguera.

Arrodillado en el césped, agarró cada pieza. No formaban parte del mismo set. Cada una la movió de diferentes formas, las agitó, se acercó a verlas pese al hedor que desprendían. Hubo algo que llamó su atención.

Tuvo que entrecerrar un poco los ojos. Su mirada buscaba algo escrito en una de las torres. Pasó el dedo enguantado.

—Creo que tengo algo.

3

León continúo rastreando la mirada, intentando percibir cualquier cosa escrita en la superficie cilíndrica.

—Venid aquí. Ven, Patricia, por favor.

El "por favor" sonó con cierta lástima. Pese al olor, se acercó a León. Su mano, extendida, tenía la torre. Temblaba.

—Mira si hay algo. Creo que hay algo escrito.

Patricia se aproximó tapándose la boca.

—Sí. Bueno, no es nada escrito. Es como que simula los ladrillos de una torre.

—¿Estás segura? Yo leo nombres.

—No, León. No pone nada. Es decorativo.

—No te creo.

—León, no hay nada escrito.

Patricia sintió cómo la respiración de León se aceleraba. Parecía estar entrando en pánico. En psicosis. Para ella era simplemente una torre con una decoración que simulaba los ladrillos.

—No te quedes quieta. Dime lo que pone. ¡Hay algo escrito!

El súbito cambio de León forzó al cerebro de Patricia a encontrar una solución. Agarró uno de los caballos con el índice y el pulgar. También formaban parte del mismo set. Tenía el caballo decorado, como si fuese una crin de verdad.

—Mira, León. Este es decorativo. No hay nada.

Él cerró los ojos.

—Tiene que haber algo. Las piezas deben tener algo. Tienen… ¿Me tiemblan las manos?

Era obvio, pero León parecía no estar presente. Mario se aproximó lentamente.

—Sí. Estás nervioso. Yo diría que la tienda…

—No estoy nervioso. Estoy cabreado.

Tiró la torre al suelo y se quitó los guantes y las mascarillas. Con furia las lanzó lejos y pegó un par de gritos que rajaron el silencio que había permeado el jardín. Mario se acercó a Patricia y se puso en medio.

León fue hacia los columpios. Agarró las barras y comenzó a moverlas entre gritos. Luego, fue a por una de las cadenas. Comenzó a estirar, forzando el travesaño, doblándolo. Patricia intentó avanzar, pero Mario la detuvo.

—Déjalo un rato.

—Está nervioso.

—Yo lo he visto así a veces. Simplemente deja que se desahogue.

Patricia pasó de su advertencia y caminó rápido hacia él. Cuando estuvo a dos metros, León se aproximó con el puño cerrado.

—Por favor, León, para.

—¡No voy a parar! ¡Esto es una mierda! —miró al edificio donde los agentes estaban afuera, mirando—. ¡Hijos de puta! ¡Es por vuestra culpa!

León bajó el volumen.

—Los voy a matar. Los voy a matar.

Una idea emergió en el cerebro de Patricia. Una especie de eureka milagrosa.

—Por favor, hermano, no hagas eso.

Las palabras parecieron desarmar por completo a León. Ahora sufría tics en la cara. Su mano se abría y cerraba.

—No, no eres ella. Eso no funciona conmigo. No…

—Sí. Por favor, no hagas nada.

—No.

—Por favor. Haz caso a tu hermana.

Lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de León. Patricia se aproximó. Pese al hedor que se mantenía en él, lo abrazó como pudo. Aunque pudiera parecer imposible de sentir, para Patricia ese abrazo no era el de un hombre. Era el de un niño asustado. Un niño con miedo. Patricia giró la cabeza y vio a Mario.

—Lo siento. Van a morir, y es mi culpa —dijo León entre llantos—. Sé que eres Patricia. Sé que no eres mi hermana. Pero… tengo que resolver esto. Y no puedo.

—Tranquilo. Juntos lo haremos.

Se separaron del abrazo.

—Te he manchado de lágrimas.

—Es igual. Lo importante es que recuperes la compostura.

León cerró los ojos y aspiró con profundidad. Luego, soltó la bocanada de aire.

—Igualmente no tenemos nada. Solo la tienda —León observó cómo Mario estaba clavado en el césped, observándolos—. Sea lo que sea que tenga que hacer, lo haré. Pero necesitamos saber dónde están los niños.

4

Una vez se limpiaron y consiguieron deshacerse, en cierto modo, del olor a las heces de Valle-Mingueza, hablaron con los agentes.

—Tenemos que ir a la tienda —dijo León—. Y deprisa.

—¿Tenéis la dirección?

Mario intervino.

—Sí. Saldremos enseguida.

Era un pueblo, algo lejos de dónde estaban, pero para ellos cualquier pista, cualquier forma de acercarse al secuestrador, era algo que necesitaban con urgencia. Antes de entrar en el coche, Patricia tuvo que darle más pastillas a León. Ambos sabían que necesitaban que él estuviese despierto, pero también necesitaba calmarse.

Su corazón era como un caballo, galopando en el interior de su pecho como si intentara romper las costillas.

Una vez en el coche y tras poner la dirección en el GPS, marcharon por la autovía, León adquirió cierta confianza en sí mismo. Sabía que enfadarse y cabrearse no tenía ningún sentido. Por otra parte, mientras Patricia lanzaba miradas de preocupación, León mantenía sus ojos clavados en el exterior de la ventana.

Dentro de su ser, agradecía lo que había hecho Patricia. Era algo ciertamente inteligente. León, en un estado normal, sabía que eso

era un truco para intentar desarmar el estado emocional de una persona. Útil, sobre todo, si esa persona está en un estado activo y agresivo.

Quería agradecerle lo que había hecho cuando le dio las pastillas, pero se limitó a ponerlas debajo de la lengua y entrar en el coche sin decir nada más. Ahora quería perder su mente viendo el paisaje desenvolverse más allá de la ventanilla.

Un pequeño volantazo lo despertó. Sonidos de claxon en el interior. Mario golpeó el volante.

—Maldito cabrón.

—¿Qué ha pasado? —dijo León—. No me he enterado.

—He intentado adelantar a ese capullo y no he podido. Casi le doy por detrás.

—Mario —dijo Patricia—. No deberías haberte tomado tanta cerveza.

—¿Qué quieres que hiciese? Estoy también nervioso. Tenemos que llegar rápido.

León abrió los ojos de par en par. Miró a Patricia. Estaba normal. Miró a Mario, quien le había lanzado algunas miradas.

—Nunca lo estás conduciendo —dijo León—. Pero supongo que será la edad.

—Será eso.

León lanzó un suspiro, apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos. Su boca, sin emitir sonido, se movía como si estuviese pronunciando palabras. Patricia lo miraba con tranquilidad, intentando reorganizar su pensamiento. Antes de conocer en lo que se estaba metiendo, ella esperaba que, fuese lo que fuese, se pudiese hacer con paciencia.

Pero no.

Ahora estaban yendo a contrarreloj. Mario cada vez se ganaba más golpes de claxon. León se mantenía apoyado en la ventanilla. Ella quería intentar ordenar su mente para poder predecir qué demonios

podía pasar. Pensó que había tenido suerte al conseguir calmar a León.

Se apoyó en el cómodo respaldo. Quería centrar su mirada adelante, en la carretera. Mario conducía rápido, insultando cuando tenía problemas al adelantar a alguien, sobre todo a los camiones.

5

El pensamiento de Patricia paró una vez se metieron por una salida. El Mercedes se adentró por una carretera mal asfaltada hasta llegar a la entrada de un pueblo. Guiado por el GPS, Mario condujo hasta la tienda. Pasó con lentitud. No había gente por ahí. Algunos coches aparcados. Un par de palomas volaban de aquí para allá.

—Ya hemos llegado —dijo Mario, parando en la otra acera—. Entramos los tres.

León despertó de su pensamiento.

—Iré yo solo.

—¿Seguro? Mejor ir los tres.

—Puedo ir sólo.

—Sería mejor…

Patricia intervino antes de que León volviese a enfadarse.

—Estaremos aquí.

—El dependiente es un hombre mayor —dijo Mario—. No creo que tengas muchos problemas. Además, son solo unas preguntas.

León suspiró. Salió del coche y cerró la puerta. Caminó hasta la entrada, observando de un lado a otro. Unos cuantos coches. Casas adyacentes. Era un pueblo. Y ya. Sabía que cualquier cosa sospechosa estaría en el interior. Una vez estaba en la puerta, resopló, cogiendo aire. Luego, llamó al timbre.

Tras menos de veinte segundos, un hombre mayor abrió la puerta.

—¿Sí?

—Hola, buenos días. Venía a ver los tableros de ajedrez que tiene. Soy un coleccionista y he oído que usted es de los mejores.

—Gracias por el cumplido —dijo el hombre mayor con una sonrisa—. Pase, pase.

El hombre tendría unos cincuenta y cinco años. Llevaba unas gafas con cordel, pelo ralo y un afeitado regular. Su pose, algo encorvada, no emanaba ningún tipo de agresividad o fuerza.

—Supongo que lo habrá buscado por internet —dijo el hombre—. Después de que sacaran la serie esa de ajedrez, de la chica esa, tengo un montón de pedidos de internet.

Los dos anduvieron por la tienda, algo amplia. Aparte de ajedrez, tenía otros juegos de mesa: parchís, damas, dominó. Llegaron a la sección donde había tres tableros desplegados con tres sets de piezas bien colocados.

—Con tantos pedidos, no puedo dar abasto. Mi proveedor supongo que sabrá quiénes son, Hermanos Martínez —se acercó para agarrar una torre—. Son ellos los que hacen todas estas. Esta es Staunton siete. Preciosa. Es una de las que usan en la serie esa… ¿Usted la ha visto?

—No, no la conozco.

El hombre lanzó una pequeña carcajada.

—Es la primera vez que viene alguien y no la conoce. En fin, las modas son así. Pero no me quejo —dejó la pieza en el tablero—. De todas formas, tenía ya mis ventas. Tengo un repartidor en nómina, que suele ir por Valencia capital, ¿sabe? Tengo ventas casi semanales, y es él el que se encarga de repartirlas.

—¿Un repartidor?

—Sí. Ahora está en la trastienda. Ha venido algo pronto, así que ha tenido tiempo de arreglar uno de los sets que tenemos reservados.

—¿Arreglar?

—Sí. Siempre piden tres o cuatro, cada semana. Él se encarga de ver que esté bien, ¿sabe? Si quiere que le diga, no sé qué demonios

hace para que vendamos tanto. A este paso me jubilo en dos años.

—¿Ha preparado algún set especial?

—Son uno de esos decorados. Caros.

—¿Es uno en el que las torres tienen como relieve, imitando ladrillos y tal?

El hombre abrió los ojos.

—¿Lo conoce? Es bastante caro, pero es el que vendo siempre —el hombre resopló—. Yo creo que alguien me los compra y los vende por internet. Y yo no me aclaro con eso. Mi hijo ahora está en Alemania. Lo que tiene ser ingeniero. Encuentras trabajo más fácil en otro país que aquí. Si no estuviese de presidente el…

—Disculpe, ¿podría ver ese set?

—¿El que ha preparado Mariano?

—Sí, ese.

—Ah, claro. Estará por aquí.

El hombre se aproximó a un pequeño baúl. En él, el logotipo de los Hermanos Martínez con el nombre debajo.

—Es este. Él vigila que esté todo bien. Me dice que alguna vez tuvo problemas con un cliente, de que estaban rotos o no sé qué. A partir de entonces le dejé que hiciese lo que quisiese. Él se encarga de cosas de internet, ¿sabe? Porque…

—¿Podría hablar con su repartidor? Es Mariano, ¿no?

—Sí. ¿Por qué quiere hablar con él?

León suspiró.

—¿Conoce a su familia?

El hombre negó con la cabeza.

—Me ha contado alguna cosa, que sus padres viven por Asturias y están jubilados o algo así. No es muy hablador, pero…

—¿Le ha dicho que tiene un hermano?

—Pues no. No me ha dicho nada.

—Creo que tampoco le hubiese dicho nada. Soy yo su hermano —León bajó la voz y se acercó a él—. Nuestro padre ha muerto. Yo y Mariano no nos llevamos bien, y… Bueno, he venido hasta aquí para decírselo. Preferíamos decírselo en persona. Sobre todo, yo.

—Vaya.

—Perdone por la molestia. Lamento haber entrado en la tienda sin intención de comprar. Quizás lo haga, para mis hijos. Tal vez ellos hayan visto la serie. Pero era para hablar con él.

—Qué lástima. Pues hablaré con él, que está en la trastienda.

6

El hombre mayor dejó a León cerca del pequeño baúl que tendría que contener todas las respuestas a todas las preguntas que tenía. Una vez el dependiente se fue y León se aseguró de estar solo, lo abrió para ver el interior.

Las piezas eran muy parecidas, por no decir las mismas, que las que tenía Luis. Eso sí, estaban todas limpias. En la mitad izquierda, colocadas en una superficie de fieltro y terciopelo, cada pieza en un hueco con su forma: ocho peones arriba, debajo, el resto de las piezas.

Todo estaba en orden, nada raro. León suponía que ese sería uno de los que recibía Valle-Mingueza, aunque no podía estar seguro. Lo habían preparado, por lo que supuso que deberían tener algo. Las dudas sobre el dependiente incrementaron, pues tal y como él le había mentido, él podría ocultar su verdadera identidad.

Volvió a suspirar. Cogió una de las piezas y la observó. Era un peón blanco. El material era de los mejores, con un tallado perfecto. Le dio la vuelta para ver el pedazo de fieltro. Suave. Lo dejó en su lugar y cogió más peones. Todos eran iguales salvo uno.

Su parte inferior tenía un fieltro marrón en vez de verde oscuro. Cogió otro peón blanco para asegurarse de que sus ojos no estuviesen confundidos. Eran diferentes. Dejó por encima, sin

colocarlos en sus huecos, los dos peones. Luego, sacó varios peones negros. Estos tenían terciopelo marrón, salvo uno de ellos, que tenía terciopelo verde.

León miró alrededor, confuso. No sabía qué significaba eso. Sus ojos se detuvieron en un objeto. Una vez su mirada pasó por una estantería pequeña, divisó un botecito de pegamento, muy parecido al que tenía Valle-Mingueza en su habitación, junto con varias maquetas de barcos de madera.

Lo cogió para inspeccionarlo de cerca. Lo sostuvo y lo agitó un poco. Parecía quedar solo la mitad. Sus ojos volvieron a los peones. Dejó el pegamento cerca del baúl y cogió uno de los peones con el fieltro equivocado. Arrancó el fieltro. Nada. Cogió el otro y arrancó el fieltro. Nada.

Sacudió la cabeza. Su mente repetía: "tiene que haber algo". Agarró la reina blanca, le dio la vuelta y arrancó el fieltro. Ahora la madera tenía algo. En medio de la circunferencia, un punto blanco. Usó la uña, poco a poco, para sacar lo que había dentro. Al final lo consiguió: era un papel pequeño, enrollado. Dejó la figura. Extendió lo poco que pudo el papel y leyó.

"11/9/2014 Este día contempla el suicidio y el asesinato. Se debate entre cuál es mejor. Creo que cuando estés libre deberías leerlo en persona. Escribiré más. Es muy interesante."

Una descarga eléctrica recorrió su espalda. Giró su rostro lentamente. No había nadie. Tragó saliva y dejó todo, buscando alrededor cualquier tipo de objeto que le sirviese de defensa. Avanzó hacia donde había ido el hombre, siguiendo el camino con cuidado, con los ojos escaneando cada sombra mientras su cerebro trabajaba.

Estaba en el peor punto intermedio. Estaba demasiado dormido y despierto a la vez. Se pinchó la cara, intentando despertarse de ese limbo. El puzle había encajado ya. Cerró los ojos diez segundos mientras permanecía en pie. Luego, los abrió y sopló con fuerza.

Avanzó hacia el mostrador, donde una puerta le sugería la trastienda. Unas tijeras le llamaron la atención. En su mente, la

suerte le sonreía. Pero tenía que seguir con el plan. Abrió la puerta con lentitud. La luz estaba encendida. Cajas de juegos de mesa tiradas por doquier. Una estantería sobre un cuerpo.

Reconoció el rostro que asomaba entre los productos ahora deshechos. Sus pies lo pusieron en el umbral. Quietud. Silencio. Pensó que tenía que haber escuchado el ruido. Sus ojos se abrieron de más. Entreabrió la puerta para poder ver el hueco que quedaba entre la puerta y el marco.

Pudo entrever algo que desde luego no era la trastienda. Era más profunda, y algo parecía estar detrás de la puerta. Como la puerta abría hacia la izquierda, tenía la ventaja de que la derecha podía sostener las tijeras con fuerza. Sus ojos se centraron en el horizonte de la puerta. Estaba listo.

7

Empujó la puerta hasta aplastar a alguien. Con furia y rabia comenzó a apuñalar con las tijeras a quien estuviese detrás. El sujeto estaba metido demasiado hondo, y el brazo de León no era lo suficientemente largo. Sintió cómo algunos golpes encajaban, y una breve mirada de soslayo mostró sangre en las tijeras.

El problema ahora era mantenerlo aplastado. No tenía las fuerzas suficientes para mantener al que parecía ser un oponente más fuerte. En uno de los intentos de apuñalar, el hombre le agarró el antebrazo, y por el sudor se deslizó el agarre hasta que llegó a la muñeca.

León intentó estirar, hasta que la fuerza con la que era apretado fue superior. Consiguió escaparse del agarre, pero un empujón a la puerta tiró a León al interior, golpeándose contra una estantería de tableros de ajedrez pegada a la pared de la trastienda.

La puerta se cerró de un golpe. Delante de él estaba John. Por primera vez León pudo ver a su objetivo. Pero ese hombre, algo más corpulento que él, tenía una cara que gritaba tristeza. El lateral

izquierdo del cuerpo de ese hombre había sufrido un poco, con retazos de sangre manchando su piel y su camiseta.

El hombro, el brazo y parte del antebrazo sangraban. No eran heridas profundas, pero seguían siendo heridas. León sabía que, si la lucha duraba mucho, eso era una ventaja para él. Lanzó un vistazo a las tijeras. Habían caído al suelo, cerca de la pared contraria.

—Por favor —dijo el hombre—. No nos peleemos.

—Tú eres el de los niños —miró al dependiente fallecido bajo las estanterías metálicas—. Tenía que haber venido aquí hace mucho tiempo.

—León, no digas eso. Es el mejor momento —John sonrió—. Me has encontrado. Ya estamos juntos. Solo falta el joven L.

—¿L?

—Sí. Luis. Pero el hijo. Él es mi otro hermano. Tiene pensamientos diferentes, pero es mi hermano.

—No es tu hermano. Tu hermano está ahora en casa de los padres que has asesinado.

Sus labios se torcieron.

—Ese no es mi hermano. Ese es un traidor. Y tampoco son mis padres. Fui concebido por la luz. Me lo dije él. Ellos confían en mí. Todos se han aprovechado de mi bondad, pero ya se va a acabar.

—¿Cómo se va a acabar?

—Vamos a estar juntos. Cuando L esté con nosotros, seremos imparables. Y podremos jugar a lo que queramos.

León comenzó a tantear lo que tenía a mano. Detrás, en su espalda, la estantería contenía varios tipos de tableros. Aunque no los veía, algunos eran de parchís o del juego de la oca. Sus dedos tocaron los bordes. Necesitaba uno duro.

—¿Y qué pasa con Bonnie? ¿Va a venir a jugar?

El hombre comenzó a estirarse de los pelos.

—No. Tú no. Bonnie está. Está con nosotros.

—¿Cómo murió?

—No, por favor. Hermano. Calla.

—¿Lloró mucho cuando la mataste?

Sin mediar palabra, John se lanzó contra él. León agarró un tablero con rapidez. Era de ajedrez. Grueso. Duro. Lo sacó y le golpeó la cara, rompiéndole la nariz. John comenzó a gritar. Ira, rabia y odio emergían de su cuerpo.

—¡No digas nada de Bonnie! —se tocó la nariz y vio la sangre—. No puedes ser como él. No. El padre debe morir. Los padres deben morir. Solo estamos juntos.

León comenzó a avanzar hacia el fondo, pasando por el pasillo entre estanterías paralelo a donde yacía el pobre dependiente. Sabía que estar contra la pared no le ayudaría mucho. Necesitaba ventaja. O huir. Su mente estaba en las tijeras.

—John —dijo León en inglés—. ¿Por qué mataste a Bonnie?

El rostro del hombre comenzó a sufrir espasmos. Avanzó hacia León, intentando tirarle una estantería encima. Con pies rápidos dio un salto atrás y consiguió escaparse. Ahora esa zona también era impasable, con tanto hierro doblado y tantas cajas.

Cualquiera de los dos podía ser capaz de pasar encima de ese desastre, pero la ventaja era lo más importante. León dio pasos atrás. Giró el rostro una vez. Había una puerta metálica, con tres cerrojos. Avanzó rápido para girar el picaporte negro metálico. Cerrado.

—No escapes —dijo John en inglés—. Tenemos que ser hermanos.

León cambió al último pasillo, al lado contrario. Era el único que quedaba libre, igualmente flanqueado por estanterías. Estas seguían de pie, firmes. Vio el rostro de John. Movió su cabeza mientras sus ojos escaneaban el suelo. Entonces, León supo el motivo.

El hombre se agachó y agarró las tijeras con la mano derecha. Cruzaron miradas.

—No quiero matarte —dijo John en español perfecto—. No tenemos que hacer esto.

—¿Y los niños?

—Ellos van a ser libres también.

—¿Sabes lo que hace L con los niños?

—Los libera. Como yo fui liberado. Como L fue liberado —sonrió como un niño—. Como tú fuiste liberado.

Ahora el daño emocional estaba en León. Sentía cómo sus manos temblaban entre sudores. Dio unos pasos adelante, hacia su oponente, mirando alrededor. Todo eran juegos de mesa. Lo único que tenía era ese tablero de madera gruesa. Eso, y bastante rabia.

—Tú no sabes nada de mí.

—He leído tu diario. Es lo mismo que hacía yo. Y L también lo hacía.

—Mira que eres gilipollas.

León esprintó hacia su enemigo, tablero agarrado con las dos manos. El golpe lo paró John con el hombro, agachando la cabeza intentando protegerse. Antes de poder dar un segundo golpe, John le lanzó una puñalada a la cara.

La paró con la tabla. Tijera y tablero estaban enganchados. Los dos forcejearon hasta que fueron lanzados por el aire. León perdió el equilibrio, lo que provocó que John se lanzase a por él y lo tirase al suelo. Su peso era demasiado para que León pudiese levantarse.

—¡Quieto! —dijo John—. Son las pastillas. No tienes que tomártelas. Te hacen ver las cosas distintas.

—Eres un perturbado —dijo León, forcejeando con brazos débiles—. Y mataste a Bonnie.

John se deshizo de los intentos de León de quitárselo de encima y comenzó a estrangularlo. En el suelo, sin aire, tenía que pensar

rápido en algo. Solo pudo murmurar un par de palabras ahogadas. Eran en inglés.

—Hermano. Ayúdame.

La fuerza de las manos disminuyó. León recuperaba el aliento. El oxígeno volvía. Y John se despistó. León agarró la cabeza del hombre y la aproximó a su rostro, mordiéndole la nariz. Durante unos largos segundos, los dientes se mantuvieron en la nariz de John, cada vez apretando más.

León lo apartó a un lado entre gritos de agonía y dolor. Se levantó raudo para volver a agarrar el arma. Pero en la puerta por donde había entrado había dos personas. Mario tenía una pistola apuntando a la cabeza de Patricia, cuyos ojos llorosos provocaron debilidad en el cuerpo de León.

—Para ya —dijo Mario—. Tenía que haberte capturado en mejores situaciones, pero he tenido que intervenir.

—Hijo de puta.

—Y no lo has visto venir —dijo Mario, sonriendo—. Eres un completo idiota. Mucho ajedrez y mucha mierda, pero un tipo huérfano dedicado a ser mercenario de cuatro políticos de mierda te ha hecho jaque final.

—Se dice jaque mate.

—Una chorrada más —dijo Mario—. Y te quedas sin tu casi-hermana.

Capítulo 17 – Rey ahogado

1

León y Patricia estaban pegados a una de las paredes de la trastienda bajo la atenta mirada de Mario y su Beretta. John se había quitado la camiseta para inspeccionar sus heridas. Tenía un par de cortes leves en las manos, la nariz rota y el costado sangraba un poco.

—Son rasguños —dijo John—. Pero lo que más me duele es que no comprendas nuestra relación de hermanos, León.

—No soy tu hermano —en el rostro de León se podía leer con letras mayúsculas el cansancio físico y mental—. Suelta a los niños y haré lo que quieras.

—Ese no era el trato —dijo John—. Tiene que venir L. Él me dijo que me iba a ayudar. Él sí que es mi hermano.

—¿Por qué rompiste la pieza de ajedrez? —preguntó León.

John se agarró el pelo.

—No. No lo hice yo. Yo…

—¡Basta! —dijo Mario—. Ahora mismo los dos vais al polígono.

Los ojos de León se clavaron en Mario.

—Sabía que había ratas en este barco.

—Podías haber hecho algo —sonrió Mario—. Pero hay más metidos en el ajo. Seguro que no sospecharías de Escalonilla.

León apretó la mandíbula.

—Tranquilos —dijo Patricia con voz quebrada—. Podemos solucionarlo. Mario, tú no…

—Tras el primer encuentro con Valle-Mingueza recibí cierta oferta. Paso de arriesgarme las pelotas con gilipolleces de este tipo. Ahora al polígono.

—Mario, por favor —Patricia tenía los ojos perlados—. No he hecho nada, yo…

—Cállate de una vez, maldita puta. En cuanto cumpla mi contrato me piraré de aquí cubierto de millones.

—Te buscarán —dijo León—. Y te encontrarán.

—Solo el gran León Santángel podrá hacerlo. Y cuando esté libre de esta mierda, creo que no estarás en condiciones de buscarme.

Mario se giró a John.

—Ponte algo. Ve a la furgoneta. Y coge las esposas.

John se marchó de la trastienda por la puerta, abriéndola con sus llaves. Los ojos de León recorrían cada rincón del lugar. En medio de la tienda estaba aún el cadáver del hombre sepultado por varias estanterías.

—Deja de mirar —dijo Mario—. No busques formas de escapar.

—No creo que me lo puedas impedir. Me da igual que me pegues un tiro, y si me pegas un tiro, tu recompensa se va al garete, ¿no? No creo que Luis sólo quiera escapar.

Mario sonrió. La pistola apuntó específicamente a Patricia.

—Ella no está en el contrato. Y creo que no te gustaría que la matase, ¿no? Mira tus manos. Ya están temblando. Y los tics de tu rostro.

Todo el ser de León comenzó a sufrir la ansiedad y los nervios. Le habían prometido que, en temas de violencia o disparos, Mario estaría protegiéndola. Ahora era todo lo contrario.

—Déjala en paz. No tiene nada que ver con esto.

—Claro que lo tiene. Mientras esté ella, te tengo controlado. Si no te comportas, ya sabes lo que le pasará. En ajedrez es el rey el que tiene que sobrevivir, ¿no?

Silencio.

—Te he hecho una pregunta, León.

—Sí.

—Pero tú eres el tipo de rey que no le vería sentido seguir en la partida si su reina muere, ¿no?

—Bonita analogía. ¿Has estado leyendo poesía últimamente?

Mario rio.

—Siempre me has hecho gracia, León. Siempre al borde del abismo, sufriendo, padeciendo. Pero siempre resolvías casos. Y todos se centraban en ti —el rostro de Mario cambió a ira—. Yo estuve tres días seguidos solo en Irak. Todo por un tipo de mierda que resultó ser el erróneo. Encontré al de verdad. Me pegué de hostias. Pasé hambre, frío y miedo. Cuando volví con el resto, ¿sabes qué dijeron? Nada. Porque ese era mi deber.

Se aproximó un par de pasos.

—Tú eres un blandengue de mierda. Ves cadáveres de niños y te rompes en pedazos. Yo vi también los cuerpos inertes de niños. Los maté yo, incluso. Ni tan siquiera Sergio me ha agradecido mis servicios. Puede que él te trate de una manera un poco dura, pero a mí… Yo no importo nada. Hasta ahora.

La puerta se abrió. John apareció con una camiseta nueva y dos esposas.

—Ponles las esposas —dijo Mario—, tenemos que darnos prisa.

Mientras John le colocaba las esposas, León trató de mantener sus ojos clavados en Mario.

—Eso es lo que has sido todo el tiempo —dijo León—, un personaje secundario. Alguien sin importancia. Sé la misión en la que participaste, no soy idiota. Siempre he sabido tu resentimiento hacia mí. Siempre has tenido ganas de partirme la cara.

—Ahora voy a partirte la cara de una forma muy especial. Y voy a cobrar por ello —miró a Patricia—. Cualquier tontería que hagas, ella lo va a pagar. Si sabes lo de Irak, sabes lo que íbamos a hacer. Lo que le hicimos a ese pobre hombre.

—Lo sé.

La sonrisa que esgrimió Mario gritaba maldad.

—Pero ese era un hombre. Esta es una mujer. Hay tipos de tortura diferentes.

León dio un paso al frente y John le paró agarrándole de las esposas.

—A ella le pegaré un tiro —dijo Mario— si haces estupideces.

—Por favor —susurró John—. Todo irá bien, hermano.

León reunió todas sus fuerzas para no hacer nada. Una breve mirada fue suficiente para comprobar que Patricia estaba a dos milímetros de caer al vacío de una crisis de ansiedad. Quizás algo peor.

—Ahora a la furgoneta. Tenemos un viaje que hacer.

2

Una vez tuvieron las esposas puestas, los dos salieron bajo la punta de la pistola de Mario. Cerca, una furgoneta. Lejos, cualquier tipo de ayuda. Patricia sentía tal dolor en el pecho que podría pedir que le pegaran el tiro ya y acabaran con su sufrimiento.

También porque sabía que en todo eso ella era innecesaria.

Sólo querían a León.

—Subid —ordenó Mario.

John les abrió la parte trasera. Había sitio para bastantes personas.

—Al fondo —dijo John.

Les ayudó a subir, para luego llevarlos al fondo, donde había cadenas. Las colocó a cada uno con un candado. Estaban bien prietos, ajustados a las paredes de la furgoneta. Una vez John los tuvo bien atados, salió.

—Me quedaré atrás con ellos —dijo Mario—. No me fío de León.

—¿Tienes miedo? —dijo León con un pequeño espasmo en el rostro —. Para ser un gran agente sé que estás nervioso. Y cagado de miedo.

—Las amenazas no funcionan tan bien con alguien que está a punto de tener un brote psicótico y una crisis de ansiedad. Los tics te delatan.

Mario se subió al interior de la parte trasera. Patricia tenía a unos pocos metros una pistola cuyas balas tenían su nombre. Si escapaba, mal. Si León hacía algo, mal.

Sintió una lágrima deslizarse por su rostro.

—No llores —dijo Mario—. Te liberaremos si todo sale bien. Si no… bueno, ya lo sabes.

Patricia rompió a llorar. John entró en el asiento del conductor.

—¿Todo bien?

—Arranca y echa para allá —dijo Mario—. Cuánto antes lleguemos antes me aseguraré de que los otros agentes estén muertos. Eso y que quiero pirarme con mi pasta.

El hombre arrancó la furgoneta. El temblar del vehículo fue para Patricia como si le estuvieran poniendo la mortaja.

—¿A dónde vamos? —dijo León—. Al menos puedes confesarlo.

—A donde sea que tengamos que ir —dijo Mario—. Voy a quedarme aquí. Sin gilipolleces. No quiero quedarme sordo por pegarle un tiro aquí a la pelirroja.

Mientras la furgoneta continuaba con su ruta, en el interior León mantenía la mirada fija en el suelo. Había alguna que otra mancha de sangre. El mero hecho de pensar qué les estaría ocurriendo a los niños, o qué les habría ocurrido ya, provocó una descarga eléctrica en su espalda.

—Te entran recuerdos, ¿no? —dijo Mario con sorna—. Siempre me ha parecido que mentías con esas chorradas.

—Nunca he mentido —León cerró los ojos—. Soy un buen agente por mi exceso de empatía.

—Yo también soy un buen agente. Pero por todo lo contrario. Tú no hubieses durado un segundo en mi lugar.

—Cualquiera…

León resopló y calló. Mario le dio una bofetada.

—No te calles. Continúa.

Negó con la cabeza.

—¿Qué ibas a decir? —dijo Mario acercando el arma a Patricia—. Dímelo o recibe un tiro.

León alzó la mirada lo suficiente para encontrarse con la de la mujer. Si cualquiera podía ver que tenía miedo, León no sólo lo veía.

Lo sentía.

Lo padecía.

—Cualquiera puede ser un matón del tres al cuarto.

Mario lanzó una carcajada y volvió a su posición.

—Los casos en los que has intervenido, León, podía resolver cualquier tipo.

—Tú estabas en ellos. ¿Los has resuelto?

—Yo siempre estaba ahí para protegerte y salvarte el culo.

—Nunca te he necesitado.

—¿Seguro? —Mario esgrimió una sonrisa—. En fin, sigue viviendo en tu mundo imaginario. Dentro de nada volverás a reunirte con un viejo amigo. Sabes… sigo sin saber qué ve en ti el tiparraco este. Lo de ajedrez… Tú… Es todo raro. No sabía que era gay, la verdad.

—¿Envidia?

—Un poco —comenzó a mover la pistola cerca de Patricia—. Aunque ahora tienes envidia de que yo tenga un arma y tú no.

—Ya sabes que si la matas el trato se acaba. Me tiraré a por ti, aunque también me dispares.

—Podemos sedarte.

—Igualmente me resistiría.

En ese momento, Patricia rompió la conversación.

—Por favor, no quiero que me hagas daño, Mario. Yo no he hecho nada, yo… —comenzó a llorar—. Por favor. No tengo nada que ver con esto. Soltadme, y…

3

La sonrisa de Mario era de oreja a oreja. No hizo caso a Patricia, pues estaba mirando fijamente a León, quien volvió a bajar la cabeza, ojos cerrados, temblores en su cuerpo.

—Mírame, León.

No le hizo caso.

—He dicho que me mires.

Tras unos segundos, explotó.

—¡Mírame!

Patricia dio un pequeño brinco entre lloros. León trataba de mantener la compostura de su rostro mientras sus ojos se cruzaban con los de su captor.

—Ella no te quiere, León. Es una simple chavala. Una estudiante. Ya está. No es tu hermana, nunca ha sido. Las otras tampoco lo fueron.

—Lo sé, Mario.

—Te lo digo porque si le digo a Patricia que la puedo soltar mientras a ti te torturan, ella dirá que sí. Le importas una mierda.

—Lo sé.

—Patricia, tengo una pregunta —sus ojos chocaron—. ¿Quieres que te soltemos?

Se mantuvo callada. Bajó la mirada.

—Dime, ¿quieres que te soltemos? ¿Es eso lo que quieres?

—Sí… Por favor.

—Digamos que te dejamos por aquí, en una carretera. Podrías pedir ayudar. Estar a salvo. Pero dejarías a León solo. Sin nadie. Sin su

hermana. ¿Serías capaz?

Patricia se mantuvo en silencio.

—Vamos, di algo. ¿Dejarías a León sólo con Valle-Mingueza? ¿Sabes lo que le hizo, no?

—Por favor, Mario, yo…

Mario miró por la ventanilla.

—John, para.

—¿Qué?

—Que pares. Ahora.

La furgoneta se detuvo en una carretera secundaria. Mario se levantó y abrió las puertas traseras.

—Te dejaré ir, Patricia. Si quieres. Pero tendrás que saber que dejarás a León solo.

La mujer observaba el exterior como oasis en desierto. El sudor se acumulaba en sus sobacos, y el nudo en el estómago dejaba de ser molesto para causarle un dolor inconmensurable.

—Dime, ¿lo quieres dejar con Luis? ¿Lo abandonarías? —Mario apuntó con su pistola—. Dime que dejarías a León sufrir solo con tal de irte.

—S-sí.

—Más alto.

—Sí.

—Díselo a León.

—Por favor, Mario…

—¡Dile que le den por culo! ¡Dile que prefieres seguir viva!

—¡Vale! —Patricia fue dominada por los calambres que sufría su cuerpo—. No te conozco de nada León, no quiero que me pase nada, yo… Por favor, Mario, déjame salir. Yo…

Mario cerró la puerta de golpe y se sentó mirando a los dos.

—John, continúa —dijo Mario reposando en un lateral de la furgoneta—. Le importas una mierda a todo el mundo, León. Salvo para Luis. Aunque lo que te va a hacer no sé qué será, seguirás siendo un pedazo de mierda.

El silencio se apoderó de la furgoneta, la cual había vuelto a continuar por la carretera. Patricia tenía los ojos cerrados fuertes, como un niño que cree que los fantasmas desaparecen si se van.

—Tanta empatía y tanta inteligencia para acabar atrapado… ¿Cuánto queda?

—Unos diez minutos.

—Genial. Alegrad un poco las caras. Solo quedan unos días de tortura para luego morir.

4

El agente Sergio Hernández conducía a través del estrecho camino que llevaba al aeropuerto privado, sus manos firmemente aferradas al volante mientras su mente navegaba por una tormenta de pensamientos. El motor del coche ronroneaba suave, en contraste con la agitación interna que sentía.

Había perseguido pistas, interrogado a testigos y cruzado fronteras en su intento por desmantelar la red criminal que se extendía por varios países europeos. Todo ello mucho antes de contactar con León. Y ahora, cuando finalmente parecían estar acercándose a algo concreto, se encontraba en la disyuntiva de tener que abandonar temporalmente la investigación para volar a Londres.

Si quería obtener información acerca de la red de tráfico de menores, tenía que hablar con gente que estaba por encima de él. No sólo un par de peldaños, sino varias magnitudes de altitud. Todo lo que se filtrase podría poner en jaque la operación. Valle-Mingueza, como León y Sergio, no eran más que peones. Para Sergio, no eran ni fichas de parchís.

Sabía que León era capaz de aguantar, pero la preocupación lo asaltaba con cada metro que recorría hacia el aeropuerto. Mientras el coche se deslizaba por la pista de aterrizaje privada, el imponente jet apareció en su campo de visión. Los faros del Mercedes iluminaron la estructura metálica y elegante del vehículo, listo para despegar en cuanto él abordara. Sergio apretó los labios, pensando en las posibilidades. Sabía que Londres era crucial, pero su instinto le decía que algo no estaba bien.

El coche se detuvo frente al jet, y Sergio apagó el motor, quedándose unos segundos en silencio, escuchando el retumbar sordo de los motores del avión que ya estaban en marcha. Afuera, varios agentes ya lo esperaban. Sus figuras eran sombras uniformadas. Respiró hondo, tratando de calmar las dudas que lo acosaban.

Finalmente, salió del coche, cerrando la puerta con un clic firme que resonó en el silencio de la noche. Se dirigió hacia los otros agentes que lo esperaban para abordar el jet. Mientras caminaba, dejó que el sonido de sus pasos marcara el ritmo de su determinación.

—Agente Hernández —dijo uno de ellos—, lo tenemos todo preparado para ir a Londres. ¿Está listo?

—Como estar, estoy. Listo no lo sé.

—Sabemos lo del caso. Lamentablemente debe hablar en persona con Pierce y sus superiores.

—Menuda mierda.

—Ha estado mucho tiempo trabajando afuera —dijo el agente—. Así que tenga cuidado con ese lenguaje.

—Lenguaje mis cojones.

Antes de dar un paso hacia el jet, su móvil sonó. "Agente D12"

—Joder —aceptó la llamada—. Dime.

—Tenemos ciertas dudas acerca de lo que nos ha llegado. No tenemos sitio para los nuevos ordenadores.

—¿Qué ordenadores?

—Hemos recibido un cargamento, varias cajas de plástico rígido, protegidas. Es un cambio de los portátiles.

—No he mandado nada de eso —Sergio resopló—. ¿Dónde está Mario?

—Se ha ido con León y la otra chica. Están investigando la tienda de ajedrez.

—¿Le habéis dado la dirección?

—No. Mario se la sabía.

Sergio se giró para andar en dirección contraria.

—Mario no sabe dónde es. ¿Quién ha traído esas cajas?

—Ha sido rutinario. Lo de siempre… ¿Ha ocurrido algo?

—No abráis esas cajas. Nada. Además…

La llamada se cortó.

—Señor —dijo uno de los agentes que esperaban —. Hemos dedicado muchos recursos a preparar el jet.

—El jet os lo podéis meter por el culo.

—Se lo aviso, agente Hernández. Cualquier…

Volvió a llamar al agente. Nada. Llamó a cada uno de los miembros del destacamento dedicado a proteger a Valle-Mingueza. Nada. Mario, tampoco. Patricia, tampoco.

—Eres un puto cabrón, Mario —dijo guardando el móvil en el bolsillo —. Al menos no te vas a hacer con ese hijo puta.

—Agente Hernández, le hemos dicho…

—Quiero que estén alerta —les dijo Sergio con la cara enrojecida—. Uno de los agentes, Mario, es sospechoso.

—Pero…

—La clave para Pierce es C12B4 —dijo Sergio—. Tengo que volver. Daros prisa, porque van a poner en riesgo toda la operación.

Los agentes cambiaron de rostro.

—Quiero todos los recursos disponibles. ¿Entendido?

—Afirmativo.

Sergio marchó rápido, se metió de nuevo en el coche. Arrancó el motor sin ponerse el cinturón y pegó un acelerón, alejándose del jet a toda prisa.

5

Una vez llegaron al edificio abandonado con la furgoneta, Mario los bajó a punta de pistola. Mientras John abría la puerta con su manojo de llaves, León y Patricia continuaron el camino, con Mario detrás suyo.

—No nos has tapado los ojos —dijo León—. Podemos saber dónde estamos.

—Eso solo te sirve si escapas de esta —dijo Mario—. Pero ahora no tienes a nadie que te salve el culo, León.

Continuaron andando por el suelo de gravilla. Una vez John abrió la puerta, entró dentro.

—Vamos, meteos ya.

Los tres entraron dentro, iluminados por bombillas colgadas de cables en el techo. Siguieron por un pasillo largo, con John por delante. León y Patricia caminaban juntos. Mario, a unos metros detrás de ellos, mantenía el arma apuntando.

—No intentes gilipolleces, León —dijo Mario—. No te estoy apuntando a ti. Estoy apuntando a Patricia. Sé que te dolerá más que la mate a ella que si eres tú el que la palma.

Continuaron caminando, con Mario siguiendo con su charla.

—Sería como si tu hermana muriese otra vez. Y también sería por tu culpa.

John se giró.

—Seguro que su hermana fue cruel con él —miró a Patricia—. A ella la podríamos matar ya.

—La necesitamos —dijo Mario—. Así podemos tener a León controlado.

—John —dijo León—, mi hermana fue buena conmigo. Era una buena persona. No todos los hermanos son malos.

—¡Mentira! —la voz del hombre fue como un trueno—. Todos los hermanos son crueles. Y ella es una mujer. Las mujeres son débiles.

—Dejaos de mierdas —dijo Mario—. Vamos a encadenarlos ya, tengo que sacar a Luis de su pocilga.

Continuaron hasta el cuarto amplio, con el agujero en medio. De unas tuberías cercanas colgaban varias cadenas. En un rincón, un colchón sucio y unas cadenas agarradas a un cáncamo en la pared cercana.

—Vamos, encadena a cada uno en su sitio.

León lanzó una mirada al agujero. Comenzó a temblar.

—¿Te vienen recuerdos? —dijo Mario—. Vas a volver a experimentar el horror. Y esta vez te tienes que aguantar. A menos que quieras que le meta una bala a Patricia en la nuca.

—Por favor —dijo Patricia—. Yo no he hecho nada.

—Ahora se pone a llorar.

—Por favor, yo… yo no tengo nada que ver con esto.

—León, ¿ves la verdad? No es tu hermana. Le importas una mierda.

—¡Me importa! —Patricia no pudo contener las lágrimas—. Pero no tengo por qué morir. No tenemos por qué…

—No vas a morir si León no hace gilipolleces.

Patricia y León compartieron una última mirada. Los dos tenían lágrimas en los ojos, pero pese a ser Patricia nueva en todo eso, el que estaba más afectado era León, cuyos temblores gobernaban cada músculo de su cuerpo. John lo llevó hasta las cadenas de las tuberías.

Alzó sus manos y lo ató a las cadenas. Luego, como si fuese un saco de boxeo, levantó el cuerpo de León, dejándolo suspendido medio

metro por encima del suelo. Una vez estaba bien atado, fue a por Patricia. La empujó hacia el colchón y la ató a las cadenas.

—Tranquila —dijo Mario—. No te van a violar estos dos. Te torturarán, quizás. Pero nada de esas cosas. Son demasiado raros para esas cosas. Aunque quien sabe.

Patricia tenía miles de palabras atragantadas. Estaba ahora tirada en el colchón que olía a todo tipo de fluidos humanos. Lanzó una mirada a León, cuyos ojos estaban cerrados. Su cuerpo sufría espasmos.

La llamada de un teléfono interrumpió todo. Mario sacó el móvil, bajando el arma. Comenzó a hablar en lo que parecía alemán. Luego, apagó el móvil.

—Al parecer Sergio no ha subido al jet. Se ha marchado con el coche y seguro que va en dirección a Luis.

—¿Eso qué significa?

—Significa que me tengo que pirar ya. Si consigue matarlo o algo, estamos jodidos. Bueno, yo estoy jodido.

—Tiene que venir aquí —dijo John—. Tenemos que estar juntos los tres.

Mario se aproximó a León.

—Te dejo aquí, amigo. Espero que te lo pases bien —miró a John—. Dame las llaves de la furgoneta.

John se aproximó y se las entregó. Mario lanzó una última mirada a Patricia.

—Piénsalo de esta manera —dijo Mario—. Si sales viva de esta, vas a tener muchas cosas que contar. Un doctorado de puta madre. Pero eso, si consigues salir. Saldrás viva, sí, pero a saber qué te harán. John aquí parece no ser muy fan de las mujeres.

—Tengo que prepararlo todo —dijo John—. Voy a sacar las herramientas.

John desapareció por una puerta. Mario estaba a punto de salir, cuando se giró para ver a León.

—Tanta inteligencia para acabar así.

6

Se marchó cerrando la puerta, dejando a los dos. León comenzó a llorar. Patricia quería ayudarlo, pero sentía que primero la tenían que ayudar a ella. León comenzó a balbucear hasta que consiguió hilar unas cuantas palabras.

—¿Me querías dejar solo?

Patricia, encogida en el rincón, inmóvil, no dijo nada.

—Me querías dejar solo —dijo León—. Que me torturasen. Que… Lo siento… Lo siento por el peluche.

—Para ya, León.

—Te intenté proteger, yo…

—No soy tu hermana.

—Conseguiré el peluche, te lo aseguro, podré…

—¡Cállate! —gritó Patricia estirando de las cadenas—. Por esta gilipollez voy a palmar. Por imbécil. Me tenía que haber quedado en casa, tranquila. Con cualquier tesis, la que sea, o dejarlo todo.

—No digas eso, yo…

—Menuda mierda de genio.

La conversación se partió cuando apareció John con una manta enrollada.

—Déjalo en paz —dijo mirando a Patricia—. Por tu culpa no está libre. Tiene que dejar las pastillas, encontrar su camino.

La mujer atragantó las miles de palabras e insultos que tenía. Su mente debía, en esos momentos, mantenerse fría. Pensar. Calcular. Sabía que enfadarlo solo supondría su sufrimiento y muerte.

—Tengo algo que te gustará.

John se aproximó a León.

—El doctor no te ha ayudado porque no sabe hacerlo, ¿sabes? Todos los doctores son imbéciles.

Sin recibir respuesta, John se marchó hasta el altavoz. Se tocó la nariz ensangrentada, para luego limpiarse la mano. Sus dedos comenzaron a tocar botones. Una voz ominosa comenzó a sonar:

Seven—six—eleven—five—nine-an'-twenty mile to-day —

León comenzó a sacudirse.

—No no no no. Por favor, no, para.

Four—eleven—seventeen—thirty-two the day before —

Es tu liberación —dijo John con una sonrisa—. Yo pasé por lo mismo, sufrí.

(Boots—boots—boots—boots—movin' up an' down again!)

—Pero ahora serás libre, hermano.

There's no discharge in the war!

Tras gritos de León, Patricia se tapó los oídos como pudo, tanto por el poema como por la voz quebrada de León que intentaba abrirse paso. John paró la grabación.

—Estuve leyendo que era. Para qué se usaba. Tu padre lo hacía, ¿no? Está en el diario. Repites el poema una vez y otra vez.

Marchó rápido hacía la libreta, para volver.

—En esta página —dijo abriéndola, para luego pasar a páginas que tenían un marcador—. Aquí también. Y en esta.

—P-por favor —dijo León—. N-no lo hagas. N-n-n…

—Tienes que ser libre —dijo John cerrando la libreta y dejándola en la mesa—. Pero no puedes gritar, ¿sabes? Así no lo escucharás bien.

Abrió la manta enrollada. Tijeras, cuchillos, un martillo pequeño. Cogió la cinta americana.

—Lo hago por tu bien, hermano.

Cuando se aproximó, León intentó propinarle una patada, pero John consiguió pararla.

—Es por tu bien —susurró—. Te quiero mucho.

Abrió de golpe la cinta. Un sonido seco. Arrancó el trozo con el dedo y lo puso en la boca de León. Luego, dos trozos más. Intentaba moverse en su prisión, pero eran más las convulsiones que movimientos ordenados por el cerebro.

—Ahora pondré la mejor parte.

Volvió al altavoz. Toqueteó los botones. Era la misma voz.

(Boots—boots—boots—boots—movin' up and down again!)

Otra vez.

(Boots—boots—boots—boots—movin' up and down again!)

Otra.

(Boots—boots—boots—boots—movin' up and down again!)

John estaba quieto, observando a León, cuyo cuerpo sufría sacudidas. Patricia pudo ver el rostro de ese asesino brillar con felicidad. Lo único que pudo fue taparse los oídos por no escuchar el poema.

Y cerrar los ojos para no ver a León ser torturado.

Capítulo 18 – Trebuchet

1

La columna de humo que se alzaba en dirección a la que Sergio llevaba el coche al máximo no hacía sino confirmar todo. Ya había puesto en aviso a todos los efectivos que podía, así como comunicarles lo que iba a pasar a sus superiores.

Ahora estaba él solo. Mientras el Mercedes subía a los ciento sesenta kilómetros por hora, su cerebro trazaba todas las posibles jugadas que Mario podía tener preparadas. De un golpe, abrió la guantera.

Una Beretta y dos cargadores. Sus dedos tantearon las diversas palancas que tenía el volante del coche, con sus ojos confirmando la situación de cada una. Se adentró en una de las salidas, para así poder ir sin tener que adelantar a nadie.

Aunque no era un coche de rally, las ruedas aguantaron los giros repentinos a alta velocidad. Sergio llevaba tiempo sin conducir, pero los años de experiencia no desaparecían de golpe. Era algo que sabía de él mismo.

Y de Mario.

Desde su cerebro dibujó de memoria la entrada. No era como León ni ninguno de los otros especialistas con los que había trabajado, los cuales serían más inteligentes que él, pero su cerebro estaba entrenado para memorizar lo importante.

En línea recta, a unos doscientos metros, estaba la entrada. Tendría que hacer un pequeño giro, pero la visión más grande de la columna de humo era un doble filo. No podía ver bien más allá de ella, ocultando parte del edificio. Por otra parte, si Mario esperaba en alguna parte superior con un rifle de francotirador, lo tendría más fácil para ocultarse.

Cuando estuvo próximo, vio una furgoneta parada en medio de la entrada. Apretó una de las manillas. Humo comenzó a emerger del

Mercedes. Aunque iba muy rápido, el humo cubría en cierta manera el vehículo.

El coche continuó hasta la entrada, cada vez más rápido. Se estampó de lleno contra la furgoneta, la cual tiró al suelo. El humo seguía emergiendo del coche.

Tirado en el suelo, cubierto de grava y tierra, Sergio serpenteaba bajo los hierbajos hacia un lateral del terreno. En su mano derecha, la pistola, y en su izquierda, los dos cargadores.

La furgoneta explotó con una llamarada súbita, las cuales se alzaron imponentes. Trozos de piedra de la entrada y metal de los vehículos volaron por los aires.

Sergio ni tan siquiera se detuvo a observar mientras se arrastraba.

Ahora, el humo de la explosión de la furgoneta se unía al del edificio donde residían el resto de los agentes. Sergio se incorporó para avanzar agachado lo más rápido que pudo.

Tanto él como Mario sabían que las cámaras no servían para nada. Era Sergio quien las podía desactivar con el móvil, algo que había hecho antes de dejar el coche en marcha y saltar de él.

Le dolían las piernas y el pecho, pero cualquier tipo de herida era insignificante comparado con perder la calma y recibir un tiro en el cráneo a manos de Mario. Sabía que tenía precisión con los rifles. No era bueno a muy largas distancias, pero intentar avanzar por los jardines exteriores sería un blanco fácil.

Recorrió el muro por el lateral. El olor a fuego y humo impregnó su nariz. Su mente contó los pasos que daba. Si rodeaba por completo el edificio para intentar entrar por la parte trasera, podría ser muy tarde.

Lo bueno era que tenía algo diseñado que nadie más, salvo él y dos ingenieros, sabían.

Una vez contó el paso número ciento veinte, miró la entrada. El coche seguía en llamas, completamente destrozado. Sus ojos

recorrieron el suelo mientras daba pisotones. El cuarto pistón sonó hueco. El quinto y el sexto confirmaron la localización de la trampilla.

Limpió la tierra y la gravilla con el pie, para luego tantear con la mano. Dio con un pequeño panel y nueve teclas. Sin verlas bien, tecleó ocho veces. Luego, su mano comenzó a rastrear cerca. Agarró una abertura y abrió la trampilla.

El móvil de su bolsillo interior vibró cuatro veces rápidas. Luego dos. Luego otras dos. Sabía que esa era la señal de que esa trampilla estaba abierta. Quizás Mario lo sabía. Quizás cayese en una emboscada. Pero ir por la entrada principal o algún lugar en el que el traidor tuviese campo de visión sería letal.

Guardó un cargador en cada bolsillo y descendió las escaleras, con la pistola apuntando al frente. Sentía más dolor en el pecho. La adrenalina estaba inundando su sistema nervioso. Era la única jugada que podía hacer. Ahora dependía de que Mario no estuviese preparado.

Ni de que se hubiese escapado con Valle-Mingueza.

2

John se había marchado, dejando a León y Patricia escuchar una y otra vez la misma palabra. Ella sentía punzones en el pecho y avispas en la cabeza. Durante varios minutos tanteó las cadenas y las esposas.

Las muñecas se unieron al dolor de su cuerpo. Pero era su mente la que intentaba mantenerla despierta, nadando contra corriente, evitando ahogarse en un océano que sólo auguraba muerte.

De soslayo miraba a León, cuyo cuerpo dejó de moverse un buen rato. Quería gritarle qué le ocurría, qué pensaba, qué iban a hacer. Pero lo único que pasaba por la mente de Patricia eran todas las formas en las que ella iba a morir.

Si la matarían antes o después de León. Si iba a presenciar las mismas abominaciones que supuestamente Valle-Mingueza hacía

con los niños. De súbito, entre el constante ataque del altavoz, escuchó varios gritos de niños.

John apareció abriendo la puerta. Dejó un bolso grande, de cuero algo cuarteado, encima de la mesa. Cerró la puerta y dio dos vueltas de llave. Se acercó al altavoz y lo apagó. Se aproximó a León, acercando sus manos.

Acarició sus mejillas. No se movió. No se resistió. Tampoco abrió los ojos. Ninguna patada. De su bolsillo sacó unas pequeñas tenacitas.

—Por favor, no le hagas nada —dijo Patricia—. No hemos hecho nada malo.

John se giró para verla.

—Calla.

Su mente conjuró todo su conocimiento sobre asesinos en serie. ¿Decir algo sobre la madre? ¿Padre? ¿Hermano? ¿Se enfadaría más? ¿Algo sobre su apariencia?

Sólo pudo sentir palabras emerger de su garganta.

—Tú no tienes culpa de nada. Eres inocente.

—He dicho que calles.

—Todo fue por…

John le tiró las tenazas. Impactaron contra la pared, descorchando la pintura. León comenzó a temblar, y las lágrimas de Patricia comenzaron a recorrer sus mejillas.

—Haré lo que tengo que hacer —dijo John—. Tiene que despertar. Tiene que sentirse liberado.

Acarició su cuerpo con cuidado.

—Tengo que despertarte, hermano. He leído el diario. Pensamos igual, León. Nos oyen. Nos escuchan. Saben dónde estamos. Igual que Luis. Él me conoce igual que tú.

John se aproximó otra vez al altavoz, toqueteando los botones. Emergieron los llantos de un niño, salpicados por palabras

inconexas. León abrió los ojos, mirando arriba. Los cerró y comenzó a convulsionar.

—Eso es —dijo John—. Lo sientes en el cuerpo. Es tu alma siendo liberada.

Durante otros cinco minutos agonizantes, se quedó de pie, observando como León se sacudía, abría los ojos, miraba arriba, más convulsiones. Apagó el altavoz para luego acercarse y quitarle la cinta americana.

—Háblame, hermano —dijo John—. ¿Ves la verdad?

León balbuceó incoherencias.

—Tienes que verlo todo mejor. Limpiarte de las pastillas —comenzó a golpearse la cabeza—. No te dejan pensar. No me dejaban pensar. No. Pero estoy libre, como lo estarás tú.

3

Sergio continuó por el túnel iluminado por bombillas, las cuales proyectaban una luz tenue. Tenía la pistola apuntando al frente, atento a cualquier ruido o cualquier movimiento, listo para disparar.

Conocía a Mario lo suficiente para saber que estaría esperándolo con algún tipo de trampa. Era un buen tirador, inteligente en el campo de batalla y un enemigo duro en el cuerpo a cuerpo.

Mientras sus pies lo llevaban al final, miró por un instante la trampilla. No había nada raro. Sabía que de algún modo conocía que iba para allá, por lo que quizás supiese la existencia de ese túnel.

Pero no le quedaba más. Sergio tenía que apostar todo a que no supiese de la existencia de ese lugar. Lentamente abrió la trampilla. Sus ojos escanearon el exterior. Sombras y oscuridad.

Levantó la tapa lo suficiente, subiendo la pequeña escalera con la pistola apuntando al frente. Quería haberse acostumbrado más a la oscuridad, para así tener las pupilas dilatadas. Pero el tiempo estaba en su contra.

Una vez estuvo arriba del todo, un destello de luz lo cegó. La visión de una figura detrás de una mesa le forzó a pegar varios tiros. Los destellos continuaron, pero Sergio cesó en disparar.

Avanzó tan rápido como pudo. Era un maniquí cubierto con un traje, detrás de una mesa. La luz era una linterna que parecía encenderse y apagarse. Antes de poder recomponerse, notó una presencia detrás de él.

—No te muevas —dijo Mario a dos metros—. Cualquier gilipollez y te pego un tiro.

—Tienes suerte de que lleve tiempo sin ver acción.

—Tranquilo, ya verás acción suficiente —las luces iluminaron todo el lugar—. Ves hasta el comedor. Te espera nuestro amigo en común. Tira el arma y ves recto.

Sergio dejó el arma en el suelo, para continuar con las manos arriba. Sabía qué tenía que hacer. Podía sentir a Mario a unos dos metros. Según avanzaba, Mario le seguía el rastro manteniendo esos dos metros de distancia.

Ambos se conocían suficiente para saber que apuntar el arma de una forma próxima podía ser la causa de que el atrapado pueda rebelarse y coger el arma en un movimiento raudo.

Caminaron recto por un pasillo, para continuar por un pequeño recibidor y llegar a la sala principal. En el medio, cerca de varias maletas, Valle-Mingueza estaba de pie, con una pistola en la mano, vestido con ropa cara.

—Agente Hernández —dijo Luis con su media sonrisa—. Es un placer verle en estos momentos, antes de salir.

Sergio clavó su mirada en Mario.

—Maldita rata.

—Agente Hernández —dijo Valle-Mingueza—, no diga eso a mi nuevo compañero de equipo. ¿Verdad, Mario?

—Date prisa de una vez —dijo Mario—. Dos millones más si lo matabas tú. Pégale el tiro y vámonos.

—Ahora mismo.

Valle-Mingueza alzó la pistola, apuntó a Mario y le voló la cabeza. Luis comenzó a reírse. Sergio observó el cadáver de su excompañero. El rojo comenzó a encharcar el lugar. Miró el arma de Mario. Demasiado lejos.

—Solo quedas tú, Sergio —Luis dio un par de pasos en su dirección —. Qué tragedia. Tantos cadáveres. Si me hubiesen soltado como les dije, nos podríamos haber evitado todo esto.

—De un modo u otro vas a acabar mal.

—Quizás. Es posible —apuntó su arma a Sergio—. Pero lo que está claro es que tú ya estás muerto.

Sergio cerró los ojos. La detonación de una pistola le provocó un sobresalto. Sonó lejos. Abrió los ojos. Luis tirado en el suelo. Sangre emanando de su cráneo. Giró los ojos para ver una figura. Un hombre vestido de negro con careta de conejo sonriente. En sus manos, una Sig-Sauer.

—Agente Hernández —dijo su voz grave provocada por algún gas—. Espero no molestarle.

Los ojos de Sergio se quedaron clavados en él. Mario podía haberlo matado en la emboscada, al igual que Valle-Mingueza. Ahora ese tipo extraño era la nueva amenaza.

En su mente pensaba que solo faltaba que entraran un grupo de payasos para matar a ese tío con la careta de conejo.

—Luis ha filtrado demasiada información, agente —el hombre estaba a unos diez metros de él, apuntando a Valle-Mingueza—. Considere esto un regalo.

El hombre disparó cuatro veces más al cuerpo.

—Invente lo que quiera, pero usted tendrá que ser responsable de que este caso se termine.

—No me corresponde a mí.

—Poco nos importa. Creo que no querrá que su pequeña Ángela tenga un problema. Porque sigue en Luxemburgo. ¿A que sí?

—No depende de mí que se cierre el caso.

El hombre sacó un pequeño sobre y lo tiró al suelo, a medio camino entre el agente y el hombre de negro.

—Quizás le interese saber que su hija obtiene buenas notas en el Gymnasium Lerbermatt. La vemos todos los días salir y abrazar a su madre. Ahí tiene fotos.

El hombre sacó un pequeño vial, agachó la cabeza para no revelar su rostro, e inhaló el gas para recuperar el tono grave de su voz.

—Sabemos que existe cierta información infiltrada. Eso se debe de acabar así. Dentro de seis meses le volveremos a visitar. Si todo está correcto, no le pasará nada. Si no, visitaremos a su hija.

—Te aseguro que…

—Su compañero, León, estará a salvo. Mario no es el único infiltrado, ¿sabe? Una vez recuperen a los niños, y si León y Patricia siguen vivos, debería rezar a un dios de su elección. No seremos tan clementes la próxima vez.

El hombre volvió por dónde vino, para girarse.

—En el sobre tiene la dirección de dónde estará su compañera y esa joven muchacha. Aunque no le puedo garantizar nada.

4

John, con un cuchillo fino, desgarró la camiseta de León. Patricia se quedó observando como tocaba su piel, primero con el dedo, y luego con el filo. Despacio. Sin causar herida. León ahora estaba petrificado.

El hombre se quitó la camiseta. Su torso reveló diferentes cicatrices. Cortes, quemaduras. Era un mapa de la máxima crueldad humana.

—Estas son mis marcas, León —dijo señalando cada uno con orgullo —. Me hicieron fuerte. Ya no necesito a mi hermano. Estoy curado. Ahora te toca a ti.

Antes de que pudiese cortar, Patricia alzó la voz.

—¿Qué hacían contigo cuando estabas con tus padres?

—Calla.

—¿Recuerdas la primera vez?

—No.

—Te tocaban. ¿A que sí?

—He dicho que te calles.

—¿Lo disfrutabas? ¿Y tus padres?

—¡No!

—Cuando eras niño. ¿Recuerdas?

John comenzó a sacudir la cabeza.

—No digas nada, no. No pasó nada, yo…

—¿Dónde te tocaban?

—¡Para!

Patricia observó como el secuestrador caminaba de un lado a otro, con la cabeza gacha.

—Tu hermano nunca te quiso, porque nadie te quiere —dijo Patricia —. ¿Él miraba cuando te tocaban?

—No no no no.

—Fue por tu culpa.

John comenzó a pegarse puñetazos en la cara.

—¡No! ¡Yo no!

—¿Oyes a Bonnie?

—No. Bonnie no está. Bonnie la mataron.

—¿Quién la mató?

—Papá. Él la mató…

—Fuiste tú. Fue tu culpa.

—No.

El tono de Patricia incrementó en volumen y fuerza.

—¡Mataste a Bonnie!

John se aproximó y le propinó un puñetazo en la cara. Patricia se combó y tosió bajo la mirada de León. El secuestrador se movía de aquí para allá, con las manos yendo de arriba para abajo.

—Yo no la maté.

Comenzó a sacudir la cabeza. De un arrebato soltó el cuchillo y agarró uno de los martillos.

—¡Te voy a matar!

Tras dar tres pasos León intervino.

—Yo sí mataría a Bonnie.

John se detuvo.

—Le arrancaría las tripas. Le sacaría los ojos. Le cortaría primero una pata, luego la otra, hasta que se convirtiese en un muñón sangrante.

—No. No… Tú no puedes traicionarme.

Se aproximó a León, abriendo y cerrando los puños, conteniendo toda su violencia. León tenía ahora los ojos cerrados, con su boca emitiendo leves sonidos. Patricia no podía escuchar nada.

—Soy tu hermano, John —susurró—. ¿Escuchas a Bonnie? Yo la oigo

John se aproximó a él.

—Mentira.

—La oigo, John.

León volvió a susurrar.

—¿Qué dice? —dijo John agarrando su cabello— Dime, qué dice. Qué dice.

—La oigo. Me está hablando. Puedo hablar con ella.

—¿Qué dice? —John tenía los ojos llorosos—. No le quise hacer mal, por favor, dile…

—Ven más cerca —susurró León—. Te quiero decir…

John se aproximó, hasta que su cuerpo y el de León se tocaron. Acercó el rostro para escuchar. De súbito, León le agarró el cuerpo con las piernas y comenzó a morderle la cara.

Sus dientes se agarraron a la piel de la mejilla, cerca del ojo. John, entre gritos, trataba de apartarse, pero las piernas de León hicieron de tenaza, agarrándolo.

Comenzaron a forcejear entre gritos y gruñidos.

León ahora parecía más un perro que un ser humano. Liberó su mordida. John intentó echarse para atrás, pero recibió otro bocado en la nariz. Las tuberías en las que estaba encadenado comenzaron a chirriar.

Trató de apartar el rostro de León, pero este mantenía sus dientes en la nariz. La sangre fluía por las dos caras, cayendo por las vestimentas y salpicando el suelo. Patricia se acurrucó, sin saber qué hacer o qué decir.

La tubería cesó por el peso. León descendió sin dejar de soltar con las piernas a John. La mordida en la nariz provocó un chorro de sangre, salpicando el rostro de León, obligándole a cerrar los ojos.

John lo agarró del cuello. Tropezó y se quedó al borde del agujero. Con patadas, León se deshizo de él, pero antes de caerse, el secuestrador se agarró a él. Un sonoro ruido metálico fue seguido de un grito de Patricia.

—¡Cuidado!

La tubería se partió por completo. John cayó, agarrando a León y tirándolo con él al agujero. Las cadenas y la tubería cayeron con ellos en un estruendo. Varios gritos de dolor. Patricia se lanzó sin darse cuenta de sus cadenas, las cuales le hicieron daño en las muñecas.

—¡León!

Los gritos continuaron durante minutos, con Patricia estirando cada vez con menos fuerza de las cadenas. Del agujero emergieron chillidos, ladridos, golpes metálicos. No podía asomarse a ver nada.

Sus ojos se fijaron en las pequeñas tenazas. Estiró las piernas, moviéndolas poco a poco, cada vez más cerca, mientras las voces seguían emergiendo del agujero.

Doblando su cuerpo, haciendo contorsiones y sintiendo un punzón en la espalda consiguió sostener las tenazas.

Comenzó con el cáncamo. Estiró, movió, giró. Más gritos. Se levantó e intentó hacer fuerza con sus piernas. Ahora se escuchaban llantos. Uso las tenazas como un pequeño cincel, intentado quebrar la pared.

Nada.

Su mente se partió. De rodillas se cubrió la cara con las manos. Iba a morir allí. Los niños también. León quizás estuviese muerto. En un arrebato de furia estiró a golpes la cadena, sintiendo los huesos de la muñeca dislocarse.

Un ruido.

Varios portazos.

Las voces de hombres invadieron la lejanía.

—Despejado.

—Despejado por aquí.

La puerta por la que habían venido se abrió de golpe con una patada. Hombres con pasamontañas, cascos y chalecos de kevlar entraron. Patricia reconoció la bandera de España en uno de los uniformes. Los agentes comenzaron a entrar.

—¡Ayuda!

Vio como varios hombres encendían las linternas y apuntaban al agujero. Quería saber qué estaba pasando, pero tres de los agentes se aproximaron a ella. Lo único que escuchó fue: "Dos sospechosos" y "agujero".

Más portazos y golpes. Uno de los agentes sacó unas cizallas y arrancó las cadenas.

—¡León está en el agujero! Los niños…

Sin que pudiese intervenir, llevada por el sufrimiento y la extenuación, la sacaron al exterior sin oponer resistencia. Quería irse de allí. Dejarlo todo.

Cuando sus piernas tocaron la grava y sus ojos observaron los diferentes vehículos de las fuerzas de seguridad sintió las piernas fallar.

El altavoz estaba lejos, apagado.

Pero su cerebro repetía lo mismo.

(Boots—boots—boots—boots—movin' up and down again!)

6

Los cinco días siguientes al incidente transcurrieron bajo una calma engañosa, como un silencio forzado después de una tormenta. Patricia permanecía protegida en un lugar apartado, un pequeño chalé en una urbanización rica, rodeada de setos altos y calles donde casi nunca se veía a nadie. Allí le traían todo lo necesario: ropa, comida, medicación. Un refugio y una cárcel.

Las noches eran insoportables. Pesadillas y terrores nocturnos eran su pan de cada noche. Despertaba sobresaltada empapada en sudor, con las manos temblorosas. Los tranquilizantes y ansiolíticos apenas habían surtido efecto después del primer día: las voces, los gritos, las imágenes perturbadoras estaban grabadas a fuego en su memoria.

Las heridas físicas, sobre todo en las muñecas, parecían superficiales, rozaduras y cicatrices menores comparadas con lo que se había roto en su interior. Varios psiquiatras y psicólogos intentaron arrancar palabras de su silencio, pero durante esos días

Patricia se limitó a mirar por la ventana, perdida entre los muros blancos y los setos.

Cuando al fin habló, su voz fue apenas un murmullo: preguntó por León y por los niños. Le respondieron que los ocho estaban a salvo, asustados y con algunos rasguños, pero lejos de sufrir lo que ocurrió la última vez. Esa información la sostuvo durante horas, aunque no preguntó nada más. No quiso saber cómo habían llegado hasta allí, ni quiénes habían intervenido, ni qué había sido de Mario. Solo repetía la misma pregunta: León. Cómo estaba. Qué pensaba. Qué sentía.

Fue en el quinto día cuando un agente apareció para informarle de todo. Con voz grave y tono oficial, le relató lo ocurrido en la mansión. Le dijeron, por petición expresa de Sergio, que Valle-Mingueza aparecería muerto en la cárcel, un suicidio que ocurriría medio año después. El secuestro de los niños, de cara al público, se atribuyó únicamente a John. Ni Luis ni León serían mencionados. La opinión pública, indignada y al mismo tiempo aliviada, se conformaría con esa versión.

Patricia, sin embargo, siguió insistiendo. Su mente giraba en torno a León, atrapada en una espiral de preguntas que nadie podía responderle del todo. El agente, algo incómodo, terminó por decirle que Sergio y el doctor habían aceptado que lo visitara en el San Judas Tadeo, siempre y cuando se sintiera lo suficientemente fuerte.

Patricia no lo dudó. Quería verlo ese mismo día.

Sabía, sin embargo, que por mucho tiempo que pasara, nunca volvería a sentirse bien.

7

Calmada por las pastillas de la mañana, Patricia, sentada en el asiento del copiloto, observaba los campos en la lejanía. Perdida en el horizonte. Detrás, una psicóloga estaba atenta a ella, mientras uno de los agentes conducía con seriedad.

Al aproximarse, su mente recordó el lugar. Las piernas comenzaron a temblarle y los recuerdos hervían en su memoria como lava. La parte de su cerebro, la que mantenía la cordura y la razón, sabía que tenía que enfrentarse a ello.

Llevaba mucho tiempo sin saber la verdad, sin saber qué le había ocurrido.

Una vez llegaron a la entrada y aparcaron, la silueta de Sergio se alzó ominosa.

—¿Cómo estás, Patricia?

Avanzó sin prestarle atención, directa a la entrada.

—Prefiere que no estés —dijo la mujer—. La acompañaré yo.

Sin decir nada más el agente observó como las dos mujeres entraban en el edificio.

Era la casilla de inicio. Otra vez. Lo que en un principio era nervios y curiosidad, ahora era una sensación punzante. A su mente volvieron las mismas imágenes. León, de pie. Sergio. Y Mario, sentado en una de las sillas.

La psicóloga se aproximó. Patricia tenía los ojos clavados en el mismo asiento en el que había estado Mario.

—Vamos —dijo la mujer con una sonrisa—. El doctor espera.

Continuaron por el mismo pasillo. Los mismos cuadros. El mismo olor. Pero sin embargo nada de ello auguraba emoción. No había ilusión. Por su cerebro bullían mil suposiciones de qué le había ocurrido a León.

Cerca de la puerta del despacho cerró los ojos, dejando escapar lágrimas. La mujer llamó con cuidado, y a los dos segundos abrió la puerta el doctor. Le hizo ademán de que pasase. La psicóloga se quedó fuera.

—Sienta, por favor.

Acompañó a Patricia hasta uno de los asientos. El doctor Escalonilla se sentó justo a su lado.

—Lo siento.

Sus labios temblaron. Mirada perdida en el suelo. La mujer consiguió conjurar unas palabras.

—¿Y León?

—Está bien —el doctor suspiró—. Me han informado de que estás un poco mejor.

Patricia se mantuvo en silencio.

—León sufrió algunos golpes y heridas, pero físicamente está bien. Y John… está muerto. León le arrancó...

—¿Ha dicho algo?

—No.

El silencio cayó en la sala como copos de nieve, formando una fina capa de melancolía.

—Tengo el informe que hizo León. Para la tesis.

—¿Puedo verlo?

—Sí.

El doctor se aproximó a la mesa, dónde había un fajo de papeles.

—Aquí está.

—No. Eso no. Quiero verle a él.

El doctor suspiró. Se cambió de lugar, a su silla. Giró el monitor de ordenador que tenía. En él, la visión de una cámara grababa a un León completamente sedado, tumbado en una cama. La habitación estaba acolchada.

La mujer no pudo evitar sentir las lágrimas romper la última barrera.

—Está sedado. Para sacarlo del agujero tardaron demasiado. Estaba agresivo, quizás eso…

El hombre lanzó un suspiro. Su mirada se posó en la imagen. Se podía ver cómo León, con un pijama blanco, tenía la boca cubierta de baba.

—Lo siento, Patricia.

—¿Tiene su peluche?

—Lo tenemos guardado —el doctor se levantó—. Aparte del informe tengo otra cosa.

Caminó hasta una de las estanterías y sacó un libro. Volvió a sentarse junto a Patricia y se lo entregó. Era "El guardián entre el centeno" de J.D. Salinger.

Patricia escuchó a León mencionarlo como si fuese un eco.

Un fantasma.

—Me dijo que te lo diese una vez todo terminase. Si él estaba mejor, te lo quería dar en persona, pero…

—Me habló de este libro —dijo Patricia con dificultad—. No me gustaría quitárselo.

—Insistió en que te lo quedases. Quizás sabía cómo iba a terminar todo esto. También escribió algo en las primeras páginas. Le prometí que no lo leería.

Patricia abrió con delicadeza el libro, pasando las páginas poco a poco. Se encontró con unas frases escritas a mano.

"Sé que no te podré dar este libro en mano. Estaré sedado, seguramente, o muerto. Por favor, quédate con el peluche de mi hermana. No quiero que se pudra conmigo en este sitio."

La mujer no pudo evitar sucumbir a los sollozos. Dejó el libro en la mesa, colapsando en gritos y sollozos.

Aunque los niños estaban vivos y Valle-Mingueza muerto, no pudo sino sentir que, aun así, habían perdido la partida.